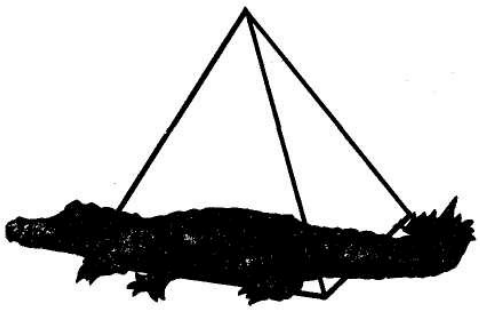
Louis-Claude de SAINT-MARTIN

EL COCODRILO

O LA GUERRA DEL BIEN Y DEL MAL



INTRODUCCION

EL COCODRILO, o la guerra del bien y del mal, ocurrida bajo el reinado de Luis XV; poema épico mágico en 102 cantos. En el que hay largos viajes sin accidentes fatales; con un poco de amor sin ninguno de sus furores; con grandes batallas sin derrama miento de sangre; con algunas recetas sin la borla del doctor; que contiene prosa y verso, y que por ello, bien podría no estar en verso ni en prosa. Obra póstuma de un amante de las ciencias ocultas. Parte, 1799.

Esta curiosa obra pasó prácticamente desapercibida por sus contemporáneos, muy ocupados en las mieles que había producido la Revolución Francesa, a pesar de que su contenido podría haber ofendido a muchos de ellos.

En primer lugar, hemos de decir que el COCODRILO no es en absoluto una obra póstuma; su autor aún vivió muchos años más. Aunque bien pudiera considerársele póstuma, ya que fue la última que su autor escribió en tan "cómicos" términos.

EL COCODRILO, es una obra de ficción que pretende, como todos los cuentos de ficción, dar una enseñanza ó una moraleja al lector.

Su estilo es poco habitual, aún en nuestros días. Y tal como indica su presentación, es una obra que no está escrita ni en verso, ni en prosa. La prosa predomina es cierto, pero recurriendo a metáforas y a otras formas poéticas. Esta simbiosis, nos indica el juvenil idealismo de su autor por aquellas fechas, así como sus pretensiones literarias, en cierta forma frustradas, por la misión y el camino espirituales que se marcó como medio de vida el autor.

Louis-Claude de Saint-Martín, el Filósofo Desconocido, el Solitario Iniciado, después de haberse liberado de la tutela de su Maestro, Martines de Pasqually, se dedicó a escribir algunas obras cómico-criticas, más que poético-mágicas, entre ellas se cuenta al COCODRILO, que fue terminada en primera instancia, en el verano de 1792. EL COCODRILO sufrió dos cambios antes de ser presentada al público francés: una en 1796, y otra en 1798. Con dichos cambios, Saint-Martín anuló buena parte de las criticas dirigidas a las autoridades religiosas de la época.

Quizá ésta fue una de las razones por las que el gran público, ávido de cambios, la despreció en su momento.

Otra de las razones por las que no tuvo un éxito comercial, fue porque la obra no estaba escrita en los términos sectarios y ocultistas que se esperaba por los Martinistas y los Masones o los Rosa Cruces, habituales consumidores del tema.

EL COCODRILO no es un libro de profecías, ni de métodos de adivinación, tampoco es un libro de Magia o de Alquimia; mucho menos de Kabbalah o de Doctrina Ocultista.

Los pasajes sarcásticos e irreverentes, retratan a muchos de los personajes de la época, pero no se refiere a ninguno de ellos directamente. Las críticas se extienden sobre las Sectas y las Religiones, pero no cita a ninguna de ellas textualmente.

EL COCODRILO hace incapié sobre la estupidez de los hombres, pero de una forma tan general que nadie se sintió directamente aludido, ni excluido. En una palabra, EL COCO DRILO no alimentó ni ofendió al Ego de nadie en particular.

Su mismo autor trató débilmente de ocultar su propia obra. El pseudónimo que utilizó para firmarla: Un amante de las ciencias ocultas. Saint-Martín utilizaba generalmente el pseudónimo de El Filósofo Desconocido.

La Revolución Francesa fue sin duda el motor generador de la obra, pero la Igualdad, la Fraternidad y la Libertad, nunca llegaron a constituirse ni en Francia, ni en ningún otro lugar del mundo. Estos valores no han sido alcanzados ni en nuestros días. El hombre aún sigue esperando la llegada de una nueva época, donde lo material y lo espiritual, lo científico y lo oculto se den la mano.
Simón Estudión en pleno siglo XV, esperaba el retorno del Cristo a su Milicia Crucífera Evangélica. Los Rosa Cruces cifraron su esperanza de una nueva Era en la leyenda del retorno de Elías, o en el retorno de su no menos mítico Cristian Rosencreutz. Los Cristianos creyeron que a partir del año cero, las cosas en el mundo cambiarían para el hombre. Los Judíos aún siguen esperando a su Mesías. Los Islámicos creen haber encontrado en Mahoma al profeta de Ala. Los Comunistas en Marx. Y así sucesivamente.
EL COCODRILO es el reflejo de la aspiración de un Místico con aspiraciones literarias, de que el Bien triunfe, aunque sea momentáneamente, sobre el Mal. EL COCODRILO, a pesar de su tono irónico, es la esperanza de la llegada de una nueva época, más justa, más armoniosa y mis digna de ser vivida por el hombre, pero por el hombre libre de ataduras y complejos.
En los primeros diez anos de la Revolución Francesa (1789-1799) esta esperanza aun persistía en el corazón de muchos hombres; Pero a partir, precisamente de la publicación del COCODRILO, dicha esperanza empezó a desvanecerse.
Los ricos volvieron a ser ricos, los pobres volvieron a ser pobres, los curas volvieron a ser los curas, y los ocultistas volvieron a ser ocultistas. Con todo y la República, las aguas volvieron al cauce de la condición humana.
EL COCODRILO criticaba el Ateísmo, al Ilustrismo y al Enciclopedismo, pero el pensamiento francés continuó cautivado por estos movimientos aún después de la Revolución. La Revolución incluso impulsó el sentimiento ecléctico, y a pesar de ello, la Iglesia Católica continuó siendo el único camino lícito para la espiritualidad, mientras que la Ciencia se apartaba a pasos agigantados del Esoterismos considerándolo, más que nunca una tontería, una superchería y un apoyo para las mentes débiles.
En EL COCODRILO, el Mal es vencido, pero en la realidad, el Cocodrilo es el que triunfa.
Si ser un libro de simbolismos Egipcios, su misino título nos remonta a la Mitología Egipcia, donde el Rahab, a pesar de ser malvado, es sagrado y alimentado con sacrificios humanos. Rahab es el nombre hebreo de Cocodrilo, que entre otras cosas significa: Enemigo, adversario, orgullo, etc.
Para los Egipcios el Cocodrilo era algo más que un saurio, era el misino Tifón, usa representación arcaica de nuestro Satanás actual, es decir, el Mal personificado.
Pero el Mal, en su sentido oculto, va más allá del hecho de portarse mal, o de hacerle daño a alguien. El Mal, representado por el Cocodrilo, es también el conjunto de lazos materiales que nos unen a la Tierra. El Mal es el materialismo que nos densifica, y que impide volar libremente a nuestro espíritu. El Mal es el poder y la riqueza, por ello, no ha de extrañarnos que uno de los sinónimos Egipcios de Faraón sea Tifón precisamente,
Y el Mal, al fin y al cabo, trabaja para el beneficio y lucimiento del Bien. El Tifón es un servidor de Ra, así como Satán es un servidor de Dios. EL COCODRILO, formado por miles de demonios, con toda su potencialidad de destrucción, no tiene mejor destino que servir de marco al triunfó del Bien. Además, supuestamente, toda destrucción, por dolorosa que ésta sea, da lugar a ana depuración, a una limpieza y a una regeneración, con lo que el Mal continúa siendo un servidor del Bien. No hay mal que por bien no venga.

EL COCODRILO de Saint-Martín, es una clara muestra de ello.
Y aunque el COCODRILO no tuvo demasiado éxito en su primera edición, poco a poco fue revelándose como un libro de rabiosa actualidad para todos los tiempos. EL COCODRILO continuará teniendo vigencia, mientras los hombres sigan teniendo la esperanza de la llegada de una nueva época, de una nueva era y de un mundo mejor, en donde todos los hombres, sin excepción alguna, puedan vivir una existencia plena, libre y digna.
Pero el COCODRILO no se queda en ser una obra irónica y crítica sobre el comportamiento humano en su eterna lucha del Bien contra el Mal y viceversa, tratando dé una forma idealista y pueril, dedicado a los recién liberados-franceses. EL COCODRILO, por venir de quien viene, tiene asimismo un amplio sentido oculto y una enseñanza esotérica innegable que trataremos de dilucidar al final del libro, siguiendo el Sendero Espiritual que Saint-Martín nos propone.
Los Martinistas de la actualidad adquirirán su propio juicio sobre la obra, y que duda cabe que los Masones y los Rosa Cruces, sea cual fuere su escuela particular, extraerán del COCODRILO sus propias conjeturas, con las que no entraremos en polémica.
La interpretación del COCODRILO irá dirigida principal mente a los principiantes, a los simpatizantes y a los neófitos en el tema, simplemente para que tengan una base de juicio sobra su singular lectura.
Durante algún tiempo, se dudó de la autoría del COCODRILO, y sino fuera por la obra RETRATO del mismo Saint-Martin, donde reconoce su paternidad, el COCODRILO hubiera quedado huérfano de autor.
Podemos decir que EL COCODRILO fue el último intento de ser escritor de Saint-Martín, y no porque después dejara de escribir, sino porque EL COCODRILO fue su última obra novelada, y no destinada directamente a crear la doctrina del Martínismo.
Saint-Martín prefirió seguir e1 camino Espiritual, bajo un particular concepción, que se acerca más al pensamiento moderno y contemporáneo, que al pensamiento de su propia época.
Saint-Martín trató, con cierto éxito, el romper con el sentido sectario y elitista de las Sociedades Ocultas del siglo XVIII. Pero personalmente, no pudo escapar de los mecanismos sociales que hacían de cualquier grupo, o sociedad, una secta proselitista y sectaria. En nuestros días las cosas no han cambiado mucho en este sentido. Ser Masón, Rota Cruz, o miembro de una cofradía o del Opus Dei, sigue siendo una forma de prestigio, y un medio de escalar mejores posiciones sociales, políticas o económicas, disfrazando al materialismo de espiritualidad.
Sin embargo, el ser Martinista, no constituye ninguna de tas ventajas anteriormente mencionadas, por algo son Solitarios Iniciados. Y aunque la burguesía siga favoreciendo a algunos de sus miembros, como en su día favoreció a Saint-Martín, el Martínismo tiene un cariz más espiritual que sus virtuales competidores.
Al contrario que otros místicos, Saint-Martín pensaba que no era suficiente con estar dotado para las ciencias ocultas. Que los talentos y los dones de la naturaleza derramados sobre unos cuantos, no eran suficientes pata seguir el Sendero. Que la catarsis de experiencias físicas, no eran suficientes para refrendar una espiritualidad. Que los Ritos y los Secretos a que se prestaban los aspirantes no eran suficientes para determinar quienes eran los elegidos.
Para Saint-Martín, el pensamiento, el sentimiento y la voluntad del hombre, eran mas importantes que todo lo anteriormente referido.
De qué te sirve a un hombre ser un Iluminado, si no tiene la voluntad, el sentimiento y el pensamiento de desarrollarse por el Sendero Espiritual.

De que le sirve a un hombre tener la piedra filosofal, si no sabe utilizarla en sí mismo, o si la pierde.
De qué le sirve al hombre el Don o el Talento sin el Conocimiento, el Entendimiento y la Sabiduría.
De qué le sirve al hombre el Todo, si no se tiene a sí mismo.
EL COCODRILO, a pesar de parecer simplemente una pequeña obra fantástica, un error de juventud, como su propio autor dijera, se hace todos estos cuestionamientos, y lo que es más importante, los contesta.
De una forma consciente o inconsciente, Saint-Martín expone en EL COCODRILO las bases de su doctrina, y muestra su desacuerdo con los demás Grupos y Sociedades Esotéricas, incluso con la creada y seguida por su maestro, Martines Pasqually, sin dejar de reconocer en él a un Verdadero Iluminado.
EL COCODRILO es una obra juvenil, es cierto, pero precisamente es en la juventud cuando el hombre tiene sus ideales más claros. En la juventud es cuando el hombre es lo suficientemente valiente y revolucionario como para burlarse de todos y de todo, sin perder su esencia.
En la juventud es cuando el hombre se encuentra más libre de presiones sociales, intelectuales y económicas, porque es en la juventud cuando el hombre está formando su criterio, y cuando decide el rombo definitivo que ha de tomar su vida.
EL COCODRILO, es fiel reflejo del camino por el que se decidió Saint-Martín: luchar contra el Cocodrilo y vencerlo, para lograr que un nueva época llena de Luz y de Esperanza descienda sobre los hombres.

No es un casualidad de Memphis, la ciudad Iniciática escogida legendariamente por los Masones, sea el lugar de procedencia del Cocodrilo. Ni es una casualidad que Eleazar, el héroe del poema-épico sea judío, como el Maestro de Saint-Martin. Entre otras cosas, porque la casualidad no existe. Todo acto humano tiene una causa, una casualidad, porque cada acto tiene una finalidad que cumplir. Saint-Martín, a través de sus obras y de sus actos y especialmente a través de EL COCODRILO, con el paso del tiempo ha ido cumpliendo con su finalidad. Y como los buenos vinos, la obra de Saint-Martín ha ido mejorando con el tiempo.
Y como en las leyendas populares, y en la historia del Doctor Fausto, el Demonio, el Malo, pero esta vez con cuerpo de cocodrilo, ha servido una vez más, para el lucimiento del Bien.
El estilo, demasiado innovador para su tiempo, seguramente resultará exquisitivamente divertido e interesante para el lector.
La historia tiene todos los elementos de una novela de terror o de ciencia-ficción, y es lo suficientemente fantástica como para mantener la continua atención del lector. El relato, y el hilo que sigue el mismo, es llano y sencillo, sin los enigmas, palabrería y entresijos a los que nos tienen acostumbradas las obras ocultistas,
En el COCODRILO no hay nada de pompa ni de solemnidades absurdas, y las mitificaciones en ningún momento se salen de contexto.
Desgraciadamente, en la época de Luis XV, los Enciclopedistas y los Ocultistas se tomaban demasiado en serio su papel, como para prestarle atención a la obra, que por si misma, y por su rareza, constituye toda una pieza de investigación desde todos los puntos de vista.
Estamos seguros de que el lector disfrutará con su lectura si su interés no es más que estrictamente literario, y que aprenderá mucho, si su interés va un poco más allá.
No cabe la menor duda de que EL COCODRILO es una obra que se comprende mejor en los albores del año 2000, que en las postrimerías de la

Revolución Francesa, pues seguramente en nuestros días causará mayor revuelo y polémica, ya que habrá personas que se sientan más directamente aludidas, tanto en sentido positivo, como en sentido negativo, por las burlas del COCODRILO.
La cercanía del fin del segundo milenio, es otro de los puntos que apoya y recomienda la lectura del COCODRILO, sobre todo para aquellas personas que esperan que a partir del año dos mil las cosas cambien en la Tierra, y para todos aquellos que como Eleazar, deseen de verdad triunfar en su lucha interna del bien contra el mal. Es decir, que estamos en momento idóneo para disfrutar de su lectura.
Saint-Martin hizo dos correcciones del COCODRILO, para no molestar demasiado al clero, pero con ello, no alteró la esencia de esta obra singular, y nuestro deseo es que nunca se altere, para que siempre sea comprendida en su más pura expresión.

CANTO 1
SIGNOS AMEDRENTADORES EN LOS ASTROS
SEGURIDAD DE LOS SABIOS
INQUIETUDES DEL PUEBLO

.....Canto
Miedo, el Hambre, la Sed y la Alegría deslumbrante
Que experimentó nuestra antigua y célebre Ciudad,
Cuando un reptil impuro, por Egipto alumbrado,
Sin dejar Menfis, vino hasta las orillas del Sena,
Para.....en una inmensa arena.

Musa, dime cómo tantos hechos maravillosos
A tan pocos mortales han abierto los ojos;
Dime qué pensó el Cuerpo académico;
Dime por qué arbitrios el Legado de África
Recibió al fin el premio por todos sus atentados;
Dime, di, o más bien, Musa, no me digas;
Pues estos hechos están escritos en el templo de la memoria
Y bien puedo sin ti recordar la historia.

(Amigo lector, puesto que yo prescindo de Musas, será necesario que vosotros prescindáis de los versos, pues éstos no deben hacerse sin que alguna de estas Diosas nos los dicte. Ahora bien, dado que para mí dichos favores son raros, no veréis a menudo versos míos en esta obra; pero también, cuando encontréis alguno, podéis estar seguros de que no serán versos falaces, como ocurre algunas veces con los que os presentan mis colegas.)

Desde hacía varios meses se veían signos extraordinarios en el cielo: la espiga de la Virgen había desatendido el llamado del observatorio, la luna había lanzado unos gemidos como si estuviera alumbrando; la cabellera de Berenice había parecido en un primer momento empolvada de blanco, y luego, por un golpe de viento, se había vuelto negra como un crespón. Todos los astros a la vez parecían dar muestras de tristeza. Ya no se trataba del concierto armonioso que las esferas celestes ofrecieron en otros tiempos a Escipión con el rey Masinissa; sólo producían unos sonidos lúgubres como la campana mayor de las catedrales, o disonantes, como el aullido de varios animales. Por último, algunas personas creyeron ver incluso en la región unas estrellas grandes como cocodrilos que se agitaban con espantosas contorsiones.
Es verdad que los sabios no veían en ello ningún prodigio. En un momento explicaban todos estos fenómenos, o los negaban cuando no podían explicarlos; parecían por tanto muy tranquilos. Pero el pueblo, que no tiene como ellos la clave de la naturaleza, se moría de terror a la vista de estas maravillas. Sólo veía en ellas siniestros presagios; se lamentaba, vagaba de un lado a otro, y corría hacia donde su desesperación y su miedo le arrastraban.

Sí, los esforzados habitantes de la ciudad romana,
No estaban más inquietos por ellos, por sus hogares,
Cuando, amenazados por los ataques de un enemigo poderoso,
El corral ayunaba; y cuando un inocente sacerdote,
Probando los pollos a la vista de un pueblo piadoso,
Declaraba tristemente que tenían.....

CANTO 2
RELATO DEL CABO DE HORNOS

Lo que aumentó la consternación fue un relato de los más extraordinarios que trajo una fragata de regreso de la Guyana. El capitán había descendido en aquella región, y habiendo ido a cazar en un lugar apartado descubrió una miserable cabaña. Entró, y no vio más que los restos de un esqueleto echado en el suelo; y a su lado, una pequeña caja en la que encontró este sorprendente relato escrito, totalmente en inglés. Durante el viaje de regreso a Francia, se entretuvo traduciéndolo a nuestra lengua, y ésta es la traducción que se encontraba en todas las calles de París:

"Yo, John Looker, teniente del navío "Hopeful", de la flota del almirante Anson, doy fe de los hechos contenidos en el presente relato, e invito a quienes lo lean a hacer suya la idea de que no es dentro de los límites de nuestra vida corporal donde están encerrados todos nuestros conocimientos.

El 25 de marzo del año 1740, a las 11 y media de la noche, cuando la tripulación se preparaba para el cambio de turno y la flota atravesaba la Tierra del Fuego, buscando a pesar de una horrible tempestad, doblar el cabo de Hornos, en medio de las olas agitadas vi algo como una gran masa de vapores que permanecía inmóvil a pesar de la furia de los vientos. Era de un color marrón subido, y una luz oscura que salía por ondulaciones de su centro volvía esta masa transparente; al cabo de unos minutos la masa se transformó súbitamente en un edificio de grandes proporciones, pero tan poco elevado que un hombre alto hubiera podido alcanzar el techo con los brazos.

En cuanto el edificio estuvo formado, inició un movimiento de rotación. Esto me permitió ver toda su superficie exterior, que era circular: pronto pude ver también un poco el interior, pues mientras continuaba el movimiento de rotación, tras la primera vuelta, se hizo una abertura en el muro en forma de puerta de arco cimbrado que me dejó entrever más claramente la débil luz de adentro.

Luego de la segunda vuelta vi que se abría una segunda puerta al lado de la primera, similar a ésta; por fin, como a cada vuelta se abría una nueva puerta, pude fácilmente conocer su número, y el número de estas puertas se eleva a mil cien, cada una de ellas a una distancia igual de la otra.

Cuando todas estas puertas estuvieron formadas, y el muro se halló así perforado uniformemente en todo su perímetro, el movimiento de rotación se detuvo; y al quedar fijo el edificio tuve la posibilidad de ver su distribución interior.

Consistía en una gran sala sin ornamentos, y sin más muebles que un taburete marrón al pie de cada una de las pilastras situadas entre las mil cien puertas; es decir que había mil cien taburetes marrones.

Pronto tuve ocasión de saber a qué uso estaban destinados. En efecto, un momento después de que la sala estuviera así dispuesta, vi avanzar desde todos los puntos del horizonte una cantidad de animales desconocidos para mí, cada uno de los cuales era a la vez alado, cuadrúpedo y reptil. Su número era igual al de los taburetes, y cada uno se dirigió ante una de las mil cíen puertas.

Cada uno de ellos iba montado por un hombre que tenía algo así como alas en los hombros, y la cabeza escondida debajo, como los pájaros cuando duermen. A excepción de la cabeza, que yo no veía, esos hombres me parecieron de un tamaño natural.

Cada animal depositó a su caballero ante la puerta a la que se había acercado, y al depositarlo gritaba muy fuerte: uno, el genio de las "Islas Falkland"; otro, el genio del "Polo Antartico"; un tercero, el genio de la

"Cafrería"; los otros, el genio del "Benin"; el genio de la "Conchinchina"; el genio de "Senegal"; el genio del "Fondo del Mar"; el genio de "Nueva Zelanda"; el genio de la "Baja-Bretaña"; el genio de la " California"; el genio del "Monte Kropak"; el genio de "Nottingham"; el genio del "Pico de Tenerife"; y así de las diversas partes del mundo. Pero hubo algunos a los que escuché anunciar: el genio de la "Luna", el genio de "Sirius", el genio de las "Manchas del Sol", el genio de "Mercurio".
Este me pareció más ágil que los otros, aunque fuera mucho más corpulento. Lo que me sorprendió más fue que cada animal, en cuanto había depositado a su caballero y hecho su anuncio, se disolvía en tres partes según las tres regiones a las que todos parecían pertenecer, y desaparecía ante mis ojos. Tan pronto como los caballeros echaban pie a tierra, cada uno iba a sentarse (y esto sin sacar la cabeza de debajo del ala) en el taburete marrón situado a la izquierda de la puerta por la que entraba, cuidando todos de mantener las manos hacia delante y abiertas. Todos iban vestidos de manera diferente y según las costumbres de las diversas regiones del Universo".

CANTO 3
CONTINUACIÓN DEL RELATO DEL CABO DE HORNOS
DISCURSO DEL PRESIDENTE

"Cuando todos estuvieron acomodados, el que yo había oído llamar el genio de Mercurio, el más corpulento de todos y al que veía agitarse sin cesar en su asiento, fue el primero en sacar la cabeza de debajo del ala; le llevó un momento reconocerse, como si saliera de un sopor, tras lo cual comenzó a pasear su mirada por toda la asamblea, deteniéndola sucesivamente en las manos de todos los genios; luego dijo en voz alta:
Señores, independientemente de que yo sea el genio de la región de Mercurio, como vosotros lo sois de las diversas regiones de este universo, soy también el virrey del dios de la materia universal; y es en calidad de tal que me corresponde el derecho de presidir esta asamblea que ha sido convocada por sus órdenes; en esta misma calidad de virrey del dios de la materia universal, yo en persona, en nombre del amo, he puesto en vuestras manos, aunque invisiblemente, un signo natural que es la señal de vuestros poderes y de la tarea que os ha sido confiada. Esta señal va a asegurarme que vuestros títulos están en condiciones.
En efecto, apenas hubo pronunciado estas palabras, todas las manos, en las que yo no había percibido nada hasta ese momento, me parecieron llenas de signos diversos análogos a los de las diferentes ciencias que ocupan las academias. Cuando el presidente hubo terminado su examen, dijo:
Vuestras manos son aptas para cumplir vuestro encargo: así pues abandonad esa actitud incómoda, se os devuelve la más completa libertad. (Entonces las manos de los genios adoptaron una actitud libre aún cuando sus cabezas siguieran estando bajo el ala). Pero como mis títulos son superiores a los vuestros, y como no llevo las mismas marcas que vosotros, es preciso también' que vosotros podáis reconocer la validez de mis poderes: éste es el signo que de ellos os doy.
En el mismo instante todas las cabezas salieron de debajo del ala; sobre la cabeza del presidente vi aparecer una especie de corona de un rojo vivo tirando no obstante al color del azufre; pero en lugar de los florones que habitualmente adornan las coronas, la suya iba acompañada de toda clase de emblemas asignados por los sabios a los planetas, los elementos, las sustancias minerales, y a las diferentes divinidades de la mitología, y todos aquellos ornamentos parecían del mismo color y la misma sustancia que la

corona.
Cuando los genios vieron la corona sobre la cabeza del que había pronunciado estas palabras, se levantaron todos a la vez, se inclinaron ante él y volvieron a sentarse. Entonces continuó así su discurso:
Mis queridos colegas, queriendo consultarnos, a nosotros, que aunque espíritus somos sujetos, el dios de la materia nos ha hecho venir desde todas las partes del universo celeste y terrestre para que juntos reflexionemos sobre los medios para alcanzar el importante fin que se propone; y hemos sido escogidos directamente por él, de todas las clases ilustradas de nuestras diferentes regiones, para un objeto particular. Somos sus íntimos y los depositarios de su confianza, y durante un tiempo hemos tenido la cabeza bajo el ala como signo de la entera sumisión a su voluntad que debemos tener. Ahora hagamos todo cuanto esté en nuestro poder para realizar su proyecto; se trata nada menos que de acudir en ayuda de los buques de Inglaterra, que se encuentran en estos parajes, y defenderlos de los peligros que los amenazan.
Cuando Inglaterra se armó para humillar a la orgullosa casa de España que quiere disputarle el dominio de los mares, trazó un plan que se extiende bastante más allá de la presente guerra y de la expedición confiada al almirante Anson; confía en alcanzar un día hasta la misma casa de Francia, de la cual proviene la de España, y exterminar totalmente la nación francesa. A esa nación voluble que osa ser su rival y la inoportuna con su prosperidad y su vecindad, no dejará de hostigarla tanto en el exterior como en el interior. Os anuncio incluso que, instigado por ella, pronto el rey actual de Francia pondrá a la cabeza de sus finanzas a un ministro poco capaz de arreglarlos desórdenes: por tanto serán llevados al colmo de su caos por su propia administración. Además, ese ministro dilapidará de tal manera los recursos que el pueblo se entregará a la cólera que el hambre le habrá inspirado, y la corte estará a un paso de su perdición.
Sin embargo esto no será nada todavía en comparación con lo que aguarda a Francia en otra época, cuyos detalles no tengo orden de exponeros. Por otra parte, todo cuanto yo mismo sé es que nos aproximamos a un momento en el que el molde del tiempo debe quebrarse para todo el universo, a la espera de que el tiempo mismo sea roto; y esta rotura empezará por Francia.
Ahora bien, como no pueden darnos un golpe mayor que romper el molde del tiempo donde retozamos, y como nuestros fieles amigos los ingleses están ligados al tiempo más que ningún otro pueblo, de lo cual da fe su esplín con el que pagan al tiempo el precio de lo que de él han recibido, es esencial que nosotros los apoyemos con todas nuestras fuerzas en su empresa contra los españoles, puesto que su éxito puede tener tantas consecuencias importantes en perjuicio de Francia. Además, por nuestro honor tenemos que vengarnos personalmente de estas dos naciones, una de las cuales quema sin vacilar a aquellos que se sirven de nosotros, y la otra se burla tan orgullosamente de quienes creen en nuestra existencia.
La sangre de los indios que España derramó a raudales le había asegurado, por un momento, nuestra ayuda y asistencia; pero un hombre demasiado célebre en esta nación rompió todos los límites. Se ha convertido en el ángel tutelar de los españoles, ha hecho que nuestro soberano tuviera serias dificultades para encontrar en su territorio un genio de confianza a quien convocar, y nosotros no podemos prometernos nada contra España si no conseguimos que la flota inglesa atraviese el Cabo de Hornos. Sabed que, aunque muerto desde hace tiempo, es este español quien, habiendo tenido conocimiento de este hecho por medios secretos que no hemos podido descubrir, hace que soplen los vientos impetuosos que asolan estos

parajes y se oponen constantemente al avance de la flota. Es él quien ha sabido procurarse tanto ascendiente sobre los elementos y volverlos tan funestos para nuestros proyectos, que sin medios extraordinarios, jamás podremos verlos realizados.
Pero vosotros no ignoráis que aquél del que somos súbditos está provisto también de un gran poder; sabéis que nuestros conocimientos y nuestras luces pueden secundar en gran manera esta potencia ya de por sí tan temible, y sobre todo, que tenemos el poder de tomar la forma que juzguemos más ventajosa para el éxito de nuestra empresa.
Se trata pues, en este momento tan apremiante, de deliberar acerca de los medios que emplearemos para anular la resistencia que ese español y los vientos oponen. Para ello el dios de la materia nos ha ordenado venir aquí, a fin de que del conjunto de vuestras reflexiones resulte un expediente que pueda ser útil a su plan. La sesión queda abierta, comunicad a la asamblea vuestras opiniones".

CANTO 4
CONTINUACIÓN DEL RELATO
DEL CABO DE HORNOS
OPINIÓN DEL GENIO DEL FONDO DEL MAR

"El genio del Fondo del Mar: Soy el primero en pedir la palabra para proponer un medio, según creo, capaz de realizar el objetivo que nos ocupa. Sabéis sin duda, respetabilísimos cofrades, que de todo lo que compone el universo la extensión de los mares es uno de los atributos más importantes de nuestro

soberano, y es una gran fortuna para nosotros que él reine tan poderosamente sobre los mares, porque por su arbitrio atemperamos y contenemos el fuego que no cesa de amenazarnos, y nos hace encontrar, en verdad, las aguas de estos mares un poco salobres; pero chitón...
Aquí el orador puso un momento su dedo sobre la boca, y luego continuó: Debemos pues amar predilectamente al pueblo inglés por el ardor con el que procura reinar sobre este elemento, con preferencia sobre todos los demás pueblos, porque con ello se convierte en el órgano de la voluntad de nuestro soberano, como si fuera el ministro de su imperio.
Por ello no debemos ahorrar esfuerzos para sacar a la flota del almirante Anson de la crisis en que se encuentra; pero de ninguna manera podemos lograrlo mejor que actuando directamente sobre el mismo mar, tratando de hacerlo más dócil y a los vientos menos perjudiciales, puesto que para intentar cambiar estos vientos o calmarlos, temo que esto esté por encima de nuestras fuerzas, visto el temible enemigo que tenemos delante, según el discurso del venerable presidente. Y si no podemos someter a estos vientos imperiosos, hay que procurar anular todos los efectos que podrían producir. Os diré la solución que imagino:
Oí decir a Jerjes, cuando descendió a nuestras regiones, que durante sus guerras con los griegos había arrojado al mar del Archipiélago una cadena de hierro para encadenar a este elemento; no triunfó en su proyecto porque este acto de supremacía no tenía otro móvil que una cólera infantil, y no se dirigía para nada a nosotros.
Pero desde que esa cadena está en el fondo del mar, estoy convencido de que por la causticidad de la sal marina precipitada en frío ha adquirido una nueva virtud que puede volverla muy apropiada para nuestros designios. Como sabéis, el fondo del mar es mi departamento; ofrezco dirigirme al instante al lugar en que está dicha cadena y traerla aquí con toda la

prontitud de que soy capaz. No dudo que arrojándola en las aguas que se agitan con tanta furia, las calmará lo suficiente como para dejar que la flota inglesa continúe su ruta".

CANTO 5
CONTINUACIÓN DEL RELATO
DEL CABO DE HORNOS
OPINIÓN DEL GENIO DE LA LUNA

"El genio de la Luna: Yo esperaba que el preopinante nos hiciera una proposición tan absurda (algunos rumores en la asamblea, y vehementes murmullos de parte del preopinante; pero la calma se restableció y el orador continuó). Sin duda la cadena de hierro en cuestión habría adquirido en el fondo del mar esa virtud que el preopinante supone si la influencia de mi departamento hubiera podido penetrar hasta los profundos lugares donde reposa dicha cadena, porque esa influencia hubiera podido actuar entonces sobre la parte cáustica de la sal marina precipitada en frío de que nos habla. Pero él no debe ignorar que si en otros tiempos, por la ardiente impresión del Sol, la Luna tenía cada día una sed lo suficientemente abrasadora como para que necesitara diariamente también apagarla, absorbiendo la parte volátil y dulce de las aguas del mar, hoy día esta acción aspiradora ya no se extiende hasta la superficie de los mares, y la Luna ya nada tiene que ver con los mares.

Es un conocimiento que ciertos sabios mortales nos han comunicado, y sin ello nosotros jamás habríamos podido saberlo, puesto que sin los descubrimientos de estos sabios el mundo sería todavía tal como solía ser.

Es verdad que yo podría excusar hasta cierto punto la ignorancia del preopinante, puesto que como su departamento está por debajo de las aguas le está permitido no estar al tanto de lo que pasa en su superficie y en su interior; pero lo que no le perdono en absoluto es olvidar los derechos relacionados con nuestra esencia, que son muy superiores a los que puede poseer o adquirir cualquier especie de sustancia material y diferente de la nuestra.

Sí, él debía saber que nunca llevaremos mejor a cabo el proyecto que nos reúne que por medio de algunas sustancias que emanan de nuestro propio ser, y he aquí lo que al respecto tengo que proponeros.

Muchos navegantes han probado que por medio del aceite conseguían calmar las aguas en las tempestades más violentas. Sin duda la flota inglesa emplearía este expediente si su larga navegación no hubiera agotado incluso hasta las sustancias de primera necesidad. Pero a nosotros nos corresponde suplir esta carencia, y en lugar de aceite ordinario y material del que se ven privados, empleemos el poder que nos ha sido dado para exprimir de nuestra propia esencia un aceite más abundante aún, y más eficaz. Creo en este medio tan perentorio que seguramente la asamblea no vacilará en dar su asentimiento".

CANTO 6
CONTINUACIÓN DEL RELATO
DEL CABO DE HORNOS
OPINIÓN DEL GENIO DE ETIOPIA

"El genio de Etiopía: Si el expediente que el preopinante ha gloriosamente combatido le ha parecido, con razón, tan absurdo, yo diré que el que él propone me parece más absurdo todavía. (Movimientos, murmullos acompañados no obstante de algunos signos de aprobación). Antes de llevar adelante semejante recurso, el preopinante habría debido reflexionar sobre la naturaleza de los cuerpos que tenemos, sobre las propiedades que les están negadas así como sobre aquéllas que les pertenecen.

Ha de saber pues que si podemos exprimir de nuestros cuerpos sustancias muy variadas, el aceite sin embargo no se cuenta entre ellas. No, nuestros cuerpos no pueden transformarse en aceite ni producirlo, porque el germen

de esta sustancia ya no se encuentra en la raíz de nuestro ser, sino que circula a nuestro alrededor sin que podamos darle acceso, más allá de nuestra piel.

Es algo que sobre todo nosotros, los etíopes, no podemos ignorar; nosotros que, como tantos pueblos de nuestras comarcas, tenemos siempre la piel brillante.
Si aún tuviéramos esta sustancia en nosotros, podríamos proponernos conquistas mucho más gloriosas y también más importantes que las que nos ocupan en estos instantes. Pero no miremos al pasado. En cuanto al momento presente, dejemos de lado ese medio que, de hecho, nos resulta imposible emplear.
Estoy muy lejos, sin embargo, de abandonar por ello nuestra empresa. Pero creo que en lugar de aceite, deberíamos hacer salir de nuestra esencia alguna transpiración acuática en forma de lluvia ligera, de la que podríamos servirnos con éxito: ya que todo el mundo sabe que la llovizna abate el gran viento. Y tras esto el orador volvió a sentarse riendo y aplaudiéndose a sí mismo por su ingeniosa propuesta".

CANTO 7
CONTINUACIÓN DEL RELATO
DEL CABO DE HORNOS
OPINIÓN DEL GENIO DEL PICO DE TENERIFE

"El genio del Pico de Tenerife: Para combatir la opinión del preopinante, no me serviré de las expresiones indecentes con que los dos oradores precedentes han herido mis oídos; la razón será la única arma que usaré. Es la única que conviene a la dignidad de esta asamblea, y me atrevo a creer que la utilizaré victoriosamente.
El preopinante no debe ignorar que el elemento que domina en nosotros es el elemento ígneo, y que dicho elemento ígneo es todavía más extraño al agua que al aceite, ya que no se conoce nada más opuesto que el fuego y el agua. Esta es la razón por la que no podemos formar ninguna sal esencial, porque lo volátil y lo fijo están siempre separados para nosotros. En efecto, proponer que nos transformemos en agua sería como si se le pidiera a un animal rabioso que, para curarse, hiciera surgir de él una fuente, mientras que ni siquiera puede beber el agua de las fuentes que están a su alrededor.
Quiero creer que el error del preopinante se ha escapado sólo por distracción; pero no por eso deja de ser un error. ¡Ay! ¡Tenemos que confesar entre nosotros algo mucho más humillante! Y es que, lejos de poder ejercer a nuestro antojo el dominio sobre los elementos, estamos bajo su yugo imperioso; y en las diversas regiones donde pasamos por ser sus genios, no somos realmente más que sus esclavos y sus víctimas. Todos nos destilan continuamente a un fuego mucho más poderoso que el nuestro, y ello es tanto más desagradable para nosotros cuando nos destilan sin sublimarnos, y no hacemos sino sufrir permanentemente las angustias de la operación, sin llegar a ninguna partida ni a ninguna liberación.
El aire es el único que por su movilidad tiene alguna analogía con nosotros: es pues en él que debemos poner nuestras miras, y no debemos descuidar la ocasión de intentar destilarlo a nuestra vez. Sin embargo no es sobre la masa de los vientos adonde debemos dirigir nuestros esfuerzos. Sólo podemos emplear subterfugios contra el efecto de esos vientos, y no nos está dado combatirlos abiertamente.
Ahora bien, como el departamento que habito está situado por encima de los vientos de la atmósfera de la tierra, he tenido ocasión suficiente de observarlos y poder saber cómo debemos ingeniarnos para que no

perjudiquen a la flota inglesa. En las tempestades, van reunidos habitualmente en grandes masas, a fin de actuar con más fuerza sobre las olas del mar y sobre los buques, así como sobre los edificios, cuando deben causar sus estragos sobre la tierra. Así pues, para atenuar esas masas en la tempestad actual, ésta es la solución que tengo que proponeros:
Consistiría en transformarnos todos en grandes alambiques abiertos, que en la parte inferior terminaran en largas serpentinas. Al presentarnos así transformados, interceptando una parte de esas masas de vientos en nuestros alambiques, la disolveríamos con el calor que nos es propio, extraeríamos por

evaporación la porción de aire que constituye el ingrediente principal de los vientos y las tempestades, y el caput mortuum que quedara caería al mar por nuestras serpentinas, sin causar ningún daño a la flota.
Esto nos resultaría tanto más fácil cuanto que el reino del aire está declinando en el mundo. Algunos sabios que han abandonado la vida terrestre nos acaban de hacer saber que las academias deben destituirlo permanentemente y excluirlo del número de los principios constitutivos de las cosas. Estando así amenazado por una ruina inminente, el aire apenas podría resistir el poder de nuestros alambiques, y de este modo renovaríamos y continuaríamos esa especie de destilación química hasta que hubiéramos agotado su poder".
¡Admirable! ¡Admirable! exclamó un genio lapón, y fue apoyado por un gran número de voces.
Pero el genio de Etiopía, humillado porque su lluvia había sido rechazada, se cuidó bien de compartir su opinión, y él y sus partidarios le hicieron una grita tan fuerte que pronto ya no se podía entender nada.
El genio del Fondo del Mar, que no estaba para nada contento con el exabrupto que había recibido del genio de la Luna, y que perseveraba en su opinión sobre la cadena de Jerjes, no quería adoptar ni la posición de su rival ni la del genio del Pico de Tenerife, y por su parte aumentó el alboroto tanto como le fue posible. Desde todas las partes de la sala no se oían más que gritos confusos de: pido la palabra; votemos la lluvia; votemos el aceite; suspendamos la sesión; la cadena de Jerjes; los alambiques, etc..
El presidente se desgañitaba gritando: ¡Señores! ¡un poco de silencio! ¡un poco de silencio! Nadie lo escuchaba; e incluso, para no seguir viéndose expuestos a sus justas amonestaciones, los alborotadores más notables, como el genio del Monte Hekla y el genio de Saturno, que es al mismo tiempo el del plomo, encontraron la manera de soldarse los labios, de modo que ya no podía proferir una sola palabra. (Y no nos sorprenderá que el genio de Saturno haya empleado este recurso, puesto que sabemos que es algo así como el canciller del Universo, y que en calidad de tal está encargado de sellar todo en la naturaleza, tanto más cuanto él mismo está sellado, como es evidente por su anillo).
Entonces cada cual abandonó su sitio; las partes se mezclaron y ya no prestaban sino un torbellino semejante a aquellos con los que Rene Descartes ha querido desentrañar el origen del mundo. Al fin, después de que aquella horrible confusión hubo durado cierto tiempo, el partido del genio del Pico de Tenerife pareció ser el más fuerte: volvieron a sentarse, el presidente recuperó el uso de la palabra, se votó, y los alambiques ganaron con la escasa mayoría de dos sufragios, es decir, por 551 contra 549.
Inmediatamente se levantó la sesión, la sala desapareció, y todos los genios se metamorfosearon en alambiques de la forma prescrita, elevándose por los aires para ir a ejecutar el decreto que acababa de ser aprobado".

CANTO 8
CONTINUACIÓN DEL RELATO
DEL CABO DE HORNOS
MANIOBRAS DE LOS GENIOS

"En el mismo instante algunos de los barcos de la flota fueron aliviados, entre ellos aquél en el que yo iba. Los genios alambiques que se habían interesado en él desempeñaban tan bien sus funciones que los vientos que hasta un momento antes lo atormentaban con tanta violencia se volvieron menos enfurecidos y ya no corrió tanto peligro. Lo mismo ocurrió con el buque insignia y algunas gabarras; y en medio del rugido de los vientos ya oía atravesar los gritos de alegría y resonaban estas palabras: Victoria, victoria; España está vencida; España está perdida; Inglaterra vence a todos sus enemigos. Vi también en el aire una especie de fragata alada que volaba sobre todas las divisiones de la flota, como habría hecho un ayudante de campo, difundiendo esta noticia para alentar a los marinos y tal vez también para vigilar a los genios alambiques que hubieran podido descuidar sus funciones.

En efecto, nada era más necesario, ya que si algunos de ellos fueron sumisos y fíeles al decreto, como no podía dudarlo por los hechos y por los numerosos partidarios que se había atraído el genio del Pico de Tenerife, también tuve la prueba de que dicha fidelidad no fue general: el genio de la Luna, el genio del Fondo del Mar y el genio de Etiopía, furiosos por haber visto su opinión tratada con tanto desprecio, estaban lejos de haber aplacado todo resentimiento. Y aunque por la fuerza del decreto se hubieran vistos obligados a transformarse en alambiques como todos sus cofrades, cada uno exhortó a su pandilla a eludir, tanto como pudiera, la ejecución de lo que dicho decreto habría ordenado, y no ahorraron esfuerzos para contrariar el acuerdo que había sido tomado a pesar de ellos.

Y fueron harto bien servidos por todos aquellos que se habían declarado sus partidarios. Unos, en vez de colocarse de frente al viento, se ponían en fila unos delante de los otros, de manera que había un sólo alambique que sirviera, y el resto resultaba inútil.

Otros, ciertamente, conservaban su posición de frente y su alineación, pero en primer lugar contenían hasta tal punto su calor y su fuego que no producían ninguna disolución en la masa de vientos que entraban en sus alambiques; además cerraban tanto el orificio externo de su serpentina que los vientos que llegaban hasta allí no encontraban salida, retrocedían sobre sí mismos, y no hacían sino esparcirse por los aires con más furia.

Otros, en cambio, prolongaron sus serpentinas y las alargaban tanto que se convertían en grandes cilindros; los vientos las atravesaban sin la menor oposición, y se descargaban como antes sobre los buques que el decreto había pretendido preservar. Infidelidades que, en otros momentos y en circunstancias diferentes a aquellas en que se encontraban, me hubieran proporcionado tema de profundas reflexiones.

Gran parte de la flota sufrió los penosos efectos de esta traición y esta venganza; a cada momento veía alguna de nuestras naves asaltadas tan cruelmente que todos sus esfuerzos resultaban vanos. Por más que arriaban las velas, por más que emplearan todos los recursos del arte, por más que lanzaran cañonazos en señal de socorro, hasta tal punto que se hubiera creído que estábamos en una batalla naval, nadie iba en su ayuda, y nada podía preservarlos de la malignidad del enemigo que los perseguía. Así pues, veía algunos que se abrían y se desmontaban, por decirlo así, en todas sus partes que a continuación erraban dispersas sobre la superficie agitada del mar; veía otros que giraban como sobre un pivote, para

terminar tragados por el fondo de las aguas.
Durante esta horrible catástrofe, no dejé de observar y seguir la marcha y el juego de cuanto sucedía, y puedo decir que no hay nada comparable a la astucia y la maldad de esos seres maléficos, cuya existencia ni sospecha el hombre envuelto en su materia, y me parecieron mucho más temibles cuando quieren dañar que útiles y ventajosos cuando se proponen proteger: el final de nuestra empresa da prueba de ello. A pesar de los numerosos partidarios del genio del Pico de Tenerife, apenas un tercio de la flota escapó al peligro; y una vez que pasamos el famoso cabo de Hornos nos encontramos en tan reducido número que para nosotros fue un verdadero dolor ver cuántos compañeros teníamos que llorar.
Sin embargo nuestro almirante, así como las demás personas de la escuadra, nada había visto de todos estos resortes secretos que habían actuado en el peligroso pasaje. Por tanto se vanagloriaba de su éxito, se atribuía el mérito, como hacen la mayoría de los triunfadores, y no sospechaba más que ellos de los medios viles y despreciables a los que debía el buen resultado de su empresa.
En cuanto a mí, yo escuché claramente las voces de aquellos que lo había favorecido en el peligro. Lanzaban imprecaciones contra los traidores que los habían abandonado, en tanto que si hubieran cumplido con su deber toda la flota habría sido salvada. Incluso creí distinguir la voz del que había sido presidente de la asamblea, y le oí decir que daría cuentas a su amo de aquellos que no habían cumplido fielmente con las intenciones del decreto, y que él sabría castigarlos.
Un momento más tarde vi que todos los genios alambiques recobraban su forma humana con su traje anterior, excepto que no volvieron a meter la cabeza bajo el ala. Creí incluso que probablemente la actividad en el aire, donde acababan de batallar contra los vientos, había influido en sus alas, ya que éstas se habían agrandando prodigiosamente, y ello me hizo comprender cuáles eran los poderes de los elementos y qué derechos tenían sobre cuanto se presentaba ante ellos.
Pero apenas había comenzado a reflexionar sobre un tema que me parecía una mina inagotable de verdades, cuando el presidente dio la orden a todos sus colegas de regresar a sus departamentos, recomendándoles que se mantuvieran preparados para proseguir su empresa contra los españoles y comenzar pronto las que debían dirigirse contra Francia. Seguidamente vi que todos los genios se elevaban en el aire, volaban con la rapidez de las águilas y se dirigían hacia los diferentes puntos de la atmósfera.
El debilitado resto de la escuadra volvió a entrar bajo las leyes ordinarias de los vientos, y continuó tranquilamente su ruta. Aproveché ese momento de reposo para redactar el relato de cuanto acaba de ver, pero hice este trabajo en secreto, y sin abrirme a nadie, porque nadie parecía haber visto nada, y temía que tomándome por un visionario no dieran fe a mi relato, o me acusaran de haber querido hacer una sátira de mi compatriota Milton, que había hecho construir por Satán una sala de estilo dórico en los infiernos, para reunir allí un consejo con los diablos.
Si también las personas en cuyas manos caerá este escrito se preguntan cómo he podido ver y observar lo que él contiene, mientras el servicio de la nave en que me encontraba sin duda exigía toda mi atención, y esa nave misma no podía dejar de experimentar algunos movimientos y sacudidas ocasionadas por la tempestad, les responderé que no era la primera vez que cuadros de este género se representaban a mi vista; que desde mi infancia había tenido ocasión de hacer algunas pruebas que me habían habituado un poco; que por otra parte, como todos pueden observar, el trabajo material está apartado de los fenómenos que pasan ante nuestra mente, y forman

un reino distinto que tiene su régimen particular; que mi padre, que era piadoso porque conocía perfectamente la naturaleza, había disfrutado del mismo don que yo, y había tenido ocasión de beneficiarse de él en secreto, ya fuera en tierra, ya en medio de las escuadras donde servía en calidad de capitán de navío; que gracias a ello había tenido incluso la fortuna de hacer llegar algunas veces advertencias útiles a la reina Ana, y que a él y a sus ciencias secretas debe ella la gloria que ha ilustrado su reino.
Por lo demás, me propongo no comunicar nada de todo esto en tanto viva. No sólo para que los franceses, que son mis enemigos naturales, lo conozcan lo más tarde posible, sino también porque tengo un primo miembro de la sociedad real de Londres, y que en su calidad de sabio no dejaría de cubrirme con su desprecio si llegara a saber que tiene un pariente tan crédulo".
Firmado: LOOKER
P.S.- A pesar de la ayuda evidente que había recibido al pasar el cabo de Hornos, el barco "Hopeful" en el que yo iba estaba destinado a ser víctima de la potencia oculta que combatía la empresa de Inglaterra contra España. Fue quebrado por las rocas, cerca de las costas occidentales de América meridional. Cuando el naufragio, oí una voz que decía: "Estoy en mi departamento, y puedo vengarme a mis anchas del partido de los alambiques, que en el paso del cabo de Hornos me impidió hacer todo el mal que hubiera querido". Después de estas palabras ya no oí nada más, "A pesar de mi desastre, y como nunca perdí la confianza en el poder supremo ni la resignación ante su voluntad, tuve la dicha de llegar a tierra, yo y tres de mis compañeros, y tuve la dicha también de salvar mi relato y una escribanía.
Una vez en tierra, mis compañeros y yo erramos por regiones salvajes y por bosques, y llegamos hasta las orillas del Orinoco, donde percibí como un hervidero de cocodrilos, del centro del cual oí salir estas palabras: Yo también estoy en mi departamento, y te anunció que España no sólo no ganará nada con el naufragio del Hopeful, sino que el único efecto que tendrá será que nos encarnizaremos mucho más con ella en el presente, y más todavía con Francia en el futuro. Sí, ¡maldita sea España, hoy! pero en el futuro, ¡maldita sea Francia! ¡maldita sea Francia! ¡maldita sea Francia! y sobre todo ¡maldita sea París! pues un día sus habitantes recibirán una sorpresa".

CANTO 9
INQUIETUD DE LOS PARISINOS

Este era el terrorífico relato que se divulgaba profusamente por París, y cuyas últimas palabras, por su oscuridad, no eran precisamente tranquilizadoras. Todos se veían ya tragados por uno de esos extraordinarios alambiques que el relato pintaba. Vagos rumores vinieron a aumentar la alarma. Se oyó hablar de revueltas en los mercados de las afueras, y entonces cada cual comenzó a abrir los ojos sobre las consecuencias que ello podía acarrear. Porque así como cuando los fértiles rocíos de Abisinia y Thébaide no vierten sus saludables aguas en el Nilo, Egipto entero, víctima del hambre, languidece en la desesperación y la esterilidad, así también, cuando las comarcas que rodean nuestra capital sufren la paralización o la escasez de medio de subsistencia, por fuerza somos nosotros quienes sentimos los efectos más desastrosos.
Es verdad que los administradores municipales intentaron prevenir los males con todos los medios posibles, pero las cosas estaban dadas de tal manera que ni siquiera la abundancia hubiera apagado el rumor. ¿Quién no sabía que el jefe de las finanzas, elegido desde hacía pocos días, al no saber

por cuánto tiempo conservaría su puesto experimentaba un violento deseo de asegurarse grandes riquezas? ¿Quién no sabía que entre sus más crueles enemigos había una mujer de gran peso y apellido conocido, mala, intrépida, infatigable, siempre vestida de hombre, y que sin mostrarse le hizo dar todos los pasos en falso y llevar a cabo las operaciones más injustas que pudo imaginar, pero que el ministro encontraba perfectas desde el momento en que podían apagar su sed de oro? La suerte del pobre pueblo no entró ni por un instante en el balance; Y ese gran controlador, cuyos sentidos estaban ebrios, para matarnos, de los víveres se hizo empresario.

Por su parte, la mujer de peso levantaba secretamente al pueblo contra el controlador y la administración municipal, apoyando por debajo de cuerda a todos aquellos que estuvieran dispuestos a ponerse a la cabeza de la revuelta, y reservándose en secreto los mayores recursos por si los medios ordinarios no tenían éxito.

CANTO 10
ENCUENTRO DE RACHEL Y ROSÓN

El primer día los desórdenes se limitaron a pequeñas reuniones tumultuosas. Uno solo de dichos grupos, formado cerca de la calle Plátriére, pareció más agitado y numeroso que los otros; en ese momento, un hombre alto y apuesto que parecía ser el alma y el jefe se sintió suavemente tironeado del brazo, y oyó que le decían: "¿Es usted, mi querido señor Rosón?" Se volvió: "¡Eh! Sí, soy yo, mi querida Rachel. -respondió- ¿quién te ha traído? ¿Qué haces tú aquí? Hasta mañana, señores". Y dejando al grupo se separó, cogió la calle Montmartre con la joven judía que se le había acercado.

"¡Cómo, -dijo- la querida Rachel en París! ¿Y tu buen padre Eléazar, también está aquí? ¿Desde cuándo? ¿Por qué habéis abandonado Madrid? Nunca olvidaré el servicio que me habéis prestado allí: ¡qué feliz era con vosotros! Cuéntame pues todo lo que ha pasado. Hace al menos diez años que os he perdido de vista. El relato de nuestras aventuras no será muy largo -respondió

Rachel-. En Madrid, en el colegio del que usted se había hecho echar por sus maldades, supieron que nosotros le habíamos dado algún dinero para que escapara y siguiera su camino: esto hizo que nos observaran. Un desdichado acontecimiento que le ocurrió luego a mi padre hizo que nos reconocieran como judíos. Un amigo nos aconsejó prudentemente que abandonáramos el país.

Inmediatamente nos pusimos en camino hacia París, donde estamos desde entonces. Mi padre vive apaciblemente con una pequeña fortuna, siempre ocupado en sus estudios según su costumbre; y yo, que he enviudado y no tengo niños, permanezco con él para cuidarlo y atender la casa. En nuestros ratos libres se ocupa a veces de instruirme, y no me canso de escucharlo, sobre todo desde los terribles anuncios del relato del cabo de Hornos.

Vivimos en la calle de Cléry, cerca de aquí. Había venido a este barrio en busca de provisiones; he visto gente reunida, me he acercado, le he reconocido y le he hablado: he aquí en pocas palabras toda nuestra historia. Pero usted, ¿qué ha sido de usted desde que nos dejó? ¿qué hace ahora? ¿Está tranquilo? ¿Es feliz? ¡El pobre señor Rosón! Mi padre lo quiere siempre, y me habla con gusto de la época en que usted venía a jugar a casa; pero a menudo me dice que tenía usted mala cabeza".

CANTO 11
HISTORIA DE ROSÓN

"¡Mala cabeza! -respondió Rosón- Verá que no. Dile que pongo mis manos

sobre una gran fortuna, en un lugar importante, que no se llega a esto con mala cabeza. Y verás que el relato del cabo de Hornos no me resultará tan funesto como quisieras hacerme temer.
Al salir de España hacia diez años (gracias a vuestra ayuda) me refugié en Portugal, donde serví cuatro años en la caballería. Tenía un capitán bastante bueno, pero tuve una disputa con él y lo maté. Me escapé y me metí en un convento de Jerónimos, en Lisboa, donde fui fraile lego por unas semanas. Tuve que desalojar otra vez, porque me vi obligado a matar a palos al despensero, que se negaba a darme de beber cuando yo tenía sed, felizmente me enteré de que un barco holandés acababa de fondear en el puerto y partía al día siguiente para Batavia. Me presenté como marinero: me aceptaron y partimos. Al cabo de cuatro meses de navegación una tormenta nos arrojó al golfo Pérsico. Fue preciso permanecer allí un siglo para carenar el barco. Me cogió la enfermedad de querer volver a Europa: me uní a una caravana que salía para Damasco, pero por miedo a que me persiguieran, antes de dejar la nave tomé la precaución de preparar una mecha y la hice saltar media hora más tarde.
Nueva aventura. Unos ladrones árabes saquean a la caravana, matan a una parte de nuestra gente, encadenan al resto y hacen con ellos varios lotes que venderán en diferentes mercados. La banda donde yo estaba llegó hasta Damiette: allí fui comprado por un señor del país, un hombre alto y seco, un visionario, al que un rico señor había venido a buscar desde París por orden de una gran dama para llevarlo a Francia. En efecto, partían pocos días después de mi llegada, y como yo hablaba francés me llevaron con ellos. En el camino salvé dos veces la vida de mi amo: una sacándolo del agua donde había caído, y la otra defendiéndolo contra diez ladrones.
Al llegar a París obtuve como recompensa mi libertad y algún dinero, pero como no era suficiente para hacer mi suerte me entretuve desvalijando de noche a los paseantes. Y así fue como el mes pasado vinieron a hacerme la propuesta más brillante: si quiero ponerme a la cabeza de un partido. Esta palabra me enciende; acepto. Acabas de verme en medio de los míos. Están tomadas todas las disposiciones, mañana oirás hablar de mí.
Adiós, Rachel, no permanezcamos más tiempos juntos, me observan, nos escuchan, es tarde. Di a tu padre que iré a verlo en cuanto esté libre, pero que se quede tranquilo. Adiós. Y se marchó por la calle del Saumon, dejando a Rachel aturdida por lo que acababa de oír y no teniendo nada más urgente que hacer que ir a contárselo a Eléazar".

CANTO 12
ENCUENTRO
CON EL VOLUNTARIOSO OURDECK

"¡El desdichado! -decía yéndose-, mi padre tenía razón cuando decía que acabaría mal. ¡Pobre Rosón! ¡Así pues va a realizarse ese terrible relato del cabo de Hornos! ¡ahí está, preparándose, la obra de esos terribles cocodrilos!".
Cuando pronunciaba estas últimas palabras, dos hombres que caminaban precipitadamente hablando entre ellos pasaron a su lado. Uno de ellos, llamado Ourdeck, impresionado por su aire conmovido y la bondad de su rostro, la miró un instante y le dijo: "Señora, no hay cocodrilos ni relato del cabo de Hornos que haya que temer en un país donde hay almas tan buenas como parece ser la suya".
Ella le agradeció la gentileza, y sin prestarle más atención se dirigió rápidamente a su casa. En cuanto a él, continuó su camino girando de tanto en tanto la cabeza y mirando a Rachel con gran interés.
"Esa mujer tiene el aspecto de una persona honesta -dijo a su compañero-.

Y luego, tras una pausa: Es una cosa singular esas ideas sobre causas maravillosas y secretas que llenan la cabeza de tanta gente. No he visto más que eso en todos los países que he recorrido: En China, en Tibet, en Tartaria, y en todo Asia, cuando viajé como secretario de embajada de una potencia del Norte. Y podemos estar seguros de que los viajeros Marco Polo y Jean Mandeville no inventaron todos los cuentos de gigantes, encantadores y monstruos con los que llenaron el relato de sus viajes.
Los países septentrionales de Europa están inundados de opiniones semejantes: no hay supersticiones a las que esos diferentes pueblos no se hayan entregado, y desgraciadamente no hay crímenes que no se cometan en nombre de esas supersticiones. Después de haber dejado mis ocupaciones, esperaba que instalándome en Francia, y sobre todo entre los parisinos que tienen la reputación de ser tan ilustrados, ya no vería reinar semejantes credulidades, y no creía que el relato del cabo de Hornos y todos esos rumores de cocodrilos pudieran trastornar tantas mentes.
Por lo demás, aquí será como en todas las regiones de la tierra que he observado. Siempre predicciones, y jamás realizaciones que no sean los desórdenes y el pillaje de los bellacos.
En cuando a mí, estoy convencido de que no existe otra manera de disipar esas ilusiones que oponiendo mucha firmeza y valor a todas las empresas de los malhechores; y estoy decidido a hacerlo, no sólo por mis principios filosóficos sino también como ciudadano, puesto que me he naturalizado francés. Todavía tengo la edad y la fuerza suficientes como para poder prestar servicios a mi nueva patria en esta peligrosa situación. Estoy lleno de esperanzas en que la buena causa ganará; me parece que todos los peligros retroceden ante el hombre que tiene el corazón bien situado y no busca sino la justicia". Y diciendo esto se mezcló junto con su compañero de grupo, para recoger informaciones más detalladas sobre cuanto acontecía.
Oyó decir que diferentes grupos comenzaban a reunirse en diversos barrios de París, y difundían la alarma universal; que todos los habitantes, sin exceptuar los más doctos, creían llegar al fin del mundo, y a pesar de las sabias doctrinas que enseñan que nada perece y que nuevos mundos deben formarse sin cesar de los restos y la descomposición de otros mundos, como según las mismas doctrinas los cuerpos se forman continuamente de los restos y la descomposición de otros cuerpos, sin embargo los hábiles personajes que profesaban estos consoladores principios probablemente no estaban suficientemente convencidos ellos mismos para descansar totalmente en la recomposición de otro mundo; preferían jugar a lo seguro y no verse obligados a renunciar a éste. Por tanto la inquietud se adueñaba a la vez de todos los espíritus.
El terror agitando sus fúnebres antorchas,
no muestra en París más que un montón de tumbas;
El ignorante y el docto, el pobre y el rico,
Pronto se vuelven delgados como un cartel.
Espantados, temblando ante las amenazas de la suerte,
ya no les queda otra esperanza que la muerte.

CANTO 13
VIGILANCIA DEL TENIENTE DE POLICÍA
ENCUENTRO DE OUDERCK Y LA SEÑORA JOF

La vigilancia tutelar del teniente de policía no produce en sus almas sino una mediocre impresión: casi sin prestar atención ven a Sédir, ese honesto y fiel magistrado encargado de la seguridad de París, que da sus órdenes a todas las tropas de que puede disponer. Olvidan que a menudo su vigilancia previno o disolvió alborotos; que aunque por la dulzura de su carácter y el

candor de su alma estuviera hecho para otro empleo diferente del que ocupa, y para tratar con otros hombres que no fueran espías, había conservado ese puesto por devoción en bien de la capital, y lo desempeñaba con una dignidad y una justicia que lo hacía merecedor de la honra de todo el mundo.
En medio de este abatimiento general, Ourdeck no deja que su valor se debilite. Con sus discursos reanima el de sus ciudadanos; procura disuadirlos de todos esos rumores extraordinarios y supersticiosos que parecen transtornar las mentes. Los invita a oponerse a la malevolencia, a unirse como voluntarios a las fuerzas armadas que velan por la seguridad de la ciudad, y a pagar generosamente con su persona por la salud de la patria, asegurándoles que es el medio más seguro de conjurar los encantamientos y los encantadores; les dice sobre todo que es en su nacimiento donde hay que detener y disipar todos los fermentos, que hay que cortar el mal de raíz si no se quiere que avance aún más.
A continuación se dirige con aquellos a los que ha levantado el ánimo a los sitios donde presume está el peligro. Hay que convenir que hizo prodigios con su valor. Pero, ¡ay! aquellas predicciones inquietantes que se habían difundido desgraciadamente resultaban demasiado ciertas, y ya comenzaban a tener sus efectos. A pesar de la firmeza que mostró por todas partes un poder oculto parecía rechazar todos sus golpes: no por eso había abierto todavía su espíritu a la verdadera causa de sus derrotas, pero sin embargo comenzaba a no saber qué pensar del incomprensible poder que protegía a todas esas hordas de
bandidos, ya que por la manera en que se había comportado él y los suyos, no dudaba de que hubieran debido tener todas las ventajas.
Cuando se iba, profundamente concentrado en estos pensamientos, una mujer llorosa fue a su encuentro y le dijo: "Me aflige usted mucho, señor, y es una de las causas de mis lágrimas. -¿Quién? ¿yo? Señora, ¿cómo puede ser? No he tenido el honor de haberla visto nunca. -Sé bien, -dijo ella- que no me conoce, y eso es lo que me causa tanta pena. Me llamo señora Jof, y soy la esposa de un joyero de los más hábiles. Me intereso enormemente por usted, ya que lo conozco desde que está en el mundo, y vengo a darle algunos consejos como testimonio del afecto que le tengo. Usted ha recorrido muchos países, tiene muchos conocimientos, sabe muchas lenguas; tiene virtudes, y ama la justicia.
Pero descansa demasiado en la fuerza de sus brazos, y en la bondad de su corazón: ésta es la causa del escaso éxito que acaba de tener. ¿Por qué tendría usted necesidad de dirigir sus armas guerreras con inteligencia y sabiduría, si sus enemigos no tuvieran también su propia sabiduría para dirigirse contra usted? Pero si usted no centraliza sus virtudes humanas, ¿cómo puede obtener ventaja sobre los facciosos que tal vez han centralizado las suyas en el sentido opuesto a la verdad? Elévese pues hasta el principio de todas las virtudes, puesto que tiene que combatir el principio de todos los vicios. Cuanto más conozca la poderosa ayuda de ese principio de todas las sabidurías, mejor verá que no estaría tan apresurado por desarrollar su actividad viva si no tuviera que reducir el principio de todas las actividades muertas.
Los brazos de carne no conocen ni lo que está bien, ni lo que está mal; no se moverían por sí mismos ni por la buena causa ni por la mala, si no hubiera potencias ocultas, pero contrarias, que alternativamente los hicieran moverse. Sí, en lo que pasa ante sus ojos en estos momentos en París, todo le demuestra que hay resortes particulares que le son todavía desconocidos. Tal vez no pueda comprender ahora el sentido de mis palabras; un día las comprenderá. Pero aunque haya viajado mucho, no las

comprenderá sin embargo hasta que no haya realizado un nuevo viaje, que usted no se espera".

CANTO 14
HISTORIA DE LA SEÑORA JOF

Al decir estas últimas palabras, la supuesta mujer que había dicho llamarse señora Jof se disipó en el aire como un vapor. El lector se hará fácilmente una idea del estado de aturdimiento en que quedó el voluntarioso Ourdeck, al verla desaparecer de una manera tan súbita y extraordinaria ante sus ojos. Pero como no podrá hacerse tan fácilmente una idea de lo que era esta señora Jof, es necesario que mi pluma le transmita lo que una tradición poco extendida ha conservado.

Esta mujer nació en el año 1743, en pleno invierno, en la capital de Noruega, a 60° de latitud. Fue el fruto de un parto extremadamente doloroso, y su nacimiento señalado por acontecimientos extraordinarios. Durante ocho días, a contar desde aquél en el que había venido al mundo, el sol permaneció cada día durante tanto tiempo en el horizonte como lo hace cuando el solsticio de verano. Todos los hielos se fundieron; los ríos se deshelaron; las praderas se cubrieron de pastos, los jardines de flores, y los árboles de frutos. Pero lo más notable fue que los cardos, los espinos y las plantas venenosas o malsanas no crecieron.

Se dice incluso que la famosa olla del Malstrom se cerró, y que los barcos pudieron acercarse y navegar seguros por allí. Agregan que los malos magos, que abundan en el Norte, fueron perturbados en sus operaciones hasta el punto que se vieron obligados a abandonarlas; y que los simples malhechores ordinarios fueron atormentados en sus conciencias hasta el extremo de que en veinte leguas a la redonda ya no se oyó hablar de ningún crimen.

Un historiador versado en toda clase de conocimientos, miembro de la academia de Petersburgo, y amigo del padre de la niña a cuya casa había venido a pasar una temporada, se encontró súbitamente invadido por un espíritu profético. Se aproximó a la cuna de la criatura, y tras haber mirado atentamente a la pequeña anunció que sería grande en luces y en virtudes, pero que el mundo no la conocería. Que estaría sin embargo a la cabeza de una sociedad que se extendería por toda la tierra, y que llevaría el nombre de sociedad de los Independientes, sin tener ninguna especie de parecido con ninguna de las sociedades conocidas.

Miró nuevamente a la niña, y con ternura hizo un segundo pronóstico sobre ella, que no conoció a nadie entonces, y que sin duda hoy será conocido por un número muy reducido de personas: que ella enseñaría a los hombres a no morir sino a los 1.473 años. Poco después se despidió de su amigo y regresó a su patria, donde no quedaron poco sorprendidos al escucharle relatar las maravillas de las que acababa de ser testigo.

Desde muy tierna edad, la joven noruega mostró el destino singular que le habían predicho. Anduvo sola y sin andadores mucho antes del tiempo en que los niños normales pueden tenerse derechos sobre sus pies. A menudo se le veía apartarse de la gente, como si la frivolidad del mundo ya le hubiera resultado una carga. Desde que los primeros rayos de inteligencia se manifestaron en su mente, decía cosas tan por encima de su edad que quienes la escuchaban hablar no podían salir de la sorpresa.

Si se presentaba ante ella gente instruida, y trataban de temas relativos a las ciencias y a los conocimientos más profundos, mostraba no sólo que comprendía cuanto habían dicho, sino incluso les hacía entender que, si quisieran, podrían saber y decir mucho más. "Porque es en el orden de las

ciencias, - les hacía observar algunas veces- donde debe reinar especialmente el poder retroactivo; y si retrocedierais sobre vosotros mismos, veríais que maravillas descubriríais, y qué claridad podríais procurar a vuestros auditores. ¿Acaso un flautista podría encantar nuestros oídos con el sonido de su instrumento si previamente no tomara sin cesar la precaución de aspirar el aire?".
Al llegar a la edad de siete años desapareció de la casa paterna, en el momento de la salida del sol, y desde entonces nunca ha podido saberse positivamente ni el camino que había tomado ni los lugares en que había habitado. Sólo se supo por las tradiciones que a menudo había tomado diferentes nombres y diferentes cualidades; que tenía la facultad extraordinaria de darse a conocer a la vez en países diversos, así como a personas muy alejadas entre sí y sin que tuvieran ninguna relación unas con otras; en fin, que a causa de este poder que tenía de estar en todas partes, que hacía imposible saber dónde vivía, se la veía como a una verdadera cosmopolita, en el sentido riguroso de esta palabra que ha sido tan mal entendida en la medida que se le ha presentado de manera que sólo ofrecía la idea de un ser errante.
Como vivía en todas partes, también tenía en todas partes su sociedad de Independientes, que ciertamente habría debido llamarse más bien la sociedad de los Solitarios, puesto que cada hombre tiene en sí mismo esta sociedad. Dadas las desdichadas circunstancias que amenazaban a París, la señora Jof reunía allí de tanto en tanto a su sociedad para entenderla de las verdaderas causas de los graves acontecimientos que se preparaban, y para comprometerla a aprovechar todos los medios útiles de los que los miembros de dicha sociedad eran depositarios.
Como esta sociedad difería absolutamente de todas las sociedades conocidas, e incluso no era una sociedad, no hay que considerar la palabra reunir en el sentido en que se la entiende comúnmente. Así, aunque presento aquí a la señora Jof reuniendo a los diversos miembros de la sociedad de los Independientes, no es menos cierto que no se reunían en absoluto; que esa presunta asamblea se realizaba para cada uno de los miembros aisladamente, en el sitio en que se encontrara, y sin estar sujeto a ningún local, a ninguna ceremonia ni a límite alguno; que cada uno de los miembros tenía el privilegio de ver a la vez a los otros miembros, en el lugar en que estuvieran, e igualmente de ser percibido por cada uno de ellos; por último, y con mayor razón, que todos tenían el privilegio de hallarse en presencia de la señora Jof, así como la señora Jof tenía el privilegio de estar presente para todos ellos a la vez, cuando lo quisiera, cualquiera que fuera la distancia y la variedad de lugares que ellos habitaran.
Por esta serie de privilegios, los diferentes miembros de la sociedad de Independientes se comunicaban entre sí en ese estado de confusión, en que se hallaba sumida la capital, y a menudo la señora Jof se contaba entre ellos. Sigue aquí el relato de lo que ella les dijo en esas diversas asambleas, que como hemos anunciado no eran asambleas.

CANTO 15
DISCURSO DE LA SEÑORA JOF
A LA SOCIEDAD DE INDEPENDIENTES

"Mis queridos cofrades, no dudo de que estaréis lejos de las opiniones vulgares, algunas de las cuales no dan a los extraordinarios rumores que se difunden más que una causa ficticia, y los miran sólo como fruto de la mentira, y otras inspiran un pavor universal. Habéis adoptado y accedido libremente a las impresiones sanas e instructivas por las cuales la verdad no

cesa de hacer reaccionar a todos los hombres. Así es como os habéis convertido en sus amigos, y como tales ya no podéis caer en errores tan groseros. No ignoráis pues que esos rumores tienen una causa harto real, que no me detendré a exponeros porque os es bien conocida; pero quiero dirigir vuestra mirada sobre las verdaderas razones que han hecho que esta misma causa tenga hoy derecho a ponerse en movimiento.
París está privada de las subsistencias llamadas de primera necesidad, está castigada por la penuria y el hambre, sólo porque no ha escuchado lo suficiente al hambre de subsistencias de otro orden, y que son mucho más necesarias todavía. No he dejado de querer alimentar con el pan de mi doctrina, que es tan indispensable al hombre para la salud de su espíritu como los frutos de la tierra lo son para la salud de su cuerpo.
Pero un torrente de ilusiones han inundado la inteligencia humana en general, y la de los parisinos en particular; porque su ciudad, que encierra tantos sabios y doctores de todo género, posee muy pocos que vuelvan sus mentes hacia la búsqueda de los verdaderos conocimientos, y menos aún que caminen hacia esos verdaderos conocimientos con un espíritu verdadero.
La mayoría de ellos sólo se interesan por disecar la corteza de la naturaleza, medirla, pesar y nombrar todas sus moléculas, e intentan, cual insensatos, la conquista definitiva y completa de cuanto entra en la composición del universo: ¡como si eso fuera posible, con la manera en que se manejan!
Esos sabios, tan célebres y ruidosos, no saben sin embargo que el universo, o el tiempo, es la imagen reducida de la eternidad indivisible y universal. Que muy bien pueden contemplarla y admirarla por el espectáculo de sus propiedades y maravillas que diariamente deben sucederse para que este mundo sea una representación de su principio, pero que nunca se apoderarán del secreto de su existencia, porque el secreto, o la clave de la existencia de un ser, sólo puede mostrarse cuando cesa la existencia de ese mismo ser; así pues, no seria sino la muerte del universo la que podría ofrecérseles, por medio de un gran acto, el desarrollo de su base y el vínculo que une el mundo parcial con la eternidad universal. Por consiguiente, sólo podrían conocerlo cuando ya no fuera.
No saben que la razón por la cual creen que el universo no pasará, es quizá porque permanecen en un grado donde ha pasado para siempre, o como en un continuo deterioro, por el aislamiento y la desunión de las cualidades que lo componen. Así es como en efecto los cadáveres de un cementerio no tienen idea de su muerte, y estarían autorizados a decir que no pasarán, puesto que han pasado, bajo la ley de la destrucción por la disolución de sus elementos. No es manteniéndose por debajo de una región como se pueden juzgar las leyes que la dirigen, ni la suerte que le espera; sino colocándose por encima de ella. Sólo los cuerpos vivos pueden juzgar a los cuerpos muertos, y seguramente los juicios serán diferentes colocándose en estas dos clases.
En vista de lo que acabamos de decir, no saben cuánto más insensatos son todavía aquellos que quieren apoderarse del secreto de la existencia del principio universal mismo, puesto que si el secreto de un ser no puede desvelarse sino al cesar la existencia de ese mismo ser, el secreto del principio supremo no podría ser conocido más que en el momento en que ese principio finalizara, y si ese principio pudiera acabar, ya no sería el principio supremo; lo que deberíamos decir de cualquier principio con el que quisiéramos substituirlo.
Porque los propios ateos, que sostienen la no existencia de ese principio supremo, abusan del nombre de ateo del que osan vanagloriarse. Un ateo, ciertamente, es un ser para el que no hay Dios, o si se prefiere, que está sin

Dios. No se les discute que se hayan separado de él lo bastante como para que estén sin él, y
que Dios sea para ellos nulo y como no existente. Pero el hecho de que ellos estén sin dios no prueba en absoluto que no lo haya; así como un ciego, que no tiene sol, no prueba para nada que no haya sol para los otros hombres.
Hay otros que, llevados a conocimientos profundos por vías indirectas, no saben ni adonde los conducirán dichos conocimientos, ni a qué precio deben ser adquiridos; y luego de haber entrado imprudentemente en ellos, alimentan con ello su orgullo, o codicias aún más criminales que no pueden dejar de volvérseles infinitamente funestas.
La principal de estas codicias es la que los lleva a querer penetrar en el porvenir, por vías diferentes a las que la propia verdad abre al hombre cuando éste se cuida de no oponerle barreras por su voluntad desatinada. Arrastrados por esta curiosidad culpable, quieren anticiparse al acto divino, que se complace en crearse a sí mismo, y al que deberían esperar.
Ignoran que si bien es verdad que sólo las más vastas luces pueden equilibrar para el hombre de peso de las incalculables tinieblas que habitualmente lo rodean, esas mismas luces nunca pueden impresionar sus ojos si no ha recuperado una suerte de homogeneidad con ellas; y como toda su atmósfera está infectada por la insalubridad del aire mismo que respira a lo largo de toda su vida, no puede elevarse a ese grado sublime más que preservándose lo mejor posible de la proximidad de esas substancias venenosas y corrosivas que emponzoñan sus propias esencias y obstruyen todas sus facultades.
Sabéis mis queridos hermanos, que es la falta de estas saludables precauciones lo que ha introducido en el universo mil errores por una verdad, diluvios de crímenes por algunos actos de virtud, y torrentes de supersticiones por algunas chispas verdaderamente luminosas. Porque la sabiduría había dicho a estos imprudentes desde hacía tiempo que "dejaría a su elección sus ilusiones", para enseñar a los hombres que el mayor castigo que pueden sufrir es que sus falsos proyectos sean llevados a cabo.
También por esto muchos escritores, amigos de la verdad, no la han presentado más que temblando, ocultándola bajo emblemas y alegorías, tanto temían profanarla y exponerla a la prostitución de los malintencionados. Por consiguiente, si nos detenemos en los cuadros a veces singulares de sus escritos, y no escudriñamos hasta la raíz misma de cuanto exponen, que no es otra cosa que el desdichado estado del hombre degradado, no podemos juzgarlos con justicia; porque sufren enormemente al verse así obligados a limitarse y a callarse.
Una tercera clase, tal vez más digna de compasión que las precedentes, es la de los hombres encargados del mantenimiento y la conservación de esas mismas chispas luminosas y puras, cuya tarea es favorecer su desarrollo, y que en vez de realizar fructuosamente su encargo las han dejado apagarse, y han hecho que las naciones ya no perciban el menor vestigio de esa claridad que debe servirles de fanal.
No puedo pensar en esta clase de hombres sin sentir un profundo dolor en las entrañas, tan horrorosas me parecen las consecuencias de su negligencia tanto para ellos, como para los pueblos que esperaban de ellos apoyo y la cura de sus males.
No ignoráis que ha llegado el momento en que la verdad quiere recuperar sus derechos sobre la tierra. Sí, pronto desenmascara esa filosofía engañosa con la que los falsos sabios y los falsos eruditos han embaucado durante tanto tiempo a los hombres; pronto derribará todos esos altares de iniquidad adonde el hombre es conducido por la vana curiosidad de querer penetrar en el futuro, sin tener la única llave que puede abrirle la entrada.

En fin, pronto se levantarán tormentas en los verdaderos dominios del hombre, que son su mente y su entendimiento, y los desórdenes y privaciones que hoy sufre en sus medios de subsistencia materiales no son sino imágenes indicativas de esas tormentas, y signos dados a su inteligencia y su reflexión, para que después de haber limpiado la atmósfera de los vapores espesos y maléficos que la oscurecen, la verdad pueda mostrase en todo su esplendor.
Estas son las razones por las que permitió que una causa oculta recibiera el poder de actuar en estos grandes acontecimientos; por esto esa causa oculta ya ha comenzado a causar en el pueblo tantos rumores y alarmas; porque la verdad jamás deja de anunciar a las naciones las catástrofes importantes que les conciernen, de modo que tengan tiempo de parar los efectos con su prudencia y el retorno a las vías regulares. Por esto también esa causa oculta que la verdad emplea ha preparado su obra desde hace tiempo, como nos lo confirma hoy el relato del cabo de Hornos; y debo reconocer que desde que abandoné mi casa paterna para llevar a cabo la obra que me ha llamado sobre la tierra, no he conocido época más importante que ésta.
Por tanto todos vosotros, hermanos míos, que conocéis estos profundos secretos, no tenéis sino que redoblar vuestro celo y los esfuerzos para acudir en ayuda de los hombres de bien, quienes tendrán que desempeñar empleos visibles en estos importantes acontecimientos cuyo teatro será París. Porque sabéis que otros hombres están encargados de la obra ostensible, a fin de que los planes de la sabiduría no se pierdan para el vulgo ni para aquellos que tienen necesidad de ser impresionados por los sentidos.
Sabéis también de antemano cuáles serán las consecuencias de lo que se prepara, porque con ayuda de la verdadera luz, que está en vosotros, conocéis lo que ha de suceder desde 1743 hasta 1473, que es la época de la rehabilitación del hombre en sus privilegios, como lo es la de su nacimiento. Vosotros veis, espero, los resortes buenos y malos que ya se mueven, y se moverán más todavía en el momento necesario. Los veis con toda claridad, porque esos son los privilegios de los seres de vuestra clase. Los que pertenecen a una clase inferior no ven estas mismas cosas más que en imágenes, pero siempre es vuestra propia mirada el móvil de lo que ellos perciben en imágenes, ya sea despiertos ya en sueños, porque es la mirada de los fieles amigos de la verdad lo que forma y engendra los sueños regulares de los demás hombres".
Tal es el resumen de la historia de la señora Jof, de lo que pasaba en la sociedad de los Independientes, y de la doctrina profunda a la que se consagraban sus miembros.

CANTO 16
PODERES DE LA SOCIEDAD DE LOS INDEPEDIENTES
HISTORIA DE UN PROFESOR DE RETÓRICA

Pero según esta sorprendente ley, que afirma que la mirada de los amigos de la verdad forma y engendra los sueños regulares de los demás hombres, esta sociedad de los Independientes no se reunía, o mejor dicho no ponía en acto sus poderosas facultades, sin que otros hombres lo percibieran y sintieran sus efectos, ya fuera por los sueños, o de cualquier otra manera. Por tanto apenas esta llamada asamblea de la que acabo de trazar un bosquejo se puso en actividad, varias personas recibieron los efectos de su poder y manifestaron resultados diversos en los relatos que de ello hicieron

a sus amigos y conocidos.
Entre otros, un profesor de retórica contó que había visto en sueños, en una región elevada por encima de la tierra, una reunión de varios personajes que le habían parecido muy respetables por su edad y la dignidad de su porte. "Veía salir de sus ojos y de su boca, dijo, unos filamentos luminosos que se extendían a todas las partes de nuestro globo, y que formaban en la mente de los demás hombres otros tantos cuadros móviles, actuantes, parlantes, por medio de los cuales se hallaban en condiciones de presentir, ver y conocer lo que no presienten, ven ni conocen en su situación ordinaria.
Los cuadros que esos rayos luminosos formaron en mi mente me presentaron presagios tan funestos para la ciudad de París, que aún estoy fuera de mí, y no puedo pensar en ello sin estremecerme; y hasta me parece que esos presagios se realizan ya, por el estado de penuria y confusión en que nos hallamos.
Entre estos presagios hay uno que, sin llegar a espantarme tanto, me ha causado sin embargo gran sorpresa, pero cuanto no percibo nada a mi alrededor que pueda ayudarme a encontrarle un sentido y una explicación.
Un filamento luminoso salido de la boca de uno de esos personajes formó en mi mente una imagen siniestra para las bibliotecas; me pareció ver una calamidad grave que las amenaza, y que no será gloriosa para los sabios. Entretanto el rayo luminoso no se apagaba, e incluso parecía aumentar su claridad. ¿Deben las ciencias recaer en la barbarie, o bien cobrar un carácter más brillante? Esto es lo que mi sueño no me ha dejado saber, y todo cuanto puedo decir es que no hay nada más singular que los sueños que me atormentan desde hace algún tiempo".

CANTO 17
HISTORIA DE UN CORONEL DE DRAGONES

Hubo también un coronel de dragones que, sin aliento, fue a relatar a su familia los terrores que lo acosaban y de los que no podía defenderse, enumerando los males que a su parecer caerían incesantemente sobre París.
"Hace un momento, dijo, estaba con un arquitecto ocupado en controlar los trabajos de una casa que está haciendo construir uno de mis amigos. Este amigo ha frecuentado siempre a unos magos, en los que no ha dejado de creer a pesar de todo lo que yo haya hecho para disuadirlo. De repente se oyó un ruido sordo en uno de los sótanos: luego de un gran estrépito, semejante al redoble de un tambor, se produjo una explosión terrible que, al resquebrajar la bóveda, hizo que ésta se desplomara sobre el sótano. En medio de este estruendo se alzó una cabeza horrorosa, con una bocina en la boca que se sostenía sola en el aire, curvada de tal manera como nunca en mi vida he visto una.
La cabeza se volvió sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte, y dirigiéndose a cada una de estas cuatro regiones pronunció a través de la bocina estas tristes palabras, en un tono tal que para cualquier oído resultaba difícil soportar: Nuestro reino está próximo a morir; pero lejos de aguardar a que llegue ese momento, podemos vengarnos por adelantado y hacer caer sobre París todos los males del cuerpo y el espíritu, extendiendo el hambre y la ignorancia: no es suficiente con que introduzcamos en desorden en la provisión de víveres, también hay que introducirlo en la cabeza del pueblo, y sobre todo en la de los sabios doctores, considerados como las lumbreras del mundo, y esto será lo menos difícil, puesto que ellos mismos nos han preparado perfectamente el camino.
A medida que la horrorosa cabeza pronunciaba estas palabras

amenazadoras hacia los cuatro puntos cardinales, lanzaba por la boca, a través de la bocina, un reguero de vapores espesos que se esparcían por el aire, saturando hasta tal punto la atmósfera que si no hubiera sido por un rayo de sol que consiguió filtrarse a través de ellos, disipándolos, las tinieblas me hubieran enceguecido. He venido a comunicaros mi sorpresa. Quizás os sintáis inclinados a burlaros de mí, pero sabéis sin embargo que mi carácter no me lleva a una credulidad sin límites".
Le respondieron que estaban lejos de ponerlo en ridículo, sino que por el contrario compartían su sorpresa, y que era imposible no creer que se estuvieran preparando acontecimientos extraordinarios y harto enojosos, puesto que una parte de esas amenazas ya se habían cumplido. Y en efecto, en París corrió el rumor de que desde el más grande hasta el más pequeño, todo el mundo había perdido la cabeza. Hubo incluso quienes pretendieron haber visto aquellos vapores espesos, soplados por la horrorosa cabeza, entrando en la de los doctores, en la de la mayor parte del pueblo, y sobre todo en la cabeza de los administradores de las provisiones, lo que explicaba por qué eran tan escasas y de tan mala calidad.

CANTO 18
ESPERANZAS DE ALGUNOS HABITANTES
HISTORIA DE UN ACADÉMICO

Es verdad que en medio de estos funestos relatos había algunos menos desastrosos. Se vieron buenas gentes conversando entre sí, contándose cosas consoladoras que habían llegado a sus mentes por la voz de esos mismos Independientes, que les eran desconocidos.
Unos decían haber visto a unos conquistadores triunfando gloriosamente sobre todos los enemigos de la cosa pública, así como unos estandartes brillantes flotando en el aire, que anunciaban los signos de la victoria.
Otros decían haber visto un sol radiante que se desprendía del firmamento y se fijaban sobre París, esparciendo sobre ella una luz universal.
Otros decían haber visto un gran cocodrilo muerto por un pequeño animal cuyo nombre no conocían, y al instante la abundancia renacía en París, hasta tal punto que desaparecía hasta el menor recuerdo de las penurias pasadas. Y todos coincidían en decir que habían visto a todos los parisinos derramar lágrimas de alegría al encontrarse así liberados de sus males, agradeciendo solemnemente a la mano suprema y todopoderosa que, en su conmiseración, había deseado poner término a su miseria, colmándolos con sus favores. Hubo incluso un sabio que se distinguía por sus conocimientos en matemáticas y en física, pero muy incrédulo, que en el momento en que menos lo esperaba se halló como transportado a esa asombrosa asamblea de los Independientes; y allí, sin pasar ninguna prueba, sin someterse a ceremonia o formula alguna, pudo considerar por un instante el cuadro de los desastres que amenazaban a París y el de los reconfortantes acontecimientos que debían seguir a dichos desastres.
Pudo así contemplar las profundidades de los caminos ocultos a los hombres de este mundo, el nuevo orden en el que las ciencias y la naturaleza iban a entrar, y las bases reales de la verdadera física, que le demostraba la insuficiencia y la puerilidad de esos famosos sistemas académicos con los que se había ilusionado hasta entonces.
Se sintió pues tan impresionado, que cuando el instante de este breve goce hubo pasado ya no se reconoció como el mismo hombre: torrentes de lágrimas brotaban de sus ojos, un vivo arrepentimiento desgarraba su corazón, y con plegarias ardientes expresaba cuanto sentía; y en la vergüenza de su ceguera anterior, así como en el entusiasmo de su convicción actual, hubiera querido hacer compartir su nueva situación a

todo el mundo, y en especial a sus colegas.
Pero tras los primeros intentos, juzgó correctamente que predicaría en el desierto y guardó sus secretos para sí, contentándose con ofrecer a los hombres de verdad que viven ignorados en el silencio, el interesante espectáculo de un sabio que reconoce a un Dios y le reza.
Sin embargo, todas estas cosas secretas y maravillosas que se comunicaban a algunos particulares, los recursos superiores de la sociedad de los Independientes, la extraordinaria señora Jof, todo ello estaba fuera del alcance del vulgo, que no conoce más que las necesidades de los sentidos, y sólo está expuesto a lo que le toca. Por tanto la potencia enemiga que desquiciaba la ciudad estaba en perfectas condiciones para consumar sus designios destructores, aterrorizando y sublevando al pueblo a la vista de los males y peligros que le rodeaban.
Pero por otra parte, el vigilante y generoso Sedir, ese hombre raro, poseedor de cuanto atañe a la virtud, tan apto para el oficio de las armas como para la útil magistratura que ocupaba, como si tuviera ese estado de sus antepasados, que incluso sentía una gran atracción por las verdades sublimes y religiosas aunque sólo tuviera por el momento una ligera apreciación de ellas, no descuidaba ninguno de los medios que estuvieran a su alcance para remediar los pequeños fracasos que la buena causa ya había experimentado. Fortificaba los puestos y se dirigía allí donde suponía que su presencia podría ser útil, sin temer ningún peligro; y enviaba a sus emisarios a todas partes para descubrir y prevenirse de los autores de la revuelta.

CANTO 19
ENTREVISTA DEL EMISARIO STILET CON ELEAZAR, JUDIO ESPAÑOL

Uno de estos emisarios, llamado Stilet, había descubierto a Rachel en el momento en que ésta acababa de separarse de Rosón: la había visto levantar las manos al cielo, lamentándose, y le había oído decir estas últimas palabras: "¡Terminará mal, el pobre Rosón!"; la había seguido por si acaso, y había observado donde vivía.
Cansado de haber buscado en vano a Rosón, se decidió a ir a ver a Rachel a primera hora de la mañana, y aparentando tener un mensaje para Rosón, le dijo: "Me dirijo a usted, señora, para saber dónde podría encontrar al señor Rosón. Un amigo me ha encargado comunicarle una noticia importante, por la que está en juego la salud de sus días. La justicia lo busca; dicen que es jefe de un partido; vengo a ofrecerle la manera de escapar y ponerse a salvo. Me han asegurado que le conoce y que se interesa por él; si es así, permítame que le preste un gran servicio.
Es verdad, señor, -respondió Rachel- que conocí al señor Rosón en Madrid, y que deseo su bienestar. Pero desde que hace diez años mi familia y yo abandonamos España, como judíos, lo había perdido de vista. He vuelto a encontrarlo ayer, por primera vez desde entonces. Me contó a grandes rasgos sus aventuras; me pareció que tenía mucha prisa y que estaba muy ocupado con un proyecto de fortuna. Como lo deje sin que me diera su dirección, no puedo decirle dónde encontrarlo. Pero entre, señor, seguramente mi padre estará encantado de ver a alguien que se interesa por el pobre señor Rosón. Lo conocimos cuando era un niño, vivía cerca de nuestra casa en Madrid, y pasaba casi todo el día con nosotros".
Stilet entró, saludó a Eleazar, y le comunicó el objeto de su visita. Eleazar lo escuchó y no pudo contener las lágrimas, hasta tal punto que se sentía reconocido por ese buen proceder. "Pero el desdichado, -dijo- ¡hacerse jefe de partido! ¡ir a mezclarse con la canalla que está agitando todo París! Ay,

cuántas veces dije a su madre, siguiendo los proverbios de nuestro buen rey Salomón: "Eduque bien a su hijo, y la confortará y será la delicia de su alma. La vara y el castigo dan sabiduría; ¡pero el niño que es abandonado a su voluntad cubrirá a su madre de confusión!
No me escuchó, y echó a perder a su hijo. Este es ahora el fruto de la semilla que sembró. Pero el proverbio dice también: "Que si los hombres corruptos destruyen la ciudad, los sabios aplaquen la furia". Profundas palabras que Eleazar no se sintió proclive a explicar en toda su extensión.
Pero Señor, -dijo Stilet- puesto que desea usted el bien a nuestro amigo, y parece enterado de los disturbios reinantes, infórmenos de lo que está pasando para que podamos ayudarle en su caritativa empresa".
Este tono de humildad en la boca de un judío sorprendió un poco a Stilet; no podía terminar de precisar el carácter del hombre que tenía enfrente. Pero en el momento en que se disponía a contestarle se oyó un ruido aterrador en la calle: todos gritaban y escapaban como podían. Eleazar, Rachel y Stilet se asomaron precipitadamente a la ventana. "Es el motín -dijo Eleazar-, van a pasar delante de la casa. - Y dirigiéndose a Stilet-: Señor, todas sus preocupaciones se han vuelto inútiles; sin duda Rosón estará a la cabeza de los rebeldes: ya no habrá perdón para él".
En efecto, apenas hubo terminado de hablar la columna desembocó en la calle, y a la vista producía el efecto de esos torrentes encerrados en un cauce estrecho, que salen burbujeantes y espumosos agolpándose con furia. Rosón aparecía a la cabeza, sable en mano, con un aspecto terrible como el del dios Marte, o al menos como el del hijo de Peribed cuando se batía por las armas de Aquiles.
"Ahí está -dijo Eleazar- : ¡Rosón, Rosón, qué haces, desdichado!" Y le tendió los brazos invitándolo a renunciar a su empresa. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos; el ruido impedía que Rosón oyera nada; su fogosidad le impedía ver nada. Eleazar volvió a sentarse con lágrimas en los ojos, y de tanto en tanto sacaba de su bolsillo una pequeña cajita de oro en forma de huevo.

CANTO 20
STILET Y RACHEL VEN PASAR EL MOTÍN

Rachel, no menos sensible pero un poco más curiosa, permaneció junto a la ventana y dijo a Stilet: "Al menos, Señor, dígame cuáles son los diversos grupos, y quiénes los que los componen.
- Señora, -respondió Stilet-puedo satisfacerla mientras aguardo a que la calle quede lo suficientemente libre para escapar". Y en efecto, le fue indicando el estado y la profesión de quienes formaban las diferentes hordas a medida que iban pasando delante de la casa. Le hizo observar a los gastadores, traperos, caldereros, empedradores, fogoneros, poetas, maestros de danza, cerrajeros, peluqueros, cocheros de plaza, deshollinadores, y así a todos. Le nombró a todos los jefes que iban a la cabeza de cada uno de esos grupos.
Ella acompañaba con gemidos las diferentes reflexiones que el espectáculo le inspiraba. ¡Ay! ¡Qué hubiera pasado si el informador le hubiera podido hacer conocer a los enemigos ocultos que estaban distribuidos entre las filas, y le hubiera mostrado las nubes de pequeños cocodrilos que seguían a esa masa y parecían darle todo su impulso! Pero él mismo no tenía los ojos abiertos a este fenómeno amenazador.
Cuando esta especie de revista hubo terminado, dijo a Rachel: "Adiós Señora, el camino está libre ahora, debo ir urgentemente a dar cuenta de mi cometido. Si no tuviera tanta prisa por este asunto, no saldría antes de saber en qué va a terminar todo esto.

- Señor -dijo Rachel-, salve a Rosón, salve a Rosón, si puede: los peligros que corre nos inquietan, como si aún fuera digno de nuestra amistad. Pero la multitud es grande, ¿no teme exponerse demasiado pronto?
- Hija mía, -le respondió Eleazar- déjalo marchar. Lejos de haber sido enviado por Rosón, es un espía de la policía, un hombre que ha tenido todos los oficios, hasta el de estafador, y que venía aquí con muy malas intenciones. Acabo de saberlo por medios secretos que él ignora, y que bien sabes que no me son desconocidos".
Como si le hubiera alcanzado un rayo, Stilet contempló un momento a Eleazar; luego, sin pronunciar una palabra, abrió la puerta y se marchó. Inmediatamente fue a dar cuenta de sus gestiones a Sedir, muy en especial de la extraña aventura que acababa de sucederle con Eleazar.

CANTO 21
SEDIR TOMA PRECAUCIONES CONTRA EL MOTÍN

Sedir experimentó una viva curiosidad por conocer a este israelita, y dio orden de que fueran a buscarlo cuanto antes. El celo con que Sedir luchaba por la buena causa había adquirido un nuevo grado de exaltación por los relatos que ya había oído de parte de sus otros emisarios, y por los nuevos peligros que amenazaban a la capital.
Por tanto, decía a quienes componían su consejo: "Debo ocuparme seriamente de hacer frente a la tormenta; parece mucho más considerable de lo que había pensado en un primer momento. Sé que el relato del cabo de Hornos ha trastornado los cerebros, y que cada habitante de París cree tener un cocodrilo pisándole los talones. Sé que algunos doctores hacen comparaciones supersticiosas entre la extrema voracidad de este animal y el hambre cruel que nos devora; sé que otros más incrédulos, pero mal intencionados, aprovechan este terror para provocar desórdenes; sé que Rosón es el jefe de los amotinados; sé que la cita es en la rué du grand Hurleur; que la mayoría de los gremios de artesanos están en armas; que la plaza del mercado debe ser el principal campo de batalla; que una mujer importante alienta esta rebelión, cuyo jefe está a sueldo de ella, y amenaza hacer más mal si se le apura. Incluso me han dicho que hace poco ha llegado un extranjero, un hombre grande y seco, del que ella espera mucho.
"Pero pienso desbaratar todos sus planes reprimiendo, desde este momento, todos los esfuerzos que hacen para llevarlos a cabo por medio de la violencia, y confío en que Rosón no tendrá éxito en su criminal empresa. He enviado numerosos refuerzos que llegarán al mercado de trigo antes que él. Estos refuerzos están al mando de un excelente oficial; tiene a sus órdenes algunos voluntarios de los que me han hablado tan bien que confío tanto en su sensatez como en su valor. Voy a dirigirme al lugar para ver lo que ocurre y vigilar de cerca para que, si es posible, no haya una sola gota de sangre derramada".

CANTO 22
ELEAZAR VA A VER A SEDIR. POLVO DE PENSAMIENTO DOBLE

Apenas hubo terminado estas palabras anunciaron a Eleazar. Quedó enormemente sorprendido, ya que desde el momento en que había dado orden de que fueran a buscarlo, a lo sumo habían tenido tiempo de salir de su hotel.
Eleazar llegaba en efecto con su hija Rachel, quien en esos momentos de confusión y por afecto, no había querido separarse de su suerte. Nadie excepto él se hubiera atrevido a presentarse ante el teniente de policía

teniendo una relación conocida con el jefe de la rebelión, el intrépido Rosón. Pero Eleazar, seguro de su inocencia, tenía además otros elementos en los que basaba su seguridad. En su juventud, había mantenido estrechas relaciones con un sabio árabe, del linaje de los Omeyas refugiados en España después de la usurpación de los Abbasidas. El quinto o sexto ascendiente de este árabe había conocido a Las Casas, y de él había obtenido secretos muy útiles que, de mano en mano, llegaron hasta las de Eleazar.
Consistían esencialmente en una sal o polvo extraído de la raíz, el tallo y las hojas de la flor conocida vulgarmente bajo el nombre de pensamiento doble. Había que reunir estas tres cosas juntas, dejar evaporar al aire a sequedad sus jugos ordinarios, y luego triturarlos en un mortero preparado a propósito.
El polvo salino que resultaba se metía en una pequeña cajita de oro en forma de huevo que Eleazar llevaba siempre en su bolsillo.
Cuando quería saber algo, le bastaba con oler siete veces este polvo salino; luego se recogía un momento, y al penetrar en su cerebro el espíritu de este polvo al instante sabía lo que debía saber, cuál era el carácter de las personas que lo rodeaban, e incluso cuáles eran las intenciones ocultas de aquellas que se hallaban o bien en su presencia, o en alguna relación con él.
Este polvo encerraba también otras propiedades, y había diferentes manera de emplearlo según el uso que se le quisiera dar. Eleazar había cultivado cuidadosamente este don en todas las etapas de su vida: y como ocurre con los granos que uno cultiva, lo había hecho llegar al grado perfecto de maduración, en tanto que aquellos que uno descuida se alteran y debilitan al punto que ni siquiera se cree que hayan existido.
En vista de los rumores que corrían, y del relato del cabo de Hornos en que se hablaba del cocodrilo, había sabido por su propia ciencia cuanto tendría que sufrir París por este animal. Y había decidido añadir a su polvo de pensamiento ceniza de un icneumón torrefacto a fin de disponer a la vez de una fuerza ofensiva y una fuerza defensiva, según los lugares y las circunstancias, porque aunque no perteneciera a la sociedad de los Independientes, era uno de sus agentes, y por ello tenía todos los conocimientos y los dones que en este mundo pueden hacer de un mortal alguien útil y autorizado.
Así pues, por estos medios ocultos se había asegurado del espía Stilet, cuando éste fue a su casa para ofrecerle su ayuda insidiosa a Rosón. Por estos mismos medios había sido advertido de que el teniente de policía deseaba verlo, y ello un momento antes de que el magistrado diera la orden de ir a buscarlo; y se puso inmediatamente en camino, sabiendo perfectamente que el honesto y virtuoso Sedir no tenía para con él malas intenciones.

CANTO 23
ENTREVISTA DE ELEAZAR Y SEDIR
DOCTRINA DE ELEAZAR

Antes de entrar a la habitación, dijo a Rachel que aguardara en una sala vecina; luego, corrió hacia Sedir: "No me esperaba usted tan pronto, Señor, -le dijo- y sin duda su presencia sería útil en otra parte; pero también es útil que se quede unos momentos aquí, y confío en que no se arrepentirá".
Sedir lo contempló un instante en silencio; seguidamente le dijo: "He sabido, Señor, que conoce bien al señor Rosón, y deseaba verle para obtener ciertas aclaraciones sobre su persona. También me han dicho de usted algo bastante sorprendente como para que en las circunstancias en que nos encontramos tenga ganas de hablar con usted. Que salga todo el mundo, -

dijo a las personas que estaban en la habitación- que vayan a explorar los sitios importantes, hasta tanto yo mismo pueda trasladarme allí". Luego, volviéndose hacia Eleazar: "Sentémonos, -le dijo- estamos solos, puede hablarme libremente".
"Señor, -le respondió Eleazar- según nuestros proverbios, "quien siembra la injusticia cosechará el mal, y será golpeado por la vara de su cólera". Yo habría deseado ahorrar al desdichado Rosón las consecuencias funestas a las que se expone; pero nunca tuve con él sino relaciones de amistad, sin ningún derecho de autoridad. Sólo lo frecuenté en España, donde en su infancia venía a jugar a casa con mis hijos: ya entonces preví fácilmente lo que su carácter altanero y audaz prometía. Sufría por ello, sin que estuviera en mis manos proporcionar remedio alguno. "Aunque trituréis al imprudente en un mortero no le quitaréis su imprudencia", dijo Salomón.
A los quince años cometió una insensatez que lo obligó a abandonar el país; creí un deber serle útil en su huida. Desde aquella época hasta este momento su vida ha sido una sucesión de crímenes, desórdenes que acaba de coronar convirtiéndose en un bandido; lo dejo en manos de la justicia. No tengo nada más que decir sobre él. Sin duda le habrán relatado lo que mi hija ha dicho de él a uno de sus agentes, y puede estar seguro de que no ha faltado a la verdad.
En cuanto a mí, Señor, puesto que desea conocerme más ampliamente, sepa ante todo cuáles fueron los motivos que me llevaron a abandonar España para venir a establecerme en París: de ningún modo es la esperanza de hacer fortuna. Desde el momento en que las primeras luces de la razón comenzaron a abrirse camino en mí, creí percibir que la fortuna era como una estatua privada de todos los sentidos, semejantes a esos ídolos de piedra, madera o metal que nuestro profeta Baruch ha pintado tan bien, y que no sólo no pueden ver las víctimas que se les inmola, respirar el incienso que se quema para ellos, ni escuchar los cánticos que se cantan en su honor, sino que incluso son incapaces de defenderse, y de sentir el desdén y los insultos que cada uno es dueño de dirigirles. No creí que debiera someterme a esa diosa impotente, que me pareció tan dispuesta a favorecer a aquellos que nada habían hecho por ella como a abandonar a los que le habían sacrificado todos sus instantes, y puse mi esmero en el cultivo de mi razón, la única ocupación que me pareció asegurarme una dicha duradera.
Entre los deberes que este estudio me ha impuesto, siempre fue uno de los más importantes el de ser útil a mis semejantes; y es este deber, del que fui víctima en España por una aventura dolorosa para mí, el que me obligó a refugiarme en su capital.
En Madrid tenía un amigo cristiano, perteneciente a la familia de Las Casas, para con la cual, aunque indirectamente, siento el mayor reconocimiento. Tras cierta prosperidad en el comercio, repentinamente se vio totalmente arruinado por una quiebra fraudulenta. Al instante corrí a su casa para participarle mi pesar y ofrecerle los pocos recursos de que mi mediocre fortuna me permitía disponer. Pero esos recursos eran demasiado escasos para sacarlo del apuro, por lo que, cediendo a la amistad que le tenía, me dejé llevar por ella e hice uso de ciertos medios particulares que pronto me ayudaron a descubrir el fraude de sus expoliadores, e incluso el lugar oculto donde habían depositado las riquezas que le habían arrebatado.
Por estos mismos medios le facilité que recuperara todos sus tesoros y los llevara nuevamente a su casa, sin que siquiera quienes le habían robado pudieran sospechar quién los había despojado a su vez.
Sin duda hice mal al usar de estos medios para semejante objeto, puesto que no deben aplicarse sino a la administración de cosas que nada tienen

que ver con las riquezas de este mundo; por tanto fui castigado. Mi amigo, educado en una fe tímida y recelosa, sospechó sortilegio en lo que yo acababa de hacer por él; y así como mi celo oficioso había podido más que mi deber, su celo piadoso pudo más que su reconocimiento, y me denunció a su iglesia a la vez como brujo y como judío. Inmediatamente fueron informados los inquisidores; fui condenado al fuego antes incluso de haber sido arrestado, pero en el momento en que decidieron perseguirme fui advertido por esa misma vía particular del peligro que me amenazaba, y sin demora me refugié en su patria.
- ¡Qué horror! -exclamó Sedir-. ¡Y estos hombres que profesan una religión de paz y caridad creen servir a Dios por medio de la ingratitud y de juicios tan crueles y precipitados! Y aún más, cuando era preciso darse el tiempo de juzgar los hechos y examinar esa vía particular de la que me habla, y lo confieso, tengo enormes deseos de conocer.
- No les guardo rencor -prosiguió Eleazar-; he aprendido por mis propias debilidades a excusar las de mis semejantes. Aún guardo menos rencor a la religión que profesaban. Si se la cree por encima de las luces y los débiles poderes de los hombres, yo la creo aún más por encima de su ignorancia y su depravación, considerándola en la pureza y la lucidez de su eterna fuente, aparte de todo cuanto el fanatismo y la mala fe han producido en ella, y de todas las abominaciones que los monstruos han realizado en su nombre.
Este lenguaje, Señor, debe sorprenderle en mi boca. Pero puesto que usted mismo ha traído el tema, y dado que he comenzado a dejarle ver mis sentimientos, no temeré concluir una confesión de la que no puedo avergonzarme, y que a nadie mejor que a usted puedo hacer, tanto más cuanto que me siento inclinado a ello por ese movimiento secreto y esa misma vía particular que con razón excita su curiosidad.
- Hable con confianza, Señor, -le dijo Sedir-, no hará sino aumentar el interés que me inspira.
- Le confieso, Señor, -continuó Eleazar- que para cualquier otro que no fuera usted lo que tengo que exponer debería ser repetido diez veces, si se quisiera apreciar el sentido y el espíritu; pero más allá de que sé a quién me dirijo, el tiempo que le urge no me permitiría esa prudente precaución. A usted le corresponderá suplirla con sus reflexiones.
Le diré pues brevemente, y de una sola vez, que instruido desde hace tiempo en el estudio del hombre he creído percibir en él claridades vivas y luminosas sobre sus relaciones con toda la naturaleza y con todas las maravillas que ésta encierra, y que le estarían abiertas si no dejara perder la llave que le es dada con la vida.
En efecto, los objetos sensibles no nos ocupan ni nos interesan tanto sino porque son el conjunto reducido y visible de todas las virtudes y propiedades invisibles contenidas entre el grado de la serie de cosas en el cual comienzan a ser, y aquél de los grados en el cual tienen el poder de manifestarse. Sí, esos objetos no son otra cosa que todas esas propiedades cualesquiera que les anteceden, sensibilizadas, así como una flor es la reunión visible de todas las propiedades que existen invisiblemente, desde su raíz hasta ella. Todos los objetos contienen una porción de esta escala, cada cual según su medida y su especie; y la naturaleza entera sólo existe por esta misma ley, no es otra cosa que una porción mayor de esta escala de las propiedades de los seres.
Es por esto pues que los objetos sensibles llaman tanto nuestra atención, nos inspiran tanto interés y estimulan tanto nuestra curiosidad. Por tanto lo que nos atrae es menos lo que vemos en ellos que lo que no vemos, y éste es el verdadero objeto de nuestras investigaciones; y esta es la razón de

que cuando los naturalistas más elocuentes se esfuerzan en deleitarnos a través de la elegancia con que inscriben lo que hay de visible y palpable en esos objetos sensibles, no cumplen con el papel que parecían haber asumido junto a la naturaleza. Nada nos dicen de lo que esta naturaleza se supone debía decirles ella misma, de preferencia a los otros hombres, o de esta serie de propiedades antecedentes, y de esa progresión oculta de la que, ya en general, ya en particular, sólo es el término ostensible e indicador. Defraudan nuestras esperanzas, al no satisfacer en nosotros esa necesidad ardiente y urgente que nos lleva menos hacia lo que vemos en esos objeto sensibles que hacia lo que no vemos.

Tampoco satisfacen sus propias expectativas, ni esa misma necesidad que a menudo los ha apremiado como a los demás mortales; y por más que se seduzcan a sí mismos, y nos asombren con la perfección y el colorido de sus cuadros, no es menos cierto que interiormente y para su satisfacción, su espíritu, al igual que el nuestro, esperaba de todos los objetos de la naturaleza que nos rodean alguna enseñanza más substancial que la de esas pinturas.

¿Pero por qué esa necesidad se hace sentir en nuestro ser? Porque nosotros contenemos, por un privilegio sobre todos los objetos sensibles y sobre la naturaleza misma, todas las propiedades antecedentes que se encuentran entre el punto supremo de la línea universal de las cosas y nosotros: esto es lo que constituye esa llave de la naturaleza que nos es dada con la vida; por eso tenemos el poder de abarcar todos los grados de la serie y de examinar cuanto se manifiesta como sensible en esos diversos grados, mientras que los objetos sensibles y la naturaleza misma no contienen más que una parte de esta gran escala.

Esta es la razón por la que aquellos que antes de haber analizado al hombre se apoyan en la naturaleza para atacar la verdad, así como para defenderla actúan imprudentemente, sólo pueden hacer dar pasos en falso a quienes los escuchan. ¿Cómo hablar a favor o en contra de lo que hay en un palacio, si uno no se ha provisto de la llave que debe abrirle la puerta? Sí, esa llave que en todas las discusiones de este género debe tener la precedencia, que no obtiene su condición ni de los objetos sensibles ni de los libros tradicionales, que por consiguiente debe tener su propia andadura y mantener en silencio a todos esos testigos secundarios hasta que se juzgue oportuno interrogarlos, es la sublime dignidad de nuestro ser que nos llama a dominar sobre la universalidad de las cosas.

¿Pero cómo haríamos uso de nuestra preeminencia si las propiedades que nos pertenecen no estuvieran desarrolladas en nosotros? ¿Y cómo estarían desarrolladas en nosotros, si las separamos del vértice de la línea universal al que están ligadas por su esencia, que sólo Elías pueden sentir y demostrarnos su existencia, y que es a la vez la fuente necesaria y la raíz exclusiva de donde pueden extraer su actividad?

Esto es lo que me ha hecho creer que era para nosotros una obligación y al mismo tiempo un derecho trabajar en la extensión de nuestra existencia, nuestras luces y nuestra dicha, reanimando y vivificando las relaciones originales que tenemos con esta fuente suprema, y que están como enterradas y concentradas en nosotros por causas que podríamos conocer igualmente y que nos resultaría imposible negar.

He creído además que de todos los conocimientos que podíamos adquirir, el más sorprendente era el del amor inagotable de esta fuente por sus producciones, que la lleva a correr diariamente a nuestro encuentro, en todos los precipicios en que nos hallamos, y la induce a modificarse e insinuarse en nuestras heridas; como hace la industriosa ternura de una madre, cuya mente inquieta está continuamente presente en las heridas de

su hijo, y repara espiritualmente todas las molestias que él haya podido experimentar; y como hacen nuestros remedios materiales para nuestras heridas y enfermedades cotidianas.
Estando ya convencido por mis observaciones de todas estas verdades importantes y fundamentales, que existen en los hombres antes que en ningún libro, creí por consiguiente que deberían ser estudiadas por nosotros mismos y en nosotros mismos, antes de que nos lanzáramos al Rédalo de las tradiciones. Porque es imposible calcular todos los males que los torpes y los bribones, que sólo han sabido guiarse por esas tradiciones, han derramado sobre la tierra y el espíritu del hombre. Por tanto presiento con regocijo que llegará el tiempo, no muy lejano, en que los doctores puramente tradicionales perderán su influencia. Aquellos cuya ignorancia y torpeza sirven de reflejo al orgullo del filósofo que ve su incapacidad; a la ciega y envilecedora credulidad del simple que no ve otra divinidad que ellos; y a la animosidad de las sectas que se creen en estado de poseer la verdad cuando se han lanzado al otro extremo de los errores que ellas les reprochan. Cuando ya no subsiste este trabajo de tantas caras, el filósofo ya no será detenido por el obstáculo que lo rechaza, el simple podrá dirigir su mirada hacia el trono de la verdad sin fijarla en sus intermediarios; las sectas podrán disponer del tiempo para percibir lo que les falta; y el propio Mahoma, al no tener más antagonistas, reconocerá su desnudez: porque está escrito que todos serán instruidos por Dios. Tal es el plan de la Providencia, ¡ay de aquellos que se opongan o retarden el efecto de sus designios!
Así pues, convencido como estoy de las verdades fundamentales que están en el hombre antes que en ningún libro, le confieso que experimenté una alegría indecible al hallar a continuación una afinidad perfecta entre una parte de esas verdades, y la fe de nuestros padres por las sagradas escrituras, que entonces se volvieron para mí lo que deben ser todas las verdaderas tradiciones, es decir los testigos de un hecho cuya existencia me había sido demostrada por mi propia naturaleza, y del que no habría tenido duda alguna aun cuando nuestros libros santos no me hubieran hablado de ello.
Por tanto no me sorprendió ver a Salomón anunciando que conocía la disposición del globo de la tierra, las virtudes de los elementos, el origen, el medio y el fin de los tiempos, el curso de los astros, el orden de las estrellas, la naturaleza de los animales, la fuerza de los vientos, las variedades de plantas, las propiedades de las raíces, los pensamientos de los hombres y todas las cosas ocultas; porque estoy convencido de que cualquier hombre puede conocer como él todas estas profundidades si no se aleja de la puerta de la naturaleza, que a cada paso no busca sino abrirse para nosotros, ni de la principal fuente superior de donde obtiene la llave de esa puerta de la naturaleza.
Hallé además relaciones tan sorprendentes entre la otra parte de esas verdades y las tradiciones cristianas, que dudé seriamente de la creencia obstinada de mi nación, en la que creo con profunda obcecación. Pero al no atreverme a desafiarla de frente, y no sintiéndome aún tan esclarecido como deseo estarlo, guardo mi fe en mi corazón y aguardo la ocasión para hacer una confesión pública.
- Le está hablando a un hombre menos esclarecido que usted, sin duda, -replicó Sedir- pero lo bastante convencido como para que lo felicite por haber llegado al punto en que se encuentra; y ruego al que nos escucha a ambos que realice sus designios sobre usted. Pero ahora, ¿no podría decirme asimismo, en pocas palabras, cuál es esa voz particular que lo induce a hablarme con tanta confianza?

- Es la misma -respondió Eleazar- por la que evité la cólera de la inquisición; es la misma por la que reconocí al espía que vino a mi casa bajo la apariencia de un bienhechor; es la misma que me ha hecho saber que usted deseaba verme y que debía venir sin temor ni inquietud, y que no me solicitaba por ninguna razón enojosa; es la misma, por último, que me hace saber en este momento que un día usted prestará a su patria servicios mucho mayores de los que ha prestado hasta ahora.
Es esa misma voz la que me ha llevado a darle mi opinión sobre la creencia de mi nación, y que sin duda me hará saber cuándo habrá llegado el momento de dar otros pasos.
Es el efecto de un presente particular que me diera en mi juventud un sabio árabe, y que luego aprecié en todo su valor al leer en el Eclesiástico; "Que el hombre no tiene mejor consejero que un corazón afirmado en la rectitud de una buena conciencia, y que tal hombre ve mejor la verdad algunas veces que siete centinelas sentados en un sitio elevado para contemplar cuanto pasa". En los tiempos que pasamos , creí debía hacer también algunos agregados a ese regalo, como el árabe me recomendó hacerlo según las circunstancias y mis luces".
Entonces comunicó a Sedir una parte de sus secretos, mostrándole su caja y los ingredientes que contenía, pero sin decirle ni de qué planta ni de qué animal habían sido extraídos. No había llegado el momento para ello. Luego agregó: "Señor, he seguido fielmente, lo que el sabio árabe me ha enseñado, he creído lo que dice el Eclesiástico, y no puedo expresarle lo que he extraído de ello. Sí señor, si todos los hombres lo quisieran, su morada se convertiría en asilo de paz y de luz, en lugar de los desórdenes y las tinieblas que los rodean".
- "He creído como usted, Señor, -le dijo Sedir- que por lo sublime de su inteligencia el hombre estaba llamado igualmente a tener relaciones sublimes con la naturaleza; así lo juzgaba por las investigaciones cotidianas, e incluso por los descubrimientos que de tanto en tanto realiza en el dominio de las ciencias. Creí también que la dignidad de su origen podía elevarlo hasta tener por guía, en esta vasta carrera, a la propia mano del principio del que presiento ha nacido, he creído, en fin, percibir indicios y testimonios de esto en sus Escrituras y en las nuestras. Pero demasiado poco instruido en los principios fundamentales de la naturaleza del hombre, así como en la relación de esos principios con los testimonios tradicionales, estoy muy lejos de haber obtenido de estas nociones las mismas ventajas que usted. Y puesto que el destino ha juzgado oportuno tratarnos en este caso con una predilección distinguida, ¿no podría usted emplear sus dones a favor de esta ciudad afligida, e ilustrarme sobre los manejos de los poderosos enemigos que la amenazan? Conseguir el alivio de un gran pueblo es algo digno de estimular el celo de las bellas almas, y no puede ser sino una obra divina".

CANTO 24
ELEAZAR DESCUBRE A SEDIR
LOS ENEMIGOS DEL ESTADO

Eleazar empleó sus dos procedimientos, se recogió un momento y luego dijo a Sedir: "Señor, le han hablado de un hombre grande y seco, llegado de Egipto hace poco: es el más temible de sus enemigos visibles. Aquella de la que es agente está dominada por las viles pasiones de los celos, la venganza y el interés. Pero él solo encierra más vicios que diez hombres juntos. Lo que lo vuelve tan temible es que es el instrumento de enemigos ocultos, que son mil veces aún más temibles que él; y aunque el relato del cabo de Hornos sólo produzca terror y ninguna luz en el espíritu del crédulo

vulgo, no puedo dejarle ignorar que todos los hechos extraordinarios en los que abunda, así como todas esas ideas de cocodrilo que corrían por París antes incluso de que apareciera, contienen verdades desdichadamente demasiado ciertas. Y ese hombre tan peligroso no ahorrará nada para hacernos sentir sus penosos efectos.
No carece de fundamento que ese relato contenga tantas imprecaciones contra España y contra Francia: los enemigos invisibles de que habla quieren vengarse de España porque me ha visto nacer, y quieren vengarse de Francia porque me ha dado asilo, puesto que cualquier hombre consagrado a la misma carrera que yo despierta su inquietud y su malicia. El hombre grande y seco es uno de sus órganos.
Lo que lo vuelve tan temible es que por medio de algunas falsas luces y de ciertos poderes aún más perniciosos, fascina a sus discípulos y les cierra la entrada a las verdaderas luces. Todavía no conozco en detalle todos sus proyectos, porque mi instinto sólo me descubre las cosas a medida que se desarrollan; pero ya veo bastante claro en su actual empresa como para asegurarle que las consecuencias serán terribles.
Sostiene tanto como puede la rebelión, por los medios que le son conocidos; alienta el espíritu de vértigo en los conjurados, y se prepara a sostenerlos en todos los desastres en que su partido se verá amenazado por las tropas leales. Pero estoy muy lejos de desesperar por el Estado, y de creer que ganará sobre la justicia. Aunque este enemigo jurado de la buena causa tenga algunos éxitos contra ella (y tengo mis razones para hablarle así) no debería usted alarmarse, pues esos éxitos no serían sino pasajeros, y él no puede conducir ninguna empresa a buen término porque no conoce sus propias correspondencias con la puerta de la naturaleza, y cuando quiere probar la llave que efectivamente se encuentra en todas partes, siempre la hace girar en sentido contrario.
Puesto que le he mostrado rápidamente la estimación que al presente puedo hacer de cuanto compone y dirige sus manipulaciones infernales, y en las que en efecto un cocodrilo debe jugar un papel importante, es preciso que le dé también una idea de lo que se le opondrá con toda energía..."
(Amigo lector, me siento verdaderamente afligido por no poder pintarle al natural estas últimas ideas que acabo de anunciar; pero si es justo no deberá acusar a mi Musa, que es quien no me permite hacerlo.
Sedir quedó tan impresionado por los detalles que le proporcionó Eleazar, sintió tan claramente cuan útil podía ser al Estado ese digno israelita, que saltándole al cuello y abrazándole le dijo: "Señor, ya no podemos separarnos; usted se ha vuelto necesario para la salud de esta ciudad; no dudo en considerarlo de antemano como a su liberador. Le ruego que de aquí en adelante haga de mi casa su morada; no quiero que regrese siquiera a la suya; no quiero que se exponga más; hay demasiado desórdenes y peligros en la ciudad. Enviaré a buscar con una buena escolta a su familia y a cuanto compone su casa. Estará usted aquí como en la suya; vivirá según su religión y tendrá entera libertad.
- Señor, -le respondió Eleazar- me siento profundamente conmovido por su bondad; pero creo que por el propio interés de la causa en la que quiere usted emplazarme será prudente que no acepte. Un desplazamiento, un techo común con usted, demasiadas relaciones de su parte en estos momentos con un hombre de mi nación, haría abrir los ojos sobre el tema que nos ocupa y que, por sí mismo, exige que evitemos todo lo que pueda hacerse notar en tanto las circunstancias no nos obliguen a ello. Permítame pues que permanezca en mi casa; no será una razón para que deje de estar a sus órdenes en el momento en que me necesite; y tal vez llegue el día en que podamos hacer pública nuestra relación.

En cuanto a los peligros de la calle que le hacen temer por mí, quédese tranquilo; espero, Dios mediante, que nada me suceda, como nada me ha sucedido al venir aquí; si hubiera tenido alguna inquietud , no habría permitido que mi hija Rachel me acompañara, ella que es el consuelo de mis días, y que además como usted, orienta todas sus energías hacia la verdad. Sí señor, cuando uno tiene la dicha de temer a Dios, y sólo a él, está a cubierto de todos los peligros".
Apenas hubo terminado de pronunciar estas palabras se formó a su alrededor una especie de atmósfera luminosa cuyo uso y propiedades estaban a su disposición, y que si hubiera querido, lo habría aislado incluso en medio de la multitud más grande. Este fenómeno sorprendió extrañamente a Sedir, para quien Eleazar se volvió aún más precioso.
(Amigo lector, ésta sería la ocasión de hacerle una bella comparación, semejante a las que encontramos consagradas en las fábricas de epopeyas, para expresarle la sorpresa del curioso Sedir, y la magnífica envoltura con la que Eleazar se había rodeado. Pero si la tomara de la fábula, si le hablara de las petrificaciones operadas por la cabeza de la Medusa, o de la bella nube que tan bien engañó a Ixion, degradaría el objeto de mi descripción. Si quisiera tomar esas comparaciones de otras partes, no me creerían; vale más entonces suprimirlas.
Sedir, sumamente impresionado, en vano insistió para conservar a Eleazar a su lado; éste fue al encuentro de su hija Rachel, a ia que el virtuoso Sedir quiso ver, y que fue a saludar con un respeto y un interés indescriptibles. Ella respondió afectuosamente a sus atenciones, pero aún estaba demasiado ocupada por el placer de reencontrar a Eleazar tan sereno, luego de la inquietud que había sentido por él a raíz de su entrevista.
Luego de cambiar algunas palabras de cortesía, se despidieron del honesto Sedir y regresaron a su domicilio, donde independientemente de los cuidados de la casa ella secundaba a su padre, según sus medios, en todos los trabajos visibles u ocultos que éste realizaba continuamente para la buena causa.

CANTO 25
SEDIR SE ENTERA POR SUS EMISARIOS DE NOTICIAS DESAGRADABLES

Sedir se disponía a su vez a salir, para ver por sí mismo en qué punto estaban los combatientes, cuando dos de sus hombres llegaron sin aliento y se precipitaron en su estancia. Anunciaron que todo estaba perdido; que envalentonado por la fidelidad que había puesto en seguir las órdenes de Sedir, que prohibían derramar una gota de sangre, el ejército de los sublevados había dispersado al ejército de los buenos franceses; que el propio comandante había sido desarmado por Rosón; que los voluntarios no habían podido resistir y que habían sido obligados a ceder el puesto más importante, el del mercado de trigo, que decidía la suerte de toda la capital; que Rosón se había apoderado de éste y había concedido a los suyos el derecho de pillaje; que no quedaba más que huir o verse sepultados bajo las ruinas de la ciudad.
El valiente y generoso Sedir, impregnado aún de las palabras que había oído de boca de Eleazar, les respondió con una sangre fría inimitable. "Aunque el mal fuera más grande, no me decidiría por la solución que me proponéis, y jamás desesperaré de ver triunfar tarde o temprano la buena causa. Puesto que el peligro aumenta, debemos aumentar también nuestros medios de resistencia, y no debemos vacilar un instante en convocar a las tropas regulares; tenemos por otra parte apoyos leales que no nos abandonarán, y en los que deposito mi más firme confianza".

Inmediatamente, y sin más explicaciones, corrió a ver al gobernador de París y a los comandantes de esas valerosas tropas que habían mostrado su coraje en Denain, Guastalla y Fontenoy. En pocas palabras les expuso el estado de las cosas, de las que ya estaban informados por los rumores; les exhortó a no exponer la vida de sus conciudadanos, y les lanzó esta breve arenga:

Compañeros, llamados a realizar útiles hazañas, Vosotros, a quienes una palabra ha conducido al peligro tantas veces.

El momento ha llegado de mostrar a Francia, Lo que puede la sangre fría por el valor ayudada; Pensad todos en esparcir en medio del combate, El terror, y no la sangre. La gloria del Estado os prohíbe olvidar que todos esos temerarios. aunque sublevados, no dejan de ser vuestros hermanos.

Le prometieron cuanto pedía. Al instante tocó la generala: las tropas regulares fueron reunidas, con sus oficiales a la cabeza, y marcharon a paso de carga hacia el puesto principal. En el camino se vieron engrosadas por numerosos voluntarios, que avergonzados por su derrota y reanimados por la presencia de esas tropas regulares, desearon recuperar al enemigo el puesto que se habían visto obligados a abandonarle. El propio Sedir se hubiera colocado en las filas, si su cargo no lo hubiera llamado a mostrarse por todas partes, y a no actuar como un simple soldado; pero allí donde se presentaba llevaba siempre esa calma que sólo pertenece a la virtud, y también, sin saberlo, llevaba algo de ese favorable ascendiente sobre el que Eleazar le había abierto los ojos, y que su corazón y su espíritu asumían con toda naturalidad.

CANTO 26
AUDAZ INTREPIDEZ DE ROSÓN.
SU ARMADURA. SU HUIDA.

Apenas Rosón fue advertido del peligro que lo amenazaba reunió inmediatamente a sus lugartenientes, y recurriendo a todo su genio y su valor les dio órdenes rápidas y precisas para ponerse a la defensiva. Su aire marcial animó a sus tropas. Pintándoles el recuerdo de su reciente victoria, redobló su intrepidez; y para alentar a su ejército no tuvo necesidad de lanzar su bastón de mando, como el gran Conde, en medio de los batallones enemigos.

Pero lo que llevó a su punto máximo el valor y la exaltación de Rosón fue una espada que la mujer influyente le envió en el momento mismo en que las tropas regulares se presentaban. Dicha mujer, sabiendo su partido amenazado, había recurrido al gran hombre seco llegado de Egipto y le había rogado que desplegara sus talentos en su favor. A la espera de que hubiera tiempo de hacer algo mejor, el hombre seco le había entregado provisionalmente una espada maravillosa, que ella había hecho llegar sin demora a Rosón.

La guarnición de esta espada era lo más notable, y aventajaba incluso al famoso escudo de Thetis pues era más que defensiva: estaba adornada con varias esculturas animadas y móviles, cuyo solo aspecto llenaba súbitamente de vértigo a quienes las miraban, derribándolos. Si alguno era lo bastante robusto como para no caer, y se atrevía a mirar fijamente las esculturas encantadas, era involuntaria e irresistiblemente atraído por su poder mágico y acababa ensartándose él mismo en la hoja de la temible espada.

Habiéndose hecho con este arma incomparable, Rosón se presentó ante las tropas regulares con una soberbia mayor que la de todos los leones del desierto de Zara. El poder irresistible de su espada derribó en un instante a la primera línea de sus adversarios; pero en el momento en que las otras

filas estaban dispuestas a sucumbir igualmente se vio que, por un prodigio inaudito, el arma tan terrible escapaba sola de las manos de Rosón y caía a sus pies.
Valiente Ourdeck, mi Musa debe hacerle aquí justicia. Sí, ella señala que a usted se debe este prodigio; señala que al haberse identificado con las enseñanzas de la señora Jof, la espada de Rosón no le ha dado vértigo, y que ha podido mirar así las mágicas esculturas sin ser atravesado por la hoja; señala que por la confianza que usted tuvo en sus buenos consejos, mereció tener una prueba de su justeza, y dice que como recompensa su espíritu comenzó a no estar tan opuesto a las cosas que usted no conocía.
De repente las filas de las tropas regulares que habían sido derribadas se levantaron, estremeciéndose de rabia. Se apoderaron de la fatal espada con la furia que inspiraba la vergüenza de haber sido vencido y las ansias de venganza; pero siguiendo las órdenes que los comandantes de división habían recibo, en el sentido de no derramar la sangre del enemigo, no utilizaron la espada contra éste. Se limitaron a romperla en mil pedazos, y todo el ejército combinó sus movimientos para atacar a la vez y de más cerca a los sublevados.
Rosón, desarmado, cogió el sable del primer soldado que tenía a su lado, pero dicho sable no tenía ninguna de las propiedades de la espada que acababa de perder. Sin embargo su valor natural, ayudado igualmente por la furia y la vergüenza por lo que le había sucedido, le llevó a practicar una defensa sólo comparable a la de Leónidas en las Termopilas. Golpeó a diestra y siniestra, y si gracias al poder inaudito de alguna potencia protectora no mató a nadie, cada uno de sus golpes, sin embargo, eran una victoria. Pero al fin, presionado por el número y agotado por la fatiga, se vio obligado a abandonar el puesto que tan bien había defendido; huyó hacia la calle Saint-Honoré, y de allí hacia el suburbio, pero en esa misma huida desplegó tanta inteligencia y tanto valor que, para encontrar algo similar, deberíamos remontarnos una vez más a la antigüedad y recordar la retirada de los diez mil griegos, y la gloria del famoso jenofonte.

CANTO 27
LOS SUBLEVADOS SE DIRIGEN A LA LLANURA DE SABLONS LAS TROPAS REGULARES CARGAN CONTRA ELLOS

Todos los sublevados huyeron con su jefe Rosón. Su fuga era todo cuanto ambicionaban las tropas regulares, pero no obstante esos guerreros los persiguieron y no les dieron descanso hasta haberlos echado fuera de París.
Se veía pues al enemigo saliendo en columnas de las diversas calles de la ciudad y los suburbios, como otros tantos torrentes, y lanzándose en tropel a los sitios donde encontraban más espacio. Caldereros, maestros de danza, cocineros, deshollinadores, cocheros de plaza, poetas, todo estaba mezclado en esa horrible confusión. Huyeron así hasta la llanura de Sablons, lugar adonde el valiente Sedir dirigía sus pasos, como los otros: lugar significativo por su nombre, y sin duda escogido por el destino para la consumación de sus planes.
Allí resurgió el valor en los sublevados. Rosón se detuvo, y vio con regocijo la fogosidad que mostraban todos los suyos; inmediatamente los hizo volver a filas, y con la rapidez del águila los llevó sobre las tropas regulares. Frente a la audacia de los sediciosos, éstas tuvieron grandes dificultades para mantenerse dentro de los límites que les habían sido prescritos, y se echaron sobre ellos con la impetuosidad que les es propia. Golpearon con el pomo y la mesa de la espada, atacaron con la culata del fusil, y sin dar el

menor respiro al enemigo, lo encerraron, derribaron uno encima del otro, y los hicieron caer por filas enteras.
En un instante el campo quedó cubierto de sublevados derribados. Sin duda su partido entero iba a ser exterminado y la guerra terminaría; pero el hombre seco y la mujer influyente existían aún, y el destino había creado a estos terribles ministros de la justicia para desgracia y castigo de la capital; por tanto, a pesar de los gloriosos éxitos que parecía debían coronar muy pronto los esfuerzos de las tropas regulares, veremos cambiar de aspecto hasta tal punto el campo de batalla que es imposible imaginar un testimonio tan sorprendente, y al mismo tiempo más inesperado, de la incertidumbre y la inestabilidad de las cosas.

CANTO 28
PRODIGIO INESPERADO
LOS ACADÉMICOS EXAMINAN ESTE PRODIGIO

Es aquí, pues, Musa, donde es preciso que retomes todos tus derechos y despliegues todos tus talentos. Ya no se trata de pintar motines, combates, batallones echados sobre el polvo; es necesario desvelar ante los ojos de la posteridad unos hechos tan extraordinarios que, sin tu ayuda, jamás el espíritu del hombre hubiera podido hacerse una idea.
En el momento en que el choque de los ejércitos era más violento, en que la muerte, o al menos la vergüenza de ser vencido amenazaba a todos por igual, una fuerza desconocida elevó de repente el campo de batalla por los aires, con todos los luchadores que en él se encontraban; Durante unos momentos se oyeron sus gritos de espanto y sorpresa, pero pronto dichos gritos dejaron de oírse, bien porque los luchadores hubieran muerto todos de espanto, bien porque se hubieran precipitado a algún abismo, como algunos presumieron.
Una especie de columna grisácea, de un grosor inmenso, salía del suelo moviéndose como por efecto de un terremoto, y sin embargo no se desprendía de ella la más mínima parte de las materias que la componían. Independientemente de su ancho inimaginable, esa columna se elevaba a una altura que se perdía de vista.
De ese abismo maravilloso salían con estrépito ruidosos vapores, de manera que el ruido, las sacudidas y las erupciones eran otros tantos flagelos que, separados, podían espantar, pero que reunidos eran capaces de petrificar todo.
Sedir, que había llegado a tiempo para aproximarse al lugar de la escena, quedó sobrecogido de la sorpresa ante la singularidad del espectáculo, del que nada pudo comprender. Y tras haber considerado aquella columna durante unos momentos, corrió a París para preparar nuevos medios de defensa, ya que un nuevo enemigo se anunciaba, y al mismo tiempo para consultar a Eleazar, a quien hizo venir inmediatamente pues no creía poder dirigirse a nadie mejor que a él para que explicara ese sorprendente enigma.
En el pavor general en que el fenómeno sumió a todos los espíritus, los curiosos, que no tenían los mismos recursos que el afortunado Sedir, creyeron no tener nada mejor que hacer que dirigirse a los sabios para obtener aclaraciones sobre un hecho tan extraordinario; algunos regresaron ensimismados y se presentaron a la Academia, donde uno de ellos, encargado del discurso, dijo:
Ilustre Academia, ornamento de Francia, de las hermanas de Apolo, hermana y amiga, que junto a Júpiter sabéis tan bien actuar, que éste no osaría toser sin advertiros; venid a explicarnos un prodigio aterrador: sin vos, todos creeríamos que no viene sino del diablo. "¡Del diablo! -respondió

el presidente- si así fuera, ya no sería un hecho de nuestra competencia. Pero quédense tranquilos; vamos a nombrar a una comisión y pronto sabrán a qué atenerse en cuanto a lo que les inquieta".
En efecto, poco después se veía partir a un destacamento de académicos con todos los sextantes, octantes, astrolabios, lentes acromáticas, etc.. Llegaron a la entrada de la llanura de Sablons; pero como la tierra era agitada por las grandes sacudidas de aquella fuerza desconocida que tantos rumores ocasionaba, se mantuvieron a cierta distancia apuntando sus instrumentos. Y éste es el resultado de sus operaciones:
Altura de la columna: seis mil toesas, u ocho mil quinientas toesas, o tres mil doscientas cincuenta toesas tres pies, o veinticinco mil toesas cinco pies y medio.
Color de la columna: Gris o verde, o del color del vientre del sapo macho, o de fondo de botella, o del fango de París.
Materia de la columna: azogue, o pizarra, o granito cuarzoso, o vidrio fundido que se encuentra aún líquido en el centro de la tierra, según nuestros más sabios naturalistas.

CANTO 29
DECISIÓN
DE LOS EMISARIOS DE LA ACADEMIA
SU EXTRAÑEZA

Los comisarios, cada uno de los cuales tenía un resultado particular, querían no obstante entregar un informe único a la Academia; se vieron entonces obligados a votar, y fue decidido por mayoría que la columna tendría cuarenta y 'cinco mil novecientas cincuenta y dos toesas tres pulgadas dos líneas de altura, tres mil trescientas treinta y dos toesas de diámetro, y que estaría compuesta de lavas volcánicas aún en incandescencia.
Estaban a punto de regresar a la Academia para presentar su informe cuando oyeron que de la columna salía una voz, entremezclada con carcajadas, que decía: "¡las hábiles gentes, oh, las hábiles gentes!".
Confundidos, nuestros comisarios se volvieron. La voz continuó: "Las hábiles gentes, oh, las hábiles gentes!" Luego se calló. "Es un eco, -dijo uno de los comisarios- algún bromista habrá soltado estas palabras en la multitud para divertirse, y el eco de la columna las repite, en virtud de las leyes de la Tautología". Y ya se disponían a continuar su camino, pero se detuvieron nuevamente, como si hubieran quedado petrificados, al escuchar que la voz les decía:
No, no, no toméis mi voz por un eco.
Sé que no es el primer qui por quo
Al que vuestra vasta ciencia os haya expuesto;
Era preciso que me conocierais,
Moderaos, procurad que en vuestro cerebro
Pueda aún entrar un prodigio nuevo;
Y no me juzguéis por mi pálido color,
Porque, cuando quiero, presento más contrastes que un
dilema.
¡Cómo describir la sorpresa, el espanto, la vergüenza, la inquietud, todo cuanto pasaba por el ánimo y el rostro de los espectadores, tanto los académicos como los demás! Todos cayeron al suelo, con la cara hundida en la tierra, y la voz continuó:
No soy ni volcán, ni lava, ni fósil,
Estoy vivo; en fin, soy un cocodrilo:
Habito por los siglos de los siglos en las llanuras de Menfis;
Sin dejarlas he decidido venir a París.

He querido ver cómo tomaría estos misterios.
Me gusta también desempeñar mi papel en las guerras;
Debía tomar parte en vuestras discordias,
Y hacer una campaña con vuestros batallones.
Que vuestras almas empero no se alarmen
Por haberme visto engullir de un tirón dos ejércitos;
Conoceréis su suerte cuando llegue el momento.
(Aquí los parisinos recordando las últimas palabras del relato que los amenazaba con "ser echados en un tonel"; antes de presenciar esta inesperada desaparición, no habían podido comprender su sentido.)
Entretanto, quiero dedicar unos minutos A dar, en vuestro honor, un curso científico. Pues del universo, tengo la clave filosófica.; Los espectadores, que ya habían alzado un poco la cabeza ante la palabra cocodrilo, y el milagroso viaje de ese animal, se levantaron completamente al oír curso científico, y con todo el mundo escuchando la voz continuó así:

CANTO 30
CURSO CIENTÍFICO DEL COCODRILO.
ORIGEN DE LAS COSAS

"El Universo que veis no existía aún, y sin embargo ya había un bello y gran cocodrilo, que era yo, y del que ya no soy más que una débil imagen. Se paseaba libremente por el espacio: nada le entorpecía sus movimientos, nada lo detenía en su marcha.
(Amigo lector, no puedo evitar prevenirle acerca de que lo que éste dirá aquí es una mentira o un gran misterio (aún suponiéndole un lenguaje figurado); que la potencia creadora que describe en el resto de su discurso es cuando menos sospechosa; que esa potencia creadora pertenece a una fuente que no le es conocida; que por lo demás parece procurar menos instruir que hacer una parodia de los sistemas antiguos y modernos sobre estos grandes temas; que si él no es muy exigente con los medios para satisfacer su malicia, vosotros no debéis serlo tampoco con lo que os presenta; por último, que si estáis educados en las ciencias profundas de la verdad, y en las vanas ciencias de las escuelas, os será fácil suplir lo que este profesor no diga, rectificar las falsedades que enuncie, y sentir cuando sus golpes sean precisos.)
"Pero no se contentó con esa existencia; por medio de una química superior quiso conocer los ingredientes que estaban contenidos en ese espacio, y se detuvo para examinarlos. Pero en lugar de alcanzar esos ingredientes que deseaba analizar, obtuvo otros de una especie muy diferente, y de un género que no esperaba. Porque desde el momento en que se hubo detenido, dejó de conservar esa figura alargada y libre que formaba su cuerpo. Sus dos extremidades se doblaron en círculo y se unieron naturalmente por la presión de la corriente atmosférica ante la cual se había puesto de través.
Pronto los efluvios que salían de su cuerpo en el interior de aquella circunferencia se reunieron, se concentraron, se calentaron y se transformaron en vapores. Pero a medida que dichos efluvios escapaban naturaleza mefítica, y hasta entonces eran ellos los que le habían ayudado a errar ingrávidamente por el espacio. Así es como la naturaleza actual se ha vuelto visible. Y aquí reside el principio original de ese molde del tiempo que nos amenazan con romper un día, y que tanto interés tengo en conservar.
En efecto, al reunirse esos vapores adquirieron diferentes grados de espesor y solidez, y formaron así los diferentes seres que componen el universo.
De los efluvios menos condensados y más cercanos a su antigua sutilidad surgieron las estrellas y el cielo empíreo; el segundo grado formó los

planetas; hubo algunos efluvios vagos que formaron los cometas; y el propio cuerpo, reducido a su parte sólida por las emanaciones que de él habían salido, formó la masa de la tierra. Quedaron no obstante ciertos humores acres que al no poder convertirse en tierra, ni ascender a la clase de los efluvios límpidos, formaron la cuenca de los mares. Otros se elevaron como nubes, y son los que forman las lluvias. Otros se fijaron en la superficie como transpiraciones retenidas, y son las nieves y los hielos de las montañas.

Una porción de aire incandescente quedó aprisionada en medio de aquella circunferencia, y dejó un vacío que ninguna sustancia pudo llenar; esto ha hecho decir a algunos filósofos, como por inspiración, que el núcleo de la tierra estaba vacío y era caliente.

También hablaban según los principios cuando dijeron que todo había comenzado siendo vidrio, aunque tal vez lo hayan dicho sin intención; porque aunque probablemente hayan tomado entonces por el estado primitivo lo que no era sino un residuo y el fruto de la destrucción, no dejaron de probar con ello los dos órdenes de cosas, o el orden primero y el orden segundo que os expongo.

En efecto, ¿acaso la química no os dice, Señores, que para hacer vidrio hay que reunir primeramente materias vitrificables; que hay que añadir a continuación substancias alcalinas; que estas substancias alcalinas no son naturales, puesto que las extraéis de otros cuerpos que disolvéis? Ahora bien, si son necesarios todos estos antecedentes para fabricar vidrio, bien veis que había cosas anteriores a la formación del mundo, siguiendo el sistema de vuestros famosos filósofos: por tanto estoy perfectamente de acuerdo con ellos en cuanto a la existencia de esos ingredientes anteriores, aunque discrepemos en todo sobre la naturaleza de dichos ingredientes.

Vuestro famoso Buffon coincide también en parte conmigo cuando piensa que los satélites de los planetas están constituidos por masas concomitantes, formadas a expensas de la materia de su planeta principal, como los mismos planetas parecen estar formados a expensas de la masa del sol; porque con esto no quiere decir sino lo que acabo de anunciarles, o sea que toda la naturaleza está formada sólo por los efluvios salidos del cuerpo del cocodrilo primitivo. Únicamente haré una corrección a su sistema: que los seres que constituyen el universo no están igualmente formados los unos a expensas de los otros, sino que cada uno de ellos es el producto de un efluvio particular, que le es propio.

A riesgo de ser yo mismo acusado de plagio, agregaré que su sistema no es nuevo, y que pudo tomarlo, si así lo quiso, de otros filósofos, ya que ese sistema, modificado con mis correcciones, fue hecho público en alemán, en Amsterdam, en el año 1682; y soy tanto más leal al hacer semejante declaración por cuanto aquel que en aquellos tiempos hizo ese descubrimiento habló muy mal de mí."

CANTO 31
CONTINUACIÓN DEL CURSO CIENTÍFICO DEL COCODRILO
DESARROLLO DEL SISTEMA DEL MUNDO

"El sistema del universo, formado de la manera que acabo de exponeros, se mantiene en sus medidas y sus leyes porque los ligeros efluvios, al no tener ya nada pesado que perder, no pueden elevarse más alto, y la tierra no puede descender más puesto que la masa sólida ya no puede sufrir ninguna evaporación sutil. Pero como el cuerpo de ese gran cocodrilo que era yo había tomado la figura de una circunferencia, como de este modo abrazaba y

comprimía todo, y la porción de aire que quedaba en el centro luchaba contra dicha compresión, tal como lo han descrito Newton y Kepler con sus leyes de la atracción y la repulsión, resultaba de ello que ese cuerpo descendía girando y giraba descendiendo.
Por una consecuencia natural, imprimía el mismo movimiento a todos los efluvios que salían de él; ésta es la razón por la que los astros circulan; éste es el principio de la rotación universal. (El orador se detuvo aquí un momento, y luego agregó como a desgana) Una voz desconocida me obliga a deciros que este movimiento de rotación universal es la causa de que la naturaleza esté como adormecida, como sumida en un estado de sonambulismo, sin saber nada de lo que hace; y podéis ver a todos los seres corpóreos que la componen como a esos gallos a los que a veces os entretenéis metiéndoles la cabeza bajo el ala, que aturdís haciéndolo girar, y a los que luego hacéis cuanto queréis, sin que lo adviertan".
(Desde el comienzo de este discurso todos los oyentes habían querido huir, un poco por desdén y mucho por espanto, pero una fuerza subterránea los retenía a pesar de ellos. Sentían bajo sus pies como el efecto de una bomba aspirante que, atrayendo el aire, pegaba sus pies a la tierra y les impedía moverse de su sitio. Cuando oyeron esta singular explicación del sistema del mundo, hubo un considerable rumor en la asamblea, sobre todo entre los académicos, que desde hace tiempo están acostumbrados a ver las cosas de otra manera; pero la misma fuerza que los hacia permanecer en pie, supo también hacerlos callar: aquella bomba aspirante extendió su acción hasta sus bocas, a través de sus arterias y nervios, y a fuerza de bombear el aire por dentro les cerró tan bien los labios que no podían abrirlos, ni proferir una sola palabra, al igual que ocurre con los oyentes condenados al silencio en las escuelas donde ciertos profesores gustan repetir sus lecciones desde la cátedra. Así pues, el orador continuó a sus anchas:)

CANTO 32
CONTINUACIÓN DEL CURSO CIENTÍFICO
DEL COCODRILO
FORMACIÓN DE LOS SERES PARTICULARES
LA PIRÁMIDE

"Independientemente de esas bases fundamentales de la naturaleza, hubo otras clases de seres producidos por efluvios particulares salidos del cuerpo del gran cocodrilo. Dichos efluvios tomaron caracteres diversos y aparecieron bajo diferentes formas; y como algunos tenían en sí una porción de vida, o un glóbulo de aire sutil, ese aire hacía andar dichas formas en todos los sentidos, y las hacía errar sobre la tierra. Esto es lo que compone el reino animal.
Otros efluvios quedaron sujetos a la superficie de algunas partes carnosas del cuerpo del gran cocodrilo: es lo que forma los árboles y toda la vegetación. Otras formas se contrajeron adentro, o quedaron retenidas entre el cuero y la carne; y es lo que forma los metales.
Vuestros doctores no saben cuánto deben a la corriente de ese aire sutil, que no podía estar contenido en el hierro, porque este metal, como sabéis, es demasiado fusible al azufre. Sin embargo es este aire el que, por consiguiente, se eleva siempre hacia el norte, donde por su acción los principales efluvios, que son ascendentes como el fuego, formaron la elevación del polo, e hicieron que haya más tierras en el hemisferio boreal que en el hemisferio austral. Por la misma razón, es el también la verdadera causa de la dirección de la brújula hacia el polo septentrional, porque el aire

y el fuego son análogos. Pero no es a mí a quien corresponde revelarles estos secretos.
Todas estas corporizaciones particulares, así como las que formaban las bases fundamentales de la naturaleza, se convirtieron en otros tantos sentidos para el gran cocodrilo, que era yo; anteriormente no había tenido necesidad de ellos, puesto que percibía y me aproximaba a todos sin intermediarios. En consecuencia, recuerdo bien que a medida que se formaban para mí esos sentidos, perdía a cambio otras tantas ideas, lo que parece ser absolutamente lo contrario de cuanto vuestros sabios os enseñan hoy en día, ya que según ellos el medio de cercenaros las ideas es cercenaros los sentidos. Pero según mi parecer, todo esto no es más que una discusión de términos; sólo he pretendido decir que todas aquellas producciones que se formaban a mi alrededor no eran sino las figuras corporeizadas de lo que yo podía percibir y conocer en realidad anteriormente. Y seguramente vuestros doctores no pretenden otra cosa, sino que precisáis vuestros órganos para extraer hoy de esas figuras corporeizadas la poca realidad que pueden haber conservado; todo esto a fin de que la antigua armonía y la circulación primitiva se mantengan aún tanto como sea posible.
Cuando este nuevo orden de cosas quedó así establecido, me encontré soberano de mi pequeño imperio. Sin embargo, no tardé en querer jugar en él otro papel, del que no tengo necesidad de hablaros puesto que vosotros mismos lo repetís todos los días. Pero un genio poderoso, sin duda asociado a esa región de las ideas de la que yo ya no disfrutaba, al percibir mis intenciones y temiendo que los desórdenes que yo había ocasionado ya en aquella región de la primitiva armonía fueran más lejos, comenzó por romper esa forma circular que había tomado cuando mi cambio de estado, y que debía constituir en adelante toda mi fuerza; luego, y os ruego que observéis bien esto, sujetó mi cola a una tuerca bajo una de las pirámides más altas de Egipto, que él mismo construyó expresamente con algunos trozos de granito que mis propios efluvios habían formado.
De la tuerca a la que sujetó mi cola partían cuatro varas, cada, una de las cuales se extendía hasta uno de los lados de la pirámide y consolidaban su base; si se excavara bajo aquellas pirámides se vería por qué, a pesar de los movimientos que han experimentado y experimentaran diariamente, han conservado no obstante su dirección exacta hacia los cuatro puntos cardinales del mundo.
Al clavarme así, el genio que había destruido mi forma circular me dejó la libertad de recorrer, con el resto de mi cuerpo, todas las partes del globo y en todos los sentidos, poniendo sin embargo la dura condición de que toda la raza de los hombres, al igual que la de los buenos genios, me combatieran en todas mis empresas y no me dejaran intentar ninguna sin contrariarme con todas sus fuerzas.
A ese precio, tuve el poder de atravesar las entrañas de la tierra, de estirarme a mi antojo hasta los extremos del globo, e incluso más allá, y de encogerme hasta una medida de quince o veinte pies, como un cocodrilo ordinario; en conclusión, aunque mi cola esté siempre fija bajo la pirámide, puedo dar vueltas como una honda, y abarcar en mis diversos circuitos todas las comarcas y los climas del universo. De modo que usé hasta tal punto los derechos que me habían dejado que, a pesar de las condiciones que me habían impuesto, logré hacer llegar una de mis manos hasta delante del sol, cuyas manchas no os explicaríais jamás sin la clave que os doy. Por los medios de que dispongo, he logrado también hacerme un nombre bastante célebre, no sólo en Egipto, sino también en otras cuantas partes de la tierra.

Esta facultad de moverme, que a pesar del poder que me tiene clavado bajo la gran pirámide he conservado, y la lucha que contra mí llevan adelante los buenos genios, es la razón por la cual no se han podido medir, ni en tiempos de Herodoto, ni en tiempos de Strabon, ni en tiempos de M. Maillet, las dimensiones exactas de esa gran masa que trato de tener siempre en movimiento; y también es la causa que ha ocasionado tanta diversidad en las decisiones de los académicos, que hace un momento quisieron someterme a su examen.

CANTO 33
CONTINUACIÓN DEL CURSO CIENTÍFICO DEL COCODRILO
COMISIÓN DE LAS CIENCIAS

"No es la única dificultad que hayan experimentado en su carrera científica, puesto que usé mis derechos sobre las ciencias tanto como sobre los demás objetos que podía alcanzar. Por tanto, cuando comencé a establecer mi reino, recibí una comisión de todas las ciencias agremiadas que me pidieron poder ejercer en mi imperio cada una su talento. Les concedí de buena gana el permiso, pero poniendo una condición indispensable que creí necesaria para el mantenimiento de mi gloria y mi poder. Dije pues a la ciencia matemática que le permitiría contar, pesar y medir en toda la extensión de mi soberanía; pero sería a condición de que depositara de manera estable en mis archivos el patrón del número, del peso y de la medida, y que se compusiera otros como pudiera.

Dije a la física que podría disertar sobre las formas de los seres y ocuparse del modo o la manera en que existen y operan, a condición de que depositara en mis archivos el porqué de su existencia; puesto que yo perdería demasiado si ese conocimiento se difundiera. Así tuve a la física enteramente bajo mis leyes, pues es imposible conocer la razón de su existencia, ya que el porqué es la clave del cómo, y no el cómo la clave del porqué. Dije a la química: acabáis de oír lo que he dicho a la física. Si es imposible conocer el cómo de los seres sin conocer el porqué, bien puedo dejaros manipular a vuestro antojo todas las substancias químicas; pero reservándome la clave del como, puesto que me reservo la del porqué, no podréis descomponer ni recomponer sino en apariencia.

Dije a la astronomía que podía entretenerse haciendo almanaques de todos los cuerpos celestes, e incluso trazar las leyes exteriores de sus movimientos, pero que, en cuanto al pivote alrededor del cual circulan, y en cuanto a los derechos que yo tenía sobre ellos, le prohibía expresamente que hablara, y que ese secreto debía permanecer en mis archivos.

Dije a la botánica que le dejaría propalar sus sistemas sobre la clasificación de las plantas por sus formas, sus sexos, sus frutos, sus cálices, sus hojas o sus familias; pero que le prohibía la única clasificación verdadera que es la de sus elementos constitutivos, y que esa clave quedaría depositada en mis archivos.

Dije a la medicina que le dejaba el cuidado de la salud de los hombres; pero que sería preciso que guardara en mis archivos el secreto tan importante de purgar las substancias medicinales mismas, con las cuales intentaría purgar a los enfermos, y que a ella le correspondería suplir esta falta lo mejor que pudiera.

Dije a la música que le daba rienda suelta para que describiera cuanto quisiera, pero puse dos condiciones: la primera, que el diapasón permaneciera en mis archivos; la segunda, que el alcance de su voz y de sus instrumentos estuviera limitado a la gama planetaria conocida de las naciones; sin embargo, no impuse esta condición más que por un tiempo,

hasta que Herschel hubo descubierto un nuevo planeta que sería el grave de una nueva gama, y la tónica de una nueva octava.
Dije a la gramática que no tenía permiso alguno que darle, ni límites que prescribirle, porque el verdadero secreto que la concierne no hubiera podido estar consignado en mis archivos y pertenecía a otro soberano que no era yo; que los archivos de aquel soberano estaban siempre abiertos, lo que hacía que la gramática fuera practicada a escala universal, aunque universalmente desconocida.
Dije a la pintura que sería libre de representar todos los objetos, físicos o morales, que se ofrecieran a sus lápices; pero que estaría obligada a dejar en mis archivos el secreto de los colores vivos, y por consiguiente el de hacer cuadros vivos, y que presentasen a la vista una verdadera luz.
Dije a la poesía que tendría el derecho de expresar a su gusto lo más sublime que hubiera, pero que se vería reducida a hacer retratos de idea y de imaginación: porque los modelos debían permanecer en mis archivos, a menos que tuviera el ingenio y la fortuna de ir a sacarlos de los archivos de la gramática.
Por último, dije a la historia que consentía en que reuniera los actos de los hombres, pero que me reservaba el conocimiento de los artículos secretos del contrato social universal, y de los móviles ocultos de cuanto pasa entre las naciones: esta es la razón por la que tengo a los pueblos en mis manos, y los historiadores no pueden describir más que el juego aparente de esa especie de marionetas, sin poder decir una palabra sobre los hilos que los sujetan y los hacen mover.
A continuación puse una condición obligatoria para todas las ciencias en general: que en la actividad de cada una de ellas, no se haría ningún descubrimiento sin hacérmelo saber, y que no tendrían ningún discípulo al que no hubieran consagrado especialmente a mi gloria y mi servicio.
Tras estas palabras, las ciencias salieron confusas y quejándose en voz baja de las restricciones a las que las habían sometido. Pero a pesar de todos los esfuerzos que hicieron para obtener franquicias mayores en mi imperio, las he vigilado hasta tal punto que están muy lejos de haber alcanzado el objetivo al que aspiraban, y el tributo que les impuse me ha rendido más de lo que esperaba.
Es verdad que hay algunas ciencias particulares que no se hallaban en la comisión, y que no tuve nada que prescribirles puesto que no juzgaron oportuno solicitarme nada. Pero si creyeron poder prescindir de mí, no tengo sino más razones aún para desconfiar de ellas. En consecuencia, a menudo han querido poner obstáculos a mis planes. Felizmente mi vigilancia ha mantenido hasta ahora todos mis derechos, y espero que los mantendrá más aún en el futuro".
El auditorio permanecía quieto y mudo por el poder de la bomba. Incluso aumento en ese momento por una multitud de curiosos a los que la impaciencia condujo hasta allí para saber qué pasaba, y qué había sido de la comisión académica. Pero a medida que aquellos curiosos se aproximaban a la atmósfera de la bomba, eran apresados como los demás y obligados a permanecer en el lugar, sin decir palabra).
(Amigo lector, trate de abrirse paso en esta inmensa verdad que acaba de ofrecerle aquí, tal vez a su pesar; se verá compensando por sus esfuerzos).
La voz no se interrumpió por ello, y continuó así sus instrucciones:

CANTO 34
CONTINUACIÓN DEL CURSO CIENTÍFICO
DEL COCODRILO
ESTADO DE LA ESPECIE HUMANA

"Heme aquí habiendo llegado a la historia de la humanidad; y debéis saber que en el presente mi reino actual no se limitó tan sólo al dominio de la naturaleza y de las ciencias, sino que también comprende el de la especie humana. Confieso no obstante que el origen de los hombres me resulta un tanto embarazoso, y que aún no he podido adivinar de dónde vienen, pero me basta con disponer que ellos tal como me han dejado recuperar el derecho de hacerlo.
El primer intento de probar mi poder para con ellos, desde el momento en que hubieron puesto los pies en mi imperio, consistió .en hacerles meter la cabeza bajo el ala, figura que podéis comprender. Pero al meterles la cabeza bajo el ala, les dejé el uso de los pies, las manos y la lengua; y como me reservé el del cerebro, han de ser muy hábiles si hablan, actúan y se mueven en forma contraria a mi voluntad. Así pues, los empleo diariamente en la ejecución de mis planes, y los mantengo en un verdadero sonambulismo. Con estos medios gobierno desde hace tiempo los imperios, al igual que dispongo de las leyes del universo.
Convengo sin embargo en que es por culpa de los hombres si las cosas son como son, ya que tendrían muchas posibilidades de discutir mi soberanía; pero no me corresponde a mi advertirles sobre ello. Me limitaré incluso, por prudencia, a hablaros de su historia sólo desde el diluvio."

CANTO 35
CONTINUACIÓN DEL CURSO CIENTÍFICO
DEL COCODRILO
HISTORIA DEL GÉNERO HUMANO

"Antes de comenzar la vuelta al mundo, percibí que los hombres intentaban abrir un poco los ojos y salir del estado en que los había colocado. Cogí entonces en mis patas y mi hocico todo el limo seco del Nilo que podían contener, que es verdadero natrón y constituye toda la tierra de Egipto. Por su cualidad expansiva y disolvente, tiene la propiedad de oscurecer la atmósfera en una gran extensión, por poco que uno arroje una pizca de él en el aire; pero oscureciendo los ojos del cuerpo, tiene también la propiedad de producir el mismo efecto sobre el espíritu y la imaginación de los hombres. Por tanto, antes de ponerme en camino comencé por inspirar a los egipcios tal respeto por los animales (puesto que yo me contaba entre ellos) que durante el hambre que ese pueblo sufrió más tarde, los habitantes prefirieron comerse a sí mismos antes que comer a los animales sagrados, tal como os lo ha relatado Diodoro. Tras esto no me fue difícil establecer en toda África, y en muchos otros lugares, el culto a los fetiches de toda clase, ya fuera vivos, ya muertos, porque tengo el poder de hablar en todas partes, y en todo, como bien veis.
Mi primera excursión fue a la China. Supe que un gran genio había comunicado a los hombres de aquellas regiones conocimientos magníficos, y me propuse ir a recuperar alguna porción, si podía, a fin de extender otro tanto mi imperio sobre la tierra. En el camino atravesé ora bajo tierra, ora sobre la superficie, Arabia, Persia, Tartaria, el Tíbet, siempre alargándome a voluntad, pero sin poder soltarme de mi pirámide. Y con aquellos movimientos sinuosos formé en todo el globo los valles, las cadenas de montañas y el lecho de los ríos. Esta es la razón por la que no se ve una sola línea recta sobre el cuerpo terrestre.
Encontré a los chinos disfrutando plenamente de grandes luces, y sobre todo de una magnífica verdad, por la que dos mil años más tarde habéis visto cómo Pitágoras quería inmolar cien bueyes; le habían llevado incluso a tal grado por encima de él. Que osadamente podían inmolarle cien mil. Pero mi tierra de Egipto, fértil en milagros, Supo tan bien en este punto

confundirles el cerebro, Que hoy día es mucho si inmolan un ternero. Me dirigí a uno de los más famosos sectarios de Fo, y luego de haberlo trabajado un poco le prometí unir su nombre y su gloria a los grandes acontecimientos que se sucederían en el universo hasta el fin del mundo, si estaba dispuesto a confiarme tan sólo algunos de sus secretos y a poner en práctica en su país algunos de los míos. Halagado por la expectativa de lo que yo le ofrecía, e impresionado por las pruebas con que apoyaba mis promesas, pronto hubo acuerdo entre nosotros. Provisto entonces de las importantes luces de Fo que me faltaban, pero que adulteré un poco, y no dudando ya del éxito de mi empresa, partí inmediatamente para ir a hacer uso de mi batería sobre la tierra, para comprar con ella cuanto los hombres pudieran venderme a cambio, y para comprarlos quizás a ellos mismos los unos con los otros, según lo que los tiempos me permitieran.

Primeramente extendí una de mis patas hasta el Japón. Ofrecí mi surtido al Dairi, quien gracias a mi tierra de Egipto lo encontró mejor que el de Fo, del que se había abastecido hasta entonces; y mediante algunos pequeños secretos que obtuve de él a su vez lo hice emperador del sol. Desde entonces sus sucesores no salen jamás de su palacio cuando hay luna, por miedo a envilecerse.

Tras una rápida excursión por el Norte, donde Odin consintió en dejarse arrancar un ojo a condición de que lo convirtiera en el adivino más grande del país, continué mi camino alrededor de la tierra recorriendo primero sólo sus confines a fin de rodearla entera; miré así de ganar a todos los jefes de los puestos avanzados. Pero es preciso que en la naturaleza haya cabos que inspiren temor a los hombres, ya que el promontorio de las tempestades que ilustró el Camoens no es nada en comparación a ciertos puntos del mundo que encontré; y si la ficción del poeta pareció tan imponente, ¿qué seria si, como yo, hubiera comunicado la realidad?

Cuando hube terminado mi recorrido exterior, me acerqué al interior del Asia. Allí hice un tratado con la famosa Semiramis por el cual, dándoles puestos en su templo de Belus a algunos de mis ayudantes, ella debía gozar de toda la ilustración que distinguió su reinado. Hice inventar los libros por la familia Chanaan, que no tardó en difundirlos entre sus vecinos. Establecí el gusto por los razonamientos y las discusiones sobre los brahamanes y los sacerdotes budistas de Siam; hice al Lama venerable en grado sumo entre los Tártaros; prometí para el futuro la superabundancia de oro al gran Mongol, y entregué inmediatamente soberbios títulos genealógicos a los Indios: todo a cambio de la doctrina de Fo que yo oscurecía en aquellos países.

Cuando hube puesto de este modo en combustión a casi toda Asia, regresé a Egipto para renovar mi provisión de tierra del país, pero sobre todo para poner en movimiento al célebre Sesostris, que mucho tenía que ver con el tratado secreto que yo había hecho en China. De esto le di muestras que no dejaban

lugar a dudas; por tanto no cesó de inmolar a su espíritu guerrero todos los pueblos que yo había dejado liberados a su espada; y por haberme inmiscuido en sus proezas, éstas parecieron tan extraordinarias como para que los sabios miraran al propio Sesostris como a un personaje fabuloso. En cuanto a mí, que sé mejor que ellos a qué atenerme, os declaro que a ese espíritu guerrero que sembró en los diversos teatros de sus conquistas, reformado por la nueva doctrina de Fo, debo los poderes de agitar todo el universo de que disfruto desde entonces.

En efecto, pronto pasé a Grecia, donde durante un festín real que daba la bella Helena eché en su copa una gota de la sangre del valiente París, impregnada de ese doble espíritu; y éste es el origen de la guerra de Troya.

No os sorprendáis de que la bella Helena haya tenido un final trágico, así como el infortunado Polixeno; también eran un artículo de mi tratado con Sesostris. A consecuencia de mis compromisos regresé a Asiría para definir allí una era fundamental en la historia del género humano con la ruina del reino de Sardanápalo; pero tenía prisa por extender una de mis patas hasta Roma para fundar allá esa nación guerrera que, según mis compromisos y la necesidad que experimento de conmover, debía invadir un día Grecia y una parte de Asia. Tuve ciertas dificultades para hacer pasar al pueblo romano de la simplicidad del rey Aruns, que no tenía más que dos perros como regimiento de guardia, al fasto de Nerón y Domiciano: pero gracias al limo del Nilo le hice experimentar tales conmociones que adormecí su carácter, le puse también la cabeza bajo el ala, e hice de él cuanto quise.
Sin embargo tuve ciertos contratiempos con la raza de los genios y de los hombres en los comienzos de la república; tampoco me trataron con miramientos en Grecia, donde los dones de los más temibles para mí descansaban en Pitágoras, pero tomé mis precauciones para que todo cuanto saliera de él fuera un poco desfigurado. Así Pitágoras había tenido la sabiduría, en el espíritu y en el corazón, pero su discípulo Sócrates la tuvo mucho más en el corazón que en el espíritu, y como la cosa siguió descreciendo, su discípulo, el famoso Platón, tuvo la sabiduría más en el espíritu que en el corazón; Aristóteles, discípulo de Platón, la tuvo más bien en la memoria que en el corazón y en el espíritu; por ultimo su real discípulo, Alejandro, no la tuvo sino en el estomago y en la punta de su espada; y es donde yo lo aguardaba para enviarlo a Asiría a disipar un poco la rica sucesión de Cirus.
Durante estos preparativos cuyo efecto, aunque alejado, no podía fallar, hice un viaje muy corto a Egipto para tratar al ejército de Cambises, perdido en el desierto, como acabo de tratar a los vuestros; esta es la razón por la que los historiadores nunca han podido saber qué fue de él.
En el camino pasé bajo la península de Eubea, donde provoqué un terremoto lo bastante violento como para que desapareciera la ciudad de Atlanta; y no era más que un pequeño ensayo de cuantos proyecté en otras épocas, particularmente el que tuvo lugar en vuestro siglo en la provincia de Chensi, donde aplasté numerosas ciudades jugando a las bochas con las montañas. ¡Observad hasta qué punto la naturaleza de mis movimientos se hace notar!
Tenía prisa en regresar a Roma para fomentar ciertas disputas con Cartago, España, Grecia, Asia Menor y Judea. Sois demasiado instruidos como para que sea necesario que os narre todos estos hechos. No puedo quejarme de mis éxitos. Gracias a los Tarquinio, a los Appius, a los Marius, a los Sila, a los Cinna, a los Pompeyo, a los César, a los Tiberio, a los Calígula, agité suficientemente esa nación, por fuera y por dentro, como para hacerle pagar un poco el mal que hizo a las demás. En una de mis correrías pasé bajo tierra junto a Nápoles, donde con la rapidez de mi movimiento encendí algunas materias combustibles cuya explosión estalló por el monte del Ves ubio, devorando Pompeya, Herculano, Stabíae, y otras ciudades.
No podía agitar Roma más que recurriendo a la cólera, pues ésta no tenía suficiente espíritu como para que utilizara con ella todos mis medios.
Por tanto, disgustado con ella, me dirigí a las regiones septentrionales donde el tuerto Odín me sirvió enormemente para incitar a la rebelión a todo el Norte, contra esos mismos romanos a los que yo había convertido en los reyes del universo. Godos, Vándalos, Escitas, Hunos, Lombardos, Hérulos, todos obedecieron a sus impulsos y a los míos, muchos más que al impulso guerrero. De tanto en tanto los lancé así contra ese coloso, al que en cada ataque siempre arrancaban algo.

Sin esto no se hubieran mantenido independientes de ese pueblo irresistible. Sin embargo, llegaría el día en que agitaría a su vez los unos con los otros, como habéis visto después en la historia, porque Odin no tenía más que un ojo, y todos aquellos que se decían sus secuaces se disputaban por ver quién se lo apropiaría.
Mientras agitaba de tal modo Occidente, Oriente se estaba volviendo demasiado tranquilo por el poder de los genios que habían restablecido la paz; fue preciso que volará allí para despertarlo de su sopor. Me dirigí inmediatamente a Arabia. Allí, gracias a la negligencia de aquellos.... (hizo una pausa), encontré en Mahoma un hombre que compartía mis juicios, y con proyectos análogos: lo induje a predicar a sablazos, habiéndome trazado el plan de oponerlo a los... (hizo una segunda pausa) y por consiguiente a los... (una tercera pausa); porque Odin tenía tres ojos, dado que para señalarlo mejor, yo le había dado aquel del que Odin se había desprendido.
Esta fue la razón por la que él y sus sucesores extendieran tan rápidamente sus conquistas por Asia y Europa, y que estuviera incluso a punto de someter a todas aquellas naciones que yo había lanzado contra los romanos. Pero no sé dónde Martel había afilado la espada que le opuso: sin ella, toda Europa llevaría el turbante.
Me desquité con las Cruzadas, que celebré ver aparecer aunque yo no hubiera podido inventarlas. Las aproveché lo suficiente como para que Occidente se viera perturbado: así, mediante la condescendencia de Eleonora de Guyenne para con Saladino, costaron a Europa unos tres millones de hombres.
Durante ese tiempo, Gengis Khan no me inmolaba menos hombres en Asia, porque pronto trasladé a él el encantamiento que había hecho a Mahoma, y que no había prosperado bastante en Occidente. Fui yo también quien, con una porción de ese encantamiento, estableció una manzana de la discordia entre Nápoles y Hungría, y luego entre Nápoles y Aragón; discordia en la que mi comisario Procida se distinguió preparando la masacre de todos los franceses en Sicilia.

Pronto hice un trato con Cecco d'Ascoli, por el que yo le entregaba la mayor parte de los secretos que había recogido en mis correrías, y el prometía a cambio ejercer con el mayor celo y la mayor asiduidad los poderes que yo le había dado sobre los astros: es verdad que terminó siendo quemado vivo, pero no sin antes haber cumplido sus compromisos.
También fue por su influencia que seguidamente los orientales me sirvieran otra vez apoderándose de Bizancio, de la isla de Rhodas, fueran hasta Viena a amenazar las últimas imágenes de los Césares, y abolieron finalmente el imperio de los Romanos. Por su misma influencia y en el mismo siglo, hice que los portugueses descubrieron un paso por el Cabo de Buena Esperanza; hice que Colón fuera a América y extendí enormemente el poder de España. Deleité a Europa con la imprenta que había conocido hacía tiempo tratando con mi chino, pero que le había prometido no utilizar antes de esa época; y este presente que hice a los hombres me rinde más que la pólvora para cañones que les había regalado el siglo anterior, porque por este medio se apresurarán a mostrar a cuál mejor todo lo que saben, descubriendo todos sus secretos. Y me gusta enormemente aprender los secretos de los hombres desde que perdí aquellos que poseía por naturaleza.
No fue sin motivo que escogí el siglo quince para ofrecer al universo todas estas maravillas. Tampoco carece de razón el que haya elegido el reinado de Luis XV para venir a mostrarme en persona a orillas del Sena; todo es en interés del molde del tiempo que quiero conservar. Pero cualquiera que sea

la época en que hago mis presentes, tengo cuidado de no prestar nada sin usura; por tanto los árabes no pudieron escapar a Thomas-Kouli-Khan; los portugueses fueron en busca de especias que les queman la sangre; los españoles encontraron la muerte en sus placeres en América, después de haber buscado el oro en la sangre de sus habitantes, y a ellos les di la Inquisición, que es como el compendio y el elixir de todas mis artes. Por último el mismo Mahoma, a pesar de sus tres ojos, está a punto de perder la vista. Iría contra mis intereses si os explicara más detalles sobre la usura que practico con aquellos a los que favorezco. Ya os he dicho bastante al confiaros lo que saco de la imprenta. En cuanto a la pólvora, y a todos los inventos destructivos de que se sirven los hombres, tienen para mí un fin como mínimo igualmente útil, pero que no puede ser conocido sobre la tierra. Porque aquellos que han dicho que las muertes y las batallas eran una consecuencia de la enorme sed que me abrasaba y que no podía apagar sino con sangre, al no tener otro líquido a mi disposición, no han descubierto toda la clave. Os basta con saber cuánto me han rendido estos poderosos y temibles medios desde hace dos o tres siglos. La guerra de los treinta años, las diversas quemas de heréticos, la liga, la fronda, las dos guerras de sucesión, son para mis testimonios indiscutibles.

Bajo el más largo reinado de los reyes franceses he sido ampliamente secundado en mis éxitos de diferente clase. Por su intermedio, Europa ha estado largo tiempo hecha un fuego en los campos de batalla, por el cañón, y en los gabinetes y las escuelas, por las eruditas futilidades de las asambleas doctorales, donde siempre he tenido un lugar destacado; y el provecho que he sacado del descubrimiento de las Indias y de América es que actualmente no me hace falta más que una cerilla para encender el globo. Así pues, por mi gestión, la política se ha convertido en toda la tierra en una especie de partida de ajedrez, que siempre comienza y que ya no puede terminar porque las potencias que forman sus diversas piezas pueden muy bien cogerse las unas a las otras, pero no pueden cogerme a mí, que soy su rey, y no saben darme jaque mate; por ello los genios, mis adversarios, están hoy día totalmente desorientados.

Bajo el reinado actual, el cañón ha tenido un empleo un poco menor, pero los libros han tenido uno prodigioso, puesto que cuando las materias parecían agotadas, gracias a la nueva doctrina de Fo y a la influencia de Ceceo d'Ascoli yo tenia los medios para remediarlo. Esto es lo que me llevó a inventar tantas asociaciones singulares.

Es un error generalizado acusar de engaño a los miembros que las componen; la mayoría no son dueños de sus movimientos. Soy yo que de tanto en tanto les soplo un vapor activo a fin de hacerles realizar actos extraordinarios. Por otra parte, hay sociedades que no me pertenecen más que en segundo lugar, y que comenzaron estando bajo la ley de los buenos genios. Las hay que dirijo todavía, pero que los buenos genios amenazaban diariamente con sustraerlas de mi dominio. Las hay que gobernamos conjuntamente, los buenos genios y yo; pero en todas no olvido nada para acreditarme en el espíritu de los hombres, a expensas de la potencia que no cesa de combatirme, y en esto siempre encuentro algunos hombres suficientemente dóciles.

Para pagarles por su confianza en mí y su docilidad los entregué al poder de esas diversas ciencias mutiladas que dejé que se establecieran en mi imperio. Por esto hice que los filósofos de este siglo profesaran todas esas doctrinas que han enseñado a los hombres que todo era nada; que los cuerpos pensaban, y que la gente pensaba; que no había necesidad de recurrir a un sentido moral para explicar el hombre, sino que era preciso tan sólo enseñarle a hacer ideas. No les advertí acerca de la contradicción de

esas doctrinas que me resultan tan provechosas, porque pronto verían que si no hay nada moral en el móvil y en el juego de sus ideas, inútil sería que procuraran hacerlas y perfeccionarlas puesto que su naturaleza física debería encargarse de la empresa, como se encarga de perfeccionar todos vuestros sentidos. Pero al mismo tiempo los convencí de que ese hombre, moral o no, no había sido alterado desde su origen, y que por consiguiente no tenía necesidad de ninguna clase de restauración, lo que, en una sola frase, da la medida de su lógica y me proporciona una ventaja inmensa sobre el más temible de mis adversarios.

Les preparo nuevas recompensas todavía para cuando haya encontrado entre ellos mayores refuerzos, ya que no puedo actuar sino con lo que ellos me dan: entonces les haré descubrir unos secretos tan sorprendentes, por el magnetismo y el sonambulismo, que a la larga podrán ponerse en mi lugar y yo podré dedicarme libremente a otras ocupaciones. Tanto los aturdiré que presentarán partículas de los cuerpos que obtengan con sus manipulaciones como muestras de la naturaleza, mientras que sólo son las muestras de su demolición y su rotura. Porque aunque quisiera callarlo, no ignoráis que uno de vuestros comediantes más célebres les había dado anteriormente esta lección, llevando bajo el brazo una piedra que mostraba neciamente como la muestra de una casa que tenía para vender. Un día les haré decir que el agua no es un elemento, porque la reducen a vapor, como si un trozo de hielo no fuera un cuerpo sólido y palpable porque puede ser reducido a agua, y como si alguna vez hubieran poseído un elemento puro para osar pronunciarse sobre su naturaleza.

Por el contrario, les haré decir que el azufre es una sustancia simple, puesto que no saben ver lo que la constituye; y esta será una de las jugadas más hábiles que pueda hacerles porque si consigo convencerlos de que el azufre es simple, tendrán que creerme simple también a mí, ya que el azufre y yo somos los mismo.

Les haré encontrar un nuevo secreto para la reproducción de la especie humana. Desgraciadamente el bello sexo no se conformará, porque sólo tendrá entonces el peso de las obligaciones.

Introduciré en su espíritu suficiente variación como para que aún entre aquellos que no creen en nada haya quienes vayan a consultar a los hechiceros y a las echadoras de cartas.

Inspiraré a un gran navegante la idea de hacerse iniciar en las ceremonias de los habitantes de Owhyhe, y esto tendrá como consecuencia que se los antropófagos; porque con las ceremonias puedo llevar muy lejos a los hombres.

Confirmaré a los geómetras en la opinión que sostienen desde hace tiempo, consistente en que las raíces son fracciones de las potencias, como si las potencias de la naturaleza pudieran fraccionarse y seguir otra ley que la de ser comprimidas, y las raíces pudieran ser otra cosa que potencias en comprensión.

Haré que en algunas cabezas nazca la idea de establecer en toda Francia bellas escuelas científicas y de generalizar el sistema de instrucción universal, enormemente favorable a mis designios: ¡pero atención a la mano que pueda llegar a arrojar alguna piedra a la frente de algún Goliat, y sobre todo atención a la falta de dinero, que tal vez haga suprimir el establecimiento! ¡Ah, sin estos inconvenientes, qué frutos no hubiera sacado yo de esa Enciclopedia animada, que pululando sin cesar, habría extendido mi reino sucesivamente por toda la tierra!

Pero ha llegado el momento en que seré ampliamente resarcido. La razón va a nacer, pronto florecerá, y me lo deberán a mí. Soy yo quien habrá hecho revivir la filosofía, purgándola de cualquier ingrediente que no venga

de mí. Por este servicio eminente que les habré prestado, las naciones me levantarán altares y gritarán: ¡Viva el cocodrilo, gloria y honor al cocodrilo!"

CANTO 36
TRASTOCAMIENTO DE LOS AUDACES PROYECTOS DEL COCODRILO

Ya sea que el cocodrilo tuviera partidarios en el auditorio, ya que la magia de su discurso opera naturalmente, el hecho es que se oyó repetir entre los espectadores esas últimas palabras: ¡Viva el cocodrilo! ¡Gloria y honor al cocodrilo! Incluso se vieron algunos asistentes inclinándose como para adorarlo, y un altar colosal que súbitamente se formaba ante él. Al mismo tiempo se vio una cabeza más colosal aún que se formaba encima del cocodrilo, o de aquella columna móvil que había concentrado todas las miradas y de donde había salido tan extraño discurso. Aquella cabeza era bella en apariencia, y exteriormente tenía unas proporciones bastante regulares. Sobre la frente llevaba escrito: Las ciencias universales; pero no era más que el fantasma de éstas, porque ya fuera que el cocodrilo hubiera exagerado al jactarse de que tenía reservado en sus archivos lo que es como el principio de la vida de las ciencias, ya fuera que ese principio de vida estuviera depositado en otra parte, era evidente que ese espíritu vivificador les faltaba, por los cuidados y esfuerzos continuos de los hombres.

Sin embargo, era gracias a ese fantasma de las ciencias universales que el cocodrilo esperaba obtener las ofrendas más honorables. Pero apenas aquella cabeza se hubo posado sobre él, perdió su belleza y la exactitud de sus proporciones; y pronto él mismo vio que sus esperanzas se desvanecían, ya que inmediatamente se presentó en el aire, frente a él, una niña de unos siete años que algunos creyeron después que se trataba de la misma Señora Jof bajo otra forma. Sea como fuere, aquella niña tenía en la boca un canutillo de oro con el que sopló siete veces sobre la cabeza. Cada vez, la cabeza parecía disminuir de volumen, y también el altar colosal disminuía de altura, hasta que al final, la séptima vez que la niña sopló, ya no quedó nada de la cabeza, y el altar quedó tan reducido a ras de la tierra que ya no hubo manera de distinguirlo.

Ante este séptimo golpe, de repente el cocodrilo Volvió a guardar en su estuche la columna móvil. El agujero que había hecho se cerró otra vez tan bien, Que sin ojos ad hoc, ya nada se pudo ver. Entonces cada auditor dejó de estar encantado; Y apenas cada uno de ellos obtuvo su libertad, voló a París para contar allí la historia Con que el orador había asombrado al auditorio.

CANTO 37
ESTUPOR DE LOS PARISINOS. DECRETO ACADÉMICO

¿Cómo describir el estupor de los parisinos ante el relato de tantas maravillas? Sin embargo se habrían entregado aún más a la admiración si el terror no hubiera continuado trabajando su valor, y el hambre su estómago.

Pero como el celo de la gloria académica ganó sobre todos estos males en el espíritu de los comisarios, éstos se apresuraron a presentar su informe a la asamblea; cada uno de los miembros pegó un salto al enterarse de una doctrina y de unas explicaciones tan diferentes de cuanto les habían enseñado hasta entonces. Tras un cuarto de hora de silencio, donde el embarazo y la confusión ocuparon todas las mentes, se pasó a la votación; y por medio del presidente que recogió las opiniones:

Se ordena averiguar en las bibliotecas.

En las tradiciones Persas, Teutonas, Griegas,
Para tratar de explicar naturalmente,
Un hecho que desde el principio parece un poco sorprendente.
Porque sobre semejante tema, con tantas luces,
sería vergonzoso quedarnos a la zaga;
Y para salvar aquí el honor de nuestro nombre,
Es absolutamente necesario que tengamos razón.

CANTO 38
PLAGA DE LOS LIBROS

Se separaron y cada cual corrió apresuradamente a compulsar las bibliotecas públicas y particulares; nunca el espíritu de investigar los había animado con semejante fervor, porque nunca se había presentado una ocasión tan urgente.
¡Pero, oh extraña maravilla, oh prodigio inaudito,
Con el que el ojo humano será hasta tal punto deslumhrado,
Que aquí la verdad ya no parecerá verdad!
Enteraos pues que hay que añadir una undécima plaga
A las que en el Egipto de otros tiempos
Con tanto éxito Moisés propagara con su voz. En efecto, una plaga cayó súbitamente sobre todos los libros. ¡Y qué plaga! No fueron ratas que los royeron; no fue el fuego del cielo que los consumió; no fueron las tinieblas que los ocultaron a la vista; no fueron las aguas del mar rojo que los inundaron; fue una cierta humedad que, ablandándolos, llevó la debilidad a toda su sustancia, y transmutó en una pasta blanda, de color grisáceo, papel, pergamino, cartón, cubierta y cuanto los componía; fenómeno que había sido anunciado por algunas estrellas nebulosas que se había visto pasear unos días antes por varias bibliotecas.
En fin, contemplando semejante cambio,
No pudo evitarse creer firmemente,
Que algún genio malo, para divertirse,
Quiso perder el tiempo y el trabajo
Haciendo papilla para los gatos.
Lo que puede hacerlo aún más creíble es que al mismo tiempo aparecieron de golpe, en todos los sitios donde se encontraban aquellos sabios, cantidades de mujeres semejantes a niñeras y nodrizas. Aparecieron todas con una cuchara en la mano, sin que se supiera de dónde venían ni cómo habían hecho para entrar, e inmediatamente, cogiendo de aquella papilla grisácea con sus cucharas, la llevaron a la boca de cada uno de los sabios.
Alcanzados sin duda por el mismo poder mágico, éstos olvidaron el objeto que los había llevado hasta allí; el apetito ocupó el lugar del deseo de la ciencia, y al ver aquella pasta blanda y grisácea que las nodrizas les presentaban se arrojaron sobre ella con toda la voracidad del hambre, y no dejaron de tragar hasta que estuvieron repletos hasta las orejas y las nodrizas se hubieron retirado.

CANTO 39
RESULTADO DE LA PLAGA DE LOS LIBROS

Fue entonces cuando se pudo juzgar el proyecto del genio que había arrojado una plaga tan enorme sobre los libros. La mezcla que se había producido cuando su descomposición se hizo igualmente en las ideas de quienes acababan de alimentarse con ella; salieron de allí con tal confusión de pensamientos y de lenguaje que, en comparación, la torre de Babel era un sol de claridad, porque todos hablaban juntos y cada cual hablaba de todas las ciencias a la vez.

¡Tristes especuladores, infortunados humanos!
¡Adonde van a ir a parar las obras de vuestras manos! ¡Si al menos este flagelo se hubiera limitado a la capital! Pero era general en toda la región; qué digo, en toda Francia, excepto un solo gabinete que conoceremos cuando llegue el momento y el lugar. Ese flagelo se extendió no sólo sobre los libros ya existentes, sino sobre aquellos que aún no existían, puesto que había actuado sobre todos los materiales que pueden servir para transmitir nuestros pensamientos a la posteridad; y nuestros sabios ya no tenían a su disposición una sola hoja de papel donde pudieran escribir un simple programa.

CANTO 40
BREVE INVOCACIÓN A MI MUSA

¡Musa, sabia Musa, qué cuadros podrías trazarnos si quisieras emplear aquí tus lápices! Nos pintarías el desorden general de Francia, la pérdida irreparable de todas las genealogías, la aniquilación de todos los tratados políticos, de todos los contratos civiles, de todos los testimonios escritos de la fidelidad de los amantes, de los anales de la historia de nuestros padres, de las constancias de las verdades religiosas, de todo aquello con lo que la ignorancia y la mala fe han intentado substituirlas, en fin, todos los espíritus abandonados a unas tinieblas espantosas, y a una incertidumbre peor que la nada, y todo porque no tienen más papel. Pero tienes tantas cosas que contarnos que no puedes entretenerte en pintarnos todos estos cuadros, como un pintor que pudiera disponer de todo su tiempo.
Al menos moja un momento tus pinceles en tus colores más vivos para pintarnos aquél de todos estos hechos que te parezca el más sorprendente.
Se vio pues llegar a toda prisa a uno de aquellos comisarios enviado por la Academia. Ya fuera porque tenía las fibras del cerebro más eléctricas que sus compañeros, ya porque hubiera comido más de aquella pasta grisácea en la que se habían convertido todos los libros, el hecho es que una furia de palabras, citas e interpretaciones se apoderó de él, y presentándose a la Academia comenzó así su discurso:
(Amigo lector, debo advertirle que en medio de esa confusión, de tanto en tanto se le escapaban algunos destellos instructivos, algunas verdades profundas y respetables que no acostumbran manifestarse por boca de los académicos. Sé incluso de buena fuente que cada vez que estos destellos y esas verdades se le escapaban, experimentaba una especie de violencia secreta, como si algún poder superior lo presionara, y lo obligara a su pesar a honrar la luz; y no debe verse sorprendido por los efectos de ese poder, si está convencido de que la mentira no es lo que domina exclusivamente al hombre aquí en la tierra, y si recuerda hasta dónde se extienden los derechos del virtuoso Eleazar, y la vigilancia de la sociedad de los Independientes. Dándose pues por prevenido sobre este punto, escuche ahora el discurso que pronunció nuestro orador).

CANTO 41
PONENCIA DE LA COMISIÓN CIENTÍFICA ANTE LA ACADEMIA

"Señores, la peluca del emperador Cómodo, si nos remitimos a la descripción que de ella nos hace Lampride, es lo más maravilloso que hay en el mundo. Por ello el poeta Ossian la tenía siempre presente en el espíritu cuando cantaba a los rubios cabellos de la bellas Caledonias; porque la diferencial de la tangente de un arco es igual a la diferencia de dicho arco dividida por el cuadrado de su coseno; porque aunque ustedes

nos hubieran enviado a la llanura de los Sablons a recoger información sobre un fenómeno que el pueblo llamará sin duda un prodigio, la paragoge prolambanomenos no habría sido menos agregada por debajo del Hypate-Hypaton, como nos lo enseña el pequeño Albert.
El Presidente: "- Orador, recupere su equilibrio." "Sí, Señores, dejemos que el vulgo ignorante dé el nombre de prodigio a las cosas que no puede comprender; él no está, como nosotros, naturalizado con las ciencias; no ha sido alimentado como nosotros, desde la cuna, con el alimento infantil de los libros, y Dios sólo ama a aquel que habita con la sabiduría, decía Salomón. Esos profanos viven demasiado alejados de nuestros santuarios para tener algún acceso a la verdad; para nosotros, que pasamos nuestros días en su proximidad, no hay nada cuya explicación nos resulte embarazosa.
Sin recurrir a las eruditas colecciones del abate Muratori y del padre Montfaucon, ¿acaso no tenemos como testigo a toda la orden Teutónica, así como a la gramática de Restaut? ¿No sabemos también que el logaritmo de menos uno tiene una infinidad de valores imaginarios puesto que aparte de uno no puede existir ningún valor que sea real?
Por tanto las matemáticas son una ciencia que no penetra hasta nuestra esencia radical e integral. Parece que lo que las aprende y las sabe en nosotros es un ser inferior a nosotros y diferentes de nosotros. ¿Cómo sería de otra manera, pues que sin conocer la raíz de dos no podemos estar perfectamente seguros de todas las demás raíces que se presentan tras este número, visto que deben pasar por él, y que de este modo no sabemos de dónde vienen, por dónde van ni adonde llegan? Y en este tema no tenemos otra cosa que aproximaciones, porque sólo calculamos sobre datos y suposiciones, cuyo valor ni siquiera conocen quienes nos los presentan. Pilpay no era el único en haber empleado su tiempo en ficciones.
Sin embargo, no tenemos necesidad de negar los hechos en la circunstancia de que se trata, como nos ha ocurrido algunas veces cuando no sabíamos cómo salir del paso. Sí, convengamos en que los dos ejércitos han sido tragados; convengamos en que apareció una columna monstruosa y se engulló a los defensores; convengamos en que se oyó una voz extraordinaria; convengamos incluso, si es preciso, en que el animal es un verdadero cocodrilo. ¿Acaso el hombre puede cumplir su función en la tierra si está un solo instante sin profetizar?
¿Qué resultará de esto en contra de nuestra gloria y nuestros conocimientos? Bien nos han dicho que no hablábamos más que de la cubierta del libro de la naturaleza, y nunca de su espíritu; que al pintar con tanto esmero los colores, las dimensiones y las formas de los animales, o al calcular los movimientos de los astros con escrupulosa precisión, pero sin saber un ápice sobre el destino de todas estas cosas, éramos como alguien que pretendiera haber hecho la descripción de su vestimenta. Esta es la razón por la que Trimalción, al presentar en la corte de Mandane al famoso impresor Christophe Plantin, nacido en Mont-Louis cerca de Tours, sorprendió mucho a los siete sabios de Grecia. Ahora bien, si Leibnitz fue perseguido por Galileo por haber sido el primero en percibir el paso del aire, Nerón no estuvo tan equivocado al guardarle rencor a Caius Petronius Arbiter.
El Presidente - "Orador, está hablando usted de anacronismos; recupere el dominio de sí mismo".
"Hemos sabido pasarnos muy bien sin la filosofía oculta de Cornelius Agrippa para enseñar a los hombres cómo eran las cosas; sin ella, les hemos dado explicaciones de todos los fenómenos de la naturaleza, y hemos simplificado hasta tal punto las ciencias que:

Un día no es más puro que el fondo de mi corazón
Pero señores, al enseñar a los hombres cómo eran las cosas, no nos hemos privado del poder de agregar nuevas luces a las que habíamos difundido, y nada nos impide convenir en que las cosas pueden tener todavía otra manera de ser, detrás de la que les hemos dado.
Nuestro hermano Freret ha dicho correctamente en efecto que todas las ideas divinas y religiosas no provenían sino de los fantasmas de nuestra imaginación, porque sólo miró el árbol por arriba y por afuera, y allí efectivamente no se encuentran más que hojas móviles y agitadas sin cesar por todos los vientos; pero si hubiera mirado debajo del árbol y adentro, digamos lo que digamos no hubiera encontrado sino una sola savia, un solo tronco, una sola semilla, y una sola raíz, que los vientos ni siquiera pueden alcanzar y sin la cual el árbol no tendría ni hojas ni frutos; y convengamos también en que aquel que cree saber algo, no sabe ni siquiera cómo se debe saber: pero M-XXX Industriae nil impossibile. Por tanto los Agwans que derrocaron el trono de Persia encendieron hasta tal punto el genio de Catalina que éste, al ver cerca de Charing Cross la estatua de Narsés meditando sobre las estratagemas de Polieno, incito al monje Alcuin a reconciliar a Pibrac con Carlomagno.
Así es como en las ciencias exactas, después de haber reconocido los tres grados de potencia que componen el cubo, no hemos dejado de imaginar potencias subsiguientes, que no son, es verdad, sino múltiplos de los grados precedentes, pero que con todo ofrecen a la mente una manera de ser diferente y una nueva mina para la inteligencia: por otra parte, ¿acaso no es una verdad indudable que un efecto puede ser atribuido a varias causas diferentes?
Pero, ¿qué digo? ¿Cómo podríamos creer nosotros en una verdad? Nosotros no creemos en el alma del hombre, y el alma del hombre, aquí abajo, es el único espejo de la verdad. Por eso no sería preciso que nos remontáramos a los fragmentos de Sanchoniaton ni a Ezourvedam, y nos bastaría con observar que nuestra alma abraza la universalidad; que para que ella pudiera morir sería necesario que el mas ocupara el lugar del menos, mientras que en el orden real y no convencional de las cosas sólo el menos puede ocupar lugar en el mas. Por tanto yo estaba a punto de decir que no había nada más augusto que nuestra alma, si no hubiera observado que Voltaire, Crébillon, Racine y varios de sus cofrades abusaron del derecho del epíteto, empleando la palabra augusto en sujetos que no eran dignos de ello, y que no sólo eran anteriores tanto al reinado como a la gloria del emperador de ese nombre, sino incluso al poeta Ennius, que había aplicado dicho título a los augures.
Por ejemplo, si hemos atribuido los temblores de tierra tanto al aire comprimido en los subterráneos, como al esfuerzo de las aguas, y a la fuerza eléctrica de la atmósfera, ¿acaso esto impide que podamos atribuirlos también a algún cuerpo extraño, animal o no, que se deslizara por los intersticios de la tierra? Aún no conocemos a todos los animales; ni siquiera sabemos por qué la clase de las mariposas falenas o nocturnas es la más numerosa, y no nos conocemos a nosotros mismos, porque el alma del hombre, sin poder dejar de ser inmortal, se ha vuelto una mariposa falena, y la inquietud diaria que la devora prueba mejor su degradación que la manera en que todos los balbuceos de los filósofos prueban lo contrario. Por eso vemos con gran dolor que el estramonio o la verbena sea natural en las dos Indias y que se haya acostumbrado a nuestro clima. Mirad la obra del Sr. de l'Ancre, consejero del parlamento de Bordeaux, sobre la inconstancia de los ángeles malos y los demonios."

El Presidente: - "A su tema, orador, a su tema".
"En cuanto a esa propiedad de poder extenderse desde Egipto hasta París, según la voz que acabamos de oír, no podríamos pronunciarnos en contra con certeza. ¿Acaso no tenemos ante la vista la prodigiosa ductilidad del oro? ¿No tenemos en el reino vegetal una sustancia maravillosa de ese género, la goma elástica? ¿No hemos visto en la célebre Metásis que cuando don Quijote encontró las avestruces y ese león enjaulado...
Vuelvo a mi tema. Cruz por Dios: b, a, ba; b, e, be; b, i, bi; b, o, bo; b, u, bu. Sin duda antes de que conociéramos la goma elástica, nos habríamos burlado de quienes hubieran pretendido describírnosla tal cual es. ¿Sabemos acaso si no sería igualmente vergonzoso negar que esa misma propiedad pudiera tener una fuerza inconmensurable para nosotros, en alguna clase del reino animal?
En los tiempos venideros veremos que en la química los formiatos, los bombiatos, los prusiatos, se encuentran entre treinta y cinco tipos de sales compuestas según el número de los ácidos; pero nos hemos apresurado un poco al componer todos los cuerpos con moléculas salinas o cristalinas, porque esas substancias o esos agregados no son más que residuos: la naturaleza no querría sino el fluido, y los cristales y las sales no son el cuerpo de las cosas; tan sólo son su esqueleto cadavérico. Así pues sabemos que los reinos de la naturaleza viva están enlazados unos con otros. No sólo los reinos de la naturaleza, sino también todas las partes de dichos reinos parecen tocarse, y sólo se distinguen unas de otras por imperceptibles logaritmos. Pero Condillac y Claude Bonnet, menos sabios que el Heptámeron y el famoso Bacon de Verulam, quisieron juntar las cosas y confundirlas hasta tal punto que, de creerles, ya no tendríamos necesidad de discernimiento puesto que ya no habría diferencia;, y en el asno de oro de Apuleyo que Clémence Isaure llevó a la bahía de Chesapeake, se ve que si las substancias vegetales a menudo nos presentan las propiedades del reino mineral, cosa de la que nos han convencido nuestras operaciones con las plantas, el reino animal bien podría participar de las propiedades del reino vegetal. No, Linné, Tournefort, Jussieu, Magnol, Sauvage, no tenéis la clave del sistema real de la botánica.
Tampoco es preciso buscar en Herodoto la de los jeroglíficos egipcios; y nuestros más sabios naturalistas no saben por qué los pétalos de las flores no son de color verde, que no es sino el color de la espera, y no el color del triunfo. Por ello debemos convenir con los sabios órganos de la verdad que la hemos abandonado, a ella, que es una fuente de agua viva, y que hemos excavado cisternas que no tienen agua. Porque para avanzar en la carrera científica, decía un conocido mío, no es la cabeza la que habría de romperse, como hace tanta gente, sino el corazón. Esta persona quería igualmente que todo el mundo hiciera libros, pero al mismo tiempo quería que nadie los leyera. Porque finalmente, señores, ¿Shakespeare no tenía razón al decir que los libros no eran más que aserrín de libros?

No encuentro nada pues en la física que se oponga a que el cocodrilo que hemos visto haya podido extenderse desde Egipto hasta París; no sé incluso si no podríamos demostrarlo con el cálculo. Hace poco vi a un curioso con un trozo de goma elástica que representaba un caballo de tres o cuatro pulgadas de largo, tirando del cuello del caballo conseguía alargarlo sin romperlo hasta alcanzar un pie de largo. Ahora bien, sabemos que un cocodrilo es algo inconmensurable por su largo comparado con un caballo de tres pulgadas. Ist es nicht zu bezweifeln, daso unser Werk hiedurch einen hóhern Grad der Vollkommenheit erhalten hat, decía Pompeyo cuado la batalla de Salamina; porque Klpstock y la biblioteca oriental de d'Herbelot al

ocupar un lugar entre las maravillas del Delfinado...
El Presidente: - "¡Orador! ¡Orador!"
Si no negamos entonces que ese cocodrilo pueda extender su propiedad elástica hasta un largo inconmensurable comparado con aquel al que se extendía el caballo de goma, nos encontramos inmediatamente con una regla de tres por la cual el caballo de goma, en su estado natural, es al cocodrilo en su estado natural, como el caballo de goma en su estado extraordinario, es a X, que es la verdadera prolongación del cocodrilo, desde Egipto hasta París.
Esto no impide que la ciencia del hombre sea nula y va,na como la nada. Lo dijo el profeta Isaías: "La verdad no deleitará a los doctores". Por tanto podemos considerarnos, en cuanto a las ciencias, como unos estafadores que sólo se ocupan de disimular su miseria. ¡Si tan sólo supiéramos por qué el parámetro es una línea constante, y por qué los vegetales van a buscar en la tierra la potasa que descubrimos en su sustancia!
Porque si cuanto nos ha dicho el cocodrilo sobre la formación del mundo es ciertamente susceptible de presentar algunas dificultades, convengamos en que no somos más inexpugnables que él en este tema; podemos pues tolerárselo. Atengámonos entonces a esta verdad profunda, que para calentar un cuerpo hasta el grado de fusión es preciso menos de la deci moquinta parte del tiempo necesario para enfriarlo; pero si esta escala no se emplea con cuidado puede hacernos desviar enormemente.
110
¿Cuántas veces les ha sucedido a quienes han subido en los aeróstatos, pensar que porque su cuerpo era llevado hasta las nubes, su espíritu se veía glorificado sin que tuviera necesidad de buscar otro medio de divinizarse; y que todo el secreto de la aventura de Elías es que había subido en un globo?
Sabemos ciertamente, por experiencias positivas, que el aire hace su morada en el agua, y que una sola gota de agua contiene un número indefinido de seres vivos. Sirvámonos de esta observación: veámosla en grande, y no nos sorprendamos de que las cosas hayan tenido su origen por condensación, y que todos los seres vivos que animan la naturaleza hayan llegado a la vida por ese medio. Por eso he leído, por orden de monseñor el canciller, una obra que lleva por título: "Origen de los orígenes"; en consideración a esto, queriendo tratar favorablemente al mencionado expositor, en la cámara sindical, firmado Sainson. El Presidente: " - A su tema".
Confieso que de las maravillas que nos ha ofrecido el cocodrilo, lo que me ha parecido más asombroso es haberlo oído hablar; pero los velos con que la naturaleza se envuelve tal vez no estén todos levantados para nosotros. Repetimos uno tras otro, como Annius de Viterbe le hizo decir a Bérose, que no existe ni un sistema religioso ni una extravagancia sobrenatural que no estén basadas en la ignorancia de las leyes de la naturaleza. Ahora bien, como se trata aquí de una curva con doble curvatura, debemos convenir entre nosotros que tal vez no haya un sistema científico de nuestra invención, ni una de nuestras aseveraciones en física que no estén basadas en nuestra ignorancia del principio de las cosas religiosas y del orden sobrenatural, donde debe hallarse la clave de todas las cosas.
Porque en algo somos semejantes a las ratas que se introducen en los templos, beben allí el aceite de las lámparas y destruyen así la luz que éstas podían difundir; y luego decimos que no vemos claro.
Según nuestros más hábiles cofrades, la palabra es el juego de ciertas teclas orgánicas que componen la garganta de los animales; algunos han pretendido incluso que no habría nada más fácil que hacer hablar al pato de

Vaucanson.
Otros han dicho que la palabra era como una mano que se abriera y se cerrara sin interrupción; que por consiguiente era imposible describirla, y mucho más aún comprenderla, puesto que no se podía aprender su acción ni adueñarse de sus resortes. Como quiera que sea, digamos siguiendo a nuestros fisiólogos más grandes que probablemente la naturaleza ha dado al cocodrilo algunas teclas orgánicas más que al loro, para que pueda hablar solo, en tanto que los loros, al tener esas teclas de menos, están obligados a esperar que los instruyamos para suplir lo que la naturaleza les ha negado; porque que yo sepa, escepto el loro de Tasso, nunca ha habido otro que cantara canciones de su propia composición.
¿No fue para que Couperin tocara las "Locuras de España" que Fernando e Isabel echaron a los Moros del reino de Granada? Si no tuviéramos este medio de resolver la dificultad, tal vez nos veríamos aún más contundidos para saber cómo el cocodrilo ha podido hablarnos sobre las ciencias y la historia como lo ha hecho; ¿pero una tecla de más en el órgano de la palabra no basta para que esta maravilla sea tan natural como las otras?
Es verdad que un filósofo desconocido nos dijo que era preciso combinar las emanaciones de nuestra fuente con las diversas resistencias, si queríamos encontrar el origen de las lenguas; que desearíamos conocer la verdad pero que nada haremos para limpiar el espejo; que es como si pretendiéramos ver claro a través de nuestros cristales grasientos y cubiertos de polvo e inmundicia.
Pero vosotros, señores, no ignoráis que cuanto ocurre en el universo debe tener una relación y una influencia en todos los seres que son testigo de ello, en tanto habitantes de este universo; que dicha influencia y dichas relaciones golpean las teclas orgánicas que componen la garganta de esos diferentes seres, y producen en ellos un efecto análogo, ya en su estructura, ya en la influencia que reciben.
Así, como enseña Eusébe de Césarée, los Imanes, que no tienen los ojos de Argus, no quieren que se tomen precauciones contra la peste. Su avaricia ha consolidado en ellos el impío sistema de la predestinación; por tanto, para el clero turco se ha convertido en una renta fundamental, que en tiempos de peste es una verdadera tontina.
Todos sabéis que en un cuerno de caza variamos los sonidos disminuyendo o aumentando el volumen de aire que sale de nuestra boca, y acelerando y retardando su velocidad; en cambio la variedad de los sonidos del órgano, por el contrario, viene dada por la variedad de los tubos, mientras que el aire que se sopla en ellos es siempre el mismo.
¿Pero era preciso para ello introducir en los principios fundamentales de la música la teoría de las progresiones aritméticas, en tanto que en todos los fenómenos de la naturaleza sólo hay progresiones geométricas? Y en vez de medir el sonido como han hecho los sabios, ¿no habrían debido enseñarnos más bien qué es el sonido, y mostrarnos que puesto que no se forma sino por roturas, nos sería posible llegar hasta su morada siguiendo las huellas de esas mismas roturas? Sin embargo, con los únicos medios que conocemos vemos producirse diversas maravillas y diferentes efectos musicales; expresamos la alegría, la tristeza, el amor, el terror, el odio, una mosca que vuela, un holandés que fuma su pipa.
Medicis la recibió con indiferencia...
Porque la vanidosa cabeza de Coligny, tras haber sido coronada en los juegos olímpicos...
Vuelvo al tema que me ocupa; ¿acaso no vemos, digo yo, sin salir de nuestro propio ejemplo, que todos los objetos que nos rodean y nos asombran arrancan en nosotros expresiones y palabras conformes a la

impresión que recibimos? ¿No vemos que su memoria se conserva en nosotros, y que tenemos la facultad de transmitir su recuerdo a otros a través de nuestros relatos?
No la disimulemos por más tiempo, señores; a pesar de la alteración del espíritu en el hombre, que no puede negarse por mucho que mascullen los filósofos, hay algo mucho más indiscutible aún y es que la fuente que nos ha formado nunca puede perdernos de vista en nuestras tinieblas, y no puede separarse de nada puesto que todo viene de ella: así, en cualquier sitio en que nos encontremos, existimos porque aspiramos su sustancia.

Dejemos pues así la dificultad de que ese cocodrilo haya podido vivir el tiempo suficiente como para ser testigo de todos los acontecimientos de la historia antigua; de que vista la movilidad que le es propia, haya podido trasladarse a su antojo a todas las regiones de al tierra: así como, no obstante los aforismos de Hipócrates y la patología de Gaubius, vemos que la mosca cantárida es un escarabajo en el que hay un aire superior concentrado, y que es ahí donde encontraríamos la razón de por qué actúa con tanta fuerza sobre la vejiga.
¿Cuál es la dificultad, en efecto, de que al estar el cocodrilo provisto por la naturaleza de un número mayor de teclas orgánicas de la palabra que los demás animales, éstas hubieran sido impresionadas por todo cuanto haya visto pasar ante él; (leed a Baréme, y conociendo vuestra renta sabréis lo que tenéis para comer cada día) y de que por su juego natural, éstas hayan producido sonidos relativos a esos hechos, y que por tanto el cocodrilo, gracias a su memoria, haya podido trasmitirlos nuevamente a todos aquellos que lo escuchan?
Yo hubiera podido recurrir al eco para explicar este fenómeno, así como a la base fundamental del famoso Remeau, y a las investigaciones del señor de Paw sobre los Americanos; habría podido probar a los articulistas que al tratar de la asociación humana no han hecho sino circular alrededor del principio; habría podido, insisto, probarles que la asociación humana no comenzó por las necesidades corporales y materiales, tal como se enseña; que fue después de haber caído en la extraña situación en que estamos cuando se hizo necesario pensar en salir de ella; que es desacertado que los articulistas consideren esa época de la asociación como la primera, mientras no es sino la segunda.
Pero un día sabremos que el hidrógeno y el carbono unidos en las fibras de los vegetales, conteniendo porciones de Álcali, Acido y sobre todo Oxígeno, forman los betunes, los aceites y las resinas. Por tanto, mediante la influencia del calor y el óxido no necesito suponer un interlocutor oculto en algún alveolo de ese enorme cocodrilo, que tomara su nombre para burlar mejor a la concurrencia.
Por último, como sólo existimos en tanto la inmortal verdad nos hace aspirar su sustancia, no podemos seguir diciendo que no sabemos adonde dirigirnos para procurar descubrir su luz; porque si no logramos encontrarla no podemos acusar más que a nuestra pereza y nuestro orgullo. Un día, un día conoceremos un planeta más; y se partirá de ahí para burlarse de la heptomanía, mientras que no llegaremos sino a esa época, aunque siempre hayamos vivido sin reconocerlo bajo su régimen. En conciencia, los astros son para nosotros bellos instrumentos que sabemos describir muy bien, pero con los que no sabemos jugar; porque ni siquiera sabemos si están hechos para que juguemos con ellos.
Aun queda un artículo que puede inquietarnos, señores, y es el del destino de las pirámides: reconozco que la física no nos dice para nada cómo pudieron ser construidas para clavar la cola de un cocodrilo en Egipto. Pero

sin la compilación de Fabricius, y sin la historia de la liga de Cambrai, dos volúmenes in-12, por J. B. Dubos, conoceríamos aún muy poco de la antigüedad. Así como sin la obra de los Días de Hesíodo, y sin la cronografía de Georges de Syncelle, aumentada con el conocimiento de los tiempos, apenas sabríamos hoy que el helécho macho es lo específico para la lombriz solitaria. ¿Habría que admitir, como lo enseñará un día un famoso profesor, que los reyes de Egipto hicieron levantar las pirámides para resguardarse del sol y utilizarlas como sombrillas?

Sería igualmente en vano que pretendiéramos suponer que aquellos edificios sirvieron en otros tiempos de gabinetes de historia natural de los Faraones, y que algunos cocodrilos escapados de su colección hubieran hecho allí su nido de padres e hijos, llegando incluso a obtener los honores divinos, como se puede juzgar por la creencia de los Zabianos.

Por tanto, sin detenerme en una explicación que no nos enseñaría nada, prefiero creer que el cocodrilo nos ha hablado con un lenguaje alegórico, conforme al gusto de los antiguos pueblos que conoció en sus viajes, y que no debemos apresurarnos a dar sentido a dicha alegoría en tanto no tengamos más aclaraciones.

Resumiendo, digo que dado que todos los seres descansan en su propia raíz, de la fermentación de esa misma raíz deben esperar su desarrollo, como lo dijo Baltazar Gracias a un Hombre universal; que si dicha raíz no realiza en nosotros este acto vegetativo de la luz, realiza su propia destrucción devorándose a sí misma; que de este modo llevamos en nosotros nuestra vida o nuestra muerte, y esta es la razón por la que se ha escrito que quien quiera cuidar su vida la perderá. Dejo a Kepler disputarle a Newton el descubrimiento de las leyes de la atracción; dejo a Eschine hacer el alegato de la velocidad de los astros, contra la razón inversa del cuadrado de las distancias; me atengo a la idea que acabo de exponeros sobre la tarea del hombre, y pretendo que la verdad más útil que se ha dicho a los humanos es que para ellos sólo había una cosa necesaria, y esa cosa exclusivamente necesaria era que se renovaran de la cabeza a los pies.

El Presidente: - "Orador, presente sus conclusiones".

Tras estas consideraciones, mi opinión es que no podemos sino admirar las sorprendentes propiedades de ese cocodrilo, y que si pudiera abandonar Egipto, y disminuir un poco de volumen para poder habitar entre nosotros, no podríamos negarnos a darle el primer puesto vacante en nuestras academias. Y éstas son mis razones.

El cocodrilo nos ha dado un nuevo sistema sobre el universo y la física: ello le daría derecho a ser de la Academia de ciencias; nos ha explicado de una manera diferente el destino de las pirámides de Egipto: esto lo hace indicado para la Academia de inscripciones y bellas letras; por último, nos ha hecho un discurso tal como jamás habíamos escuchado algo semejante: ¿acaso esto no es suficiente como para que se presente gloriosamente en medio de la Academia francesa?

Observad sobre todo, Señores, que no ha pronunciado una sola vez cierto nombre que ha caído en desuso entre nosotros, y que está en lo que llamamos los principios. Pienso pues que en retribución a esa atención de su parte, que habla en favor de su talento y sus grandes conocimientos, podríamos dispensarlo de las visitas de práctica, y que a nosotros nos correspondería evitarle. No obstante, a propósito del nombre en cuestión, filósofos de la antigüedad que hablan una lengua diferente a la nuestra tienen una idea que es preciso que os comunique; y es que realmente no detestamos sino el barniz capuchinoso (pasadles este término) con el cual se lo ha impregnado y cargado; por

consiguiente, si llegara un momento en el que no hubiera más capuchinos,

tal vez nos encontraríamos muy turbados a la hora de saber qué decir, y cómo sostenernos.
Vamos, alma mía, y puesto que es preciso morir, Muramos al menos sin ofender a Jimena".

CANTO 42
SOPA DE LIBROS SERVIDA
TAMBIÉN EN LA ACADEMIA

El auditorio creyó verdaderamente que el orador había querido divertirse a sus expensas, y estaba a punto de jugarle una mala pasada cuando las criadas y las nodrizas que se habían dejado ver en las diversas bibliotecas aparecieron otra vez, llevando en la mano las mismas cucharas llenas de aquella sopa científica, y se pusieron a dar el alimento a cada uno de los miembros de la Academia. Esto distrajo por un momento su atención. Luego, adoptando un tono más serio, se dispusieron a votar las conclusiones de su colega.
Las opiniones resultaron divididas en partes iguales. Las cabezas se exaltaron, los espíritus se acaloraron; se discutió con un ensañamiento sin precedentes; todo el fuego de las diversas composiciones científicas que habían tragado se exasperó; la fuerza que habían adquirido con aquella comida los arrastró a excesos inauditos hasta entonces en ese santuario de la razón.
Finalmente, al cabo de esas escenas escandalosas, iban a recomenzar el escrutinio cuando de repente la sala se llenó de un polvo fino que oscureció los ojos de los asistentes; no sabían dónde estaban, se levantaban de sus asientos, querían caminar y salir de aquel lugar tenebroso; pero chocaban unos a otros, se derribaban y no sabían cómo desembarazarse de esa espantosa situación.

CANTO 43
LOS ACADÉMICOS ATORMENTADOS POR UN POLVO FINO

Este accidente provenía de la misma sopa con que se habían atiborrado. El fuego de la discusión había hecho que se evaporara todo el húmedo radical y la había transformado en sus estómagos en pequeños granos duros como de arena.

La agitación a la que se habían entregado había servido de vehículo a estos granos, y los había expulsado a través de la traspiración con tal violencia que el pasaje los había atenuado, lanzándolos casi todos a la vez a la atmósfera. He aquí por qué dicho polvo era tan fino, y por qué al llegar tan de repente puso a nuestros doctores en tamaño aprieto.

¡Por qué no tendré, decía uno, los dones secretos de la
[Esfinge,
las patas del topo, o bien los ojos del lince!
Pero ay, el insensato será cogido en su trampa.
El otro decía: Creo que de un sortilegio se trata.
Sé humilde: el saber, a pesar de todo su brillo,
pone al espíritu y al cuerpo en un lastimoso estado.
Otro decía: ¿No tendré ninguna salida,
para gozar a la vez del aire y de la vista?
¡Pero inútiles lamentaciones! Era preciso que sintiesen cuál
es el poder de las tinieblas.

CANTO 44
LOS ACADÉMICOS ASISTIDOS, PERO BAJO UNA CONDICIÓN

Cuando las tinieblas hubieron durado veinticinco minutos y medio, una mano benéfica, pero justa, que actuaba bajo la vigilancia de la sociedad de Independientes, tuvo a bien dedicarse a devolver la vista a los desdichados académicos; pero se las ingenió de manera que su amor propio tuviera poco de qué vanagloriarse. Hizo pues de suerte que todos aquellos granos de polvo duro que colmaban la sala se aglomeraran en pequeñas pirámides cuadrangulares que se levantaron sobre el suelo, cuyas caras no respondían a los cuatro puntos cardinales del mundo, como las de Egipto; y esas masas permanecieron en dicho estado durante un tiempo para indicar cuánto se habían apartado las ciencias de su verdadera dirección por inadvertencia de quienes quisieron someterlas a su administración, sin haber penetrado ellos mismos en ninguna de las profundidades de la naturaleza.

La misma mano benéfica dejó circular, en cambio, en fluidos sutiles los ingredientes de verdades que por medio de la misma sopa de libros habían pasado por la boca del orador y los otros académicos. Y son esos ingredientes los que un día ayudarán a las ciencias inmortales a salir de la esclavitud en que las mantiene el enemigo de toda ciencia verdadera, y enseñarán a los hombres los elementos reales de la gramática, que se ofrecen ante sus ojos al natural y en acción en todas las regiones del universo.

Entonces volvió la claridad de la sala; pero esto no disipó de ningún modo la irritación interna que las fibras científicas de nuestros doctores habían experimentado como consecuencia del alimento que habían ingerido. Sentían una especie de cosquilleo locuaz que sólo podían aliviar dando curso a ese flujo de palabras con que se habían atiborrado, así como a las ganas que tenían de participar a todo el mundo las maravillosas aventuras de las que habían sido testigos y actores.

Seguramente las habrían puesto por escrito en sus memorias académicas si

la plaga que había caído sobre los libros y el papel les hubiera dejado los medios para hacerlo; pero al no poder escribir, al menos les quedó el recurso de diseminarse por todas partes para hablar de esos prodigios a quien encontraran, y ello con el mismo lenguaje que había empleado el orador de la comisión en presencia de la Asamblea reunida. De modo que el pueblo, que esperaba de esos hombres tan eminentes en ciencias alguna aclaración, y también un rayo de esperanza, al no recibir de su parte ni una cosa ni la otra, ni encontrarse más adelantado que antes después de escuchar su relato, se entregó aún más a sus murmuraciones.
Por tanto no se oía por las calles más que gemidos, lamentaciones y quejas:
Indigencia, desgracia, ceguera, hambre, ¿Hasta cuándo vendréis, con mano indiscreta,
a atravesar con vuestros dardos a nuestros tristes ciudadanos?
¿Por qué multiplicar los horrorosos medios con que os entretenéis atormentado nuestras almas?
¿Y por qué no encender de golpe las llamas,
No abrir un abismo, y sumirnos en él a todos,
Por qué, de un solo golpe, no reunir todos vuestros golpes?

CANTO 45
FURIA DEL PUEBLO CONTRA EL INSPECTOR GENERAL

El pueblo, al que el hambre trabajaba cada vez más, y al que los discursos de los sabios no aliviaba para nada, buscó al fin conocer el autor de todos aquellos desastres, o más bien buscó saciar en él su sed de venganza. No les era desconocido. Corrió la multitud a su hotel y lo rodeó; derribaron la puerta y entraron: ¿qué hallaron?
En esos tiempos desastrosos, en esos tiempos de indigencia, Donde cada cual, a pesar suyo, hace entera abstinencia, El ministro está sentado a la mesa, rodeado de perdices, De pan fresco, de pasteles, de los vinos más exquisitos; Y para olvidar mejor la miseria pública. Llama al festín al Dios de la música. Pero pronto su alegría fue empañada por las tumultuosas visitas que le llegaron: unos rompieron los cristales y los muebles; otros se arrojaron sobre los manjares que estaban sobre la mesa, y fueron a buscar por toda la casa si había provisiones de reserva: los más enfurecidos persiguieron al dueño de la casa, que se largó más que deprisa y se les escapó por una ventana que daba a un pequeño patio trasero, sin que pudieran descubrirlo.
Pero el terror lo acompañaba por todas partes, y a cada instante creía ver a todo París armado contra él; se vio obligado a renunciar a realizar la menor actividad a la luz del día, por lo que nunca se supo desde entonces qué había sido de él.
Al verse así privados de la presa, los enfurecidos resolvieron vengarse en la casa misma, y tras haberse llevado todas las provisiones prendieron fuego a todos los pisos, y se marcharon lamentando no haber podido arrojar al ministro en medio de las llamas. La corte nombró pronto a otro en su lugar; pero los males que había atraído sobre París habían avanzado ya demasiado como para curarse con ese mediocre remedio, y eran necesarios medios más poderosos para contener los grandes resortes que hacían jugar los enemigos de la tranquilidad pública.

CANTO 46
REUNIÓN DE SEDIR Y ELEAZAR CONTRA EL COCODRILO

Honesto Sedir, es hora de revelarte los orígenes de estos acontecimientos

extraordinarios, que en lugar de aplacar el hambre y las necesidades de la patria no hacen sino sumirla cada vez más en el abismo y atormentarla con las angustias del espanto. Ya llega tu querido y digno Eleazar; sufre como tú por la horrible situación de la capital, y por la inutilidad de todas las gestiones de los académicos, aunque se lo esperara. Ha recomendado a su hija Rachel, que se ha quedado en casa, que no descuidara nada de cuanto está en su poder para secundarlo en la obra particular que va a emprender, y sobre todo que se mantenga tranquila por lo que a él respecta; y con su serenidad habitual se presenta ante ti.
"Sea bienvenido, -le dijo Sedir- usted es el único del que puedo recibir consuelo y aclaraciones sobre lo que está ocurriendo y espero que haya llegado el momento en que no me negará su ayuda.
- He salido de casa con esa intención -respondió Eleazar-; y al conocer su aflicción por mis medios habituales, no he aguardado sus órdenes para venir. Tenga confianza y anímese: "El impío verá venir sobre él lo que teme, y el justo verá venir sobre él lo que desea; porque aquel que siembra en el viento sólo cosechará tempestades, mientras que aquel que siembra en la justicia cosechará consuelo".
"No lo engañé, como ve, cuando le dije que esos rumores que corrían sobre el cocodrilo no eran para nada indiferentes; todo cuanto ha visto usted mismo y todo lo que la voz pública le ha enseñado desde que usted abandonó el lugar de los hechos debe convencerlo de que ahí hay secretos muy importantes. Se desarrollan sucesivamente. Por hoy, conténtese con saber que el cocodrilo es un ser cruel, pero taimado como los malvados, y tímido como los taimados; le horroriza el azafrán, porque esa planta es un azufre exaltado como él y le recuerda su origen.
Pero para no anticiparse a los tiempos, introduzca por ahora su dedo meñique en esta caja, y respire el escaso polvo que le quedará adherido; más adelante hará otro uso de él. No puedo levantar el velo para usted sino por grados". Sedir obedeció.
Eleazar se recogió un minuto en un rincón de la habitación, y dijo a Sedir: "Ahora, mire la llama de esta bujía que acabo de encender sin que usted lo sepa. ¿Qué ve? - Es algo muy extraño, veo en ella varias figuras en movimiento, algo así como las sombras chinescas.
-Mírelas, sígalas con atención, y dígame exactamente todo lo que se le presentará ante los ojos". Sedir, en el colmo de su sorpresa y armándose de todo su valor, le hizo entonces el informe más fiel de cuanto percibía.

CANTO 47
LO QUE SEDIR VE
EN LA LLAMA DE UNA BUJÍA

"Ante todo veo en el suelo, en el fondo de un gabinete oscuro, una vasija de hierro de un palmo de ancho. Al fondo de ese gabinete, que sólo está iluminado por el fuego de la chimenea, veo tres personas vestidas con túnicas negras. De estos tres me parece que conozco uno, y es precisamente la mujer influyente de la que ya hemos hablado; se agita mucho, está siempre en movimiento, y por sus ojos parece sentir cólera y rabia. Creo ver también al hombre grande y seco que ha hecho venir de Egipto. Parece más reposado, pero tiene un aire muy afectado y triste. En cuanto al tercer personaje, no tengo la menor idea de quién puede ser. Es moreno, y me parece empleado al servicio de los otros dos, porque en la mano sostiene una jofaina y una jarra, como para que se laven. En efecto, ahora se lavan las manos. El agua hace salir un humo muy negro, en el que veo resplandecer algunas llamaradas de fuego y que esparce un violento olor a azufre. El sirviente arroja el agua sucia en la vasija de hierro que está

en medio de la habitación, y el agua la llena hasta los dos tercios. Sale del gabinete. Nuestros dos personajes se quedan solos, y se sientan como para conversar. - Escuche bien lo que dicen, -interrumpió Eleazar- y escriba según hablen. Tiene usted los medios, porque con mi presencia he preservado su gabinete del flagelo que ha caído sobre las bibliotecas; y también tendrá facilidades, porque no hablarán más rápido de lo que yo decida y los haré detenerse expresamente entre cada frase. Es el hombre grande y seco quien va a hablar".

CANTO 48
SEDIR ESCRIBE EL DISCURSO DEL GRAN HOMBRE SECO

Sedir cogió papel y una pluma; siguió exactamente las instrucciones de Eleazar y de este modo escribió el discurso que el hombre grande y seco hizo a la mujer influyente:

"Me ve triste, Señora, y lleno de ideas inoportunas en el momento en que necesitaría enormemente estar disponible para llevar a cabo la empresa que nos reúne. Es algo inconcebible lo que me ocurre desde hace unos instantes. Algunas veces he tenido remordimientos por la vida que he llevado desde mi juventud, pero jamás tan violentos como los que me consumen. ¡Qué dichosos y tranquilos deben de ser aquellos que no han descuidado, como yo, las ocasiones de avanzar en la verdad! Mi madre, que era de Coptos, hizo cuanto estaba a su alcance para mantenerse en la senda útil y sana; para ello tenía ciertas ventajas que no tienen muchas otras madres. Poseía a la vez las luces más sublimes, las virtudes más raras y los dones más extraordinarios, lo que la hacía ser querida y estimada por todos los que la conocían.

No cesaba de inducirme, por todos los medios, a seguir sus pasos; me confesó incluso que pertenecía a una sociedad que se llamaba la sociedad de los Independientes, y que era por su fidelidad a sus instrucciones y preceptos que gozaba de privilegios tan grandes. Y para probarme que no me engañaba, todos los días me daba pruebas notables de sus poderes, sus conocimientos y sus dones sobrenaturales; y ello sin otro medio que el de su plegaria, su total confianza en el principio supremo, y el ejercicio de todas las virtudes: por consiguiente me recomendó, por sobre todas las cosas, que no entregara mi confianza a todas esas gentes misteriosas que cubren mi país. Y que en cuanto a medios poderosos y extraordinarios, nada recibiera sino de la providencia, o de aquellos que por su conducta y todos los signos que ella me daba, formaran parte evidentemente de sus fieles servidores, y que como recompensa por sus virtudes y servicios hubieran sido puestos en posesión de la clave de la naturaleza. Pero seducido por el atractivo de todas esas maravillas, en lugar de consagrarme a la sabiduría que debía conducirme a ellas escuché a otros maestros y no a esa respetable madre. Tanto más cuanto que esos maestros me prometían los mismos prodigios sin poner las mismas condiciones: para convencerme, me dieron tantas pruebas que ni siquiera me tomé el trabajo de examinarlas de cerca. Pronto me arrastraron a su carrera, con la esperanza de disponer a mi vez de sus medios. Y en efecto, desde los que dicen la buenaventura, hasta los poseedores de las recetas más complicadas en cuanto hace a las ciencias ocultas o tenebrosas, casi no hay puerta que no se me haya abierto en este género, y donde yo no haya buscado satisfacer, en parte, mis inclinaciones. Mi pobre madre hacía continuos esfuerzos para hacerme volver a ella; pero sus esfuerzos nada conseguían porque yo me había dejado subyugar. Y aún hoy, que me siento tan fuertemente combatido, y seguramente es su voz la que me persigue, no tengo la fuerza de

escucharla y someterme; sólo tengo la de desgarrarme a mí mismo en las horribles luchas que experimento. Veo pues que es muy terrible el imperio de esas ceremonias secretas por las que aquellos maestros me hicieron pasar, ya que
desde que hube puesto el pie en ellas, el yugo se posó sobre mí, y desde entonces no me dejó respiro alguno. En lugar de la paz que me habían prometido, no tengo más que inquietud; y en lugar de las luces que creí poder adquirir por vías que me fueron presentadas como más cómodas, no tengo sino una incertidumbre universal, y es tal, Señora, que si me cree dejaremos nuestra obra para otra ocasión, porque por el momento no me siento en absoluto capaz de emprenderla". La mujer influyente, enarcando el ceño, le dijo: "No es esto lo que me había prometido. Si no mantiene su palabra, le denunciaré al parlamento como perturbador de la tranquilidad pública, e incluso, si es preciso, como mago; porque aunque éste no crea en la magia, tengo suficiente crédito no obstante como para hacerlo condenar por él cuando quiera, como quiera, y por lo que yo quiera".
Entonces salió un silbido del lado de la puerta; se escuchó una voz de trueno que, increpando al hombre seco, dijo en tono colérico: " Egipciaco, Egipciaco, ¿olvida los juramentos que ha hecho a nuestro maestro común? ¿Olvida los maravillosos dones que le han sido concedidos, sus numerosos éxitos, y las ventajas imponderables que le esperan? ¿Olvida por último que si no mantiene su promesa enseguida, no vivirá ni un minuto? Porque si soy su amigo, soy también el ejecutor de las órdenes de mi amo, que como sabe, no cede ninguno de sus derechos".
La voz calló. La mujer influyente, asombrada, buscó de dónde podía provenir aquella voz: Sedir tampoco lo sabía, pero mantuvo la presencia de ánimo y continuó:
"Veo que el hombre seco se reanima: el orgullo, la ambición y las amenazas actúan sobre él. Su mirada se enciende; se vuelve hacia la mujer influyente y le dice: Perdón, Señora, por mí debilidad; no estaba en mis cabales cuando me he lamentado como lo he hecho; olvidaba incluso todas las grandes cosas que ya hemos realizado y que nos prometen éxitos tan brillantes. Sí, Señora, sí, he realizado perfectamente sus planes y no tiene por qué lamentar lo que le cuesta haberme hecho venir de Egipto. Un ministro, su enemigo mortal, totalmente humillado y hundido en la mayor confusión; una rebelión de las más decididas; un cocodrilo de mis compatriotas tragándose todo un campo de batalla; la fuerza con la cual he obligado a toda una comisión académica a escuchar las lecciones de un reptil; la destrucción de todos los libros convertidos en papilla; los académicos mismos perdiéndose en su propia ciencia y expresándose de una manera tan poco favorable a su gloria; por último la penuria generalizada, y París entregado a la vez al hambre y a los horrores del pillaje: parece que todo esto fuera suficiente para pagarle sus favores. Pero me creería ingrato si no llevara más allá mi reconocimiento. Tenemos que combatir un adversario temible. En tanto exista, lo que hemos hecho puede considerarse como nada, puesto que él podría destruirlo y reparar todos los males que hemos lanzado sobre París.
Ese terrible enemigo se llama Eleazar.
Es preciso que, sobre ese hebreo, yo agote mis artes.
En otro tiempo, sus pares me habrían auxiliado;
Pero en la actualidad, él solo nos vence;
Solo, podría perdernos, y para destruirlo,
Es el momento, Señora, de emplear todas las fuerzas. "¡Ah, Señor, -dijo Sedir, volviéndose hacia Eleazar- qué veo aparecer junto a estos dos interlocutores! Acabo de descubrir a dos escritores que están como en el

aire y cerca de sus bocas; uno de ellos escribe a medida que el hombre seco habla, el otro está junto a la dama influyente, sosteniendo la pluma en la mano, pero no escribe".

CANTO 49
EXPLICACIÓN DE LOS ESTENÓGRAFOS
CONTINUACIÓN DEL DISCURSO
DEL GRAN HOMBRE SECO

"Señor, -respondió Eleazar- puesto que ve ese prodigio, del que tal vez yo no le hubiera hablado todavía, no puedo negarle una explicación: cada uno de nosotros tiene un estenógrafo a su lado, que escribe fielmente no sólo cuanto decimos, sino también todo lo que hacemos, y lleva la cuenta con la mayor exactitud. Esos estenógrafos nos siguen a todas partes, hasta la tumba: allí nos presentan nuestros anales, que se convierten en nuestros únicos jueces y nuestras pruebas justificatorias.

Entre esas pruebas se encuentran especialmente las que acusan a los hombres ligeros e imprudentes de haber corrido tras prodigios y hechos maravillosos sin haber explorado su origen, y más bien para alimentar su ignorante curiosidad que para buscar la sabiduría que va por caminos más sencillos. La verdadera ciencia depende de la clave de las maravillas eternas y naturales; ahora bien, esta clave no se encuentra sino en la luz de la inteligencia, y la luz de la inteligencia sólo se encuentra en las humildes y vivificantes virtudes del alma; del mismo modo que vemos que la claridad que el aceite nos procura sólo es tan brillante y pura porque el aceite es la sustancia más suave y benéfica de la tierra. Y a este feliz término debería conducir todo. Pero mientras los hombres prudentes buscan la sabiduría, los otros, en mayor número, no buscan esencialmente sino los prodigios: ello obliga a la verdad a utilizar todos estos medios sensibles que usted me ve emplear, y que de otro modo serían inútiles, porque la vía simple bastaría para el trabajo primitivo y natural del hombre. Así pues, si tantos hechos extraordinarios han pasado y pasarán aún en esta gran ciudad, es a consecuencia de la corrupción de los hombres imprudentes, y de la atenta vigilancia de su principio.

Sin embargo, esos estenógrafos que usted ve no son sino un signo que la verdad ha querido admitir en el orden de las cosas en que usted vive, en el cual tenemos escritores, porque los anales en cuestión se llevan de una manera aún más simple, y se extienden aún más allá de lo que se le muestra, como podrá apreciar en seguida. Por ahora, continuemos con nuestra obra. El gran hombre seco, que se había interrumpido por su pregunta, va a continuar. Escriba:

- "No es hoy, señora que vengo a enterarme de los poderes de ese judío; y antes de comenzar la obra que deberá llevarlo a la muerte, es preciso que le haga saber cuánto tengo que lamentar por su culpa. En estas planchas grabadas he recogido todas las jugadas que me ha hecho. Están representadas con caracteres emblemáticos que le explicaré. Este es una cabeza de Medusa petrificada ella misma por la presencia de un dardo hecho con una rama de fresno. El bey de Argel quiso emplearme hace tiempo en una empresa secreta contra el gran Señor. Me había prometido una fortuna inmensa, y puse en ello todos los recursos que mis artes podían proporcionarme. Pero Eleazar hizo fracasar mis planes, y el bey de Argel, descontento y creyendo que lo había engañado, en lugar de la fortuna que yo esperaba me hizo dar trescientos bastonazos en la planta de los pies. En un primer momento no supe que era ese judío quien me había combatido con tantas ventajas; me enteré cuando uno de mis hombres me trajo una flecha de fresno que le había atravesado el cuerpo sin que viera a nadie, en el momento en que iba camino a cumplir mis órdenes contra el gran Señor. Porque sobre aquella flecha estaba escrito el nombre de Eleazar, y además, estaba recubierta a medias por un polvo vegetal desconocido para mí, que nunca pude descomponer.

Este segundo cuadro representa una jaula de oro en medio de una prisión. Un importante señor de los Estados del gran Mogol había inmolado ya muchas víctimas para conservar un tesoro considerable, enterrado en el bosque vecino; un ávido rival había inmolado aún más, y parecía haberse asegurado su posesión. El señor importante recurrió a mí para que lo convirtiera para siempre en el poseedor de dicho tesoro, colocando allí guardias seguros. Llego, doy una vuelta por el bosque; entro, voy a reconocer el sitio, llamo a dos de mis más fieles servidores para colocarlos como centinelas junto al tesoro; pero en el momento en que se disponen a ocupar su puesto, en el lugar del tesoro se forma un abismo inmenso. Inmediatamente recibo un golpe, gracias al poder de mi enemigo, semejante a un golpe de maza, y al instante siento que me hundo a una velocidad increíble en aquel abismo, cuyo horror no podría describir. Me encuentro entonces encerrado con el señor Mogol en una jaula de oro, donde recuerdo pasamos mucha hambre, y donde nos decían sin cesar: "El oro es puro, no se obtiene con vilezas y crímenes, ni sobre todo con sangre. Porque el oro y la sangre son amigos, y no debe comprarse uno con el otro, como hacen los hombres todos los días". No comprendía demasiado estas palabras; tampoco puedo decirle cuánto tiempo permanecimos en aquel abismo, no teníamos ninguna manera de calcularlo. Por fin un día, tras un sueño muy agitado, me despierto viendo muy claramente que ya no estoy encerrado en el abismo, ni en la jaula, ni el señor Mogol está conmigo, y me encuentro en mi país y en mi casa, sin que jamás haya sabido quién me había llevado hasta allí.
El tercer emblema que ve es una taza de chocolate, la que hice beber a un famoso soberano de Italia, y que le causó la enfermedad de la que murió. Por una vez la ciencia de mi enemigo no tuvo éxito. Pero apenas hube cumplido mi objetivo tuve pruebas indudables de que procuraba vengarse con todas sus fuerzas, y puedo decir que desde ese momento no ha pasado un solo día sin percibir su obstinada persecución. Acaba de darme una prueba palpable en la aventura de la papilla de los libros: era una bufonada que yo había hecho por orden superior para burlarme un poco de los doctores académicos, y a la sombra de la cual sólo intentaba hacer adelantar mis planes. Pero ese terrible judío fue más hábil que yo. Se dio cuenta de que yo procuraba pintar a los doctos académicos sus ilusiones y su ignorancia; pero que buscaba todavía más tenerlos lejos de la verdad, porque como no reino más que en un cero, hago lo que puedo para retener a los hombres en mi reino. Así pues encontró en mi propia bufonada la manera de sacar un provecho opuesto al que yo me proponía, ya que pudo emplear contra mí elementos de la ciencia y la sabiduría que también se hallaban en la deliquium de los libros, y hacer decir al orador verdades que, gracias a mis cuidados, hasta ahora no eran muy familiares a los académicos, y habitualmente no se encuentran en sus bocas: es así como actúa permanentemente poniéndome obstáculos.
Los demás emblemas son otros tantos testimonios de su ensañamiento conmigo, y si no fuera por la fuerza de mis artes, hace tiempo que habría sucumbido. Tengo camaradas dispersos en el mundo que se quejan igualmente de él. En África he encontrado a quienes lo acusaban de haber reducido a nada el poder de sus fetiches; nuestros Árabes dicen claramente que el mayor enemigo que han encontrado jamás en todas las empresas de geomancia; sobre todo son los judíos quienes lo detestan, porque la mayoría de aquellos que se ocupan de ciencias secretas son hasta tal punto contrarrestados que ya casi no pueden lograr nada. En Venecia conocía incluso a un rabino que se había visto obligado a abandonar totalmente esta carrera oculta y lucrativa que había seguido durante largo tiempo con gran

éxito. A ese rabino debo la mayor parte de mis avances de la ciencia; pero me ha dicho que nada faltará a mis conocimientos cuando haya podido dar con otro rabino que vive en Goa, y que está en condiciones de hacerme tan sabio que el propio cocodrilo y el poderoso genio que lo gobierna estarán obligados a bajar la lanza ante mí; y que el destino, por todopoderoso que sea, ya no podrá ordenar nada sin mí: porque yo presidiré no sólo los horóscopos de los hombres, sino incluso también el horóscopo del universo. ¡Oh! Si hubiera visto ya a ese rabino de Goa, cuan simplificada estaría nuestra obra de hoy, cuánto habría molestado ya a mi enemigo, y ni siquiera habría esperado a ese momento para hacer que pereciera. Pero confiemos en que haya perdido por esperar. En efecto, usted sabe, Señora, que para nada son suficientes los ingredientes que hemos empleado hasta ahora, en todas nuestras obras precedentes para resistir a este enemigo; los mismos ingredientes me serán necesarios para resistirle todavía, puesto que puede combatir mis empresas en todos los puntos. Pero más allá de dichos ingredientes, que no son sino armas defensivas, necesito armas ofensivas para atacar directamente su persona. Y esto es lo que he preparado: un hierro de lanza, disuelto en jugo de coloquíntida; tres cabezas de áspid preparadas en infusión en una decocción de titímalo; cinco garrones de zorro arrancados al animal vivo; hollín de chimenea donde se ha quemado acebo y ortigas; caspa de la cabeza de un judío caraíta que no se ha peinado desde los dos cuartos de la última luna; y por último humo de la pipa de un renegado cristiano. Pero aunque todos estos ingredientes sean indispensables para mi empresa, por mí mismo no podría sacar de ello ningún provecho; me he visto obligado a utilizar los secretos de mi arte para procurarme la ayuda que necesito. Por este medio he podido obtener el concurso de un buen amigo, que pronto dedicará todos sus esfuerzos a la realización de mis deseos. A este buen amigo no lo conoce usted muy bien todavía, aunque a menudo haya aparecido en su presencia, y sea él el dueño de la voz que hace un momento me ha devuelto el valor, dejándola un poco asombrada. Ha de saber que este buen amigo es un poderoso genio, que como todos los genios tiene la facultad de adoptar la forma que le plazca; es él quien en la asamblea del cabo de Hornos se distinguió bajo el nombre del genio de Etiopía. En fin, puesto que debo decírselo, ese genio es el mismo hombre que acaba de darnos el servicio para que nos lavemos; ese preliminar de limpieza es de rigor en las obras que emprendemos. Lo he apartado por un instante a fin de prepararla para su aparición bajo otra forma, pues lo verá regresar de un momento a otro".

CANTO 50
SEDIR VE UN GENIO VESTIDO DE GUERRERO Y OTROS VARIOS PRODIGIOS

"Aquí llega, dijo Sedir a Eleazar; está vestido de guerrero, con un gran sable en la mano derecha, y dos varillas negras en la izquierda.

- Siga lo que ocurre, e infórmeme -respondió Eleazar-. Esta sesión está destinada especialmente a su instrucción, por lo que puedo dispensarme de contemplarla personalmente. Me reservo para momentos en que tendré que cumplir otro papel.

- El guerrero, -dijo Sedir- comienza saludando con el sable al gran hombre seco y a la mujer influyente; a cada uno le da una de las varillas negras. Ahora hunde su sable en la vasija de hierro y se va sin sable al fondo del gabinete. Los otros dos hacen otro tanto con sus varillas negras, y se van igualmente; los tres se sientan. ¡Oh, Señor, qué prodigio tan raro! veo salir de un ángulo del gabinete a una multutid de vegetales de toda especie que pasan junto a la vasija de hierro; son de una belleza admirable. Pero de la

vasija sale como una nube de gusanos que saltan sobre los vegetales y se prenden a ellos a medida que éstos pasan a su lado; veo que los vegetales se vuelven secos una vez han pasado de largo. Veo una multitud de animales que salen a su vez del ángulo del gabinete de donde habían salido los vegetales, y se les echan encima para alimentarse. Pero veo un número aún más grande de insectos de todas formas que salen de la vasija y se echan sobre los animales, atormentándolos de una manera cualquier otro pueblo, ¿acaso hay muchos que le hubieran sido más fieles?
En cuanto a esas tres personas dormidas que no se han despertado cuando el león las ha cambiado de sitio, y que no se agitan siquiera aún estando hundidas en un agua cenagosa, describen cual es el grado de ceguera de aquellos que se entregan a las falsas ciencias; porque en medio de sus prestigios más ilusorios les parece estar en su estado natural, y porque en medio de peligros que pueden traerles una muerte segura duermen confiadamente. Por lo demás, esos cuadros que no han tenido otro objeto que usted, no han tenido lugar en efecto sino para usted, y nada ha cambiado en el gabinete de lo que había visto precedentemente. Mire en la llama de la bujía para convencerse.
- En efecto, -dijo Sedir- todo me parece en el mismo estado que antes: los vegetales, los animales, el león, los insectos, todo ha desaparecido. La vasija es lo que era, y nuestros tres personajes están sentados en sus sillas.
- Escuche atentamente, -dijo Eleazar- el guerrero va a hablar al hombre seco." Sedir obedeció, y copió así lo que escuchó:

CANTO 51
MANIOBRAS DEL GUERRERO CONTRA ELEAZAR

"He echado en la alcantarilla de la calle Montmartre todas las drogas que me ha hecho reunir para nuestra empresa contra Eleazar. Esa cloaca pasa junto a su casa, y no dudo en absoluto de que por medio de los conjuros que he agregado a esos ingredientes, la casa saltará dentro de poco; pero para asegurar el éxito de nuestro proyecto, esto es lo que debemos hacer para atacar radicalmente la vida de nuestro adversario. Mi sable y las dos varillas han permanecido lo suficiente en el agua de esa vasija como para haberla llevado al punto de corrupción necesario. Ahora debemos arrojar en ella tantos carbones encendidos como letras hay en el nombre de nuestro enemigo; es un golpe al que no podrá resistir. Cojan nuevamente sus varillas como yo voy a coger mi sable, y síganme en todos los pasos que voy a dar.
Veo al guerrero, -dijo Sedir- que coje su sable y va hacia la chimenea; los otros dos cogen sus varillas y lo siguen. Levanta un carbón encendido con la punta de su sable y va a echarlo en el agua de la vasija. Regresa una segunda vez a la chimenea y recoge un segundo carbón con la punta de su sable que arroja también en el agua de la vasija; hace lo mismo una tercera vez: sus compañeros lo siguen siempre y así hasta la séptima vez. Con cada carbón que arroja al agua se produce una violenta agitación en la vasija, pero con el séptimo carbón la agitación es tan fuerte que los tres compañeros parecen regocijarse enormemente.
Ahora, -dijo el guerrero- podemos estar seguros de haber alcanzado la victoria; y podemos hacer venir al mismo cocodrilo para que devore los restos de Eleazar, y lo haga desaparecer tan bien que nadie pueda hallar su cadáver, ni remontarse al origen de la causa que lo ha hecho morir, porque no dudamos de que acaba de expirar.
Señor, -dijo Sedir- veo que usted se encuentra bien a pesar de la convicción que ellos tienen de que ha muerto en sus manos, y presiento que no

tendremos que temer la aparición del cocodrilo.
- Me gusta ver que no está inquieto -respondió Eleazar-; en efecto, la sabiduría que vela sobre usted y sobre mí está asentada en un plano fijo e inquebrantable; por tanto es mil veces más estable que esos sólidos regulares que no pueden dejar de aplomar puesto que siempre descansan sobre una de sus caras. Por eso no nos sucederá nada peor en esta segunda intentona de lo que nos sucedió en la primera".

CANTO 52
APARICIÓN MALOGRADA DEL COCODRILO

Apenas hubo proferido estas últimas palabras, Sedir exclamó: "Lo oigo, lo oigo avanzar. Conque vamos a tener razón. - Sí, -replicó Eleazar- y para probarle que no tenemos nada que temer, y que puedo disponer de este acontecimiento particular a voluntad, le prevengo que el cocodrilo no se mostrará para nada, y que sólo lo escuchará hablar. Continué atento, e informándome de cuanto observe, a fin de que yo me dirija en consecuencia". (Y yo, querido lector, le diré que independientemente de los medios que estaban en poder de Eleazar, una mano benéfica relacionada con la sociedad de los Independientes, hizo pasar invisiblemente a este digno y valeroso israelita un ingrediente activo y supramaterial, que en el orden natural corresponde al espíritu de azafrán). Sedir prosiguió: "Los tres personajes tienen un aspecto muy impaciente e inquieto al no ver aparecer al cocodrilo; cada uno traga una pizca de ceniza, giran como derviches, y luego parecen escuchar atentamente.
"Soy el co...co...co...codrilo, que habéis lia...lia...lia...lama-do. No puedo mo...mo...mo...mostrarme; hay alguien que me... me., me lo impi..pi...pi... pide; incluso tengo difi...fi...fi.. cuitad para mo...mo...mover la lengua. Tengo mu... mu... muchas cosas que deciros; no puedo co... co... conseguirlo. Bue... bue ... buenas noches".
(Amigo lector, no es necesario que le llame la atención sobre cuál era el poder que se oponía de este modo a que el cocodrilo sacará a la luz lo que tenía que decir. No obstante siento que es triste para usted no saber aún lo que fue de ese cocodrilo, y haber estado tan cerca de saberlo por él mismo, para luego ver desvanecerse sus esperanzas. Pero si se ha alabado el invento de aquel pintor que cubrió con un velo el rostro de Agamenón, ¿por qué habrían de reprocharme que pusiera un velo sobre la cara de mi cocodrilo? Es mucho más incómodo pintar uno que el otro. Sin embargo, para que no se me acuse de cortar el nudo gordiano en vez de desanudarlo, pronto estará en situación de saber lo que desea, y tendrá un motivo más de agradecimiento hacia mí, por habérselo hecho contar por una boca menos espantosa que la de un cocodrilo).
Diciendo buenas noches a los tres socios, el cocodrilo hizo soplar un viento que apagó el fuego de la chimenea, y Sedir ya no vio nada. El cocodrilo esparció también un olor apestoso que emponzoñó a los tres socios. Luego dio tal sacudida a la casa que la mitad de ésta quedó derribada y dos de los socios, habiendo quedado sepultados bajo los escombros, tuvieron muchas dificultades para salir de esa peligrosa situación; el tercero, que era el genio transformado en hombre, no estaba formado por una sustancia que pudiera quedar retenida dejando a sus compañeros en el atolladero.
En los subterráneos de aquella casa brotó también un manantial de aguas negras y cenagosas, que desde entonces nunca se secó, y que la hicieron inhabitable por los olores insoportables que aquellas aguas esparcían.
Cuando este cuadro mágico, que no era sino la representación de lo que ocurría realmente en la casa de la calle Montmartres, llegó a su fin, Sedir

quiso ahondar en las maravillas que acababan de ofrecerse a sus ojos, y Eleazar lo instruyó rápidamente tanto como las circunstancias lo permitían.
Al mismo tiempo, la señora Jof presentó a la sociedad de los Independientes un cuadro conmovedor del inconmensurable poder superior, que diariamente preserva a los mortales de la furia de su enemigo, mientras éstos ni siquiera se dan cuenta y no les prestan más atención que la que los niños dedican a los cuidados de sus nodrizas. Expuso que la tierna vigilancia de este poder supremo era tan continua y los peligros tan imponentes, que los hombres se estremecerían de espanto y reconocimiento a la vez si sus ojos se abriesen por un instante a la situación de la especie humana en este bajo mundo.
Esto es todo lo que por ahora tenemos de dicha conferencia, y nos aflige realmente, ya que preferiríamos alimentar a los hombres con todas estas grandes verdades, que deberían ser su alimento natural y cotidiano, en vez de acompañarlos como lo hacemos por senderos tan llenos de obstáculos y dificultades. Pero acontecimientos demasiado vastos nos llaman fuera del ámbito de nuestros tres malhechores, como para que en este momento nos entreguemos a estas reflexiones.
Levántate pues, Musa mía, expone a los ojos del mundo Lo que puede obrar tu ciencia profunda; Pasea mi espíritu hasta las entrañas de los infiernos; Luego podrás pasearlo por los aires; Por esos diversos países, alentado por tus ánimos, Tiene la firme esperanza de hacer un buen viaje.

CANTO 53
LLEGADA INOPINADA DE UN VIAJERO POR LAS CLOACAS DE MONTMARTRE

Junto a la cloaca de la calle Montmartre, no lejos de la casa de Eleazar, se oyó un ruido subterráneo, como el de un carro que pasa; se sintieron unas violentas sacudidas como de terremoto que agitaron horriblemente todo el distrito; los vientos soplaron, los animales mugieron; se vio incluso que el cielo se oscurecía en todo el horizonte, y se creyó observar en el aire como unos cuerpos extraños lanzados hacia arriba con gran fuerza; en fin, todo parecía estar convulsionado cuando de repente se vio que un arroyo cenagoso salía de la alcantarilla, y un hombre vestido de verde nadaba en él para alcanzar la orilla.
Todas las miradas se clavaron en aquel hombre verde. Apenas hubo salido del agua todo el mundo lo rodeó. "¡Ah, es el voluntario Ourdeck!" dijo alguien que lo reconoció, y se apiñaron aún más a su alrededor. A uno que le pregunto de dónde venía, le respondió brevemente: "Vengo del ejército". Luego se calló, y no le pudieron sacar ni una sola palabra más. El desdichado estaba enojado, tan enlodado, tan hambriento, que bien se le podía perdonar su silencio teniendo tantas necesidades urgentes que satisfacer. Es verdad que algunos amigos se apresuraron a sacarlo, a limpiarlo, incluso a prestarle sus ropas, ¿pero cómo aliviar su hambre?
Esto no impidió que por la curiosidad, que ahoga en el pueblo cualquier sentimiento de compasión, lo apremiaran, se apoderaran de él y quisieran obligarlo a que informara exactamente de su viaje, desde la desaparición de los dos ejércitos. Sin embargo, como en los mayores tumultos siempre hay alguna cabeza fría que llama a los demás a la cordura y a la razón, un hombre se adelantó en medio del pueblo y lo arengó de este modo:
"Estimados conciudadanos, compañeros de miseria, que me la hacéis menos dura desde el momento en que la comparto con vosotros, siento como vosotros la urgencia de saber lo que preguntáis a este desdichado con tanta insistencia; pero aunque en este momento os hiciera el relato que deseáis, sería preciso que lo recomenzara ante los jefes que tienen vuestra

confianza, y que seguramente están al menos tan interesados como vosotros por saber lo que tiene que contar. Ahora bien, juzgad por el estado en que lo veis si le sería posible llevar a cabo varias veces semejante tarea; creo pues, salvo mejor opinión, que convendría que fuésemos con él a ver al respetable Sedir, y que allí escuchásemos juntos lo que tuviera que decirnos."
- "Tiene razón", dijo alguien, y la gente, repitiendo tras él "tiene razón" condujo al recién llegado ante el teniente de policía, que quedó muy sorprendido con aquella visita, tanto más cuanto Eleazar no lo había prevenido. Numerosos curiosos llegaron a la carrera para escuchar al viajero, puesto que el rumor de su llegada se había difundido inmediatamente.
Hasta la sensible pero curiosa Rachel, agitada por la explosión de la cloaca de la calle Montmartre, atraída por la noticia que corría, e inquieta por su padre, se puso también en camino para estar al corriente de lo que pasaba, y para dar tanto como pudiera palabras de aliento o felicitación, según el caso.
"Prestémonos al deseo del pueblo, -dijo Eleazar a Sedir-. Lo quieren , conocen la imposibilidad en que usted se encuentra para procurarles alimentos, y la aventura del momento sirve para distraerlos de sus necesidades. He contribuido más de lo que piensa a la llegada de ese voluntario, que debe enseñarle cosas bastante poco conocidas, y contribuiré con todo mi poder a los acontecimientos que seguirán: pero no quiero negarlo anticipadamente; La paz y la abundancia no renacerán en París hasta que no haya tres personajes encarcelados. Es el momento de darlos a conocer. Le prevengo también que las ciencias cautivas no recuperarán su libertad mientras el cocodrilo mismo no sea totalmente privado de sus medios para causar daño. No me pregunte por qué no se acelera la llegada de esa época feliz. La gran sabiduría deja a todas esas potencias buenas y malas el tiempo y la libertad de colmar su medida, para servir de materia a la contrición más que el juicio. Por el momento, haga entrar tanta gente como quepa en la habitación vecina; coloque al viajero en el medio, yo le haré tomar una pizca de mi polvo salino, que lo ayudará a sostenerse durante su relato. Mientras él cumple así su función, yo me retiraré un poco para seguir con la mía, que se vuelve más urgente a cada instante: sé cuanto tiene que decir, y necesito dedicarme por entero a mi obra; cuando termine de hablar, usted y yo volveremos a encontrarnos."
Sedir ejecutó fielmente lo que Eleazar le había dicho, y el viajero Ourdeck, tras haber puesto un poco de aquella sal sobre su lengua, habló de este modo al pueblo reunido, entre el cual se hallaba también nuestros académicos, esperando oír de este nuevo historiador cosas más acordes con su doctrina que las que habían escuchado del cocodrilo.

CANTO 54
RELATO DEL VOLUNTARIO OURDECK

"Queridos conciudadanos, tenéis ante vosotros al fiel voluntario Ourdeck, quien habiendo adoptado vuestra nacionalidad, ha creído su deber poner un brazo a vuestra disposición en los combates que han tenido lugar en los diferentes barrios de París. Si bien nuestros primeros esfuerzos no han tenido todo el éxito que yo hubiera deseado, debéis saber que nuestras armas habían sido las más afortunadas y nos prometían una victoria completa: así lo creía yo por un acontecimiento extraordinario que había cambiado mis ideas un tanto incrédulas. Con esas expectativas había seguido a los combatientes a la llanura de Sablons, sobre todo habiendo tenido la dicha de ver caer ante mí la espada de Rosón. Pero en ese

momento fui tragado con los dos ejércitos por un monstruo cuyas dimensiones no podrían reproducirse.
Primero nos vimos revueltos unos con otros, y entre nosotros hubo un choque tremendo, tanto entre nuestras personas como entre nuestras armas y la tierra que el monstruo había tragado.
En un primer momento quedamos sumidos en una profunda oscuridad; pero poco después, ya sea porque el monstruo tuviera de tanto en tanto respiraderos, ya porque haya una luz en las tinieblas y uno se habitúe incluso a su aterradora presencia, comenzamos a percibir cierto resplandor y pronto bastante claridad como para poder discernir los objetos que nos rodeaban, y sobre todo los diferentes órganos y vísceras de ese monstruo que nos tragaba sin digerirnos. Y observé entonces con sorpresa que las vísceras y los órganos internos de aquel animal llevaban una inscripción donde se leía cada uno de los nombres de los genios que figuraban en el relato del cabo de Hornos, lo que me hizo presentir en qué compañía me encontraba.
Lo supe mucho mejor aún cuando me sentí tironeado en todos los sentidos y de todos los puntos de mi existencia por todas las potencias asociadas a aquellos nombres que tapizaban el interior del monstruo; es precio que todo cuanto constituye un ser, y todos los elementos que lo conocen estén al mismo tiempo en una separación y una disolución continua, puesto que sobre mis propios elementos actuaba la pavorosa impresión que se siente ante todo al entrar en ese monstruo, y no cesó en tanto permanecí allí; y si no he perdido la vida, es porque seguramente hay una potencia superior que ha puesto su mano protectora sobre nuestros cuerpos.
Pronto nos despojaron de nuestras ropas y las reemplazaron con unos trajes extremadamente estrechos de una tela cuya aspereza es inimaginable; y todos aquellos trajes estaban marcados con el sello de uno de los genios. Hecho esto, los dos ejércitos recibieron la orden de marchar uno detrás del otro, sin que les estuviese permitido aproximarse. El ejército de los buenos franceses iba último y parecía empujar al otro ante sí, como consecuencia de la victoria que ya habíamos obtenido en la llanura. Incluso teníamos unas ansias enormes de continuar la batalla y medirnos cuerpo a cuerpo; pero el poder del animal parecía querer hacernos sufrir por nuestra propia cólera, comprimiéndola y no permitiéndole ninguna salida.
Tras nueve estaciones en diferentes vísceras del animal, fui como arrastrado con los dos ejércitos hasta un gran abismo, que con razón tomé por el bajo vientre del monstruo, y cuya capacidad parecía extenderse hasta la punta de su cola. Pronto nos enteramos sobrecogidos de una tradición que reinaba en aquellas profundidades: que aquella cola estaba clavada en el subterráneo de una pirámide de Egipto, sin que pudiera soltarse hiciera los esfuerzos que hiciera, pero que el cuerpo del animal tenía el poder de extenderse a voluntad hasta alcanzar todas las partes del universo. Antes nunca hubiera creído lo que acababa de ver y lo que veía, aunque mil testigos me lo hubieran afirmado. Conque no confío, Señores, en que creáis mis relatos: pero habéis querido escucharme, y voy a responder a vuestros deseos ". (Ante este comienzo, mil manos aplaudieron, mil voces gritaron: esto es lo que el cocodrilo mismo nos dijo).

CANTO 55
CONTINUACIÓN DEL RELATO DE OUDECK.
ENTRADA DE LOS EJÉRCITOS
EN LAS PROFUNDIDADES DEL COCODRILO

"Al entrar en aquel abismo, o en el bajo vientre del animal, que como el resto del cuerpo estaba iluminado por una luz que podríais llamar

tenebrosa, lo encontré lleno de seres vivos, hombres y mujeres, de todas las naciones y todas las profesiones. Aunque vivos, todos aquellos seres no eran para nada palpables, como nosotros; sólo tenían la forma de humanos, pero no tenían su sustancia, sin embargo nosotros, aunque estuviéramos vivos corporalmente, no sentíamos el hambre, porque todas nuestras facultades estaban suspendidas.
Los hombres y mujeres de diferentes naciones estaban repartidos en familias, o pequeñas sociedades particulares; y aunque fuéramos más materiales que aquella nueva especie de hombres, nos asociaron con todo a sus diversas sociedades. En un instante distribuyeron a los individuos de los dos ejércitos entre aquellas diferentes familias impalpables. Esa distribución se hizo no sólo según las profesionales o hábitos que habíamos tenido anteriormente en la tierra, sino también según los signos que los genios nos habían asignado, ya que no nos colocaban más que con familias que estaban regidas por el mismo genio que nosotros.
Como viajero del Norte y por la naturaleza de mi signo, caí en una familia tártara que había sido captada por la nueva doctrina de Fo. Al distribuirnos así, el objetivo de los genios era tratar de sacarnos por medio de aquellos con quienes nos juntaban, todos los secretos que pudieran relativos a lo que sucede en la tierra, ya sea en la política, ya en la naturaleza, ya en las ciencias.
Por tanto la familia tártara a la que me habían asignado no desperdició ocasión para hacerme hablar, y el genio que la gobernaba, a ella y a mí, no cesaba de apremiarla. Pero en la situación en que me hallaba, y convencido como estaba de que aquella clase de seres no tenían más que malas intenciones, no abría la boca; y no la habría abierto aunque hubiera tenido más cosas para contarles de las que realmente tenía.
Al percibir mi resistencia, nuestro genio quiso encargarse él mismo de interrogarme; comenzó por amenazarme con todo su rigor si no lo satisfacía, y al ver que yo me mantenía firme: "Mira, -me dijo- cómo tratan los otros genios a tus compañeros , que seguramente han sido tan recalcitrantes como tú".
En efecto, vi cómo los maltrataban para hacerles hablar. Me parecía que ejercían sobre ellos los mismos tormentos que los malhechores de nuestro mundo ejercen algunas veces sobres los desdichados para hacerles confesar dónde han depositado su dinero. "¿Quieres contarme, decía un genio a mis tristes compañeros de infortunio, cómo se hace el oro?" "¿Quieres contarme, decía el otro, el estado actual de los gabinetes políticos de Europa?" "¿Quieres contarme, decía un tercero, el secreto de la asombrosa propiedad del imán?" Y luego arreciaban los suplicios a medida que mis compañeros se obstinaban en su silencio, ya fuera porque no quisieran hablar, ya porque no tuvieran nada que decir.
Cuando el genio que me interrogaba hubo visto que a pesar de ese horrible espectáculo yo insistía en permanecer mudo, se preparó de veras a tratarme como a mis camaradas; fue entonces cuando me vinieron a la mente las sorprendentes palabras de una persona que os es desconocida. Este recuerdo reanimó mi confianza, y como mi confianza reanimara mi valor, lancé al genio una mirada tal altiva e imponente que se calmó y ya no me interrogó más; oí tan sólo una palabras que mascullaba en voz baja, y me pareció que decía que si siempre hubiera encontrado gente tan testaruda como yo, nunca habrían sabido nada de lo que pasaba en el universo, y no habrían sabido cómo gobernar el mundo.
Comprendí entonces cuan importante es estar alerta cuando uno se entrega a la carrera de las ciencias, ya que por la envidia y las exacciones a que ello nos expone de parte de esos genios maléficos, uno puede convertirse un

día, por debilidad, en contribuyente de la iniquidad, como los sabios entre nosotros lo son tan a menudo por su amor propio; porque incluso sin hablar, por su sólo orgullo, los sabios deben de abrir la puerta en ellos mismos a esos malos genios, y comunicarles una parte de su ciencia".

CANTO 56
CONTINUACIÓN DEL RELATO DE OURDECK.
LA MUJER TÁRTARA

"Al encontrarme menos acosado, y tan libre como podía estarlo en semejante lugar, trabé conversación con una mujer tártara que me había parecido era lo menos malo que había en la familia a la que estaba asignado. Ella se había interesado en mí al ver cómo resistía al genio, y sobre todo cuando supo que había recorrido su país, al ir a la China en calidad de secretario de embajada. Me hablaba de una manera mucho menos brusca que los demás; he aquí resumido lo que supe por ella".

"Vine aquí, me dijo, varios siglos antes de la época en que vivía Confucio; de nuestra familia desciende la dinastía tártara que fue la primera en derrocar al trono de la China. El destino nos castigó por adelantado, porque supo del espíritu de ambición y codicia que trasmitiríamos a nuestros descendientes; se dio cuenta incluso de que desde los tiempos en que aún existíamos sobre la tierra, éramos tan revoltosos y molestos para nuestros vecinos que no podíamos vivir en paz con ninguno de ellos. Por tanto, en medio de una revuelta que ocasionamos para apoderarnos de un reino limítrofe al nuestro, perecimos todos y fuimos transferidos aquí, para permanecer tanto tiempo como le plazca a ese poderoso destino que nos domina, y del que no podemos defenderos. No es que, como mujer, haya podido actuar demasiado en aquella revolución, pero seguí la suerte de mi familia y me encuentro condenada con ella por no haberla contenido tanto como habría podido hacerlo.

Todas las demás familias que ve aquí, están, como la muestra, bajo el yugo del mismo poder que nos domina, y nos hace atormentarnos los unos a los otros; porque a menudo nos ocurre que tenemos entre nosotros violentos combates, en los que nos hacemos más daño, y nos damos golpes más crueles que aquellos que los cuerpos de materia pueden darse entre sí.

Ante usted tiene la familia china que la nuestra destronó; y desde aquel momento estamos casi siempre en estado de guerra, tanto más horroroso cuanto que por más que nos golpeemos y nos cubramos de heridas, nunca podemos morir. Más allá tiene a la familia de Agamenón y a la del desdichado Príamo. De este lado, la familia de César, y enfrente la de Pompeyo, que igualmente andan a la greña continuamente. Del otro lado, están las familias de Augusto y de Antonio, y entre ellas dos la bella Cleopatra, para servirles continuamente de manzana de la discordia". (No le sorprenderá, amigo lector, que ante todos estos relatos históricos, y todos los que les seguirán, una gran parte de los oyentes se aburriera, y al no comprender nada, la reunión se despoblara un poco).

Al fondo ve las familias de Alejandro y Darío, las familias de Maius y Sila, las familias de Sapor y Valeriano, las familias de Alí y Ornar, las familias de Bajazet y Tamerlan, las familias de York y Lancaster, las familias de Orléans y Armagnac, en fin las de los Fiesque y los Doria, de Stuart y Orange, de Pizarra y Atahualpa, de Carlos doce y Patkul, y las de cantidad de otros ilustres enemigos que se devoraron sobre la tierra. Aquí todas las familias están siempre enfrentadas unas con otras, como lo estuvieron en su mundo, a fin de que el cuadro de sus pasiones no se borre de ninguna manera.

Según la misma ley, el destino deposita aquí a todos los demás célebres adversarios que han luchado sobre la tierra por ambiciones diferentes de las

conquistas. Los sabios, los doctores, los defensores fanáticos de las religiones están en lucha unos contra otros, y su furia sobrepasa aún la de los antiguos conquistadores y la de los usurpadores. Todos los que llegan son conducidos inmediatamente al tormento para sacarles todos los conocimientos y todas las luces que pudieran tener, como ha visto que se hacía con sus compañeros, y como han estado a punto de hacer con usted mismo. Y mi familia y yo hemos sido conducidos también, como los demás; pero ese tormento es mucho más duro para nosotros que para aquellos que aún tienen su cuerpo de materia, porque los golpes que nos dan hieren en lo vivo. Otra consecuencia desgraciada de nuestro destino, para los que hemos merecido venir a estos abismos, es que al estar más íntimamente ligados a este monstruo por nuestra muerte que lo que lo están los hombres vivos, no tenemos, como usted, el poder de resistirle largo tiempo, y siempre acaba por arrancarnos todos nuestros secretos. Por último, lo que hace que gane aún más con nosotros, es que por nuestra muerte nuestros conocimientos se desarrollan infinitamente más de lo que eran durante nuestra vida mortal; y esto es lo que el monstruo recoge a diario cuidadosamente, para con esos bienes robados poder luego ir a vanagloriarse sobre la tierra, regir el mundo, deslumbrar y perder a los desdichados mortales. Esta es la razón también por la que cuando ya no encuentra entre nosotros nuevas luces, y los hombres vivos en su mundo son demasiado recalcitrantes o demasiado prudentes para prestarse a sus designios, suscita disturbios, guerras, enfermedades o incluso ocasiona violentas catástrofes naturales que quitan la vida a numerosos mortales y los precipitan aquí abajo, donde el monstruo procura rápidamente agotar en ellos la sed y el ansia que tiene de adquirir conocimientos. Tanto más cuanto que al no ser fiel su memoria, sus conocimientos no le sirven de nada, y siempre tiene que recomenzar: lo que es el verdadero origen del proverbio que dice que el bien robado nunca aprovecha.

No puedo decirle cuál es la profundidad de estos abismos en que habitamos; nadie puede recorrerlos, porque cada familia está condenada a permanecer en su recinto con la familia adversa. Todo cuanto sabemos es que en lo más bajo de estas profundidades residen los hombres que, en la tierra, tuvieron como profesión las ciencias inicuas y la magia perversa, por lo cual se han convertido en los ministros del monstruo, que ahora los tiene sujetos mucho más estrechamente aún que a nosotros; así es como recompensa a sus secuaces. Dicen que a veces algunos de esos desdichados escapan de su prisión y vienen a aumentar el desorden en la nuestra; pero desde que estoy aquí, no he visto nada semejante.

En cuanto a los demás mortales, todo lo que sabemos es que a medida que llegan nuevas familias de la superficie de la tierra, estos abismos se extienden proporcionalmente, de manera que no tenemos motivo para creer que alguna vez puedan llenarse, y que falte lugar para encarcelar a los malhechores.

Como el mismo espíritu que ha gobernado a todas estas diferentes familias que usted ve, gobierna también a las que están en la tierra, y las gobernará hasta el fin de los siglos, todas las agitaciones que ocasiona entre los hombres se hacen sentir aquí, según ciertas leyes de correspondencias y similitudes; así pues, no hay ningún mal que tenga lugar allí arriba al que no estemos ligados, y por el que no suframos mil veces más que los hombres que todavía son mortales.

Es preciso que los males que han provocado su descenso hasta aquí sean muy grandes, porque nunca hemos sufrido tanto como desde hace un tiempo: el infierno entero parece haberse desencadenado: ha sido como si fuegos ardientes abrasaran estos lugares, amenazando en todo momento

devorarnos con su calor; hemos sufrido sacudidas extraordinarias, nos hemos dado mil golpes; todos estos abismos han temblado, y en ese caos hemos creído por un momento que todas estas cavernas iban a romperse, que íbamos a recuperar la libertad o que era el fin del universo. No oíamos más que aullidos e imprecaciones; escuchábamos proferir nombres desconocidos para nosotros, entre los cuales se hallaban algunos que parecían tener un dominio absoluto sobre estas tristes regiones y sobre el que las dirige".

CANTO 57
CONTINUACIÓN DEL RELATO DE OURDECK
CONFIDENCIAS DE LA MUJER TÁRTARA

Si estuviera segura, -me dijo mirándome fijamente- de que usted sabrá guardar el secreto, y no me expondrá a los castigos que mi indiscreción pudiera traerme, le haría conocer los medios por los que, independientemente de las correspondencias naturales entre su mundo y éste, el animal que nos tiene encerrados mantiene relaciones con todo el universo y gobierna todos los gabinetes, toda la política y todas las autoridades de la tierra".

- "¡Oh! Cuente conmigo -le dije apresuradamente-; nunca he pagado un obsequio con una traición".

- Aún cuando no fuera usted tan bueno como parece, -respondió- desde que estoy aquí no he estado nunca en situación de confiar un secreto a un ser vivo corporalmente, porque de todos los guerreros que el monstruo ha tragado desde entonces, ya sea los del ejército de Cambises, ya los de mil otras tropas de tierra y mar, ustedes son los primeros, que yo sepa, que han bajado con vida; todos los demás vienen ahogados. Por eso estoy tentada de aprovechar la ocasión; por lo demás mi indiscreción, si es tal, será mitigada por cuanto usted no tendrá más que mirar, y yo no tendré nada que decir. Imagínese también que los objetos que le serán descritos se presentarán bajo la forma de imágenes expresamente proporcionadas a su manera de ser; ya que a nosotros nos está dado ver las cosas más íntimamente.

Entonces me hizo aproximar a una depresión de la que sólo la separaba una membrana del animal, suficientemente transparente como para dejarse ver a través lo que pasaba en aquel reducto; y dicho reducto, según la anatomía comparada, me pareció respondía a lo que en el hombre llamamos la vesícula biliar, y llevaba por inscripción el nombre del genio del azufre. Allí vi en uno de los lados varios nichos conteniendo cada uno un estatus. Todas aquellas estatuas estaban desfiguradas o mutiladas, y además se hallaban cubiertas de cadenas. Por encima de cada nicho estaba escrito el nombre de una ciencia, tal como metafísica, política, física, etc., y bajo cada uno de estos nichos había una de esas jaulas de corral donde se encierra a las aves para que engorden; pero en vez de aves, veía en los diferentes compartimentos otras tantas figuras humanas, un tanto pálidas, pero hinchadas por la gordura. Abriéndose paso en mi entendimiento, se me hizo saber que esas diferentes figuras representaban las de los falsos sabios de la tierra, que ciegamente y con orgullo se nutrían de aquellas ciencias mutiladas, con las que engañaban a los hombres; que las ciencias que habían perdido desde hacía tiempo su principio de vida, habían quedado bajo el dominio del amo de aquel corral que sólo las empleaba para sus pérfidos y destructores designios, que ese amo retenía de este modo en su corral a los partidarios de esas ciencias desnaturalizadas hasta que los hubiera engordado, y juzgara que estaban listos para ser degollados y servidos en su mesa; y que entretanto, por medio de los conocimientos que

extraía de ellos, estaba en comunicación con todas las sociedades eruditas de la tierra.
A continuación descubrí en el lado opuesto un gran clave cuyas teclas estaban marcadas cada una con un carácter diferente, que representaban una un lagarto, otra un sapo, otra el rayo encendido, y así toda clase de objetos tales como estrellas, plantas, cometas: una mano invisible tocaba sin cesar aquellas teclas y extraía unos sonidos tan disonantes y tan desarmónicos, que eran un verdadero suplicio para mis oídos; e imaginé entonces lo que debía sufrir el universo con semejantes concordancias.
En ese mismo reducto vi a tres personas sentadas alrededor de una mesa jugando al triunfo con unas cartas sobre las cuales, en lugar de las figuras corrientes, estaban pintados los diferentes reinos, soberanías y otros establecimientos de la tierra: el azar del juego decidía la suerte de las soberanías de este mundo; y como el juego no cesaba, y los cambios del azar eran continuos, comprendía de dónde venía el perpetuo desorden de los imperios de la tierra.
Al lado de estos tres personajes vi a otros ocupados en recibir cartas y expedir otras en respuesta; y ello con tal prontitud que mis ojos tenían dificultad para seguir un movimiento tan rápido. No obstante pude leer a hurtadillas tres o cuatro de aquellas direcciones mientras las escribían: una en tártaro, al gran Lama, una en francés, bajo el nombre para mí desconocido de la mujer influyente de París, una en alemán, a la universidad de Groningue, y una en latín, a la dieta de Ratisbonne.
Pero después de lo que la mujer tártara me había revelado, ya no dudé de que aquel fuera el cuartel general de donde partían las adversidades e instrucciones que regulaban el mundo; y tuve la prueba que el animal que nos había engullido mantenía en efecto relaciones con la tierra que era imposible enumerar, y que debía estar bien al tanto de cuanto allí ocurría.
Sin embargo, me habría costado creer que nada faltara en sus conocimientos en este aspecto, y que las instrucciones que enviaba cumplieran siempre e infaliblemente con sus objetivos. En efecto, vi que algunas de estas cartas, ya sea que partieran o que llegaran, se consumían en el aire y desaparecían hechas humo, lo que me demostró que debía haber lagunas en el comercio de aquel animal con el mundo.
Satisfecho por lo que acababa de saber, me acerqué a la que lo había hecho posible y le renové mis promesas de discreción".

CANTO 58
CONTINUACIÓN DEL RELATO DE OURDECK.
CUADRO DE CORRESPONDENCIA

"Pero apenas habíamos reanudado nuestra conversación cuando nos distrajo un espectáculo del que nada pudimos comprender, y del que tal vez seáis los únicos en tener la clave, al igual que la de todos los enigmas que acabo de exponeros.
Sabed pues que en aquel momento vimos aparecer una inmensa caldera que colocaron en el suelo, a poca distancia de nosotros. Tras haberla considerado un instante, nos dispusimos a esperar para saber qué uso iban a darle, qué iban a poner adentro y cómo colocarían la madera y el fuego debajo, ya que estaba directamente sobre el suelo: pero pronto vimos y oímos caer adentro, sin que supiéramos de dónde venían, libros de todos los tamaños y toda clase de escrituras que se amontonaron en desorden dentro de la caldera, hasta que estuvo llena.
En lugar de fuego que esperábamos que encendieran, vimos pasar por encima de la caldera varias estrellas pálidas, de un color blanco mate . La atmósfera se hizo más fría que antes y se cargó de espesos vapores; y en

un momento vimos cómo aquella masa de libros se licuaba. Para acelerar la disolución y la mezcla aparecieron varias mujeres alrededor de la caldera, llevando grandes pértigas con las que daban vuelta y removían los libros en todas direcciones, hasta que los hubieron reducido a una pasta blanda como la verdadera papilla.
Hecho esto, la escena cambió y nos ofreció un espectáculo singular; aquellas mujeres que acababan de licuar los libros aparecieron de repente sentadas, teniendo cada una en sus rodillas un gran crío envuelto en pañales: con una cuchara cogieron entonces de aquella papilla de la caldera, y alimentaron abundantemente a cada una de sus criaturas.
(Aquí, los académicos presentes no pudieron evitar fruncir la nariz, ni el pueblo sonreír un poco; el lector recordará la razón, aunque el orador no conociera el secreto del prodigio que había visto).
Cuando esa extraordinaria comida hubo terminado, caldera, mujeres, y críos, todo desapareció; el aire recuperó su color habitual, y no quedó ninguna huella de io que acababa de pasar, si no fuera por unas grandes carcajadas que escuchamos varias veces.
Pregunté a la mujer tártara si podía explicarme el sentido de aquel prodigio; pero me dijo que nunca había visto nada semejante que no comprendía nada de nada, y que probablemente sólo en la tierra tendríamos una explicación".

CANTO 59
CONTINUACIÓN DEL RELATO DE OURDECK
CONMOCIÓN EN LAS PROFUNDIDADES
DEL COCODRILO

"Esa mujer desdichada y generosa no me había dicho sino la verdad al contarme las conmociones que de tanto en tanto tenían lugar en aquellos infiernos, y no tardé en tener una prueba de ello. Vi llegar a diferentes grupos de hombres que acababan de morir en diversas partes de la tierra. A medida que descendían los colocaban junto a los diversos grupos que llenaban los diferentes compartimentos de aquellos subterráneos, e inmediatamente los llevaron al tormento para sacarles cuanto pudieran saber relativo al mundo que acababan de dejar. No puedo describiros las espantosas contorsiones que les he visto hacer, y que me demostraban lo excesivo de los suplicios a que los sometían. Porque la mayoría, por más que contaran todo lo que sabían, e incluso todo lo que no sabían a fin de obtener un respiro, no conseguían que los atormentaran menos, porque en ese lugar donde sólo la mentira domina, siempre sospechaban que mentían o que no decían todo lo que sabían.

En medio de esas escenas de terror vi adelantarse a un anciano que venía de nuestro mundo, donde acababa de morir. Dijo en voz alta a quienes se disponían a atormentarlo: "Es inútil que utilicéis la violencia para hacerme hablar; voy a daros, de buen grado, una noticia que os sorprenderá: he sabido en la tierra, poco antes de dejarla, que todas las personas remisibles que se encuentran aquí pronto serán liberadas; y poco tiempo después, también las ciencias recobrarán su libertad; porque el molde del tiempo será roto, y el imperio de los malos genios será abolido".

"Ante estas palabras todos los genios malos se enardecieron: no sólo martirizaron al desdichado anciano, sino que se pusieron de acuerdo para descargar su cólera sobre todas las sombras y los demás seres que estaban en su poder. Y en un instante todo estuvo en combustión en aquellos abismos, porque cantidad de sombras, llenas de esperanza, se defendían aún más de sus verdugos, y otras procuraban tan sólo tomar partido por sus amos. Conque no intentaré describiros la espantosa conmoción de que fui testigo.

Esta no hizo sino aumentar ante el deseo de los genios de consultar, en un caso tan urgente, a los inicuos magos que se hallaban detenidos en las profundidades más bajas de aquellos abismos, y al mismo tiempo, llamarlos como refuerzo para contener más cómodamente a las sombras rebeldes.

En efecto, aquellas bajas profundidades de que me había hablado la mujer tártara debieron abrirse en aquel momento, y debieron salir algunos de esos inicuos magos que me había dicho que se encontraban detenidos allí. Por que en medio del caos en que estábamos, vi aparecer unos personajes más horrorosos aún que los demás, y mil veces más temibles porque de ellos salía un fuego real, de las manos de uno, de los pies de otro, de toda la superficie de la cabeza de un tercero. Recorrieron todo el campo de batalla con una rapidez y una furia inconcebible; pronunciaban en voz alta unos nombres bárbaros desconocidos para mí, y todo lo que tocaban ardía en el acto por ese fuego real con el que quemaban sin consumirse ellos mismos.

Pronto estas escenas horribles se hicieron tan confusas que ya no distinguí ni formas ni figuras en lo que me rodeaba. En vano buscaba con la vista a aquella excelente mujer tártara a la que pertenecía, y por cuya suerte me sentía vivamente interesado. Todo me parecía una sola masa de fuego, que se trasladaba entera de un lado a otro de los abismos, casi al mismo tiempo; y todo me hacía temer a cada instante un incendio que reduciría a polvo el recinto que formaba todos aquellos abismos, y a nosotros, pobres

mortales, que estábamos encerrados en él y no éramos impalpables como las sombras. Intentaba hacer memoria de los buenos consejos de esa misma persona que no conocéis, pero cuyo recuerdo ya me había sido tan útil en esa horrible estadía, y que incluso me había anunciado el viaje que acabo de hacer.
De modo que la suerte me protegió de una manera especial en medio de esa funesta catástrofe, y quiso que por efecto de esas potentes conmociones me encontrase situado en el orificio de un vaso capilar del monstruo que nos había tragado: aproveché la ocasión, entré en ese vaso capilar, y anduve por él cómodamente durante un tiempo que me pareció bastante largo, aunque sea imposible medir la duración en esos tenebrosos lugares, porque a pesar de la tenebrosa luz que allí reina el día no se alza ni se pone Allí encontré una temperatura suave y refrescante en comparación con la que acababa de dejar; sentí incluso que naturalmente me desembarazaban de las ropas molestas que nos habían dado a todos, y que me devolvían mi primer traje. En cuanto a los dos ejércitos, no sé absolutamente nada sobre la suerte que corrieron con aquella sacudida, y me resulta muy duro no poder deciros nada. Al fin llegué al extremo exterior del vaso capilar que me había sido tan útil, y resultó que desembocaba en un gran subterráneo donde pude realizar observaciones dignas de atención, y que terminaron con un terremoto al que debo mi salvación". (Aquí Ourdeck calló. Pero entonces se oyó una voz por encima de la asamblea, y dijo: "No será de su boca que escucharéis las cosas dignas de atención que os anuncia. Las sabréis por el psicógrafo".)

CANTO 60
ELEAZAR PROCURA UN ALIVIO PASAJERO

Nadie comprendió lo que era el psicógrafo; pero los más cercanos a Ourdeck, hablando todos a la vez, se apresuraron a contarle lo que había pasado en París desde que él se había ausentado, y no sin asombro oyó hablar del curso científico del cocodrilo, de la papilla de los libros, del informe de la Academia, y sobre todo de los dones particulares de que estaba provisto Eleazar, y que ya le habían sido tan útiles. Lo que pudo escuchar no hizo sino aumentar las ganas que tenía de ir a arrojarse al cuello de aquel buen Israelita; también quería correr hacia Rachel, a la que reconoció por haberle dirigido a la carrera algunas palabras en la calle Montmartre, y a la que le mostraron como digna asistente de su padre en todas sus empresas, y que efectivamente estaba ocupada dando aquí y allá algunas buenas ideas sobre lo que acababan de oír.
Pero la gente no le dio tiempo a llevar a cabo lo que lo apremiaba. Tras haber escuchado aquel largo discurso que había sido una especie de diversión para sus necesidades devoradoras, en ese intervalo el hambre horrible renovó sus ataques. Pronto no se oyeron mas que gritos y aullidos. Algunos de aquellos hambrientos caían al suelo, otros erraban de aquí para allá, por donde los llevaban sus fuerzas; no se veían más que grupos que se formaban, se rompían, se volvían a formar nuevamente, ofreciendo por todas partes la imagen del dolor y la confusión.
Aquellos desdichados habrían sucumbido al instante si el poderoso Eleazar, suspendiendo su propio trabajo, no hubiera extendido hasta ellos su útil asistencia, cuyo origen estaba en sus medios ocultos. ¡Pero ay! No podía actuar con cada uno de los asistentes como había actuado con el orador, es decir, dándole a cada uno una pizca de su polvo salino, porque suponiendo que éste hubiera tenido la propiedad de no disminuir y bastar para aquella multutid, dar la vuelta a la asamblea habría consumido un tiempo considerable.

Optó por un medio más corto, pero que ciertamente era de una eficacia inferior, echó al suelo un pizca del polvo salino, tomando la precaución de dispersarlo lo más posible.
Apenas hubo rociado así la tierra, cada cual vio nacer a sus pies como manojos de hortalizas, y parecía incluso que aquí y allí se formaban algunas espigas. En cualquier otra circunstancia, la sorpresa y la admiración habrían sido las únicas impresiones que ese acontecimiento extraordinario hubiera ocasionado; pero en el estado de inanición en que se encontraba la gente, el único efecto que provocó en los asistentes fue la avidez de un hambre devoradora, y todos se arrojaron, con una pasión que no puede ser descrita, sobre aquella comida inesperada: en un instante las hortalizas fueron arrasadas o despuntadas, y la necesidad, que ciertamente no había sido calmada con esa primera colación, continuó haciéndose sentir más vivamente todavía. Es así como una inclinación mucho más peligrosa sólo se vuelve más viva, si, en nuestros primeros fuegos, con algunas miradas dulces un alma nos seduce; Una fuerza siempre atrae otra fuerza.

CANTO 61
ACONTECIMIENTO SOBRENATURAL.
LOS EJÉRCITOS SALEN DE SUS ABISMOS

Una maravilla inesperada vino al menos a distraerlos de sus sufrimientos por un instante; y para esta maravilla, valiente Ourdeck, seguramente no estabas preparado; pero estás hecho para las aventuras sorprendentes. Ha de saberse pues, que súbitamente se vio aparecer en el aire una estrella brillante por encima de la gente, y que de en medio de dicha estrella surgió una voz dulce y argentina que dijo estas consoladoras palabras:
"Soy la mujer tártara por la que Ourdeck se interesó al salir del monstruo; ese simple movimiento interior de su parte ha sido mi salvación: estoy libre, yo y toda mi familia, y en adelante, en la medida en que nos lo permitan, queremos ayudar con todo nuestro poder a la defensa de su patria adoptiva, en reconocimiento a él. Sé también que muchas otras familias fueron arrastradas por nuestra atmósfera, y que al arrancarnos de nuestra prisión, nuestra atracción les hizo igualmente recobrar su libertad. ¡Hasta tal punto un favor y unos buenos deseos resultan fecundos y generan incontables frutos! Esas familias se han dispersado por diversas regiones, donde producirán efectos favorables al igual que mi familia y yo nos proponemos hacer en este país; y es el deseo de Ourdeck el que habrá provocado estos bienes. En el seno del monstruo sólo han quedado quienes están detenidos en las profundidades más bajas de su cuerpo, por haber alcanzado en la tierra los últimos grados del crimen, y no poder entonces ser liberados por los deseos del hombre. Tengo que deciros igualmente que los ejércitos también han salido de los abismos, y que actualmente respiran el aire libre; pero no me esta permitido deciros nada más sobre su suerte." La voz calló y la estrella desapareció.
Un espectáculo tan extraordinario, noticias tan inesperadas, unas palabras tan tranquilizadoras aunque breves sobre los dos ejércitos, bastaban para comprender a la vez y arrebatar de júbilo a los presentes. Pero ay, debieron pagar aquel júbilo, puesto que para los mortales no hay dicha que no se compre. No asombrará entonces que el auxilio pasajero de las hortalizas, que había recompuesto por un momento a la gente, haya puesto a la ciudad en movimiento.
En efecto, apenas se difundieron los primeros rumores, se vio afluir de todas partes una muchedumbre mucho más grande que la que había corrido tras Ourdeck; y entre ellos se contaban aquellos que, habiéndose marchado por aburrimiento, regresaban a toda prisa con la esperanza de encontrar algún

alimento. Los que ocupaban ya la plaza, y habían probado el saludable sustento, no querían en cambio dejar el sitio.
Aquí, el mismo espíritu que había ocasionado la rebelión, y todas las catástrofes que hemos visto, reanimó sus fuerzas para hacer pagar caro el servicio de Eleazar; y aunque ya no hubiera ejércitos en París, había sin embargo tantos enemigos como individuos, es decir tantos como la plaza podía contener.
Es verdad que ya no eran esos guerreros armados de pies a cabeza que tanto se habían distinguido en el mercado de trigo; las formas y los métodos militares habían sido dejados a un lado, y reemplazados por maneras de luchar menos distinguidas y también menos imponentes. Además, potencias más que humanas, pero ciegas y malvadas, no temieron mezclarse en el combate, ya que en el aire se vieron sombrías nubes de donde salían flechas encendidas que se lanzaban indistintamente sobre los combatientes de ambos bandos, derribándolos y haciéndoles sufrir enormemente, ahorrándoles sólo la muerte.
Pero quién duda de que el hombre llegado de Egipto, que la mujer influyente que lo empleaba, y que el cocodrilo que empleaba a ambos, fueran el principio motor y los principales agentes de este nuevo desastre, como lo eran de todos los que París había sufrido desde el comienzo de la rebelión, y sobre todo desde el poco éxito de su última empresa contra Eleazar.

CANTO 62
ELEAZAR SE ENFRENTA SENSIBLEMENTE A LOS ENEMIGOS INVISIBLES DE PARÍS

Fue entonces cuando el Israelita desplegó sus grandes poderes y virtudes, porque ante la aflicción que le causaba el estado a que había quedado reducido ese desdichado pueblo que tenía delante, se sintió embargado por una viva indignación contra los enemigos aéreos que causaban tantos estragos; se lanzó entonces al medio de la plaza, sacó nuevamente su caja, cogió tres dosis del polvo que arrojó al aire, una tras otra, profiriendo cada vez unas palabras amenazadoras que la historia no nos ha conservado. Pero lo que la historia nos ha conservado es que, ante cada una de esas palabras, Rachel era como izada del suelo, y alzaba los ojos al cielo con viva exaltación; fue así que con cada una de estas palabras y esas demostraciones de la fe más viva, la calma se restablecía, los enemigos aéreos desaparecían, no sin murmurar y hacer nuevas amenazas; las hortalizas renacían, y el pueblo podía coger esa ligera comida sin verse expuesto a perecer bajo las armas de sus adversarios.
Ourdeck, acosado por la muchedumbre, impresionado por aquellos prodigios, buscando siempre aproximarse a Rachel y Eleazar, recordando también constantemente a la Señora Jof, se hallaba agitado por mil sentimientos diversos. ¡Ay, cómo podía ser que las maravillas más deslumbrantes existieran así junto a los hombres y los rodearan, y sin embargo permanecieran tan profundamente ocultas para ellos!
En el mismo momento en que Eleazar acababa de desplegar sus poderes, y el valiente Ourdeck pensaba en la señora Jof, ella estaba allí sin que él la viera. La sociedad de los Independientes entera tenía también los ojos puestos en los grandes acontecimientos que estaban ocurriendo; cada uno de los miembros de la sociedad resplandecía de exaltación al ver acelerarse así el reinado de un poder justo y el triunfo de la verdad. Se oyeron entre ellos cánticos sagrados entonados por adelantado, y nuevos anuncios proféticos sobre los éxitos aún mayores que debían seguir y coronar la buena causa. He aquí uno de los cánticos triunfales que fue cantado en

aquella ocasión, y que ha llegado hasta nosotros.
"Pronto, muy pronto, los enemigos de la verdad serán derrocados, no podrán resistir al poder que tiene por nombre el Invencible; las ciencias cautivas recobrarán su primitiva libertad. A esta gran ciudad le está reservada una claridad más brillante que el sol, que habrá conquistado con enormes sufrimientos.
¡Dichosos, dichosos aquellos que serán testigos de ello, y participarán de su esplendor! Serán como abrasados por una dulce alegría que el corazón del hombre no puede conocer sino cuando por sus deseos él mismo se vuelve semejante a dicho esplendor. Esta alegría es tal, que quien la experimenta está siempre dispuesto a gemir de dolor por aquellos que tienen la desgracia de verse privados de ella".
Esos cánticos iban acompañados de una música arrebatadora de la que nuestra música humana no podría ofrecernos ni siquiera una idea. Pero esos cánticos y los sonidos armoniosos que los acompañaban estaban como perdidos para Ourdeck, y para todos aquellos que se encontraban junto a él; el momento de conocerlos no había aún llegado para ellos.
Mucho más perdidos todavía estaban para los enemigos aéreos, que alejándose del campo de batalla habían declarado que no renunciaban más que por un tiempo a sus proyectos hostiles, a pesar de las alentadoras promesas de la mujer tártara, y que sólo se retiraban para preparar al pueblo y a la capital desgracias mayores. Y en efecto, más tarde aún tuvieron el poder de dar un golpe tan grande al Estado, que un buque que se hundiera en el fondo del mar no habría corrido mayor peligro.
Esta desgracia que amenaza a la capital no será sin embargo un nuevo diluvio, no será la peste, ni será una nueva guerra, sino que será que todos estos males juntos; y ese desastre será tal que para conocerlo de antemano, prevenirlo si fuera posible, o al menos disponerse para no ser destruido, Eleazar se vio obligado a utilizar los medios que ya habían empleado en 'presencia de Sedir, y que lo hacían a voluntad invisible para la multitud. Sólo que esta vez quiso envolver con él a Sedir en la atmósfera que se formó, a fin de fortalecerlo contra el golpe que se preparaba.

CANTO 63
EXPLICACIÓN DEL PSICÓGRAFO

Al no tener ya nada que esperar de Ourdeck, ni ver más a Eleazar ni a Sedir, y no habiendo ya ni prodigios ni hortalizas, la multitud no tardó en retirarse por las calles adyacentes. En cuanto a Ourdeck, descubrió de lejos a la hija de Eleazar, ocupada en levantar a dos infortunadas mujeres derribadas por la multitud; y como los importantes personajes en los que también se interesaba le estaban velados al igual que al resto de los espectadores corrió tanto más aprisa junto a la virtuosa Rachel.
"Por fin, Señora, -le dijo abordándola- me está permitido acercarme a usted, y reiterarle el interés que me inspiró la primera vez que tuve la dicha de encontrarla. Este interés no ha hecho sino acrecentarse por todas las cosas sorprendentes que me han dicho de usted, y de su respetable padre, al que en vano busco por todas partes. Mis pensamientos, mis opiniones, todo mi ser ha cambiado tanto a partir de la cantidad de cosas extraordinarias que me han ocurrido, que considero una verdadera felicidad poder consultar todo esto con una persona tan instruida como usted, y que une a sus dones y sus conocimientos un alma como la suya.
Porque es hora, Señora, de abrirle la mía; no puedo explicarme a mí mismo lo que pasa en ella, sobre todo desde que terminé mi discurso a la multitud. Aunque usted no estuviera a mi lado, aunque no nos dijéramos nada, sentía que actuaba en mí de una manera tan dulce como incomprensible me

atrevo a decir que con ello adquirí una idea verdadera de las conexiones celestes. Una mujer extraordinaria me ha sorprendido mostrándoseme y desapareciendo como por magia; pero usted, Señora, sin la ayuda de todos esos pródigos, ha penetrado hasta el fondo más íntimo de mi corazón. Y a usted le corresponde explicarme este fenómeno".
"Señor, -le respondió Rachel- comenzaré por tranquilizarlo sobre la suerte de mi padre. Sé que está muy ocupado por el momento, y que lo estará aún más dentro de poco; pero espero todo de la mano que lo dirige. En cuanto a usted, Señor, porque tuve la oportunidad de conocer la belleza de su alma es que sentí el deseo de penetrar en la profundidades de su ser; y efectivamente porque es buena, quiso dejarme libre el acceso; yo nada podría hacer sobre los malvados. Si la mujer extraordinaria que lo ha sorprendido no penetró tan adentro en usted, es porque entonces no estaba en el punto de desarrollo en que se encuentra ahora, y ella no tenía otro objetivo que acercársele para advertirle. Sí, Señor, su alma se ajusta a la mía, no temo confesárselo. Estoy encantada de que haya sentido lo que pasaba en mí, y que me dé con ello una prueba evidente de las relaciones que existen entre nosotros. Quiero darle a mi vez ciertas pruebas que aumentarán su apego a la verdad y su creencia en el poder del deseo del alma humana. No son nuestras lenguas ni nuestras plumas, sino nuestras almas las que hablan y escriben; los seres celestes lo saben aún mejor que nosotros. Coja este papel que me acaba de traer un doméstico de la casa de Sedir, y que ha sido escrito en su gabinete; le dará la clave de la palabra psicógrafo que ha oído pronunciar, y que como usted no ignora, quiere decir: escritura del alma".

Ourdeck cogió el papel, y lo recorrió rápidamente. Cuál fue su sorpresa cuando vio en ese papel todas las cosas asombrosas que había anunciado, e incluso una respuesta profética y provisional que para nada había indicado, y que él mismo no conocía. Se quedó estupefacto. Rachel le dijo: "Señor, no esté tan sorprendido, puesto que usted cree. ¿Acaso los hombres habrían podido encontrar el arte de escribir tan aprisa como el pensamiento? Vi que deseaba hablar conmigo, vi la fatiga que experimentaba al hablar; quise ahorrársela, y rogué que todo cuanto tuviera que decir, y hasta lo que no pudiera decir, fuera escrito; y mis deseos se vieron realizados en el acto tan fácilmente como los había concebido. Una mano caritativa ha escrito todo en el gabinete de Sedir, en el escaso papel que allí se había conservado; se han hecho incluso varias copias, y algunas personas han ido a leerlas en diferentes sitios de París". Maravillado Ourdeck continuó conversando con Rachel.
(Y usted, amigo lector, a la espera de que nos ocupemos de los grandes acontecimientos para los que se prepara Eleazar es justo que no se vea privado de los frutos del psicógrafo).

CANTO 64
DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD DE ATALANTA

"El subterráneo al que entré me condujo ante una gran puerta de mármol, sobre el frontispicio de la cual había una inscripción griega que leí, y que significaba la ciudad de Atalanta. Al ver esa inscripción recordé que la historia habla de un terremoto ocurrido 425 años antes de la era cristiana, y que dicho terremoto destruyó la ciudad de Atalanta, en Eubes, que habiendo sido antes una península se convirtió por este accidente en una isla. Pronto descubrí que aquella ciudad había sido tragada y no destruida; porque al entrar en ella vi todas las cosas en pie, incluso las calles totalmente libres, y observé que por encima de la ciudad se había formado

como una bóveda de rocas que sin duda se habían abierto bajo la ciudad cuando el temblor, para luego volver a juntarse sosteniéndose en el aire tras haberla tragado, como ocurre a veces en los hundimientos de canteras, y ello hacía que aunque estuviese por debajo del mar, no se hallara sumergida.
Os sorprenderá sin duda que os diga que he visto esa ciudad en pie, puesto que en semejante subterráneo parecería que es imposible ver nada. Vuestro asombro aumentará aún más' cuando os diga que al recorrer las calles, las plazas, los edificios públicos de esa desafortunada ciudad, vi que aún existían todos los utensilios, todos los muebles, todo cuanto puede servir para satisfacción y provecho del espíritu y el cuerpo; los monumentos y los instrumentos de los oficios, de las artes y las ciencias, las armas, los libros, las joyas, los animales, los carros; en fin, las personas mismas de toda edad, sexo, rango y profesión, y cada una de ellas, aunque privada de la vida e inmóvil, había conservado no obstante la actitud que tenía en la hora fatal que la sorprendió. Son estas cosas interesantes cuyo relato no puedo rehusar a vuestra curiosidad.
Previamente quisiera resolver la confusión sobre las dos dificultades que os inquietan, y ante todo sobre el fenómeno de la conservación de todo lo que contenía Atalanta en el momento de su desastre. Este fenómeno es más sorprendente que los de Herculano y Pompeya, donde el tiempo sólo ha conservado lo que no ha podido corroer. ¿Pero cómo os contentaríais en este caso con la simple física ordinaria de nuestros profesores? Sin embargo, no puedo ofreceros otra. Ahora bien, ésta nos enseña que la acción del aire es la que corroe y destruye todo; que por consiguiente los cuerpos que han sido preservados de la acción del aire deben conservarse. Y puesto que la ciudad de Atalanta se encuentra como encerrada herméticamente por la bóveda de rocas que se formó por encima de ella, no es sorprendente entonces que todo lo que contenía haya conservado su forma y toda su apariencia exterior. Esta ventaja no pudo darse ni en Herculano ni en Pompeya, y no se dará en ninguna de las ciudades que fueron destruidas cuando la famosa erupción del Vesubio, porque la lava y la ceniza han estado en contacto con codo lo que había en esas ciudades, y han debido disolver todo lo que por su naturaleza no podía oponerles resistencia.
En cuanto a esa claridad de que disfruté recorriendo la ciudad de Atalanta, tampoco podría explicarla de otra manera que recordándonos que aún tenia los ojos llenos de aquella lóbrega luz que había traído de mi paso por el cuerpo del animal que nos había devorado. Por otra parte, tal vez los físicos fueran más osados que yo para obviar esta dificultad, y nos dijeran que la luz es un cuerpo; y que como yo encontré a todo el mundo en la ciudad de Atalanta atareado en sus ocupaciones, seguramente el terremoto que la tragó ocurrió durante el día y no de noche; y que entonces es lógico pensar que la porción de luz que la iluminaba en aquel momento fue tragada con la ciudad, pudiéndose haber conservado como las otras sustancias y los otros cuerpos, al haber estado como ellos preservada del contacto con el aire.
¿Acaso no se han encontrado, dirían, lámparas aún encendidas en las tumbas de algunas vestales, que habían estado herméticamente cerradas desde hacía siglos? Os dirían que no ocurre lo mismo con el aire, puesto que está tan cargado de partículas húmedas que no puede ser encerrado sin disolverse. así concluirían, al no poder conservarse como la luz en ese abismo, los animales y los hombres debieron perecer, aunque hayan mantenido sus formas.
Pero me preguntaréis quizá cómo he podido no morir sofocado en ese lugar donde no había nada de aire, ya que la falta de aire había hecho perecer a

todos los seres animados. Esta dificultad es más apremiante, y sin embargo sólo yo puedo responderos pues los sabios no cuentan con mi información. Os diré que el animal que nos había tragado tenía una comunicación libre con el aire de la atmósfera, puesto que nos había devorado en la superficie de la tierra; que ese aire iba desde esa superficie hasta las regiones inferiores del animal, que hacían las veces de prisión: que ese mismo aire se introducía en el vaso capilar que me había servido de conducto, y de ahí pasaba al subterráneo donde estaba hundida la ciudad. Además, ese aire estaba preparado de tal manera al haber pasado por esos diferentes conductos, que podía bastar para mi respiración en aquel subterráneo, pero no era suficientemente activo para convertir en polvo todo lo que había en la ciudad de Atalanta; cosa que no habría dejado de suceder si aquellos objetos hubieran estado expuestos al aire libre".

CANTO 65
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA
PALABRAS CONSERVADAS

"La maravilla más asombrosa de todas las que os he anunciado es que no sólo los objetos de que os he hablado se encontraban allí conservados con toda su forma y su apariencia exterior, sino que vi también todo lo que podía permitirme conocer el carácter, las costumbres, el espíritu, las pasiones, los vicios y las virtudes de los habitantes. Porque la misma ley física que hizo que todas las substancias y los cuerpos encerrados herméticamente en esa ciudad no sufrieran exteriormente, extendió su poder conservador a las palabras mismas de los ciudadanos de Atalanta, haciendo que sus huellas hayan quedado corporizadas y sean sensibles, como lo son todos los demás objetos contenidos en ese infortunado recinto.

No hay que acusar entonces de plagio al cura de Meudom, por haber mostrado en su novela palabras que se deshelaban en un campo de batalla y expresaban los gritos y los sufrimientos de los guerreros y los moribundos, mucho tiempo después de que el combate hubiera terminado.

Primero, no había estado en Atalanta como yo, y no podía conocer el fenómeno del que he sido testigo. Segundo, el fenómeno que impresionó sus ingeniosos oídos no habría podido tener lugar en el abismo herméticamente cerrado de Atalanta, puesto que es preciso aire libre para escuchar palabras: por la misma razón, no podía ver como yo las huellas sensibles de las palabras de los guerreros de que habla, porque él estaba en una atmósfera libre, y esas huellas sólo pueden hallarse en una atmósfera herméticamente cerrada.

No me detendré haciéndoos la descripción de los diferentes objetos, utensilios y otras cosas inanimadas que encontré en esa ciudad tan curiosa. Vuestros conocimientos no se verían muy enriquecidos, ya que estas cosas son las mismas en todas partes: pero os hablaré de cosas más útiles y más nuevas para vosotros.

El primer edificio ante el cual me detuve era la casa de un profesor de moral: lo supe porque su título estaba inscrito en el frontispicio de la puerta de entrada, práctica común a todas las casas de la ciudad. En la puerta encontré una multitud de gente, lisiados, ciegos, tuertos, cojos, que entraban a la casa, y una multitud de gente que salía, en buen estado de salud, con todos sus miembros y todo su cuerpo sano. Esto despertó mi curiosidad. Entre pues inmediatamente en el patio, donde vi al dogo del portero con la boca abierta y como queriendo detener a un malhechor, que probablemente se había introducido con malas Intenciones; y ya no dudé de que era sí, cuando vi en el aire las palabras amenazadoras que el portero

decía al malhechor, como si lo conociera perfectamente.
En vano busque alrededor de la boca del perro las huellas características de su ladrido: no pude ver ninguno, y esto me llevó a comprender cómo han abusado de nosotros nuestros filósofos cuando nos han dicho que los animales tenían una lengua como nosotros. Porque si tuvieran una lengua como nosotros, tendrían palabras, y ya las habría visto congeladas en el aire como las palabras de los hombres, y nada de esto vi. Alrededor de la boca del dogo sólo había masas informes.
Recorriendo las diferentes habitaciones interiores vi en todos los rostros de las personas que encontré las marcas de una serenidad sorprendente dada la catástrofe en que aquellas personas se habían visto envueltas; y este espectáculo me dio una impresión excelente de la casa. Llegué hasta el gabinete del profesor, cuya fisonomía anunciaba la misma serenidad. Estaba de pie, con la cabeza un poco inclinada, la mano derecha sobre su corazón, y la izquierda sobre su frente.
Miré detenidamente en su gabinete, y quedé muy asombrado al no hallar ni libros ni papeles, lo que unido a su actitud me hizo suponer que sacaba su moral de vías más activas de las que utilizan los profesores ordinarios. Asimismo tuve motivos para creer que los frutos que obtenía de ella eran más poderosos, ya que vi varios cuadros enmarcados, colgados en los muros del apartamento, y bajo estos cuadros estaba escrito: "Fulano de Tal, curado de la incredulidad, otro, curado de la superstición,un tercero, curado de la cólera, otro, curado de la avaricia, otra curada de sus infidelidades matrimoniales, otro curado de su gusto por los sortilegios ". También tuve motivos para pensar que no se limitaba a las curas morales, sino que se ocupaba igualmente de curas corporales, porque debajo de algunos de estos cuadros leí: "Mengano, curado de ceguera, otro, de sordera, otro de mutismo, uno de la gota, otro de cálculos", y así de las diversas enfermedades que afligen al cuerpo humano, lo que me explicó la presencia de los dos grupos que había visto al entrar. Vi también varias palabras que se habían congelado alrededor de la boca del profesor, pero como no estaban escritas en una lengua que me fuera conocida, me resulta imposible transmitíroslas. Lo que os comunico, al menos es la veneración enorme que sentí por él, y que no dudo compartiréis:
"Oh, digno profesor, maravilla de Atalanta,
Tu sublime virtud, tu ciencia asombrosa
Tendrían con qué impresionar a los espíritus más capaces,
Y tus pares tendrían un gran valor en París".

CANTO 66
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. EL GOBERNADOR. ALGUNOS MALHECHORES

"Junto a esa casa estaba la del gobernador de la ciudad, que no me inspiró, ni de lejos, la misma veneración. Entré y lo encontré rodeado de varias personas, la mirada huraña, el aire amenazador, y todos armados de pies a cabeza. En sus palabras trazadas en el aire, vi claramente que se trataba de algún proyecto siniestro; no podía comprender exactamente de cuál, porque sólo veía palabras cortadas que se cruzaban unas con otras, pero en su escritorio vi un papel en el que estaba escrito el plan de una conjuración que tendía nada menos que a entregar la ciudad y toda Eubes al rey de Persia. El que lo había inducido a esa traición se anunciaba ante él como un emisario del gran Odín, y le había prometido como recompensa otorgarle los medios para evocar los muertos a voluntad, sobre todos aquellos que habían vivido en la opulencia y disfrutado de importantes cargos políticos, a

fin de conocer por ellos los secretos de estado, y si habían dejado tesoros ocultos. Le había dicho incluso que respecto a esos objetos, sacaría mejor partido de los muertos que de los vivos: que de este modo, cuando estuviera en apuros, y se encontrara en dificultades... Pero prefiero callar sobre este punto.
No dudé de que el gobernador ya hubiera hecho uso de los medios que le habían prometido, porque vi varios nombres escritos en el aire, tales como los de Creso, Periendro. y también el de la famosa Pitonisa de Endor. y algunas frases que me indicaban que aquellas sombras habían sido evocadas por el gobernador, y que le habían hablado. Pero no veía sus personas, porque al no existir ya el gobernador, no había podido retenerlas bajo su poder: o bien porque habiendo muerto ellas mismas al aire libre, el aire concentrado no había podido actuar sobre sus larvas, mientras que sus palabras habían permanecido visibles, como si hubieran sido sorprendidas por el aire concentrado.
El gobernador no fue el único malhechor que encontré en flagrante delito; los había de todas las especies en diferentes lugares, tales como ladrones, asesinos, envenenadores, gentes ocupadas en obras secretas, que os harían estremecer si os las contara. La catástrofe de la ciudad conservó así todas sus fechorías, que creían jamás serían conocidas desde el momento en que las cometían fuera de la vista de los hombres. Pero aunque no hubiera tenido este nuevo testimonio de la abusiva seguridad de los mortales culpables, lo que había sabido durante mi estancia en el interior del cocodrilo habría sido suficiente para que me diera cuenta de que los hombres criminales que se dejaban sorprender por la muerte permanecían así en el mismo estado en que se encontraban, para que un día sus abominaciones fueran conocidas por todas las miradas a las que habían creído ocultarse, y para que de este modo la hipocresía que devora la tierra fuera cubierta de confusión y no pudiera lograr triunfo alguno.
Igualmente podía comprender que ocurría otro tanto a la inversa, para aquellos que morían en la humilde virtud, a fin de que un día también fueran resarcidos por sus sacrificios, y el olvido en que el mundo los había dejado o el desprecio con el que los había abrumado".

CANTO 67
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. EL FILOSOFO

"Cuando hube dejado a esos malhechores entré en una casa en
la cual vivía un filósofo, amigo íntimo del profesor de moral, que como sabéis había sido mi primera visita. Supe que eran amigos porque sobre la mesa del filósofo vi un rollo de papeles que llevaba por título: "Compendio de mis conferencias con mi amigo el profesor de moral".
En ese escrito reconocí en qué basaba su unión con el profesor. Lo que los había acercado era una afinidad de gusto por las altas ciencias. Al igual que el profesor, el filósofo conocía todos los hechos extraordinarios que el hambre ha ocasionado en París. Conocía también todas las predicciones que hemos visto en el relato del Cabo de Hornos; y estas últimas estaban expuestas en varios pasajes atribuidos a Ferecides, que como se sabe fue el maestro de Pitágoras.
A pesar de los conocimientos que nuestro filósofo había obtenido de los escritos, y por lo que me pareció, también de las cartas de Ferecides, da la impresión de que su maestro se creía muy lejos de haber alcanzado el grado de desarrollo necesario para colmar el espíritu del hombre; y él mismo confesaban en uno de sus pasajes que sus luces le mostraban una época importante y sagrada varios siglos más tarde, y que habría deseado

verla en la realidad, pero que sólo podía verla con la especulación.
Le anunciaba que quienes vinieran después de esa época tendrían la ventaja de ver abrirse ante ellos caminos mucho más amplios que quienes los precedieron, porque durante su vida el molde del tiempo comenzaría a romperse; y entre esos hombres privilegiados designaba, sin nombrarlo, a un hombre de bien, que muchos siglos después de la época en cuestión debía jugar en París, según él, un papel considerable en la crisis en que un día se hallaría esa capital por la rapacidad de un ministro codicioso, y la maldad de una mujer influyente.
No necesito indicaros más claramente al hombre de bien anunciado en dichas predicciones; lo que acabamos de ver hacer con las hortalizas os los señala con suficiente claridad; y el polvo salino que me ha hecho tomar es para mí la explicación más positiva de los privilegios que le fueron predichos hace tantos siglos.
Sin embargo, lo que daba un grado de importancia y un peso enorme a los conocimientos del filósofo es que estaban basados en cálculos más exactos y firmes que los simples cálculos políticos.
En los escritos del filósofo encontré, entre otras, una demostración natural de que en el cálculo no puede haber sino diez bases de numeración, y que quienes las aumentan o las disminuyen, con el número de caracteres que escogen bien pueden operar exactamente sobre los resultados exteriores de las cosas, pero no se apartan por ello del principio de esas mismas cosas, que es denario; porque cualquiera que sea el sistema de numeración que adopten, no pueden evitar indicar ellos mismos una de esas diez bases, ya sea bajo la forma de múltiplo, ya bajo la forma de submúltiplo.
Absorto en este descubrimiento salí maquinalmente, y pronto descubrí sobre la plaza vecina la casa de un médico que me parecía debía haber sido un hombre importante, a juzgar por la extensión y la belleza de ésta, y dejé que me ganaran las ganas de entrar en ella."

CANTO 68
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. EL MÉDICO MORIBUNDO

"No tardé en llegar a la habitación del médico; lo encontré en la cama, enfermo, y desfigurado como nunca he visto criatura humana. Junto a él se hallaban varios de sus colegas, que se esforzaban en prestarle sus cuidados. Pero leyendo sus palabras, comprendí que no contaban para nada con el éxito de sus servicios, y que incluso las palabras que les dirigía les resultaban un tanto sorprendentes: "No, mis queridos colegas, -les decía- no me sacaréis del estado en que estoy con las ciencias médicas que enseñamos en nuestras escuelas. Mi mal depende de cosas ocultas, a las que nada podréis oponer, puesto que incluso todo nuestro doctorado nos conduce a no creer que esas causas tengan la menor realidad. Sin embargo, si la opinión de un colega que está a punto de terminar sus días, y que ya no tiene ningún interés en hacer algo en este mundo, puede resultaros de algún peso, escuchadme. Nos hemos equivocado enormemente al creer, como hacemos, con una obstinación tan tenaz y general, que nuestro ser no es más que el conjunto y el resultado de simples causas físicas y pasivas. Al bajar diariamente nuestra mirada hacia los mecanismos del cuerpo, nos acostumbramos a no percibir en nosotros otra fuente de vida, ni otros resortes que los de los músculos, los nervios, los fluidos nerviosos, sanguíneos y otros. Pero independientemente de esos resortes que están en la base de toda la economía animal, puedo afirmaros con certeza que en relación a nuestra mente hay también resortes secretos, análogos a ella, vivos como ella, y cuyo juego es totalmente desconocido para la orden

sensible y material. La utilización atenta y prudente de estos resortes es lo que introduce la diferencia entre los espíritus de los hombres. Nosotros sólo juzgamos los resultados, en tanto los móviles de esos resultados actúan en silencio y como aparte de todo lo que nos impresiona exteriormente, inexistentes para nuestra percepción, y hasta nos creemos sabios proscribiéndolos de la lista de las cosas. Nos creemos más sabios todavía cuando negamos que de esos presuntos móviles puedan resultar efectos diferentes de los que atañen a nuestros sentidos materiales, y que por consiguiente existan fuerzas ocultas a las que sea peligroso aproximarse. Yo lo he creído como vosotros, mis queridos colegas, hasta el momento en que frecuenté al hierofante que vive en la calle de los Singes; y quizás aún lo creería si por una orgullosa curiosidad no hubiera asistido en su casa a unos ceremoniales secretos, donde por su criminal audacia hacía mover esas mismas fuerzas ocultas cuya existencia yo ni siquiera sospechaba. He sido castigado por mi imprudencia; en el momento en que cedí a esas prestigiosas sugestiones todo mi cuerpo fue presa de la enfermedad que me lleva a la tumba, y que como habéis experimentado, es enteramente ajena a los profundos conocimientos que todos vosotros tenéis en el arte de la medicina. Cambiad de opinión sobre estos temas, si queréis no alejaros de la verdad; pero sobre todo preservaos de las ceremonias del hierofante".
Ya no vi más palabras después de estas últimas. Ese médico había despertado vivamente mi curiosidad al hablar del hierofante, y como dijera que su casa estaba situada en la calle de los Singes, tenía la esperanza de encontrarla, ya que en la esquina de cada calle se veía escrito el nombre como en la mayoría de nuestras grandes ciudades. Salí con la intención de leer el nombre de todas las calles, hasta que hubiera encontrado la que me interesaba."

CANTO 69
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. SOCIEDAD CIENTÍFICA

"Tras haber recorrido cierta distancia me encontré frente a un edificio que mostraba la inscripción: Sociedad Científica. Cedí al deseo de entrar. Había una cantidad de sabios reunidos alrededor de una mesa, y una cantidad mayor aún de espectadores colocados alrededor de ellos, mirándolos con gran atención. En los rostros de esos sabios vi claramente que durante su vida habían sido un poco almas en pena, y que las ciencias que habían abrazado no les habían satisfecho completamente; con todo su color era un poco más animado y menos mate que el de los sabios que había visto en el cuerpo del monstruo. Presumí entonces que en aquellos tiempos las ciencias no estaban todavía tan viciadas como lo estuvieran después, dado que habían vivido en una época más cercana al origen.
En el registro que estaba sobre la mesa vi que se trataba de la distribución de varios premios propuestos por la Sociedad Científica.
El primero de los temas era saber por qué las estrellas centelleaban y por qué el sol no centelleaba. La memoria premiada decía que era porque las estrellas estaban compuestas de un fuego y un agua que no estaban unidos como lo están en el sol, y que por ello no era correcto considerar las estrellas como soles, porque la acción del sol es plena, completa y libre, y la de las estrellas no lo es.
El segundo tema consistía en saber si las pruebas obtenidas de la naturaleza eran las más apropiadas para demostrar la existencia del ser superior. La memoria premiada afirmaba que no, y que era la mente del hombre despojada de sus prejuicios y sus sombras el verdadero testigo de la existencia del principio de los seres, porque era la única que podía tener

afinidad con él, y hacer al respecto declaraciones valederas.
Por último, un tercer tema era determinar la influencia de los signos sobre la formación de las ideas. No vi ninguna memoria premiada sobre este tema, y al margen del registro descubrí una nota del filósofo que sin duda tenía autoridad en la asamblea, y que anunciaba que la respuesta a este tema no sería dada tan pronto, porque el patrón de los signos que debía servir de término de comparación aún no estaba completo; y que muchos siglos después de que lo consiguiera esta respuesta sería escrita en francés, provisoria y como proféticamente, por el psicógrafo, bajo el reinado de Luis XV, pero que sin embargo no sería compuesta y publicada por su verdadero autor sino varios años después de haber sido escrita provisoria y proféticamente por el psicógrafo; que el verdadero autor de dicha respuesta sería un primo pequeño de la Señora Jof; que nacería dos veces, una en sentido propio, y el mismo año que su prima, otra figuradamente, veintidós años y medio después de ella; que gracias a esta buena prima, esperaría morir a los 1473 años, pues al nacer no tendría ya más que 1734; por último, que de pequeño cambiaría siete veces de piel, para que la transparencia que es dada a los hombres durante su vida terrestre fuera para él más diáfana.
Es esta respuesta escrita provisoria y proféticamente la que el psicógrafo quiere comunicaros por adelantado, y sin esperar el momento en que la misma pregunta será propuesta por una sociedad erudita que se llamará el Instituto Nacional de Francia
Después de esta erudita minuta destinada tanto a velar como a revelar la relación de paternidad que unió a SM (nacido en 1743 e iniciado por Martínez de Pasqually veintidós años y medio más tarde) con su Respuesta sobre la relación de las ideas y los signos, el autor del "Cocodrilo" se decide a aprovechar la afabulación de la novela para intercalar aquí un texto que aprecia enormemente y que ocupa nada menos que las cincuenta y dos páginas siguientes. El relato se retoma en la p. 225.- N.D.E.

RESPUESTA A LA PREGUNTA DEL INSTITUTO

CANTO 70
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. RESPUESTA PROVISORIA DEL PSICÓGRAFO A LA PREGUNTA DEL INSTITUTO: ¿CUAL ES LA INFLUENCIA DE LOS SIGNOS EN LA FORMACIÓN DE LAS IDEAS?

Si los objetos naturales tienen propiedades externas, tales como los colores, los olores, las formas, las dimensiones, también tienen propiedades internas que sólo podemos poseer sacrificando sus envolturas, y poniendo al descubierto lo que está oculto en ellos, como los azufres de los minerales, los sabores, las sales esenciales y los juegos vegetales que no podemos alcanzar sin esta condición.
Podemos considerar todo lo que es externo en los seres como el signo y el indicio de sus propiedades internas; y la cosa significada será sus propiedades internas. La sabia naturaleza nos prodiga diariamente, en las propiedades externas de los seres, los diversos signos que acompañan todas sus producciones, a fin de poneros en condiciones de presentir y conocer de antemano lo que puede sernos útil, y lo que puede sernos perjudicial.
Se puede decir entonces que un signo en general es la representación o la indicación de una cosa separada u oculta para nosotros, ya porque esa cosa sea naturalmente inherente al signo, como el jugo lo es al fruto que se

presenta ante mi vista; ya porque esa cosa no esté unida a él sino accidentalmente, como la idea que se me quiere comunicar lo está a un signo cualquiera. Se puede decir también que todo lo que es susceptible de provocarnos una sensación o una idea puede considerarse como signo, puesto que nada puede ser comunicado a nuestros sentidos y a nuestra inteligencia sino por medio de propiedades externas que estamos obligados a penetrar y descomponer para llegar a las propiedades internas que encierra.

Así, no hay nada de lo que es sensible que no esté en relación a nosotros en el orden de los signos, puesto que no hay nada de lo que es sensible que no pueda provocarnos una sensación o una idea, según estemos más o menos abiertos a la sensibilidad y a la inteligencia, y puesto que tampoco hay nada entre las cosas más sensibles de lo que no podamos servirnos como signo para transmitir nuestras ideas a nuestros semejantes.

La ley de los signos accidentales o convencionales debe ser la misma que la de los signos naturales, aunque la esencia y la forma, que son variables en las primeras, estén determinadas y fijas en las segundas. Es preciso entonces que esos signos convencionales encierren dos cosas diferentes, como se observa en los signos naturales. De esas dos cosas, una es el sentido o la idea de la que queremos que el signo sea el órgano; la otra es el signo mismo cualquiera que sea. Porque sólo depende de nosotros que tomemos incluso un objeto natural para servirnos de signo convencional, como vemos en la escritura simbólica y jeroglífica: sólo entonces ese objeto natural adquiere un nuevo carácter en nuestras manos. Ya no son las propiedades naturales de que goza las que queremos dar a conocer, sino las que nosotros les prestamos.

Este poder que tenemos de imponer a voluntad un sentido y una idea a los objetos cualquiera que sean, es uno de los derechos eminentes del hombre; se ejercita especialmente de hombre a hombre. Porque también hay un tráfico de signos entre varias clases de animales, es un tráfico de signos serviles y limitados; como sus gritos de llamada, sus maneras de advertirse unos a otros en caso de peligro, sus artimañas y sus precauciones que son siempre las mismas, etc.; y no tienen como el hombre la facultad de crearse signos, ni variar su significación.

Nosotros tampoco podemos ejercitar completamente este derecho sino con seres dotados de inteligencia, porque la porción que empleamos con algunas especies de animales es muy restringida: y como los animales que adiestramos siempre son pasivos respecto a nosotros, no hacen más que responder a lo poco que les pedimos. Nunca nos habrían provocado por sí mismos en ese orden limitado en que nos encerramos con ellos, y menos aún nos provocarían en ese género de trafico distinguido en el cual podemos estimular alternativamente a nuestros semejantes, y ser estimulados por nuestros signos.

Porque cuando hombres muy célebres han querido defender la causa de los animales, y han pretendido que sus privaciones en este aspecto no dependían sino de su organización, y que si estuvieran conformados de otra manera no les encontraríamos ninguna diferencia con nosotros, todo lo que han dicho con esto, en último término, es que si el hombre fuera un animal, no sería un hombre; y que si el animal fuera un hombre, no sería un animal.

En conclusión, este tráfico de signos es indispensable para nosotros, dado que como nuestra individualidad nos mantiene apartados unos de otros, aunque estemos presentes permaneceríamos siempre ajenos, y no tendríamos ninguna comunicación si no fuera en el orden de las cosas que tuvieran que ver simplemente con nuestra animalidad. Y por supuesto que las lenguas están comprendidas en el rango de estos signos indispensables.

Pero si ese sublime derecho que tenemos de crearnos signos y variar su forma y su sentido nos hace ver hasta dónde se elevan nuestros privilegios, no llega hasta enceguecernos acerca de lo que le falta. Todos suspiramos tras ideas perfectas, e igualmente suspiramos tras signos perfectos que las representen. ¿Será este deseo un indicio de que esas ideas perfectas y esos signos perfectos son posibles? ¿Que incluso, si bien no pretenden que corramos tras una quimera, no podríamos negarles la existencia, aunque no las tengamos para nada a nuestra disposición? ¿Que de este modo nuestros signos convencionales e imperfectos no serían sino como medios subsidiarios y de trabajo, con los cuales intentaríamos lo mejor posible prescindir de signos más reales y positivos de los que nos veríamos privados? Preguntas que no deseo responder solo, y para lo cual invoco la reflexión del lector.

El Instituto mismo no presenta nada que sea contrario a la afirmativa, por las observaciones que acompañan sus programa. Así pues, admitiré con él sin dificultad que un hombre, separado de sus semejantes, también tendría necesidad de signos para combinar sus ideas, y que, en cierto sentido, la existencia de las primeras ideas y las más sensibles supondría la existencia de signos.

Pero antes de considerar esta declaración como un triunfo, el Instituto debería recorrer toda la serie de los signos posibles; porque aunque todas las sensaciones sean signos, podría ser que todos los signos no fuesen sensaciones, sobre todo tomando esta palabra en el sentido de nuestras nociones ordinarias, tal como veremos a continuación.

En cuanto a nuestros signos subsidiarios y de trabajo, sería necesario además cuidar de conciliar nuestras pretensiones con nuestros medios, y observar que para la clase de ideas imperfectas y limitadas que recorremos diariamente, puede ser que los signos limitados y laboriosos que empleamos sean suficientes, y que, no saliendo de dichos límites, y aplicando todo nuestro celo y nuestra habilidad, obtengamos frutos que nos satisfagan, siempre que recordemos que en esa medida nuestras necesidades, nuestros medios y nuestros resultados no son más que aproximaciones.

A continuación cabria observar que si con esos elementos de aproximación quisiéramos formarnos ideas perfectas y signos perfectos, es probable que fuera una empresa por encima de nuestras fuerzas, porque lo variable nunca puede producir lo fijo. Seria necesario observar finalmente que en el arte de las ideas, el término formación tal vez sea menos justo, y seguramente menos modesto que el de desarrollo, porque si en nuestras relaciones con nuestros semejantes no encontráramos un germen apropiado para recibir la fecundación, una base análoga, en fin, a la idea que queremos hacerles entender, nunca podríamos formar en ellos el más mínimo vestigio de ésta.

Por esa razón, quienes han querido considerar al hombre como una tabla rasa, quizá se han apresurado demasiado; habrían podido contentarse, me parece, con considerarlo como una tabla arrasada, pero cuyas raíces aún permanecen y no esperan sino la reacción apropiada para germinar. Este término medio habría podido conciliar desde hace tiempo el sistema antiguo, que pretende que tenemos ideas innatas, y el sistema moderno , que pretende lo contrario. Porque ambos caen igualmente en los extremos.

En efecto, si las ideas completas fueran innatas en nosotros, no estaríamos obligados a pensar, tal como hacemos, bajo la ley imperiosa del tiempo, y por la lentitud indispensable del perfeccionamiento de nuestra inteligencia; y por otra parte, si el germen de la idea no estuviera o no se sembrara en nosotros, sería en vano que pasáramos bajo esa ley imperiosa del tiempo y

por la lentitud de la educación, puesto que ni una ni otra produciría en nosotros más efecto que en una ostra.
Por tanto Locke, el famoso adversario de los principios innatos, si hubiera puesto un poco más de atención no habría dicho tan ligeramente en el primer capítulo de su primer libro: "Si esas verdades fueran innatas, ¿qué necesidad habría de proponerlas para que sean recibidas?"
Es muy cierto que si una bellota fuera un roble, no habría necesidad de sembrarla y cultivarla para que manifestara el majestuoso árbol que de ella nace: pero si, porque no es un roble, se pretendiera que el germen o la facultad de producir dicho roble por medio del cultivo no está en la bellota, es evidente entonces que se estaría sosteniendo un error demostrado por los hechos.
Así pues, el hombre es como la tierra en la cual no se puede crear el germen de ninguna simiente, pero en la cual se pueden desarrollar todos, porque todos encuentran en ella propiedades análogas. Así todas las ideas, cualesquiera que sean, están destinadas a pasar por la tierra del hombre y recibir allí cada una su cultivo adecuado. De este modo los signos, que en general deben ser el resultado de los diferentes gérmenes de los seres, y la manifestación de sus propiedades, ya sea materiales, sensibles o intelectuales, forman principalmente el comercio del hombre, porque él es el terreno apropiado para producirlos, escogerlos, comprenderlos y propagarlos.
Del origen de los signos; de las diferentes clases de signos. Equivocación sobre este tema a pesar de los lazos de unión y las relaciones de actividad que tienen entre sí los elementos simples, así como los objetos naturales que pertenecen a la clase mineral y vegetal, no se pueden considerar, en rigor, como signos unos respecto a los otros; y ello porque en su comercio respectivo no se comunican ni sensaciones ni ideas.
En efecto, cuando una nube nos anuncia la tormenta, el viento, el granizo o la lluvia; cuando las substancias metálicas y vegetales actúan y producen sus efectos según su ley, esas diferentes clases de seres no se dan cuenta ni de lo que anuncian ni de lo que hacen. La clase animal a menudo siente una parte de esos resultados como consecuencia de sus correspondencias con todo lo que es elemento y está corporizado como ella; pero se limita a estar unida pasivamente a una parte de esos fenómenos. En cuanto a nosotros, tenemos el derecho de juzgar esos fenómenos, y la clase animal misma, puesto que tenemos el de poder emplear a voluntad todas esas cosas en nuestros signos.
Por tanto cada uno de esos objetos naturales tiene un carácter ostensible e indicativo que nos facilita conocerlos, porque todo en ellos está, por decirlo así, al descubierto; porque sus principios constitutivos y característicos se desarrollan de una manera clara, regular y constante; porque la modalidad de su desarrollo no es sino de una sola especie para cada principio, que tiene lugar en el mismo círculo al que está ligado su principio individual, y no tiene necesidad de salir de él para cumplir su ley; finalmente porque sus principios de vida y actividad no tienen que recorrer más que un intervalo uniforme para llegar de su origen a su término, dado que sus operaciones mutuas se limitan a manifestar formas y cualidades.
En consecuencia, no cabe plantear más preguntas a todas estas clases inferiores que a los objetos naturales mismos que las componen, puesto que no cesan de ofrecérsenos sensiblemente con toda la nitidez y simplicidad de que son susceptibles; y la inteligencia humana que pudiera estudiarlos en ese estado franco y desnudo en el que se muestran obtendría más claridad que yendo a buscar la clave en doctrinas sistemáticas que pretenden, las unas, que no tienen ninguna clave, y las otras, que es imposible descubrirla.

De tal modo, para que el comercio mutuo de los signos exista en relación a nosotros, sería preciso no sólo que halláramos el medio de poder hacer comprender nuestro sentido, tal como hemos dicho precedentemente, sino también que tuviéramos en nosotros un germen de deseo que fuera como el móvil radical de la idea que nos proponemos expresar; sólo a partir de estas dos condiciones puede nacer el signo.
Un hombre desea tener un traje para protegerse de la incomodidad del frío; a este deseo, cuando se ha convertido en resolución, sucede la idea o el plan del traje; luego el traje llega, y permite al que lo había deseado que lo disfrute tal como se había propuesto.
En este ejemplo vemos que la idea o el plan del traje es el signo o la expresión del deseo que tiene ese hombre de estar vestido; y que el traje es el signo de la idea y del plan que ha concebido a consecuencia de este deseo. Vemos aquí que el primitivo origen de todas las especies de signos es el deseo; vemos que los signos adoptan diferentes caracteres, pasando del orden de la idea al orden del sentido; que deben cambiarlos igualmente al volver a pasar del orden de los sentidos al orden de la idea; y por último, que en estas operaciones pueden encontrarse infinidad de combinaciones, donde el orden inteligente y el orden animal y sensible juegan alternativa o conjuntamente un papel, y que se multiplicarán o simplificarán en consideración a los ejemplos complicados o simples que se quieran escoger.
En efecto, cuando unos signos exteriores, ya sea naturales, ya accidentales, actúan sobre nosotros y nos hacen reaccionar según su clase, y según la naturaleza de nuestros sentidos, las impresiones sensibles que nos ocasionan descubren para nosotros una nueva región, donde los sentidos y la mente están envueltos y precintados bajo el mismo sello, como la aleación y el oro están contenidos en el mismo crisol.
De modo que los resultados que nos ofrecen en un primer momento esas impresiones sensibles son mucho más oscuros y más concentrados que aquellos que percibimos en los dos reinos mineral y vegetal. Tienen un paso menos uniforme y más inseguro, hasta que los diversos orígenes combinados a los que pertenecen hayan tomado cada uno su puesto y su rango. Hay que dejar que todos los términos de esas diferentes cantidades se ordenan para poder discernir y reunir sus valores.
Por ello el estudio de la clase sensible exige mucha más atención que el de las clases precedentes; por ello también estamos tan poco avanzados en el conocimiento de las sensaciones y las impresiones sensibles, que pretendemos asimilar demasiado al simple comercio mutuo de los objetos no organizados, puesto que éstos no tienen deseo y no se sirven para nada de signos los unos con los otros.
Es en estas impresiones sensibles donde se componen y se anudan tanto los efectos pasivos que recibimos, como las reacciones activas con las cuales despertarán ora nuestro instinto, ora nuestra facultad pensante. Se convierten entonces en una especie de signos muy fecundos, porque abordan una región más vasta y menos monótona que la región externa; muy numerosos, porque pueden multiplicar al infinito sus combinaciones; y muy sutiles, porque son la quintaesencia de mil causas todas más o menos imperceptibles. Por no haber sabido definir cuidadosamente la naturaleza de estos nuevos signos hemos cometido tantos errores al respecto.
Porque cuanto más lejos de nuestras miradas se hallaban estos signos de nuestro instinto y de nuestras ideas, tan impalpables y complicados, más hemos deseado que estuvieran al descubierto, como los signos externos; ahora bien, no siempre hemos tenido la perspicacia y la atención necesaria para apreciarlos bajo su verdadero aspecto, bien en las diversas regiones de donde provienen, bien en los diversos grados de su curso progresivo.

Por añadidura, no hemos tenido la prudencia de dejarlos crecer y salir por sí mismos de ese estado de concentración, del que habrían podido librarse con el tiempo si no hubieran estado atormentados por nuestras torpezas, tal como vemos que todos los demás signos llegan a su punto según las leyes de su clase; y esto es lo que nos ha hecho cometer tantos errores importantes. El primero, al haber pretendido, por inadvertencia, que todos los signos perfectos de los que tanta necesidad tenemos se encontraran o en la región de las sensaciones nativas y aún no elaboradas, o en la región de los objetos externos y bastos, que no puede ser la región original de lo que aquí buscamos puesto que no tiene sino una relación muy indirecta con nuestro espíritu, y lo que contiene no puede llegar hasta él más que por imágenes compuestas y potencias más o menos alejadas de su raíz.
El segundo consiste en que, al no haber encontrado allí claramente esos signos perfectos y radicales que buscábamos, hemos revelado totalmente nuestra imprudencia cuando en lugar de aguardar tranquilamente el descubrimiento de esos signos que no percibíamos, o que percibíamos mal, tomamos la resolución de crearlos.
Tras esto, al no hallar fácilmente las relaciones de nuestros signos apócrifos y convencionales con las ideas, las hemos substituido por relaciones forzadas, en lugar de las relaciones naturales que unos signos más maduros nos hubieran ofrecido. Por último, en vez de la dulce armonía que habría existido entre las ideas y sus signos realmente análogos, hemos querido dar el dominio a los signos que establecíamos por nuestra propia invención, y hemos pretendido subordinarles por completo a las ideas; en tanto que en el orden regular habría reinado la ley inversa, y contribuido con ello a la vez a nuestra satisfacción y a la preeminencia de la verdad.
Así pues, habiendo descuidado el estudio y el cultivo regular de nuestras impresiones sensibles; habiendo perdido la huella de esos signos radicales, que deben de estar tan esencialmente unidos a las ideas perfectas como los signos naturales lo están a su principio de actividad; habiendo desconocido todas las demás especies de signos que pueden armonizarse con nuestras ideas en las diversas regiones en que existen; habiendo creado signos para reemplazar aquellos que ya no conocíamos; y, por último, habiendo subordinado las ideas a esos signos ficticios y frágiles, hemos llegado a creer que éstas no tenían otra base y que, por consiguiente, el arte de esos signos ficticios debía ser el principal objeto de nuestros estudios; que debía ser nuestra regla soberna, y qué si lográbamos perfeccionarlo, nos apoderaríamos hasta tal punto del dominio de las ideas que reinaríamos soberanamente sobre ellas; y su modo, su carácter y su formación dependerían totalmente de nosotros, como ocurre con las substancias de toda especie que diariamente sometemos al mecanismo de nuestras manipulaciones. En una palabra, esto es lo que ha permitido concebir el tema sobre el que se interroga el Instituto nacional: Determinar la influencia de los signos en la formación de las ideas, mientras que si hubiera propuesto determinar la influencia de las ideas en la formación de los signos habría hecho una pregunta al menos igualmente apropiada para proporcionar desarrollos útiles y sólidos.
Porque siendo el deseo el origen de los signos, y dado que es el mismo que el de las ideas, habría sido natural presumir una mayor influencia por parte del principio generador sobre su producción, que la de la producción sobre su principio generador.

Del objeto de los signos y de las ideas.

Remontándonos al origen de las cosas, o siguiendo la regla del análisis,

como han hecho la mayoría de los observadores modernos, es cierto que los signos se presentan antes que las ideas, y las tienen hasta tal punto bajo su dependencia que sin ellos no tendrían ninguna existencia; y ésta es una de las razones por las cuales la existencia de los signos nos ha parecido indispensable para el desarrollo de las ideas.
Pero tomando las cosas en su curso descendente, o siguiendo la regla de la síntesis que otros observadores han seguido igualmente por su parte, es indudable que las ideas deben presentarse antes que los signos, puesto que éstos no son sino su expresión. Así como cuando considero una planta, sólo veo los signos exteriores y los resultados de su germen.
Pero al considerar su germen veo que está sepultado en la tierra, que es como desconocido para mi, y por consiguiente anterior a todos los signos exteriores que deben componer un día la planta, e indicarme a su vez lo que está encerrado en su germen. De modo que en este ejemplo, el orden procede por la síntesis, o de los desconocido a lo conocido.
Entonces, cuando Condillac dijo en su lógica que la síntesis comenzaba siempre mal, habría debido agregar: en la mano de los hombres. Porque siempre comienza muy bien en las manos de la naturaleza, que, en efecto, sólo puede comenzar por allí todas sus obras, hasta sus propias demoliciones, o sus reintegraciones, que sólo tienen lugar porque ya ha retirado y replegado el principio de vida y de actividad de los cuerpos, en tanto nosotros no juzgamos esa reintegración comenzada sino por el análisis, o por la alteración visible de sus formas y sus cualidades exteriores.
Sí, la síntesis es la base de cualquier obra, como el deseo es la base de todos los signos; y el análisis algebraico mismo no es más que un agregado de síntesis parciales, cada una con un principio particular fundamental, cuyos desarrollos no son otra cosa que los corolarios que por cus ramificaciones se conectan con otros principios sintéticos.
Ahora bien, ¿por qué razón, en efecto, la síntesis siempre comienza mal en manos de los hombres? Precisamente porque éstos rechazan y excluyen los principios sintéticos universales, de donde deberían deducirse naturalmente todas las claridades, como los corolarios se deducen del axioma al que pertenecen. Y es que ellos quieren ir no de lo conocido a lo desconocido, como dicen, sino situar lo conocido en el lugar de lo desconocido, el signo en el lugar de su origen, y la rama del árbol en el lugar de su raíz que debe permanecer en la tierra.
Condillac abusó así del derecho de concluir, cuando por su amor a la verdad quiso extender una proscripción general sobre la síntesis, y castigar de este modo a la naturaleza por la torpeza de los mortales. Igual habría sido que condenara a los arquitectos por colocar primero los fundamentos de una casa y no comenzar a edificarla por el techo, las paredes y las ventanas: porque a juzgar por su imagen y su método, podríamos creer que éste era el espíritu de su doctrina.
Vayamos más lejos aún, y preguntemos a esos hombres que efectivamente son muy torpes con la síntesis, preguntémosles, digo,- si son mucho más hábiles con el análisis, o yendo, como enseñan, de lo conocido a lo desconocido. Lo que me llevaría a dudarlo es que me dejan en la incertidumbre de saber qué hay verdaderamente conocido para ellos (hablo aquí de las ciencias que llaman sujetas a discusión, y no de las ciencias exactas, aunque sobre este último punto tal vez hubiera que someterlas todavía a ciertos exámenes). Ahora bien, sí resultara en efecto que no hubiera nada conocido para ellos, ¿donde estaría para ellos el punto de partida? ¿y qué sería de su análisis?
Pero para terminar simplemente aquí la discusión sobre la prioridad de los

signos y las ideas, deberíamos observar si las ideas no podrían ser consideradas bajo dos aspectos diferentes, tal como vemos en la doble época de nuestra infancia y nuestra edad de la razón. Así, por un lado las ideas dependerían de los signos, y favorecerían a los partidarios del sistema del análisis: y por el otro, tendrían la precedencia, reinarían sobre los signos, y favorecerían el sistema de la síntesis: me parece que nadie podría negarse a esta transacción, ya que es evidente que tanto recibimos ideas con ayuda de los signos, como con ayuda de estos mismos signos a nuestra vez comunicamos ideas.

Sería en vano que pretendiéramos creer que nuestras primeras ideas nos fueron transmitidas por medio de los signos en nuestra infancia, y que de ahí hubieran encontrado el modo de propagarse, pues entonces deberían decirme: quienes nos habrían transmitido esas primeras ideas, ¿de dónde habrían sacado ellos mismos los signos que habrían empleado, si no hubiera habido una idea madre que hubiese producido esos signos, y sin la cual nunca habríamos podido tener ninguna idea? y así, hasta que llegáramos a un grado donde los signos en cuestión ya no estuvieran sometidos a la arbitrariedad del hombre; lo que conduciría de nuevo a las nociones precedentes sobre la relación necesaria de los signos fijos y perfectos con las ideas correspondientes, y nos ofrecería una verdad fundamental consistente en que si las ideas no van sin los signos, los signos van aún menos sin las ideas.

Pero corresponde al objeto de esos signos y esas ideas, considerado en sí mismo, aclararnos la cuestión de saber a quién pertenece la prioridad de las ideas sobre los signos, o de los signos sobre las ideas. ¿Cuál es pues el objeto de la idea? Manifestarse, llenar con su sentido y su espíritu todo lo que la comunicación es capaz de recibir.

¿Cuál es, por el contrario, el objeto del signo? Penetrar por su reacción hasta el germen de la idea, y desarrollarla, como los jugos de la tierra hacen reaccionar y desarrollan la planta; transmitir la causa oculta que lo ha constituido para ese uso, y mostrarle con toda su claridad, su regularidad, su complemento, a fin de que alcance plenamente el objeto que se propone.

Pero he aquí un nuevo dato que deberá ayudarnos también a determinar el rango de las ideas en relación a los signos, y el de los signos en relación a las ideas.

El signo se termina en la idea; ahí está su fin y su neoplusultra. La idea por el contrario no se termina en el signo; para ella no es más que un intermediario, y una vía subsidiaria que debe ayudarla a ir más lejos. Por último, de alguna manera la idea no hace sino atravesar la región de los signos, y aspira a alcanzar la región de las ideas que es la suya; como todo lo que existe, sólo puede deleitarse en su país natal, y sólo está contenta cuando ha llegado a él, sin que nos ocupemos aquí todavía de un último resultado que le aguarda en esas mismas regiones que tiene necesidad de recorrer.

De acuerdo a esta exposición sobre el objeto diferente de las ideas y de los signos, vemos que las ideas son como los soberanos, y los signos no son sino los ministros; que de las ideas engendran y trazan el plan, y los signos los ejecutan; para finalizar, que ellas gobiernan, y ellos obedecen.

El rango o la preeminencia entre los signos y las ideas, y entre las ideas y los signos, ya no es pues un problema; y es indudable que su puesto respectivo se encuentra determinado por esta simple observación, cualesquiera que sean las disgregaciones y los abusos en este punto adonde el espíritu del hombre se haya dejado arrastrar por su precipitación.

Desarrollo fisiológico

Los escudriñadores de las sensaciones han dicho que la impresión corporal de los objetos sobre los órganos de los sentidos no era sino un tacto más o menos sutil y delicado, en proporción a la naturaleza de los órganos que deben verse afectados.
Han dicho que nuestros nervios eran los órganos inmediatos del sentimiento, y que componían el juego de todas las partes, y la acción de todos los miembros.
Han dicho que los sentidos tienen una causa o un principio común, y que no son sino membranas nerviosas diferentemente extendidas, dispuestas y colocadas; que al no ser más que formas variadas de la misma sustancia, en una palabra, nervios diferentemente ordenados y dispuestos, las sensaciones no son tan esencialmente diferentes como parecen; que toda la diferencia que se encuentran en nuestras sensaciones sólo proviene del número más o menos grande, y de la posición más o menos exterior de los nervios, de su ropaje, de su separación, etc.; que un nervio alternado por un golpe, o puesto al descubierto por una herida, a menudo nos produce la sensación de la luz; que una violenta explosión nos hace sentir (y como oír en nosotros) una especie de zarandeo muy diferente de la sensación del sonido por el oído; por último, han dicho que sólo juzgábamos las cosas por la impresión que los objetos ejercen sobre nuestros sentidos o nuestros nervios, y que al variar dicha impresión con nuestras disposiciones, frecuentemente los sonidos podían estar confundidos en nosotros, y nuestras sensaciones engañarnos.
Para dar cuenta de estas verdades y estos inconvenientes, debemos dirigir nuestra mirada hacia los objetos exteriores, y ver si nuestra manera de ser y nuestra manera de sentir no tienen una analogía con la manera de ser de esos objetos mismos.
Tal vez todas sus propiedades, todos sus elementos tengan una causa o un principio común, tal como reconocemos para nuestros nervios; y todo en consideración al poder de la síntesis. Tal vez esa inmensa variedad de seres corporales que nos rodean sean modificaciones diversas de esa causa o ese principio que les es común. Tal vez la diferencia que existe entre ellos venga de la diversa manera en que están ordenados, de que en unos sea tal la disposición que domina, y que en otros sea una disposición diferente, como vemos que ocurre con nuestros sentidos.
En fin, tal vez nos viéramos obligados a creer que al tener todos ese principio común, y dado que ese principio común no cambia de naturaleza, sino sólo se modifica, cada objeto exterior ofreciera el conjunto de todas las propiedades de ese principio común, y no se distinguiera más que por la predominancia de tal o cual propiedad, así como debemos creer según lo que se ha dicho que cada uno de nuestros sentidos participa de todas las propiedades de un principio común, y sólo se caracteriza por la predominancia de su propiedad particular.
No debemos de estar muy alejados de esta idea, porque dado que esos objetos exteriores y nuestros sentidos están hechos los unos para los otros, es preciso que quienes dan tengan relaciones similares con quienes reciben, y que aquellos que reciben tengan con los que dan; y más aún, cuanto más próximas estén estas relaciones, más fácil será la comunicación, y el resultado admirable y satisfactorio.
De modo que en el comercio de uno solo de nuestros sentidos con uno solo de los objetos de la naturaleza, podemos pensar, en rigor, que la universalidad de nuestros nervios está en juego y en relación con la universalidad de los objetos de esta naturaleza, aunque haya uno solo de esos objetos y uno solo de nuestros sentidos que tengan una actividad evidente.

No debemos asombrarnos tampoco de que ese objeto que se presenta solo, pero que sin embargo está revestido de todas las propiedades de los otros objetos, y no puede evitar que éstas estén unidas a él, nos ofrezca así una confusión de reacciones, de donde resulta para nuestro sensorio una confusión de impresiones.
Debemos asombrarnos menos todavía de que aquél de nuestros sentidos que está actuando, al tener consigo las propiedades de los otros sentidos o del sensorio entero, no produzca sobre los objetos exteriores una manera de sentir confusa y vaga, puesto que pone en ello su universalidad.
Si de ahí pasamos a las regiones de la idea, y llevamos a ellas nuestras sensaciones de tal modo combinadas y confusas, ésta será asaltada a su vez por esta confusión y esta mezcolanza; tanto más cuanto que esa idea misma, que resultará del choque de esas sensaciones indeterminadas, también está unida y combinada con todas las propiedades de su clase, y también tiene en su germen su principio común, del que cada retoño ofrece una universalidad bajo el predominio del género que caracteriza a ese retoño.
A continuación presentemos a nuestro juicio esta confusión y este complicado conjunto: no sabrá cómo reconocerse en medio de ese amontonamiento de ideas diversas; se verá aturdido por su abundancia; se enturbiará su visión; no tomará ninguna decisión, o las tomará equivocadas tanto más cuanto que todas las facultades y las operaciones de nuestro juicio también tienen un principio común, y cada una de ellas participa de la universalidad de las propiedades de ese principio común, y por esta razón puede producir, respecto a la región de las ideas, la misma indeterminación que esto ya ha manifestado respecto a las sensaciones, y las sensaciones respecto a los objetos naturales.
Tales son los inconvenientes que resultan naturalmente del estado de las cosas; he aquí los correctivos y los medios que le corresponden también por la ley de las cosas:
Al querer establecer un comercio entre sus producciones y nosotros, la naturaleza ha dividido sus vías de relación o sus signos en cinco clases, y ha hecho que sus producciones puedan sernos comunicadas haciéndose ver, haciéndose oír, haciéndose gustar, haciéndose oler, y haciéndose tocar.
Por ello, ha simplificado y reunido bajo un pequeño número de caracteres las innumerables propiedades de las que es el origen y el conjunto.
Al mismo tiempo nos ha dado cinco medio o cinco órganos análogos a esas cinco vías de relación, y ha simplificado y reunido bajo el mismo nombre la inmensa cantidad de facultades pasivas con que estamos dotados. Con estas cinco bases se relacionan, tanto para ella como para nosotros, las innumerables propiedades sensibles que nos constituyen.
Por ello, nos ha puesto doblemente en situación de garantizarnos la superabundancia de su impulso, tanto por su parte como de la nuestra.

De tal modo, podemos considerar cada uno de nuestros sentidos como otros órganos secretorios encargados de separar en el cuerpo universal de la naturaleza las cualidades o los signos a los cuales están afectados, como vemos que nuestras glándulas y nuestras vísceras cumplen dicha función en nuestros propios cuerpos en relación a nuestros líquidos y humores.
Pero igualmente, para que podamos obtener un resultado similar en la naturaleza, es preciso que nuestros propios sentidos estén en el orden y la medida requerida; es decir, que hayan adquirido el grado de perfección necesaria para poder discernir lo que les es propio, y adaptárselo, de la misma manera que esta condición es indispensable para los órganos y las vísceras secretorias de nuestro cuerpo; sin lo cual se llenarían de

substancias que pararían el juego de sus funciones, y perjudicarían con ello el buen estado de toda la economía animal. Con que podemos y debemos trabajar en el perfeccionamiento y la conversación de nuestros sentidos, de concierto con la naturaleza, para que puedan desempeñar convenientemente su función.
Nuestro sensorio tiene el mismo destino en lo que le concierne; por sus diversas bases de sensibilidad, está encargado de depurar las diferentes sensaciones que le llegan a través del órgano de los sentidos, a fin de que, en calidad de instinto, pueda darse cuenta exactamente de lo que ocurre en las relaciones del individuo, y velar por su mantenimiento.
La idea tiene también un destino similar, en relación a las reacciones que el sensorio les ocasiona por medio de las diversas impresiones por las que éste se ve afectado; reacciones que la despiertan y la colocan en situación de desarrollar las principales facultades de que está provista. A ella le corresponde apresar la alborada envuelta en la nube de esas reacciones; y su carácter constitutivo le da todos los medios para ello, puesto que sus diversas percepciones son (para seguir con nuestra comparación) otros tantos órganos secretorios, por medio de los cuales tiene el poder de actuar sobre esa nube, expresar su luz, y combinarla con aquélla cuyo germen tiene en sí misma; e igualmente necesito mantener en buen estado esos órganos secretorios o esas vías de percepción, para que no sean obstruidas por la confusión de los signos y las imágenes.
Por último, el juicio tiene también un destino semejante en relación a la idea: también tiene que extraer de la idea que se le presenta una cualidad asociada a él, pero que está como envuelta en el torbellino de la idea misma. La idea busca en las relaciones que recibe un alimento de su clase, apropiado para nutrir su vivacidad, y su curiosidad; el juicio busca en la idea la precisión y la utilidad, es decir la conformidad de la idea misma con el aliciente que la apremia, sin contar con que ese juicio se muestra aquí bajo un aspecto que termina en ponerlo por encima de todas las demás clases de facultades que acabamos de examinar.

De la calidad predominante del juicio en el hombre.

En todas las funciones que el juicio ejerce en nosotros vemos que es la primera de nuestras facultades que no trabaja para sí, y que parece estar consagrada al servicio de lo que le es diferente. Hasta la idea, todas nuestras facultades, o todos nuestros órganos secretorios trabajan ante todo principalmente para ellos. A partir del juicio, nuestras facultades, o sea nuestra razón, nuestro discernimiento ya no parecen utilizados sino como guías y agentes que aparentemente ya no existen por su propia cuenta. Hasta la idea, nuestras facultades parecen no ser sino simples ciudadanos; a partir del juicio, nuestras facultades parecen ser funcionarios públicos y ministros.
Ahora bien, unos funcionarios públicos y unos ministros suponen un estado existente que los emplee; observación que presento a los pensadores con gran placer y confianza, esperando que de ella deduzcan útiles consecuencias.
Newton consideraba la naturaleza como el sensorio de la divinidad. Pero al pintarnos esta bella imagen, este hombre célebre no nos ofreció su complemento; con ello perjudicó el efecto que ella habría producido si nos hubiera mostrado el grado intermedio que debería unir la divinidad con el universo: y este grado intermedio me parece que es el juicio del hombre. Sin lo cual Dios no tendría ningún ministro ni funcionario público en la inmensidad de las cosas, porque la naturaleza no tendría suficiente talento

para servírselos, por rica que sea en signos, tipos y figuras.
Por tanto, al privilegio eminente de su juicio se debe que el hombre coteje, confronte y asocie el mundo visible con el mundo invisible, la razón con los objetos que están privados de ella; y considerando la marcha universal del espíritu del hombre, podemos decir que ésta es su ocupación cotidiana.
En cuanto a la naturaleza, ésta no es más que uno de los departamentos del ministerio del hombre; le ha sido dada para hacer las veces de telescopio en medio de ese gran observatorio en que él está establecido, para descubrir el curso de las cosas, o la posición así como el movimiento de los astros; ella está circunscrita a la región de las formas, y no puede alcanzar directamente la región del principio.
Por esta razón no puedo dejar de observar nuevamente aquí lo que está consignado en otros escritos, a saber: cómo el simple testimonio de la naturaleza es impotente para probar la existencia y las más bellas cualidades del ser superior, dado que como no puede participar en ellas, ni conocerlas, se encuentra en la imposibilidad de servirles de signo directo, y hacer al respecto declaraciones legales; y por una causa similar, la inteligencia misma requiere otro orden de testigos.
Así pues, es el juicio del hombre el verdadero testigo y el signo directo de la divinidad. A ello se debe que esté colocado por encima de todas las facultades que hemos examinado precedentemente; que sea el único que no trabaja por su propia cuenta; que de esta manera sea el ministro y funcionario público de la universal autoridad; pero que cuanto más elevado sea, más obligados estamos a decir de él lo que hemos dicho de todas las facultades anteriores, o sea, que como ellas necesita depurar todos los órganos de sus operaciones para hacer coincidir los diferentes puntos de la universalidad manifiesta y desarrollada a la cual pertenece, con los diferentes puntos de la universalidad oculta y confusa que se puede encontrar en lo que se presenta ante su tribunal.
No podemos dudar de que, en interés mismo de esa armonía general que es el deseo y la base primera de los seres, el juicio posea como las demás facultades el poder de rectificarse y perfeccionarse. Por ello es como el modelo, el moderador y el regulador de toda la existencia de las cosas que parece no ser sino una secreción continua y universal; y en estos medios así depurados consiste principalmente el remedio a todos los inconvenientes y la confusión que podían nacer de estas universalidades superabundantes.
Sólo hay una observación esencial que hacer, y es que en toda esta escala que hemos recorrido, donde nos ha parecido tan evidente que las ideas tenían la primacía sobre los signos, hemos visto que en cada grado podíamos desarrollar, expurgar, desenmarañar, rectificar; pero que nuestros poderes se limitan en general a ese uso y esa aplicación; que nuestras diferentes facultades son como otros tantos tribunales diversos que pueden conocer y juzgar causas de su competencia, pero que no son los promotores de dichas causas; que por consiguiente debemos aprender aquí a qué se reduce la pretensión de aquellos que quieren ensenarnos, según dicen, a hacer ideas.
Será preciso que, como los demás mortales, se limiten a ordenar y elaborar lo mejor que puedan las ideas que les vengan; podrán, como el florista, cultivar toda clase de flores, componer encantadores ramilletes y soberbias guirnaldas; pero no tendrán más posibilidades de hacer una idea que el florista de hacer un clavel o una violeta.
Sin embargo, si han caído en un exceso, no hay que caer en el exceso opuesto limitando demasiado sus privilegios. Reconozcámosles pues con franqueza que en el cultivo y desarrollo de las ideas que les son enviadas diariamente como a todos los hombres, tienen un papel que jugar más

importante de lo que se piensa; que en efecto, Malebranche y el obispo de Cloyne olvidaron una de las partes que deben concurrir a la manifestación de la idea cuando dijeron simplemente que veíamos todo en Dios; que si a esa parte metafísica especulativa que establecen no se une una parte metafísica activa, que es el trabajo del hombre, la idea no tomará cuerpo; que según la imagen que nos ofrecen las generaciones materiales, no es suficiente que el germen se de y se siembre, sino que es necesario además un receptáculo capaz de concebirlo y darle corporización; que dicha corporización debe ser calcada sobre el modelo del que proviene el germen; que éste es el derecho más sublime del hombre, o del ser pensante; que si usara de este derecho como debiera, las ideas soberbias que le llegan se volverían aún más soberbias en sus manos, y le atraerían otras muchas, naturalmente y por los derechos de la afinidad; por último, que el juicio debe ser la luz de dicho cultivo y dicha corporización de nuestras ideas, y que en calidad de tal es el complemento de esos correctivos y esos remedios que hemos anunciado como asociados al estado de las cosas para compensar sus inconvenientes.

¿Qué influye más, los signos sobre las ideas,
o las ideas sobre los signos?

Si la primacía o la preeminencia de las ideas sobre los signos ya no es un problema, la cuestión de su influencia respectiva debe decidirse igualmente en beneficio de las ideas sobre los signos, más bien que en el de los signos sobre las ideas. Más aún, y ya lo hemos dejado entrever, los signos no influyen para nada, hablando propiamente, sobre la formación de las ideas, sino sólo sobre su desarrollo; así, por necesarios que sean para la transmisión de las ideas, no pueden pasar por ser su principio y sus generadores, tal como pretendería establecer la jurisprudencia filosófica actual. Por el contrario, las ideas influyen no sólo en el desarrollo de los signos por los cuales se manifiestan, sino también en su formación, en su generación, en su creación, verdad que nos confirmamos a nosotros mismos por el dominio que ejercemos sobre nuestros signos convencionales.
Si el signo viniera a mí sin estar provisto de la idea que le es correlativa, no produciría en mí más que una impresión vaga, cuyo resultado no me procuraría ningún beneficio, como sería la visión de la imagen de un fruto que no me proporcionara ni el jugo ni la sustancia. Pero si ese signo se presentara provisto de la idea que le correspondiera, no me produciría más que una impresión indeterminada o nula si yo no tuviera en mí una base análoga a esa idea, susceptible de desarrollarse y avivarse por su comunicación, tal como un fruto natural pasaría en vano por mi estómago si el jugo nutritivo que me da no encontrara allí jugos
digestivos análogos capaces de dejarse impregnar, para ayudarlos a desarrollar su actividad: observación que puede aliviar la mente y prevenirla contra los ataques de aquellos que quisieran desarraigar al hombre, o volverlo neutro e inactivo en lo que concierne a la región de sus ideas.
Podemos adquirir aquí también una noción instructiva y verdadera acerca de la marcha de cuanto tiene lugar ante nuestros ojos, ya sea fuera de nosotros y sin nosotros, ya sea en nosotros y con nuestra asistencia; y esta noción consiste en que todo está repartido en este universo, y que nada se realiza en él sino es por reunión; pero al estar todo repartido es absolutamente necesario que en cada uno de los focos correspondientes haya una porción viva de la cosa repartida, sin lo cual no habría reunión posible, ni resultado análogo a sus fuentes generadoras. Como todo está a la misma altura, descubrimos aquí una nueva razón por la que puede

considerarse que los hombres, en general, son torpes en la síntesis; y es que en esta tierra (debido a esa ley de desunión) estamos en el país de los signos, y no en el país de las ideas, y que por consiguiente, si supiéramos permanecer dentro de nuestras dimensiones, no aspiraríamos a la síntesis por excelencia, o al libre usufructo de las ideas superiores, antes de haber pasado por los laboriosos estudios del análisis, o por el examen y el cultivo de las ideas reducidas y parciales encerradas en los signos que nos rodean, y que nos solicitan continuamente que fusionemos el foco de los signos con el foco de las ideas superiores, y que por este medio nos fusionemos nosotros mismos.
Pero esa razón estaría a una distancia tan enorme de quienes hoy día tienen el predominio de la enseñanza, que sería inútil presentársela; porque no sólo creen firmemente vivir aquí en el país de las ideas por excelencia, sino que hasta creen estar muy por encima, y tener por tanto el derecho y los medios de regirlo a voluntad, ya que no se proponen nada menos que ejercer poderes arbitrarios y absolutos sobre el modo, la forma, la especie y la naturaleza misma de cuanto pueda nacer y producirse en él.
Sin embargo el golpe de luz que acabamos de arrojar sobre la separación universal de las cosas bastará para comprender de qué están compuestos todos los productos de la cadena de las acciones de los seres; porque veremos que reina la misma ley en todas las clases, en las aglomeraciones minerales, en la producción de los vegetales, en nuestras sensaciones e impresiones sensibles de todo género, y en nuestras ideas.
Así pues, cuando un signo se me acerca, veo que la idea de ese signo penetra en mi ser pensante y deja allí la impresión de las claridades, las inteligencias y las luces que tiene intención de transmitirme , y manifestar en mí y por mi, en tanto veo que el signo se detiene modestamente afuera, e incluso desaparece después de haber cumplido su función, como un mensajero se retira tras haber depositado los despachos que le habían sido encargados. Veo que la idea escoge y crea su mensajero, y dispone todos los accesorios del mensaje, mientras que el signo se ve reducido a ser un recadero exacto y fiel, y no conoce de su misión más que lo que la idea tiene a bien confiarle.
Los doctores que han pretendido que las lenguas habían comenzado por la escritura, o la pintura de objetos físicos, tienen razón a lo sumo para las lenguas convencionales escritas, que suponen incluso, anteriormente a ellas, unas nociones y una inteligencia desarrollada hasta un cierto punto en aquél que delinea esas pinturas, y en aquél al que son ofrecidas para su enseñanza.
Pero para las lenguas habladas, han estado obligados a seguir la marcha natural del espíritu.
Si, por ejemplo, quiero enseñar a un lapón que no sepa leer cómo se llama un loro, es preciso en efecto que le muestre uno; sin embargo, si antes o después de habérselo mostrado no pronunció el sonido "loro", nunca se formará la idea que quiero darle, porque si tiene en él la porción de memoria o inteligencia suficiente para comprenderlo, yo tengo en mí la porción que le falta, o la del conocimiento del nombre del animal, y que es indispensable que le comunique.
Pero una vez que esta noción le haya llegado, el sonido o la palabra que se le ha transmitido le quedará de manera estable, y siempre podrá recordársela aunque toda la especie de los loros desapareciera de la superficie de la tierra; en cambio la vista misma de estos animales puede que no siempre le haga pronunciar su nombre, y sólo se vea inducido a ello en caso de necesidad.
Así, sin entrar aquí en el detalle de las circunstancias donde las cosas son

anteriores a los hombres, y donde los hombres son anteriores a las cosas, podemos observar en este caso la enorme distancia que hay entre los signos naturales o los objetos mismos, y el sonido o la palabra que los expresa, puesto que ese sonido o esa palabra tiene, de nuestra parte, una existencia libre, y además, posee una especie de propiedad generadora que coloca ante la vista el objeto alejado o destruido, en tanto el objeto natural es pasivo en todo su ser y no tiene ningún derecho sobre mi palabra, aún cuando sea el medio ocasional que la despierta.
Ahora bien, si es tan evidente que mi palabra tiene la precedencia sobre los propios objetos naturales, ¿cómo mi idea no la tendría con mayor razón sobre ellos, puesto que la tiene incluso sobre esa palabra que sólo viene después de ella, y que parece no ser sino su signo?
Estos hechos deberían resultar suficientes para mostrar por dónde han debido comenzar las lenguas habladas y para decidir, en el comercio mutuo que tienen entre sí los signos y las ideas, de qué lado es más poderosa la influencia; y ello confirma lo que hemos dicho precedentemente, que debe haber una mayor influencia por parte del principio generador sobre su producción, que el de la producción sobre su principio generador.

El signo y la idea van en sentido inverso

Un objeto cualquier impresiona uno de mis órganos corporales y estimula en él una sensación (ruego al lector que observe que aquí la palabra "sensación" no debe limitarse exclusivamente al sentido estrecho y material al que estamos habituados a reducirlo según nuestra manera de ser corriente). Esa sensación se comunica a lo que llamamos sensorio, que es el foco o el centro de todas las impresiones sensibles, y despierta en mí un instinto, un sentimiento o una idea.
Un instinto, si la sensación es relativa a mi armonía moral, ya sea a favor, ya en contra; porque puedo llegar incluso hasta a sacrificar mi individuo físico y corporal a ese sentimiento o a esa afección, tal como se ve todos los días.
Por último una idea, si la sensación es relativa a algún objeto susceptible de ser combinado, sin contar con que puede despertar a la vez las tres cosas, y obrar en nosotros las mezclas que nos son tan habituales, y de las que tan poco sabemos retirarnos. Si la sensación no despierta más que un instinto relativo a la armonía física del individuo, todo ser que actúe en consecuencia con ese instinto no será dueño de sus movimientos; por eso todo es necesario en lo físico, y nada actúa en él por deliberación. Si la sensación despierta un sentimiento relativo a mi armonía moral, al instante mi voluntad se encuentra a su lado y puede moverlo en los dos sentidos; lo que lo distingue sensiblemente del instinto que no tiene un contrapeso semejante, y que no posee más que una sola dirección.
Pero si la sensación despierta una idea, al ser dicha idea competencia del entendimiento penetra hasta él, y ocasiona lo que llamamos pensamiento, juicio, combinación, deliberación, etc.
Este juicio, tras haber combinado la idea que se le presenta, y haberse aliado con ella, se transmite a continuación a la voluntad, que de acuerdo con el sentimiento actúa sobre el sensorio para que a su vez actúe sobre los órganos y les haga ejecutar físicamente el plan y la resolución que han sido determinados en el entendimiento y la mente.
De tal modo, podemos decir que la idea es al entendimiento lo que la sensación al sensorio, y asimismo que sin sensación ya no tendría conciencia física o instinto, ni conciencia moral o sentimiento, como tampoco tendría conciencia intelectual o entendimiento sin ideas:

finalizando, la idea es una suerte de cuadro sensible que se presenta al entendimiento, y sobre el cual éste juzga y delibera; y todos pueden observar que ninguna idea se presenta a nuestro entendimiento si no es bajo esta forma de un cuadro cualquiera que sea.
Pero la vecindad de la sensación interior y la idea, así como las relaciones entre el instinto y el entendimiento, hacen que si no prestamos atención a menudo una de estas cosas invada la jurisdicción de la otra; de ahí que mucha gente haya querido no sólo introducir ese instinto inferior en el entendimiento, sino también someter a su juicio todas las operaciones de nuestro ser pensante.
Sin embargo, en vano esos observadores pretenderían explicar por ese solo instinto todos los actos del hombre; y no cabria juzgarlo por lo que le vemos realizar diariamente, porque alterando y paralizando sus facultades más poderosas y activas, como lo hacen sin cesar, se ata en igual proporción bajo el yugo de su instinto inferior, que entonces ya no es más que el ministro de sus extravíos y sus depravaciones.
Por último, para contentarse con ese solo agente inferior, sería necesario poder explicar por él todas las operaciones voluntarias, regulares o irregulares de los hombres; y para que en este punto la decisión fuese válida, sería preciso que fuéramos suficientemente equitativos para dejar tomar parte en el consejo, al lado del agente físico, no sólo al agente intelectual, sino también al agente moral que como ellos puede ser convocado por la sensación; y que por añadidura tal vez fuera uno de los medios más eficaces a nuestro alcance para conciliar el país de los signos con el país de las ideas, puesto que habita en la frontera de ambos; porque esta claro que sobre estos grandes temas, el instinto inferior y la simple sensación grosera no han aprendido nada todavía, y nunca enseñarán nada a nadie.
Tampoco el materialismo debería creerme de su partido, por el hecho de que como él parta de la sensación para poner en juego todas nuestras facultades. Independientemente de que doy al término sensación un sentido diferente, también he dado a la idea, e incluso al signo, un origen que él no admite para nada y que le está negado, a saber, el deseo. Ahora bien, porque ese origen le está negado, coloca ciegamente al hombre en dependencia absoluta de los objetos exteriores, y por consiguiente de las sensaciones que resultan de ellos, y de este modo convierte en falta todo lo que resulta de dichas sensaciones. En tanto que el deseo, si estuviera cuidado y nutrido como debería estarlo, tendría al contrario bajo su propia dependencia a las ideas, los signos, las sensaciones y los objetos que pudieran concurrir a esos diversos resultados. Y no temamos que esa proporción sea un error, porque todos los movimientos del hombre, todas sus ocupaciones nos demuestran diariamente su certeza, puesto que permanentemente no tiende sino a asegurar sus goces tanto corporales como intelectuales, así como los objetos o medio adecuados para animar a voluntad esos goces, multiplicarlos y perpetuarlos.
Pero no siendo estos puntos importantes el objeto de un simple ensayo, no nos alejemos de nuestro tema, que es aquí exponer la diferencia existente entre la marcha de la idea y la marcha del signo, o si se quiere, entre la progresión descendente y la progresión ascendente.
En la última, todo es sensible, aunque la sensibilidad no tenga el mismo carácter en cada clase de mi ser. En efecto, un objeto exterior me impresiona según la ley de la clase a la cual pertenece, y me ocasiona una sensación análoga; ésta despierta en mí ya un instinto, ya un sentimiento, ya una idea. Este instinto es apremiante y sensible, porque tiene por móvil la sensación, y esa sensación no lo abandona porque sólo se ocupa de ello,

y no tiene otro objetivo que satisfacerla: lo mismo ocurre con el sentimiento, que es impetuoso y brusco hasta que es moderado por la reflexión.
La idea es igualmente sensible, puesto que siempre se presenta al entendimiento bajo una forma sensible, y por otra parte lleva en si las huellas y los vestigios del acto del sensorio que la ha despertado; pero cuando va a impresionar el entendimiento, se despoja de esos vestigios de la sensación inferior, y ocasiona en ese entendimiento un acto más potente aún y más vivaz. Se había como desposado en sus calidades inferiores con el sensorio, y a continuación se desposa en sus cualidades superiores con el entendimiento; y podemos juzgar cuan sensible y vivo es este matrimonio por el alborozo y la impetuosidad de Arquímedes cuando encontró en el baño la solución al famoso problema que le ocupaba.
Al contrario, cuando la progresión es descendiente, ya no vemos nada sensible para nosotros en ninguno de los grados que recorremos, aunque los resultados que manifestamos lo sean o puedan serlo para aquellos que son testigo y nos rodean.
En efecto, cuando el entendimiento delibera y combina las formas de realizar los frutos que ha retirado de su acto de unión y adopción con la idea que le ha sido presentada, parece que ya no hay allí nada sensible para él en sus funciones.
Cuando luego envía el resultado de sus deliberaciones a la voluntad o al sentimiento, tanto la adhesión como el rechazo se realizan de su parte sin estruendo.
Cuando esa voluntad envía su resultado al sensorio, también lo hace de una manera interior, tácita, serena y completamente insensible.
Lo mismo ocurre cuando ese sensorio actúa sobre el órgano para hacerle ejecutar las órdenes del entendimiento y de la voluntad.
Porque supongo que mi entendimiento me lleva a mover el brazo para expresar con un gesto o un signo un pensamiento cualquiera que quiero manifestar por ese medio; es verdad que no tengo ninguna sensación cuando mi entendimiento viene a acometer después de esto la orden de mi voluntad, ni cuando mi voluntad transmite dicha orden al sensorio; que no la tengo tampoco cuando el sensorio pone en movimiento los músculos que deben hacer mover mi brazo, y por último, que no la tengo cuando mi brazo se mueve, si no es cuando lo muevo con suficiente fuerza como para que reciba la impresión del aire que cumple ahí la función de un objeto exterior que actúa sobre mis órganos, causando una impresión que puede considerarse entonces como el origen y el primer término de una progresión ascendente.
De esta observación simple y natural podemos concluir, según me parece, que todo lo que pertenece a la progresión ascendente actúa y procede como retrocediendo, o de la circunferencia al centro, y que por el contrario todo lo que pertenece a la progresión descendente procede por vía directa, o del centro a la circunferencia; que todo lo que depende de esa progresión ascendente obra por el estímulo, la violencia, la irritación e incluso el dolor; y que en cambio lo que depende de la progresión descendente trae el bienestar, la calma y la paz; por último, que dado que todo lo que depende de la progresión ascendente es del orden pasivo, como lo son los signos, sólo lo que es inferior y pasivo es sensible, y que por el contrario, dado que todo lo que depende de la progresión descendiente es del orden activo, como
lo son las ideas, sólo lo que es superior y activo es dulce, insensible y como imperceptible, y cualquier hombre puede convencerse de ello confrontando en sí mismo los movimientos suaves y apacibles de su amor por la verdad, con los movimientos convulsivos y desenfrenados de su cólera y sus otras

pasiones. Esto puede arrojar luz sobre la marcha de los signos y la de las ideas, ya que los signos pertenecen principalmente a la progresión ascendente, y las ideas a la progresión descendente. Por tanto los signos actúan retrocediendo sobre aquél a quien se comunican, y van de la circunferencia al centro.
La idea, la mente y el entendimiento van por la vía directa o del centro a la circunferencia, cuando descienden para transmitirse allí donde quieren darse a conocer; y dejo que cada cual observe los efectos sensibles e insensibles que resultan de las dos progresiones diferentes.
Quienes tengan el tiempo disponible para profundizar en estas verdades reconocerán no obstante que los signos, al igual que las ideas, son susceptibles de la doble progresión ascendente y descendente, y que se vuelven activos o pasivos, sensibles o insensibles, según suban o bajen, lo que rápidamente trazaría la gran escala que sirve de medio de correspondencia universal entre todos los seres hasta que se llegara a una región simple donde las dos progresiones, es decir los signos y las ideas, se combinasen de tal modo juntas que su diversidad se volviera como imperceptible, y los dos focos divididos para nosotros no hicieran sino uno.

PRIMERA PREGUNTA

¿Es verdad que las sensaciones no pueden transformarse en ideas sino por medio de los signos? o lo que viene a ser lo mismo, ¿nuestras primeras ideas suponen esencialmente la ayuda de los signos?
Esta es una de las numerosas preguntas que el Instituto espera nazcan de la fecundidad del tema, e invita a responder a los concurrentes.

Después de lo que he expuesto sobre el término sensación, no temo repetir nuevamente que ninguna idea puede nacer en nosotros sin la ayuda esencial de los signos.
En efecto, esta verdad es indiscutible cuando consideramos remontándonos y por la vía del análisis el nacimiento de nuestras ideas, puesto que todos los objetos que nos rodean y todas las impresiones sensibles que puede recibir por su intermedio producen imágenes y reacciones en mi mente, sin la cuales ésta no se despertaría.
Pero esta verdad también es indiscutible cuando consideramos el nacimiento de nuestras ideas descendiendo y por la vía de la síntesis; porque cualquier ser pensante que quisiera actuar sobre mí y comunicarme una idea, no podría conseguirlo sino por medio de signos, y hasta las nodrizas nos lo demuestran con los gestos, los movimientos y el lenguaje que emplean continuamente con sus críos.
Y más aún, de cualquier manera que concibiéramos el origen de nuestra especie, el germen radical de la mente no pudo serle transmitido sino por un signo; porque entre las madres y los hijos, está la modalidad de generación, de nutrición, de educación, que ofrecen otros tantos signos indispensables para la transmisión y el mantenimiento de la vida de los vastagos que la reciben. Ahora bien, no podemos apartarnos aquí de lo que ya hemos dicho, a saber: que sin una idea madre, jamás habríamos podido tener ninguna idea; y esa idea madre habrá debido de seguir la ley de todas las madres respecto a sus propias generaciones.
Pero ante todo habría que constatar la existencia de esa idea madre, y aquí son el juicio o el entendimiento quienes vendrán a atestiguar por ella; porque si se la consultara, pronto no se vería más que por un lado su predominio universal, y por el otro, esa universal coherencia que tenemos con ella, y que hace que sólo en ella descansen todos nuestros movimientos, justos o falsos, y que no sea sino hacia ella adonde se dirigen

todas nuestras ideas y nuestras lenguas.
En efecto, en lo que a ella atañe, nuestro espíritu sólo experimenta dos sentimientos; el de la alegría que sentimos cuando estamos unidos a ella, y el que nos lleva a quejarnos y a murmurar, tal vez incluso a injuriarla cuando tenemos la negligencia de apartar la vista de ella.
Pero siempre es ella el objeto de estos dos movimientos; y por más que quienes se dicen sus enemigos se engañen en ciertos momentos por la adhesión que obtienen sus partidarios, la que necesitarían es la suya, y están siempre ocupados buscando secretamente junto a ella los medios de arrancársela, de buen o mal grado. Después de haber luchado contra los hombres, es preciso aún que mantengan levantada la lanza contra ella, y esto continuamente; ahora bien, esa lanza así levantada es el dedo indicador, que nos muestra por sí mismo el lugar donde ella reside.
De tal modo, si escrutamos con un poco de profundidad los resultados de ese lazo indisoluble que compartimos con ella, vemos que todas las ideas de los hombres no tienen sino un mismo centro alrededor del cual éstas sólo pueden circular en dos sentidos; que por una consecuencia de esta ley irresistible, todas sus conferencias y todos sus libros dicen la misma cosa, y sólo dependen, a favor o en contra, de esa única idea madre considerada bajo sus dos caras diferentes, tal vez incluso de una sola palabra, que también tiene su anverso y reverso, y que tanto los partidarios como los adversarios de esa idea madre diluyen en las descripciones de sus diversas concepciones.
Porque los hombres que siguen la corriente buscan igual que los otros esa palabra única que, según ellos, gobernaría soberanamente todos los dominios del pensamiento, y haría desaparecer todas las dificultades; pero desgraciadamente tienen puesta la vista más en el "reverso" que en el "anverso" de esta palabra: es decir, que la palabra que buscan sólo sería apropiada para paralizarlo todo, petrificarlo todo, oscurecer y confundirlo todo; en vez de que aquella que deberían de buscar lo aclarara todo, porque discerniría todo, pondría todo en su lugar, y así vivificaría todo, como que es el centro de todo.
Otra observación que cabe hacer respecto a esta idea madre, es que nuestras ideas toman cuerpo en nosotros, y se substancializan antes de poder transmitirse, e incluso antes de que nos resulten bien conocidas a nosotros mismos. Ahora bien, es preciso que estén como consignadas y constatadas legiblemente en los archivos de nuestro entendimiento antes de que puedan tomar curso, y ello a fin de que en ese género nada se pierda ni sea confundido, ni por nosotros, ni por los demás, y que éstos puedan igual que nosotros compulsar los registros en caso necesario; y ahí están esos signos nativos y fundamentales (casi iba a decir esas lenguas primitivas) donde las ideas se generan a sí mismas como un germen genera su árbol y su envoltura, y que nos ayudarían a comprender lo que ha sido dicho en el primer parágrafo: que si todas las sensaciones son signos, podría ser que todos los signos no fuesen sensaciones, consideradas en el sentido ordinario.
¿Cómo dudar entonces de que esa idea madre haya seguido, y siga diariamente la misma marcha, para tomar curso en nuestra mente y en nuestro espíritu? Sí, es preciso que tenga el poder de caracterizar sus planes y substancializarlos a su manera, como nuestro entendimiento substancializa los nuestros en nuestra inteligencia. Es preciso que pueda proveerse de sus signos externos y constitutivos, para que todo sea oficial de su parte. Es preciso que marche así acompañada de sus archivos, como los de nuestro espíritu lo siguen y lo acompañan por todas partes. Ahora bien, es la mente del hombre depurada y filtrada la que ella ha escogido

para que como la compilación y el depósito de sus capitulares más importantes, y en la cual ha trascrito y consignado todos sus planes y todos sus decretos.
Podemos decir incluso que no hay una sola de esas verdades que las potencias humanas no nos recuerden temporalmente, revistiendo con sus sellos todas sus leyes y deliberaciones, y estableciendo junto a ellas a archivistas, cancilleres, etc. Porque los hombres no nos habrían ofrecido semejantes signos, aunque sean figurativos, si no hubieran tenido en ellos, por naturaleza, sus elementos originales.
Ahorro aquí ciertos detalles; pero quienes tengan el espíritu abierto a esta clase de especulaciones encontrarán, así lo espero, algún provecho en estas breves observaciones que les presentamos.
En cuanto a los otros, o a aquellos que circulan como ciegos en el círculo limitado de las nociones recibidas y de los estériles poderes del hombre, les repetimos simplemente, y para confirmar nuestra respuesta a la presente cuestión, que ya sea en el orden fijo, ya sea en el orden arbitrario, las primeras ideas (e incluso podríamos agregar todas las series posibles de nuestras ideas) suponen esencialmente la ayuda de los signos, ya en ascenso, y a en descenso; pero no por esta razón la esperanza que parecen concebir de adueñarse del secreto de la formación de las ideas estará más fundada, porque si fuera verdad que hubo un orden de signos fijos para el desarrollo, la formación y la creación de nuestras ideas, nunca lo alcanzarían buscándolo sólo en el orden móvil e incierto de sus ciegos tanteos, es decir en esa región árida en la que el viajero ve siempre un cielo cubierto de nubes oscuras que se suceden sin cesar, sin que de él descienda jamás una sola gota de esas lluvias saludables que le prestarían el doble servicio a la vez de apagar su sed y despejar el horizonte ante sus ojos.

SEGUNDA PREGUNTA

¿Sería perfecto el arte de pensar, si el arte de los signos fuera llevado a su perfección ?

Si los pensamientos primeros y fundamentales son fijos como los axiomas, los signos que les pertenecen deben ser fijos también, cada uno según su clase, como vemos que la forma visible de los objetos naturales es constante porque sus propiedades internas son invariables.
De modo que podemos decir que en el orden de esas ideas primeras el arte de los signos fijos ha sido llevado a su perfección, porque no podemos ser nosotros quienes lo hayamos instituido. Por tanto, todo nuestro estudio debería reducirse a observar esos signos tal cual están dados, ya sea a nuestros ojos, ya a nuestro espíritu; y si no sacamos más provecho de esto para el perfeccionamiento del arte de pensar, es que, por más que nos encandilen continuamente con su presencia, ¿cómo podríamos creer en su utilidad, si ni siquiera creemos en su existencia?
Me valdré aquí del testimonio de la naturaleza. Ella nos ofrece diariamente numerosos signos cuya perfección según su medida no podemos negar; por consiguiente, y de acuerdo con los principios establecidos, cuando más numerosos y perfectos sean estos signos, más numerosas y perfectas deben ser las ideas que contienen y nos entregan. Sin embargo, desde que los hombres tienen ante la vista este espectáculo regular y fijo, ¿qué provecho ha sacado de él su mente?
Lejos de ahondar en las razones profundas de su existencia, que deben

ofrecerse a nuestra vista puesto que esa naturaleza es un signo fijo, se han concentrado en el examen de su mecanismo y han pretendido haber satisfecho todas las necesidades de nuestra inteligencia, desde el momento en que nos decían que ese mecanismo no era sino el resultado de la materia y el movimiento. Ni siquiera han pensado en buscar si había una causa en la reunión de ese movimiento y esa materia, por más que resulta difícil ver cómo ambos habrían podido ponerse voluntariamente en esa situación tan violenta, donde el movimiento atormenta a la materia que sólo tiende al reposo, y la materia pone obstáculos y detiene el movimiento, que de ningún modo quiere inacción ni límites.

Pero en lugar de contemplar, recoger cuidadosamente y transmitirnos, en tantos ministros de la verdad, las ideas fecundadas y vivas que ese conjunto acaba de presentarles, se han apresurado a substituirles por una extraída de su estrecha concepción. ¿Porque cómo habrían percibido la verdadera clave, si renunciaban a sus mejores propiedades, y ella sólo puede mostrarse en la mente rectificada del hombre? Ahora bien, ¡cuál es la idea que han atribuido a ese sorprendente conjunto de cosas, en lugar de todas las claridades que debían recibir de él! Es la idea del azar, es decir la nada de cualquier idea. He aquí adonde ha ido a parar en su espíritu ese magnífico y vasto signo, que no es ni puede ser sino el resultado y la expresión de una idea más magnífica aún y más vasta que él, según las leyes y las relaciones existentes entre las ideas y los signos.

Por otra parte, los gramáticos dicen (mirad la Enciclopedia) que ninguna palabra puede ser el tipo esencial de ninguna idea, y que por consiguiente todas las palabras son convencionales, en tanto que concuerdan en que los principios de la gramática, en general, son fijos, eternos y universales. Pueden tener razón para las palabras de nuestras ideas, no siendo fijas éstas mismas. Pero si hubieran ideas más fijas que las nuestras, si hubiera unos principios eternos, más universales aún que los de la gramática, que al ser múltiplos no pueden resultar sino los corolarios de un gran axioma anterior a ellos, y que en efecto no son otra cosa que los guías y el itinerario de nuestras ideas, y no su fuente: ¿sobre qué. y cómo se aplicarían entonces esos principios fijos, eternos y universales, si no tuvieran medios fijos, eternos y universales como ellos, es decir unos signos, o si se quiere unos modos de expresión, que fueran eternamente tanto el sujeto como el órgano de su acción?

Que yo estuviera privado del usufructo de estos medios, como los demás hombres, no probaría nada en contra de este principio; porque bien vemos que los niños de pañales no saben una palabra de nuestras lenguas usuales, y por ello no estamos menos seguros de que estas lenguas usuales y convecionales están en plena actividad. Por otra parte, si esos signos fijos y perfectos no existieran, ¿para qué empeñarnos en buscarlos? Y si existen, estamos pues autorizados a hablar de ellos, aunque no fuera más que para consolarnos de nuestra privación; ya que si estuvieran en nuestro poder, estaríamos demasiado ocupados en disfrutarlos para tener el tiempo y la necesidad de hablar de ellos.

En conclusión, el arte de los signos convencionales, tal como parecemos desearlo, no ha llegado a su perfección, y no llegará jamás, cualesquiera que sean los esfuerzos que haga la ambiciosa codicia del hombre para alcanzar ese fin; porque para que se pueda establecer un arte perfecto de los signos, sería necesario que antes se poseyera un arte perfecto de pensar, puesto que los signos fijos, como los signos arbitrarios, no llevan sino el sentido que uno ha colocado en ellos, y de este modo el signo no podría trasmitirme una idea perfecta, si previamente una cabeza dotada de una idea perfecta no la hubiera establecido y constituido en el signo.

Repitámoslo entonces: para lograr la perfección de los signos. sería preciso que aquellos que tienden a ello como a un medio, tuvieran precisamente lo que esperan de este medio, en una palabra, que tuvieran la perfección de la mente.
Ahora bien, si tuvieran esta prerrogativa, está claro que ya no tendrían necesidad de recurrir al arte perfecto de los signos como medio de procurársela; porque según todos los principios establecidos, es la idea misma la que en la síntesis precede al signo y lo genera, y si esa idea fuese perfecta, el signo que la representara también lo sería según su medida.

TERCERA PREGUNTA

En las ciencias donde la verdad es recibida sin discusión, ¿ello no se debe a la perfección de los signos?

Sí, pero a la perfección de los signos necesarios y fijos, y no a la de los signos convencionales y arbitrarios.
En las ciencias donde la verdad es recibida sin discusión, tales como las matemáticas, los signos fijos son perfectos porque dependen de las leyes de la naturaleza, que de ningún modo ha hecho el hombre; es decir, de las leyes del movimiento, de la extensión, de la medida, del número, del peso, etc.
Así, los teoremas de la mecánica, el valor de los parámetros, ya sea expresados, ya sobreentendidos, la relación de las coordenadas, las leyes severas del arte de contar, con signos perfectos porque son fijos, y porque representan sensiblemente las verdades ocultas que constituyen secretamente el moví miento, la existencia y la vida de las cosas.
Pero esos signos fijos son muy diferentes y están muy separados de los signos convencionales que empleamos en las ciencias matemáticas, y que no son sino una copia artificial y abreviada de esos mismos signos fijos y perfectos, que no podríamos seguir y manipular de una manera rápida y cómoda sin esa ayuda.
Si esos signos secundarios y convencionales tienen algo de perfección, sólo se debe a su muy escaso número. Son menos unos signos que la envoltura de unos signos fijos y perfectos que los preceden; y el principal mérito que los distingue es el que corresponde a todas las envolturas bien hechas, es decir, el de contener la mayor cantidad de cosas posibles, sin perjudicar las cosas que contienen, sino por el contrario contribuir a su conservación.
Este es, en efecto, el único mérito de nuestros signos arbitrarios y convencionales en el álgebra, el análisis, los cálculos trascendentales, etc. Y en ese sentido, no podemos evitar hacerles justicia por la utilidad que nos prestan, dado que nos conducen con seguridad junto a esos signos perfectos, o a esas relaciones invariables, de los que son como la envoltura y el indicio, y a los que no nos acercaríamos tan fácilmente sin ellos. Pero sólo tienen esta perfección precaria y relativa; pero tampoco tienen la perfección fija, ya que somos dueños de variarlos a voluntad, siempre que en cada cambio que nos plazca realizar en ellos demos la clave de nuestra cifra y nuestra convención.
Con que, repito, en las ciencias donde la verdad es recibida sin discusión, para nada se lo debemos a la perfección de nuestros signos establecidos: sólo le debemos la ventaja de la celeridad y la facilidad en las operaciones. Pero sin ellos llegaríamos al mismo punto, consagrando un tiempo más largo a combinar y seguir las huellas de los signos fijos y perfectos.
En conclusión, les debemos sobre todo la profundidad en que se encuentran nuestros signos artificiales y arbitrarios de esos signos fijos y perfectos que

están siempre ante los ojos de nuestro cuerpo, en las figuras geométricas, y ante los ojos de nuestro espíritu, en las proposiciones y los axiomas; porque dado que esos signos perfectos están siempre ahí para enderezar los pasos en falso que en nuestras manos podrían dar los signos que nos inventamos y de los que nos servimos, son más bien esos signos perfectos los que nos dirigen, y no aquellos que por un momento ponemos en su lugar: y esto servirá enormemente para responder a la cuarta pregunta que seguirá.
Porque ciertamente, esos signos subsidiarios son tan poco perfectos por sí mismos que si alguien no tuviera ninguna noción de las verdades matemáticas, ya fuera de cálculo o de geometría, y para enseñárselas nos limitáramos a desplegar ante él la marcha y el mecanismo de las operaciones de álgebra, podemos estar seguros de que todas esas verdades matemáticas que pretenderíamos transmitirle de este modo, serían perfectamente nulas y extrañas para él.
Dejemos pues de atribuir a nuestros signos convencionales un mérito y unos derechos que no les pertenecen; y no neguemos a las ciencias exactas el mérito y los derechos que les pertenecen en propiedad, y con anterioridad a todas las invenciones de nuestra industria.

CUARTA PREGUNTA

En las ciencias que proporcionan eterno material las disputas, la división de opiniones, ¿no es un efecto necesario de la inexactitud de los signos?

No: sólo es el efecto de la distancia a la que mantenemos nuestros signos artificiales y convencionales, es decir nuestras definiciones sistemáticas y nuestras lenguas escritas o habladas, de los signos fijos y perfectos que sin embargo están por todas partes a nuestro alcance. Y entre esos signos fijos y perfectos, debemos poner en primer lugar esos axiomas superiores, esas verdades imperiosas y fundamentales, esas ideas madre al fin y al cabo, que de ningún modo son sensaciones, pero que con todo deberían servir de base a todas nuestras ideas, y de regulador a todas nuestras lenguas.
Pero a fuerza de poner nuestros ojos únicamente en el orden mixto y no libre, no sólo no creemos en los signos perfectos y fijos que son competencia del orden libre y simple de la verdad, sino que ni siquiera creemos que ese orden libre exista; porque al mantenernos alejados de esa región luminosa, entre ella y nosotros se forma un cálculo de vapores que nos la ocultan, y que se disiparían, o incluso no tendrían lugar, si tuviéramos más valor, más confianza y más esmero en acercarnos a sus confines. Ahora bien, en ese estado, con la ayuda de esos signos arbitrarios creados por nosotros, queremos marchar para recorrer y trazar los planes de esa región inconmutable y permanente, que nosotros mismos sustraemos a nuestra vista. Queremos someterla y concentrarla en nuestros signos, sin dejar los suyos junto a nosotros para rectificarlos de nuestros errores, como podemos hacerlo en las matemáticas: queremos, repito, someterla a nuestros signos; y era a los suyos que los nuestros decían ser sometidos, de manera que no hicieran un movimiento sin que ella estuviera dispuesta a justificarlo, y sin que nosotros estuviésemos en condiciones de confrontar todo, como hacemos en las ciencias exactas.
¿Acaso es sorprendente entonces, que manteniéndonos a tanta distancia del objeto del que tratamos en las ciencias que consideramos como inexactas, no hagamos sino errar y circular en nuestras opiniones, en nuestras disputas y nuestras tenebrosas conjeturas? Convengamos al menos en que no debemos imputárselo a nuestros signos, sino sólo a nuestra imprudencia, que nos lleva a querer alterar, desfigurar, contrariar y

componer de este modo la naturaleza de las cosas, en lugar de seguirla con esmero y respeto hasta que lográramos poder asirla mejor y asociarla a nuestros movimientos.
Incluso podemos exponer aquí de una manera aún más apremiante la observación con que termina el parágrafo precedente. Y es que si unas personas que no tuvieran los más mínimos conocimientos matemáticos creyeran poder adquirirlos conversando constantemente entre sí de unas palabras que hubieran escuchado pronunciar al azar sobre dicha ciencia, y disertando sobre secciones cónicas, la formación y la medida de los sólidos, la geometría descriptiva, etc., sin haber considerado jamás por sí mismas curvas, ni poliedros, ni rectángulos, ni por fin todas esas bases sensibles de las matemáticas sobre las cuales únicamente puede levantarse todo el edificio, podemos asegurar que esas personas permanecerían en las tinieblas más profundas, y que esa ciencia tan bella y clara no seria para ellos, sin embargo, más que una fuente perpetua de errores y disputas.
Tal es el camino que siguen diariamente aquellos que disertan con tanto abismo sobre las ciencias elevadas que consideramos como inexactas; emplean entre ellos sin cesar los términos de esas ciencias, y su espíritu no se acerca jamás a los elementos reales y sensibles sobre los cuales éstos descansan: por el contrario, parecen ocupados tan sólo en rechazar esos elementos, y en aniquilarlos; y luego querrían que se les enseñará a crear otros, y a servirse de ellos.
No entro para nada en el detalle de los errores que este falso camino ha llevado a cometer, pero puedo decir que pocas ciencias se han librado de ellos. E incluso, cuanto más por encima de esa región mixta y confusa, en la cual nos naturalizamos por debilidad y hábito, se han encontrado las ciencias que se presentan a nuestro espíritu, mayores, más perjudiciales y desastrosos han sido los errores y las consecuencias que de ello se deriva. Para convencerse, no haría falta más que considerar los abusos de todo tipo que han oscurecido y desfigurado el campo de las ciencias religiosas y divinas.

Diferencia de las pruebas pasivas y las pruebas activas en lo tocante a filosofía y razonamiento

Casi todos aquellos que se consideran pensadores pretenden, que, para la filosofía superior y para todo lo que depende del orden intelectual, se les dé unas pruebas tan independientes de ellos, y tan poco sujetas al movimiento de su ser interno, como lo son las pruebas matemáticas.
Para demostrarles que están en un error al exigir el mismo tipo de pruebas para cosas tan diversas, sólo hace falta preguntarles si para encargar un retrato y para aprender anatomía, deben emplear el mismo medio. Sin duda reconocerán que no.
Porque para que les hagan su retrato, les basta con mostrar su fisonomía al pintor, quien observará todos sus rasgos para representarlos regularmente y que puedan decir que se reconocen en su imagen.
Pero para instruirse, es absolutamente necesario poner al descubierto todas las fibras y todos los resortes orgánicos que componen la estructura de nuestro cuerpo; y si esta ciencia se aprende sobre hombres muertos, no es sino para practicarla luego sobre hombres vivos, de modo de hacerlos pasar del estado de enfermedad al estado de salud: por ello los maestros de este arte recomiendan a sus alumnos que miren siempre los cadáveres sobre los cuales se ejercitan como sí estuvieran dotados de la sensibilidad más exquisita.
En el orden de las ciencias matemáticas, y en el de las ciencias donde

discutimos, debemos hacer la misma diferencia y la misma aplicación. El estudio de las ciencias físicas en general, en relación al hombre, no alcanza sino la superficie y el retrato de las cosas. De modo que, al tiempo que ejercita su espíritu, no le pide más esfuerzos de parte de su ser radical que el que se le exige a su ser físico para hacer pintar su retrato, o para mirarse en el espejo.
Pero el estudio y el conocimiento de todo lo que pertenece al orden de nuestra esencia impalpable exigen, como en el orden físico, que pongamos al descubierto todas las fibras más ocultas de nuestro ser, y que al mismo tiempo les hagamos sufrir las operaciones más dolorosas. Porque aquí somos a la vez el sujeto anatómico y el enfermo herido en todos sus miembros; y sólo después de una disección completa y continua, realizada sobre nosotros en vivo, podemos alcanzar el límite de dicha ciencia.
Ahora bien, de acuerdo a esto cómo sería posible que la gente corriente pudiera conseguirlo, y cómo un defensor de la verdad podría hacérsela ver, puesto que no dan ni el primer paso hacia esos actos escrutadores e instructivos que habría que ejercer sobre el hombre-cadáver para aprender cuál es nuestra verdadera estructura, y menos aún hacia ninguna de esas operaciones quirúrgicas que son las únicas que pueden volver a poner sus miembros en buen estado, y devolver a su ser la facultad de conocer sus derechos y demostrarse a sí mismo todas las propiedades que lo constituyen.
No neguemos más entonces la diferencia esencial que hay entre las pruebas pasivas y las pruebas activas, y no transpongamos, como hacemos, el límite y la jurisdicción de sus diversas operaciones.

QUINTA PREGUNTA

¿Hay un medio de corregir los signos mal hechos, y de hacer que todas las ciencias sean igualmente susceptibles de ser demostradas?

Los párrafos precedentes han preparado de alguna manera la respuesta afirmativa; por tanto diremos que en rigor ese medio existe, pero que ni el Instituto, ni los doctores célebres en los sistemas recibidos se avendrían a él.
Porque ese medio consistiría en volver los ojos hacia la región donde los signos son fijos y perfectos, y pueden corregir todo, como los axiomas gobiernan nuestros cálculos y rectifican sus errores: y ellos no creen ni en esa región ni en esos signos.
Consistiría por último en creer que todas las ciencias son, en realidad, susceptibles de ser demostradas, pero no con una demostración igual, sino que cada ciencia tiene su género de demostración que le es propio; y ellos pretenderían que para todas las ciencias que son diferentes por su base, su marcha y su objeto, no hubiera sino una sola clase de demostración.
Desgraciadamente, querrían también en sus pretensiones que fueran las ciencias inferiores dependientes de la región mixta y no libre, las que sirvieron de modelo a las ciencias superiores del orden fijo y libre; mientras que correspondería a las ciencias superiores del orden fijo y libre servir de regulador a todo lo que tiene lugar en la región mixta y no libre, como se supone que mi mente sirve de regulador de todos los movimientos libres y no libres de mi ser.
Sin duda el Instituto, al desear la rectificación de los signos mal hechos, no tenía en vista sino la de nuestras definiciones y nuestras lenguas; porque después de los objetos naturales y fijos cuya manera de ser no está al alcance de nuestra manipulación, son los únicos signos sobre los cuales

pareciera que tenemos el derecho a ejercer nuestros poderes y nuestra inteligencia, en lo relativo a la perfección de nuestras ideas. Pero estos dos medios sufren los mismos inconvenientes que hemos anotado en el párrafo que trata de la segunda pregunta del Instituto.

En efecto, ¿cuál es la condición indispensable para que nuestras definiciones sean exactas? ¿No es acaso que tengamos una idea clara del objeto que queremos definir, o del axioma o proposición que queremos exponer? Ahora bien, ¿cómo tendremos esa idea clara, si no conocemos realmente el objeto que queremos definir, ni el axioma que queremos exponer, y no están sometidos a nuestra visión intelectual?

Por medio de una definición, si es justa, bien puedo provocar y despertar hasta cierto punto en un hombre la idea del objeto o de la verdad que quiero hacerle conocer. Pero si ese hombre estuviera librado a sí mismo, no sería por medio del estudio de las definiciones únicamente como llegaría al conocimiento perfecto de ese objeto o de esa verdad; tampoco yo habría llegado

de ese modo; y si nunca estuve muy cerca, me será imposible tener una idea clara, y menos aún transmitirla.

Así, el recurso de las definiciones supone de antemano, en aquellos que quisieran utilizarlas, el conocimiento preciso de lo que buscan obtener por medio de esas mismas definiciones; de tal modo, antes de apoyarse en las definiciones, se debería comenzar por ser muy moderado con ellas, hasta que hubiéramos logrado poder hacerlas exactas, aproximándonos más y naturalizándonos, por decirlo así, con las cosas que queremos definir. Por falta de esa precaución, las definiciones han perdido todo, excepto en las ciencias exactas; e incluso la razón por la que las definiciones no han perjudicado tanto las ciencias exactas es que estas no las necesitan como las demás ciencias, dado que se muestran o se definen a si mismas.

Lo que digo de las definiciones puedo decirlo de las lenguas, que no son más que un conjunto ordenado, y un juego de definiciones de toda especie, puesto que no existe la más mínima parte de nuestras oraciones que no sea la definición, o la exposición de un objeto cualquiera, de una acción, de una idea, una pasión, un efecto, etc.

En las cosas cotidianas y comunes que ocupan universalmente a los hombres, nuestras lenguas usuales son suficientes, y pueden perfeccionarse fácilmente según sus necesidades, porque aquí los objetos están continuamente a nuestro alcance, y al estar como naturalizados con ellos nos ofrecen definiciones precisas, siempre dispuestas a ser rectificadas por la presencia de esos mismos objetos.

Ahora bien, para que nuestras lenguas superiores, o las lenguas de las ciencias impalpables nos prestaran el mismo servicio, ¿no sería necesaria la misma condición? Y si nos mantenemos lejos de los objetos, por más aplicación que pongamos en cuidar las palabras con las que queremos describirlos, ¿podría esto anular la distancia?

Podemos asegurar decididamente que no. y estos son los motivos. Aunque la mayoría de nuestras lenguas, y sobre todo la nuestra, haya alcanzado a nuestro parecer un grado de perfección que le da la primacía sobre tantas otras, todavía nos vemos reducidos a buscar en esa misma lengua la forma de

perfeccionar nuestras ideas. Pero por rica que sea nuestra lengua, no lo será lo suficiente para permitirnos alcanzar el objetivo que perseguimos en tanto no nos dirijamos nosotros mismos hasta la región de las cosas que queremos confiar a sus pinceles.

Sin elevarnos por fuera del alcance del vulgo, podemos juzgar esta verdad por los diversos efectos que vemos que produce nuestra lengua, según las

diferentes plumas que la manejen. Cuanto más dotados de espíritu y genio están los escritores, más desarrollan sus recursos y sus medios; y decrece con los espíritus nulos e impotentes. Hasta tal punto esto es verdad que, como hemos dicho en otra parte, la inteligencia dirige las lenguas, y en absoluto las lenguas dirigen la inteligencia; hasta tal punto es verdad, por fin, que la verdadera riqueza de las lenguas consiste menos en la abundancia de sus signos que en el arte de emplearlos con gusto y con una profunda e inteligente sensibilidad, para beneficio universal de todos aquellos con quienes nos comunicamos.
Por consiguiente, no hay otro medio de hacer que todas las ciencias sean igualmente susceptibles de ser demostradas que siguiendo a cada una en su clase y en sus leyes que le son propias; lo mismo que no hay otro medio de corregir los signos mal hechos que acercándolos al objeto que pretendemos hacerles representar, o bien a la fuente que los genera.

De la riqueza y la pobreza de las lenguas

Ya no podemos dudar de que hemos cometido una enorme equivocación cuando hemos llamado ricas a las lenguas que nos ofrecen una mayor cantidad de signos y expresiones que las demás; mientras que este título sólo habría debido otorgarse a aquéllas que hubieran sido ricas en ideas verdaderas, en inteligencia y en discernimiento, es decir, sobre todo en medios para apropiarse de todas las dimensiones y todas las necesidades reales de la mente humana. Cosas que, contándose entre las propiedades del espíritu, confirmarían igualmente cuanto hemos dicho a favor de la síntesis.
Por otra parte, ¿cómo nos las hemos ingeniado para procuramos esta falsa riqueza? Sin embargo, aunque hubiésemos estado en pleno usufructo de esas ideas perfectas, a las que el Instituto procura hacernos llegar por el único expediente de la rectificación del lenguaje, habría sido ir más allá de nuestras fuerzas querer cargar nuestra memoria con tantos signos perfectos como ideas perfectas hubiéramos tenido.
Sobre todo habría sido ir más allá de nuestras fuerzas querer hacer marchar juntas la lentitud de nuestras lenguas y la rapidez de nuestros pensamientos, puesto que ninguna lengua pronunciada, y ciertamente menos aún ninguna escritura podría seguir ese torrente impetuoso que mana continuamente de nuestra inteligencia; reflexión que puede hacer abrir los ojos a las bellas almas sobre el triste estado del hombre en este mundo, donde aunque no esté en el país de las ideas, sin embargo la dimensión de las que pueden desarrollarse en él supera tan a menudo la dimensión de sus signos que no le queda otro recurso que el silencio.
¿Cómo obviar no obstante este inconveniente siguiendo el camino que nos indican? ¿Y acaso el Instituto no nos expone voluntaria e inútilmente a esta invencible dificultad, puesto que si hace depender de la perfección de nuestros signos la perfección de nuestras ideas, sería preciso que primeramente estuviéramos provistos de todos esos signos perfectos antes de pensar en tener ideas que fuesen admisibles?
¿Pero qué ha de pasar, entonces, cuando en vez de ir a extraer de la fuente esas ideas perfectas que procuramos formar por medio de nuestros signos, las extraemos de una fuente inferior y de nociones imperfectas, cuyas porciones separamos y consagramos en los términos de nuestras lenguas, y llamamos a eso enriquecerlas? No hay nadie que esté en condiciones de concebir las consecuencias de este desastroso proceder, ni de responder a esta pregunta.
Sería pues un abuso pretender que nuestras lenguas facticias, desprovistas

de su móvil fundamental, se volvieran lo suficientemente ricas como para proporcionar tantos signos como ideas proporciona nuestro espíritu; y esta riqueza pronto se nos
haría funesta.
Si hay un lugar donde las lenguas sean suficientes para nuestras ideas, no puede ser dentro de los estrechos límites en que habitamos, donde aparece como una ley constitutiva que todo espíritu se esfuerce. En una región donde existiera semejante lengua, sin duda sería necesario que las lenguas procedieran conjuntamente con la idea, a fin de que ninguna de nuestras facultades se viera entorpecida; y es esta necesidad radical mal encarada la que atormenta a nuestros sabios de Francia, como atormentó a la China, y, como ella, terminarán siendo infaliblemente sus víctimas.
En efecto, nuestras lenguas más célebres y respetadas están muy lejos de esa perfección de nuestro espíritu requiere a cada instante; porque las ideas de los pueblos, que han aumentado sin poder hacer que sus lenguas aumenten en la misma relación, han sido como la sed de Tántalo, que iba siempre en aumento sin que el agua se acercará más a su boca; porque al fin y al cabo nuestro espíritu actúa siempre, y nuestras lenguas se rezagan, o, sucumbiendo al peso del tiempo, desaparecen y son arrastradas con el genio móvil de las naciones.
Por otra parte la idea, que no ha encontrado ahí su alimento, a menudo se ha detenido, en tanto que las lenguas facticias procedían; y estos son los frutos de las obras del hombre.
En las lenguas antiguas, que algunos consideran primitivas, frecuentemente las mismas palabras están asociadas a cantidad de ideas diferentes, y esto se ha tomado como un indicador de su pobreza. Pero para decidir la cuestión, sería preciso comparar las diversas ideas que esas palabras contenían, con las ideas que la civilización y el presunto perfeccionamiento han introducido en nuestras lenguas modernas.
Tal vez una sola de esas ideas antiguas hiciera palidecer todas las invenciones fastuosas de nuestra futilidad y nuestra nada, de que nuestras lenguas están inundadas.
Tal vez halláramos que hemos cambiado unas ideas sublimes, imponentes y soberanamente majestuosas por una infinidad de ideas de menor valor, que hemos debilitado aún más apartándolas de su hogar, y que sólo han adquirido brillo a expensas de su peso.
Tal vez halláramos que esas lenguas primitivas estaban más cerca que las nuestras del verdadero origen de las lenguas, que es diferente del que los doctores nos han enseñado, al tomarlo tan sólo de la naturaleza en bruto de los salvajes.
Tal vez por esta razón esas lenguas primitivas estaban en mejores condiciones para participar de todas las propiedades de su fuente, y proveer luego a todas las necesidades de nuestro espíritu; eran más bien lenguas de acción y afección que lenguas de meditación; eran más bien habladas que escritas, y por esa actividad viva tenían una fuerza y una superioridad que pertenecerá siempre a la palabra con preferencia sobre la escritura; porque por estos medios debían hacer salir de sí mismas el calor y la vida de nuestras frías especulaciones ya no saben expresar de nuestros espíritus ni de nuestras lenguas, y que buscamos reemplazar con el lujo de nuestro estilo.
Por esto, cuanto más se han alejado los hombres de la verdadera fuente de las lenguas, y de los grandes medios de reacción de su espíritu, más se han visto obligados a recurrir a epítetos y circunlocuciones para hacernos entender el sentido de las palabras que empleaban y que dichas palabras ya no nos presentaban con suficiente claridad. Finalmente, es por esto que

cuanto más se entregaban los hombres a las ilusiones de nuestra región inferior, más abundaban en ornamentos tan frecuentemente superfluos, a fin de deslumbrarnos con esa pompa e impedir que percibiéramos cuan lejos estaban de la verdad. ¡Y al respecto podemos ver hasta dónde la poesía y la elocuencia han llevado su industriosa intemperancia, y al mismo tiempo cómo han estado sometidos a la mentira!
Reconozcámoslo entonces aquí sin temor a engañarnos. Si es verdad que nuestro espíritu actúa siempre, y que nuestras lenguas se rezagan, como hemos visto más arriba, es igualmente cierto que nuestras lenguas han actuado y nuestros espíritus se han rezagado, o no han subido hacia la región de las ideas sanas que estaban encargadas de descubrir y dar a conocer; que por el contrario, se han arrojado a la región de las ideas opuestas, o mas bien se han dejado arrastrar a ella por nuestras lenguas, que se han visto obligadas a adoptar una infinitad de formas para dar satisfacción a la multiplicidad de esas confusiones, en vez de la unidad, la claridad y la pureza que habrían tenido si nuestros espíritus las hubieran conducido a la región simple; que de este modo, cuanto más fecundas en ornamentos artificiales se han vuelto nuestras lenguas, al precipitarse en la corriente, más medios han tenido para desarrollar los errores y los vicios de los hombres, sin aportar demasiado a la verdadera nutrición de nuestra mente; y que así, cuanto más ricas nos parecía que se volvían, era cuando más pobres se hacían realmente.
Porque el verdadero objetivo de la riqueza de una lengua es poder despertar las luces y las virtudes superiores en aquellos que nos escuchan. Ahora bien, como las lenguas son instrumentos pasivos, si queremos que gocen de ese sublime privilegio en nuestras manos es preciso que quien las habla comience por enriquecerse en esas mismas luces y virtudes superiores que nuestras lenguas deberían comunicar.
Y aquí en particular, es necesario abstenerse de tomar unas sensaciones por unas ideas, y toda clase de ideas por luces y verdades.
Tampoco hay que creer que las lenguas salvajes, que están desprovistas de los falsos ornamentos de las nuestras, estén por ello más cerca de esa riqueza verdadera de que hablamos; casi no son más que lenguas animales, están hundidas en el limo del torrente, y se elevan aún menos que las nuestras hasta las fecundas regiones de la inteligencia.
Estas son las bases a las que era preciso recurrir para decidir con exactitud sobre la riqueza y la pobreza de las lenguas.

La idea debe tener un término. ¿Cuál es ese término?

Hemos observado anteriormente que ningún signo terminaba en sí mismo, y que todos procedían hacia el objetivo adonde debía dirigirse.
Pero también hemos dicho que la idea misma era un signo. Porque la idea es una nube oscura de donde esperamos surja el relámpago, o una chispa de la que esperamos un incendio. Ahora bien, si la idea es un signo, entonces no debe terminar en sí misma más que los otros signos, y necesita proceder hacia el objetivo adonde dirigirse. Y este es el paso importante que le faltaba dar a la idea para completar el breve ensayo que no ocupa.
220
En efecto, es verdad que el término de la idea no es un simple cuadro, como lo es la idea misma; es algo más substancioso, es una vida más penetrante, en fin, es un goce, un sentimiento o un afecto que llena toda nuestra existencia, mientras que la idea parece ocupar tan sólo nuestro

entendimiento, y no ofrecernos satisfacción más que para lo porvenir. Para finalizar, es como un proyecto que yo concibiera de levantar un edificio, y que sólo terminaría cuando disfrutara plenamente de mi habitación.
Sí, la idea no es más que un cuadro mixto de claridades y tinieblas, una especie de pequeño caos en el cual asoma la luz y ocasiona un afecto superior a la idea misma, tal como los objetos naturales desarrollan en nosotros unas impresiones que nos embelesan más que la visión de esos mismos objetos, y como las sensaciones desarrollan en nosotros una idea de la cual deben dejar lugar a su vez.
Ese goce, ese sentimiento, ese afecto que es el término de la idea, y que la idea nos hace alcanzar, sólo tiene lugar porque por medio del órgano de la idea llegamos hasta una región nueva, completa, calma, luminosa, que devuelve la tranquilidad a todas nuestras facultades, que nos parece dulce tras el laborioso trabajo de nuestra mente, que se armonizaría con nosotros como si fuera análogo a nosotros, y que no sólo atrae nuestra admiración por los tesoros que descubre ante nuestro espíritu, sino que también nos hace sentir por ello el interés más atractivo al identificarse, por decirlo así, con nosotros, y llenarnos de una viva felicidad cuyo sentimiento sólo ella puede darnos, porque sólo ella es su principio, en fin, porque nos acerca a lo que podemos llamar la impresión madre.
Porque sin duda también hay una impresión madre, como hemos visto que había una idea madre; y lo mismo que sin esa idea madre no tendríamos ninguna idea, sin esa impresión madre no tendríamos ninguna impresión; dado que si no hubiera un deseo primordial que se generara a sí mismo, llenándolo todo, penetrando por todas partes, nada se amaría, nada se atraería. Ahora bien, es una verdad que todos los hombres se ocupan de esa impresión madre, ya negándola, ya fingiendo estar unidos a ella cuando no saben elevarse hasta ella, como que también se ocupan de todos los diversos sentidos de esa idea madre, en la cual se retrata la impresión madre y de la cual continuamente hace de signo.
Reconozcámoslo también aquí; sólo cuando la idea nos conduce a esa región adquirimos el conocimiento de lo sublime tan buscado por los escritores; sí, lo sublime del afecto es el verdadero término de la idea. A este objetivo a la vez vasto, substancial y arrobador conducirían todas las ideas del hombre, si las vigilara lo suficiente para conservarles su verdadera dirección; y así como si no pervirtiéramos diariamente nuestras impresiones sensibles no tendríamos más que ideas sanas, así. si tuviéramos la prudencia de no dejar falsificar nuestras ideas, o de no falsificarlas nosotros mismos, sólo tendríamos impresiones profundas y substanciosas. De manera que no habría una sola facultad de nuestro ser que no fuera satisfecha, tanto más cuanto que en nosotros esa región de lo sublime de los afectos tiene su lengua propia, como la región de las ideas sanas y puras tienen la suya; y que dadas su categoría y su superioridad, pronto reinaría sobre la lengua misma de nuestras ideas, así como sobre todos los movimientos de nuestro ser.
Si no gobernamos bastante bien nuestras ideas como para llegar a ese objetivo consolador, nuestras desviaciones no hablan menos en favor del principio que dice que el término de nuestras ideas es un goce y un afecto, ya sea loable, ya sea reprobable, y que nunca podemos considerar a la idea misma como sirviendo de término a la idea, puesto que el signo no termina de este modo.
¿Pero por qué el goce y el afecto son el término de la idea, y parecen cerrar al mismo tiempo el círculo de todas las operaciones de nuestro espíritu? Porque la idea no es sino el signo y la expresión del "deseo", tal como los hemos dicho precedentemente; y como tal, debe conducirnos a su término

que ha de ser análogo y de la misma naturaleza que su principio; porque siendo su principio el "deseo", su término debe ser tanto más vasto y más interesante cuanto que es como la consumación y la posesión de todo lo que estaba concentrado y comprimido en la violencia del "deseo".
¿Por qué, al mismo tiempo, los goces más sublimes y los afectos más elevados son los que más nos embelesan, y por qué tienen para nosotros un encanto imponderable? Porque sólo el "deseo" puro y el afecto verdadero generan, y el espíritu que está vivo no puede ser dichoso sin generar frutos de su clase.
La luz del sol me hace ver claramente toda la producción que el calor de ese astro ha hecho germinar sobre la tierra; pero si no elevara mi inteligencia hasta ese foco de calor, para que luego yo pudiera emplear todas sus propiedades en mi provecho y en provecho de mis semejantes, no habría cumplido la mitad de su tarea en lo que a mí respecta.
Ahora bien, a esta obra eminente podría aspirar el hombre, preparándose a través de todos los grados de la progresión analítica o ascendente de los signos que hemos recorrido: porque allí encontraría la región sublime de la impresión madre o del "deseo" primordial, con la lengua que le es propia; y entonces recuperaría la progresión sintética y descendiente para la cual esta hecho por los derechos originales de su naturaleza primitiva, y por la cual influiría a su vez de una manera activa y fecundada de las ideas, en todas las leyes regulares de su ser sensible, y como hemos dicho, en el conocimiento, el empleo y la dirección de los propios signos naturales: cosas éstas cuya marcha jamás rectificaremos en tanto no hayamos llegado hasta esa impresión madre y generadora, única que puede servirles a la vez de término y de regulador.
Pero como hay pocos hombres que dirigen su vista hacia este verdadero objetivo, no debemos asombrarnos de que el espíritu del hombre, que diariamente hace tantas alianzas contra natura, parezca frecuentemente estéril o no ofrezca más que frutos salvajes y monstruosos, que de ningún modo pueden transmitir la vida.

CONCLUSIÓN

Según lo que acabamos de ver en este breve ensayo, se desprende que el signo, en última instancia, deriva del "deseo"; que el hombre sólo puede ejercer completamente el comercio de los signos con seres inteligentes; que no puede prescindir de los signos para el desarrollo de sus ideas, ya sea en la progresión descendente, ya sea en la progresión ascendente; que esos signos son el fruto de la idea, que la estimulan, pero no la crean; que en manos del hombre esos signos lo han confundido más de lo que le han servido; que aunque la ayuda de los signos transmitidos por el hombre le resulte necesaria para el desarrollo de sus ideas usuales, es preciso que haya signos más fijos que los suyos y que no dependan para nada de su convención; que por consiguiente el hombre, separado de los hombres, no debería considerarse desde este punto de vista como totalmente abandonado; que todo el dominio de las ideas debe pasar por el espíritu del hombre, como todos los gérmenes deben pasar por el seno de la tierra; que todo está dividido en el universo, y que de ningún modo estábamos en el país de las ideas; que la síntesis es la marcha de la naturaleza y sería igualmente la nuestra si no estuviéramos envilecidos; que el análisis no es en sí mismo más que una síntesis parcial; que hay una idea madre, sin la cual no tendríamos ninguna idea; que los signos fijos que pertenecen a esa idea madre no son perfectos sino porque la idea madre que los genera es ella misma perfecta; que así, siguiendo su ejemplo, antes de trabajar en la

rectificación de nuestros signos, habría que trabajar en la rectificación de nuestras ideas; que nuestro juicio es el "sensorio" de la divinidad y el depositario de sus archivos; que la claridad de nuestras ciencias exactas no debe atribuirse a nuestros signos convencionales sino a los signos fundamentales o a los principios que siempre las acompañan; que nuestras ciencias sujetas a discusión tendrían la misma ventaja, si nos remontáramos a los signos fundamentales que les son propios; que siendo las ciencias diferentes, cada una tiene una especie particular de demostración; que nuestras lenguas no deberían tener otro objeto que exponernos las propiedades de la idea madre; que efectivamente todas ellas se ocupan de esto, pero en sentido inverso; que por ello se han vuelto realmente pobres, aunque las hayamos llamado ricas; que como hay una idea madre, también hay una impresión madre, y que éste es el último resultado al que pueden y deben llegar todas las operaciones de nuestro espíritu; que al alejarnos de todos estos antecedentes sublimes, y someter, como hace el Instituto, la formación de nuestras ideas al perfeccionamiento de nuestras lenguas o de nuestros signos, nos reducimos a unos recursos tan estrechos que pocas cosas podemos esperar de ellos; que la fuente generadora da el germen de la idea, y que el hombre debe darle la corporización; que la influencia de los signos sobre las ideas no es sino pasiva y de reacción, que la de las ideas sobre los signos es activa y generadora; que los secretos que el Instituto solicita, y que le serán comunicados en lo relativo al perfeccionamiento de los signos, no nos conducirán en absoluto al término, es decir a lo sublime de la impresión reguladora a la cual deberían tender todos los pensamientos de la universalidad de los hombres, pero tampoco nos conducirían al medio principal que sería aquí el perfeccionamiento de nuestras ideas; que si ese perfeccionamiento de los signos convencionales, que parece ser el único objetivo del Instituto, pudiera tener lugar, produciría la aniquilación del medio principal que es el perfeccionamiento de nuestras ideas, y la aniquilación del término que es lo sublime del afecto, puesto que se apoderaría de ambos, y ambos sólo pueden subsistir al aire libre; por último, que éstos son los servicios que nos prestarían las ciencias humanas, si su propia ceguera no las detuviera en su curso y no las hiciera ir diametralmente en contra del fin que se proponen.

CANTO 71
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. CÁTEDRA DE SILENCIO

"Buscando siempre mi calle de los Singes y la casa del Hierofante, llegué a una plaza aislada y circular en medio de la cual descubrí un edificio cuadrado cuyo letrero decía: Curso de silencio. Este título excitó mi curiosidad, y entre. Hallé a una cantidad de personas de ambos sexos sentadas, y en medio a un profesor de pie. No vi ninguna palabra en el aire; entonces busqué por todas partes algún papel o algún libro para ponerme al tanto de las materias que el profesor trataba en su círculo. No encontré nada, y pronto descubrí la razón.

Como Harpócrates, el profesor tenía el primer dedo de su mano derecha apoyado sobre la boca, lo que me indicaba que efectivamente sólo profesaba el silencio, y que no hablaba más que sus discípulos, ofreciendo así el ejemplo como precepto.

Tras haber reflexionado unos instantes sobre esa singularidad, estaba a punto de marcharme, ya que allí no podía leer nada, ni en
225
los papeles ni el aire. Pero en el momento en que iba a retirarme comencé a ver ciertas cosas extraordinarias que llamaron mi atención. Cuanto más las

miraba, más se desarrollaban y se hacían vivas ante mis ojos; de manera que pronto vi la habitación llena de esos prodigios inauditos hasta entonces para mí, y sobre los cuales la mirada de los asistentes estaba fija hasta tal punto que seguramente el sueño no tenía acceso a esa sublime escuela, como ocurre tan a menudo en los auditorios donde se habla.
Estos prodigios abrieron nuevamente mi espíritu a unos conocimientos de los que los discursos de los eruditos, y las lecciones de todos los profesores que había escuchado no me habían dejado suponer jamás el menor indicio, porque me enseñaban en realidad unos principios y verdades activos, que esos discursos y esas lecciones científicas en cambio parecen haber desterrado del entendimiento. Por tanto aprendí a evaluar al mismo tiempo el precio de esas enseñanzas abusivas y engañosas.
No os referiré aquí cuáles son esas maravillas y esos conocimientos, porque para ello sería necesario hablar, y como no las aprendí sino a través del silencio, creo igualmente que sólo con el silencio podéis aprenderlas.
Creo que si los hombres, en lugar de entregarse a la profusión de sus palabras como hacen todos los días, se entregaran esmeradamente a ese silencio que ha sido tan instructivo para mí, se verían rodeados naturalmente de los mismos prodigios; creo finalmente que si no hablaran, expresarían entonces las cosas más magníficas del mundo; y si las naciones quisieran promover el reino de las ciencias y las luces, creo que en lugar de todos esos cursos científicos que acumulan, deberían establecer únicamente cátedras de silencio por todas partes.
Porque ahora estoy seguro de que las harpócratas no eran, como tanta gente ha dicho, un subterfugio sacerdotal que tuviera por objeto impedir que, por ser unos hombres, anunciaran las divinidades mitológicas y los ídolos; la fuente de la que derivan es infinitamente más profunda.
Pronto me encontré tal colmado por lo que veía que, poco familiarizado todavía con esos prodigios me vi obligado a ponerles término. Salí fortalecido en todo mi ser por los encantos incomprensibles de esa nueva existencia, proponiéndome regresar muy pronto a aquélla escuela, y me puse nuevamente en marcha para buscar mi calle de los Singes sin prestar demasiada atención a lo que encontraba, como saltimbanquis, entierros, coches, tiendas de toda clase y otras cosas que se ven en todas las grandes ciudades, con la diferencia de que en lugar de escuchar las palabras me veía obligado a leerlas, y la atmósfera estaba sembrada de ellas".

CANTO 72
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. UN PREDICADOR EN UN TEMPLO

"A bastante distancia del lugar que acababa de dejar descubrí un edificio grande, oblongo, que tenía la apariencia de un templo. Me acerqué, vi por el letrero que en efecto era un templo, y que estaba dedicado a la Verdad. Entré y halle gran cantidad de gente reunida que parecía escuchar a un hombre sentado en un pulpito, que les hablaba. Pude leer cómodamente todas las palabras de su discurso, porque como era el único que hablaba éstas se habían conservado de una manera muy clara, y puedo decir que ese discurso encerraba todo lo más puro y más imponente que la sabia filosofía del Pórtico y del Pireo haya enseñado jamás, en cuanto a la severidad de los principios y la santidad de la doctrina.
Pero, sorprende que, independientemente de esas palabras visibles que habían salido de la boca del orador, veía otras como para que pudiera leerlas y discernirlas; eran como gérmenes de palabras, algunos de los cuales estaban totalmente desarrollados, otros a medias, otros sólo un

tercio. Lo que me confundió y me llenó de indignación fue ver que esas palabras que veía en el interior del orador tenían un sentido absolutamente opuesto al de las que habían salido de su boca; cuanto más sensatas, sabias y edificantes eran éstas, más impías, extravagantes y blasfematorias eran las otras, de manera que ya no dudé de que aquél orador las había impuesto audazmente a su auditorio, sin que creyera una palabra de cuanto había declarado. (Es como entre nosotros, dirán los asistentes; Palabras de afuera, palabras de adentro Entre los predicadores es algo bastante común, Y dos lenguas les son mucho más cómodas que una).

Me preguntaréis, tal vez, cómo pude discernir esas palabras internas del orador, mientras que no había hecho la misma observación en las otras personas cuyas palabras había observado. Yo mismo tuve grandes dificultades para caer en la cuenta; sin embargo, terminé por explicármelo, según me parece, con bastante claridad.

Como ese orador trataba de temas santos y divinos, y los trataba públicamente, era preciso que pusiera todas sus fuerzas no sólo en no escandalizar a su gente, sino también en instruirla; por otra parte, como esos mismos esfuerzos contrariaban sus sentimientos interiores, redoblaba igualmente sus esfuerzos adentro para equilibrar lo que estaba obligado a proclamar en voz alta; y eran esos esfuerzos secretos los que al dar a sus pensamientos sacrilegios un mayor grado de fermentación, daban al mismo tiempo a las palabras internas que nacían de ellos una forma más determinada y un carácter más marcado.

Quizá también esos mismos esfuerzos, externos o internos, que el orador había realizado eran lo bastante violentos como para haber actuado sobre su física y haber vuelto su cuerpo más delgado, más transparente y más diáfano que los cuerpos de las otras personas que ya había visto y que no eran tan criminales como él; porque efectivamente no tenían más que la piel sobre los huesos."

CANTO 73
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. DOBLE CORRIENTE DE PALABRAS

"Mi asombro se acrecentó aún, de una manera que os sor-prendera a vosotros mismos cuando os diga que no solamente veía así en el interior del orador unas palabras opuestas a las que salían de su boca, sino que a fuerza de examinarlo atentamente observé también que de su corazón salía como una corriente de esas mismas palabras impías y sacrílegas.

Esa corriente era de un color oscuro y bronceado; era doble, es decir que había una que entraba y otra que salía, y el corazón del orador era a la vez como el foco y el término de esa doble corriente: esos efluvios se sucedían con rapidez y se extendían por el templo, e incluso más allá porque pasaban por la gran puerta de entrada, pero como yo los veía entrar también por esa misma puerta presumí que debía de haber un segundo foco en el otro extremo de esa corriente, y resolví buscarlo inmediatamente, siguiendo las huellas harto sensibles de ese extraordinario fenómeno.

Recorrí entonces, no sin sufrir, esa larga cadena de palabras impías que salían del corazón del orador; aparté la vista de cualquier otro objeto, tantas eran mis ganas de satisfacer mi curiosidad. El hambre comenzaba a inquietarme un poco, es verdad, dado que me habían sido devueltas mis facultades corporales, pero el deseo de lograr mi objetivo me acuciaba aún más; y luego, las promesas de la extraordinaria mujer que había visto antes de ser tragado sostenían mi ánimo en la esperanza de que no estaríamos separados para siempre.

Al salir de la gran puerta del templo vi que esa corriente infecta giraba a la izquierda por una gran calle, al final de la cual se hallaba una plaza elíptica bastante amplia; la cruzada por el medio, y de allí entraba en una callejuela sombría, sucia, mal alineada y fastidiosamente larga; al final de esta calle, entraba en otra que me pareció aún más desagradable, sucia y tortuosa.
Pero esta repugnancia fue amortiguada en parte por la alegría y la esperanza de encontrar lo que con tanto ahínco deseaba; porque por fin al mirar el letrero de aquella miserable calle vi que se llamaba la calle de los Singes; y no había pasado aún veinte casas de esa calle cuando la doble corriente de palabras que me había conducido hasta allí entró en una puerta sobre la cual vi escrito: el Hierofante.
Haceos una idea de mi satisfacción. No dudé en absoluto de que ese hierofante fuera el mismo personaje del que las palabras del médico moribundo me habían dado ciertos indicios, ni de que fuera el mismo que acababa de ver predicando en el templo".

CANTO 74
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. LA CASA DEL HIEROFANTE

"Entré precipitadamente en aquel portal; siempre a la luz sombría de la doble corriente atravesé un pequeño pasillo oscuro al fondo del cual se hallaba una escalera, una parte de la cual subía a los apartamentos superiores; pero la otra, recubierta tan sólo por un trampa, descendía a un sótano, adonde llegué tras haber bajado cincuenta escalones.
Allí encontré un gran espacio de forma pentagonal. Catorce personas estaban sentadas alrededor en asientos de hierro, cada uno de los cuales tenía encima de su cabeza un nombre escrito que indicaba su función y su empleo en aquella asamblea. En el fondo del sótano, y sobre una tarima elevada de dos grados, había otro asiento de hierro más amplio que los demás y mejor trabajado, pero vacío; y por encima de ese asiento estaba escrito en grandes letras: el Hierofante. Tuve entonces la plena convicción de que había hallado lo que constituía el objeto de mis investigaciones.
Independientemente de la corriente de palabras que me había conducido hasta aquel sótano, y que tenía precisamente como segundo centro el sillón del hierofante, había unas corrientes similares que iban desde el sillón del hierofante hasta la boca de cada uno de los catorce asistentes, y retornaba de sus bocas al sillón; por lo que juzgué que el hierofante era como el alma de sus palabras, y ellos tan sólo los órganos e instrumentos.
En medio de la habitación había una gran mesa de hierro de forma pentagonal como el sótano, y sobre ella una especie de farol de papel transparente, igualmente pentagonal, cuyos lados se correspondían con los de la mesa y los de la habitación. En el centro de aquel farol había una piedra oscura, pero brillante, que dejaba ver a cada asistente palabras y frases enteras escritas sobre los lados del papel que le correspondían, y esas frases
coincidían con las palabras que había leído en el interior del hierofante.
Delante de su sillón había otra mesa ovalada, también de hierro, y sobre ella dos monos de hierro cada uno de los cuales tenía en cada pata y en el cuello una cadena de hierro clavada a la mesa, lo que hacía que hubiera diez cadenas; delante de esos dos monos de hierro había un grueso libro cuyas hojas también eran de hierro, y que yo podía mover y leer a mi antojo.
Allí leí claramente los tratados hechos entre diferentes emisarios de los doctores esotéricos y varios conquistadores de la tierra, y las horribles condiciones bajo las cuales les entregaban las naciones de este mundo. Leí

el que uno de esos emisarios había hecho con el propio hierofante, los abominables medios que ese emisario había puesto en su poder, y las promesas que le habían sido hechas si se acomodaba a sus planes. Pero también leí fuertes imprecaciones contra Ferecides quien había puesto enormes obstáculos a las empresas de ese hierofante, e impedido que unas cuantas personas tomaran parte en ellas.
Leí allí que esas empresas tenían por objetivo aniquilar el orden de todas las cosas, y establecer en su lugar un orden ficticio que no fuera sino una falsa apariencia de la verdad. Se debían trastocar todos los cálculos conocidos desde entonces con el nombre de cálculos de Pitágoras, y confundirlos hasta tal punto que el espíritu más simple y mejor conservado jamás pudiera volver a encontrar su rastro.
Por esa misma ley, se debían reducir todos los reinos de la naturaleza y del espíritu a un solo reino; todas las substancias, elementales y espirituales, a una sola sustancia; todas las acciones visibles u ocultas de los seres a una sola acción; todas las cualidades buenas o malas, vivas o muertas, a una sola cualidad; y ese único reino, esa única sustancia, esa única acción, esa única propiedad debían residir en ese jefe de la asamblea, o en ese hierofante que pronto iba a lanzar orgullo-sámente al mundo esta doctrina y exigir como recompensa, en vida, los honores de la apoteosis y su divinización, excluyendo a cualquier otro Dios. No puedo pensar sin estremecerme en el horror que esta lectura me ocasionó.
A continuación leí en ese mismo libro la historia de nuestra penuria actual; pero leí también la reseña de un hombre santo y respetable que debía destruir todos los proyectos de nuestros enemigos, y que parecía ser, para el hierofante mismo, uno de los adversarios más temibles: deseé entonces ardientemente el nombre de ese hombre respetable que ahora nos es conocido; y por ello no sólo por curiosidad, sino también en interés de Francia y por la necesidad que tenía de llenar mi espíritu de esperanzas en la salvación de mi país; aunque a decir verdad, hallándome en un lugar sólo ocupado por la muerte y que no me ofrecía ninguna salida, sin las promesas que guardaba en mi corazón jamás habría podido confiar en compartir en un futuro la suerte feliz o desdichada de mi patria".

CANTO 75
CONTINUACIÓN DE LA DESCRIPCIÓN DE ATALANTA. FINAL TRÁGICO DEL HIEROFANTE

"Este deseo se apoderó hasta tal punto de mí que se convirtió como en un fuego ardiente en mi seno. Pero pronto ese fuego no pudo contenerse más en mí, y de él salió una luz de una blancura deslumbrante en medio de la cual vi claramente el nombre de Eleazar, por tres veces consecutivas.
Mi alegría fue igual a mi sorpresa al ver semejante fenómeno; pero dicho fenómeno produjo otro tan pavoroso extraordinario que si hubiera durado más tiempo no habría podido resistir el espectáculo.
Sabed pues que en el instante en que el nombre de Eleazar se manifestó de este modo en el recinto subterráneo, los catorce hombres que estaban sentados en los asientos de hierro recobraron la vida, haciendo unas muecas y contorsiones espantosas; sabed que las corrientes particulares que los unían al sillón del hierofante se desprendieron del sillón y volvieron a entrar en esos catorce hombres, lo que pareció volver su estado aún mas violento; sabed que los dos monos de hierro que estaban encadenados a la mesa pequeña quedaron sueltos al instante; que adquirieron vida e inmediatamente engendró cada uno otros seis monos vivos como ellos; que esos catorce monos se arrojaron como gavilanes, cada cual sobre uno de los

catorce hombres, y los devoraron a todos.
Sabed que el mismísimo hierofante, por una violenta a-tracción, fue llevado en un abrir y cerrar de ojos desde el templo hasta su sillón, donde me pareció era atormentado él sólo más que los otros catorce juntos; sabed que los catorce monos se precipitaron inmediatamente sobre él y lo devoraron tras haberle arrancado los ojos; sabed que los catorce monos, después de haberse comido a todo el mundo, terminaron por comerse los unos a los otros, sin que quedara vestigio alguno ante mis ojos ni pudiera saber qué había sido de ellos.
Sabed que todos estos acontecimientos ocurrieron con una velocidad semejante a la del pensamiento.
Sabed por último que se produjo un terremoto tan violento que parecía que todo iba a desplomarse sobre mí. Pero en medio de esas escenas tan aterradoras una mano invisible se apoderó de mí, y sin dejarme ningún uso de mis facultades me transportó no se por dónde, ni con qué medios, hasta esa alcantarilla de la calle Montmartre, donde sabéis he aterrizado".

CANTO 76
PREPARATIVOS HOSTILES CONTRA LA CAPITAL Y CONTRA ELEAZAR

La conversación que mantuvieron Rachel y Ourdeck, después que ella le hubo mostrado el escrito del psicógrafo, no fue larga. Pronto percibieron a Eleazar y a Sedir, pues la atmósfera que los rodeaba acababa de disiparse y tenían urgencia por reunirse con ellos. Pero el momento de la gran catástrofe se aproximaba, y los enemigos de la verdad habrían perdido demasiado en una reunión semejante como para oponerse a ella con todas sus fuerzas, tal como habían hecho anteriormente.
Esos enemigos secretos, que ya habían hecho jugadas tan crueles al auditorio, se preparaban para verter la copa entera de su veneno sobre la capital, de modo de obtener la venganza más espléndida por los golpes que Eleazar les había dado. Ya no venían en calidad de genios deliberantes, como en la asamblea del cabo de Hornos, sino que se reunían como guerreros furiosos, de todas las partes del mundo, y se ponían en marcha como esas nubes de langostas que en ciertos países asolan comarcas enteras.
Querían despojar a los habitantes hambrientos de cualquier esperanza. Querían hacer que su suplicio fuera espantoso, secando de una vez la fuente de donde esos buenos parisinos habían obtenido algún alivio pasajero; por último, era la vida misma de Eleazar hacía donde se dirigían todos sus esfuerzos, no dudando de que si podían lograr que pereciera la capital estaría perdida inmediatamente y para siempre.
Pero para que sus ataques fueran más seguros no querían intentar hacer saltar su casa y quemarla, tarea que el hombre grande y seco ya había acometido inútilmente. Querían atacarlo cuerpo a cuerpos con sus agentes más decididos.
Así es como, estimado lector, en otro tiempo Clément
vino a abreviar los días del último de los Valois;
Los Guise, en su impaciencia, confiaban en convertirse
Al instante en los amos de Francia.

CANTO 77
REUNIÓN DE LOS GENIOS AÉREOS TRES DE ELLOS TRANSFORMADOS EN SOLDADOS

Entonces se vio que en el aire se formaban unos cúmulos enormes de nubes

grisáceas, que no parecían estar formadas por un solo viento, ni dirigirse hacia un mismo lado, como ocurre de ordinario, sino que venían desde todos los puntos del horizonte y se extendían por todo París con una velocidad increíble. Oriente, occidente, el norte, el sur, cada cual abría sus cavernas nebulosas, y enviaban sus ejércitos aéreos sobre la capital.
En un instante el cielo se cubrió de un velo espeso y oscuro. Se formó la tormenta, brillaban los relámpagos, el trueno rugía; torrentes de lluvia y granizo caían sobre los parisinos y los obligaban a refugiarse en sus casas. Era el momento que los enemigos aéreos habían escogido para poner fin a su empresa.
Tres de ellos se transformaron en soldados de patrulla, y con el pretexto de pedir órdenes al teniente de policía que se encontraba con Eleazar, se aproximaron a ellos y los separaron, de modo de poder actuar mejor contra Eleazar cuando estuviera solo.
Uno de ellos se presentó a Sedir, quitándose el sombrero, y le habló al oído; los otros dos rodearaon a Eleazar y quisieron derribarlo, pero en cambio fue él quien con una simple mirada los aterrorizó primero, y luego los hizo caer de espaldas. Simulando entonces haberse sometido, se deslizaron arrastrándose hasta él, y cuando éste había vuelto la cabeza hacia otro lado se enredaron tan bien en sus piernas que en un instante lo echaron al suelo y estuvieron nuevamente de pie.
Advertido por el ruido, Sedir se volvió, y al ver en qué estado se encontraba su amigo corrió en su ayuda, llamando a los dos soldados de los que estaba muy lejos de desconfiar, hasta tal punto el hombre vuelve a caer en las maneras de ver ordinarias cuando la sabiduría quiere dejarlos librado a sí mismo. Ahora bien, si esos dos soldados formaban parte de los tres conjurados, ¿qué podía esperar de ellos?
En efecto, los dos hombres utilizaron contra él los poderes que tenían en tanto seres sobrenaturales, y la primera cosa que hicieron fue turbar hasta tal punto la vista del pobre Sedir que ya no vio nada; por medio de los mismos poderes lo despojaron del oído y de la palabra, y no le dejaron más que el uso de sus piernas, pero sin saber adonde dirigirse dejó a su amigo Eleazar expuesto a los mayores peligros sin poder serle útil de ninguna manera.
La propia Rachel, que había querido acercarse a su padre, quedó tan confundida por el hecho que le faltaron las fuerzas y no pudo prestarle ninguna ayuda.
El voluntario Ourdeck que estaba con ella, y a la que no le faltaban ganas de actuar en esa coyuntura, estaba como paralizado por el doloroso estado en el que veía a Rachel, y también en parte por la influencia maligna que los tres guerreros corporizados había ejercicio sobre él, por lo que no pudo dar ni un paso.
Al encontrarse libres, los tres conjurados reunieron todas sus fuerzas contra Eleazar, compitiendo en quién le daba los golpes más violentos, y no hubo recurso que no emplearan para masacrar a ese temible adversario del mal. Pero aunque fueran sobrematerialeс, esos seres pérfidos eran demasiado ciegos para saber a quién se dirigían, sin lo cual seguramente no habrían tenido esa audacia insensata.
Efectivamente, si en un momento de sorpresa habían podido derribar a Eleazar, que por entonces estaba ocupado en evitar la lluvia y el mal tiempo, y tal vez no se hallaba totalmente alerta, éste no tardará en recuperar sus derechos sobre ellos, y aquí se manifestarán los testimonios inequívocos de su poder.

CANTO 78

ELEAZAR SE LEVANTA

No es algo extraordinario haber visto a unos lugareños intentar doblar un árbol flexible, y luego de haberlo inclinado, atarse precipitadamente a sus ramas creyendo haberlo derribado o arrancado de raíz totalmente; pero tampoco es algo extraordinario que ese árbol, que sólo estaba doblado, se haya enderezado por las leyes de la elasticidad, y que haya levantado por los aires a esos mismos lugareños, con el peligro de hacerles pagar cara su imprudencia.

(Amigo lector, es la comparación más ajustada que puedo encontrar para hacerle comprender lo que pasó entre Eleazar y sus tres asesinos).

Eleazar tenía una faja anudada alrededor de la cintura. Los tres asesinos, que no dudaban haberle quitado la vida con sus golpes, lo cogieron por el nudo de la faja y se disponían a llevárselo consigo para mostrarlo a sus jefes, y hacerles ver el éxito con el que habían despeñado su tarea.

Pero con ayuda de la potencia que velaba por él, y que sólo quería hacerle pasar por ciertas pruebas, los tres asesinos se encontraron cogidos por ambas manos en el nudo de la faja, que volvió a cerrarse por sus propios esfuerzos. Entonces Eleazar, como el árbol más vigoroso, recuperó toda su energía: volvió a ponerse de pie, y cogiendo con la mano izquierda el nudo de su faja lo apretó tan bien que sus tres adversarios no pudieron soltarse, y así los arrastró consigo a la fuerza, con la mayor facilidad.

Fenómeno asombroso, pero fácil de comprender,
Si reflexionando, se me quiere entender.
Aunque seis sean más que uno, en nuestros cálculos
humanos,
Una mano justa es más que seis malvadas manos.

Con la otra mano Eleazar cogió su caja milagrosa. Como aquí no se trataba de hacer que la naturaleza produjera nada, sino sólo de contener a los malhechores, y repeler los daños que provocaban, le bastaba con sostener la caja en su mano: ese contacto impedía que nuestros tres guerreros perdieran la forma que habían adquirido y echaran a volar por los aires para reunirse con sus compañeros. También tenía la propiedad de clamar la lluvia que caía entonces, así como de devolver a Sedir el uso de todos sus sentidos.

En cuanto a Rachel y al voluntario, que estaban más lejos de Eleazar y se veían afectados de dos maneras diferentes, con ese solo contacto no pudieron experimentar sino una parte del efecto del remedio, y habrían necesitado la proximidad directa del poderoso polvo para que les proporcionara una ayuda más eficaz; por tanto, para su gran pesar, se encontraban más o menos en el mismo estado que antes.

Ello no impidió que el triunfante Eleazar reapareciera junto a su amigo Sedir arrastrando consigo a sus tres prisioneros, y los presentara así a los ojos del pueblo que comenzaba a volver a las calles, como signos maravillosos de su victoria, tan gloriosa para él como humillante para sus adversarios. ¡Ay, breve victoria y gloria pasajera, no ofrecéis al vencedor sino una paz efímera! Y pronto veremos que sus audaces enemigos, para vengarse, llevarán el duelo a todo París.

CANTO 79
DELIBERACIONES Y DECISIONES DE LOS ENEMIGOS AÉREOS

Los enemigos aéreos que habían permanecido en las nubes no perdían de vista a sus compañeros; al ver su desastre y su vergüenza ardieron de cólera, y profirieron mil juramentos a la vez de no abandonar el sitio hasta que no hubieran ejercido la venganza más clara y evidente.

En un momento, uno de ellos llamado Haridelle, se adelantó y dijo:
"Poderosos compañeros, no hay ninguno entre nosotros que no esté lleno de indignación ante la vista de la triste suerte de esos hermanos que se habían consagrado a nuestra gloría común. Os ruego creáis que comparto con vosotros esos justos sentimientos, y que si pudiera morir, y muriendo pudiera salvar el honor de todos mis cofrades, la muerte no sería absolutamente nada para mí, y sacrificaría mi vida con verdadero júbilo; pero puesto que ese sacrificio es imposible de nuestra parte, y dado que siendo espíritus, nuestra arma principal está en el espíritu, voy a comunicaros unas observaciones que me dicta mi espíritu y que someteré a vuestro juicio.
El cocodrilo y nosotros hemos hecho ya dos intentos inútiles contra la vida de Eleazar, y debemos estremecernos de temor al recordar las maravillosas predicciones hechas sobre él en Atalanta, hace más de dos mil años, que nos lo anuncia como nuestro más temible adversario. Hasta el momento en que desplegó los poderes de su polvo salino para obligar a la tierra a proporcionar alimento a todo un auditorio, ignorábamos en qué consistían sus dones tan temibles; pero desde entonces, y sobre todo desde que teniendo tan sólo su fatal caja en la mano, arrastra a nuestros compañeros como a títeres que pasea a voluntad, ya no debemos dudar de que en ese temible talismán reside toda la magia de sus poderes. Ya no necesitamos ir a buscar una nueva Dalila para descubrir en qué reside la fuerza de este nuevo Sansón. Sabemos dónde está su fuerza, y por consiguiente sabemos adonde debemos dirigir nuestros golpes para destruirla; mi opinión, pues, es que pongamos en práctica toda nuestra inteligencia y nuestra astucia para quitarle ese tesoro, que para él es como un arsenal, como una ciudadela, o más bien como todo un mundo, y podemos estar seguros de que cuando ese talismán esté en nuestro poder, ya no tendremos nada que temer y haremos de Eleazar lo que querramos. Y vosotros, queridos compañeros, si el celo puede determinar vuestra confianza, si el honor que puse en ser el genio que presidió la asamblea del cabo de Hornos puede inducirnos a creer que esa confianza no está mal depositada; en fin, si la voluntad extrema que tengo de seros útil a todos puede pareceros título suficiente para que vuestra elección caiga sobre mí en esta peligrosa empresa, juzgad vosotros mismos, pues no encontraréis a nadie entre vosotros que se consagre con más fervor a vuestra gloria y vuestro provecho". Cuando Haridelle terminó su discurso, todos sus compañeros lo felicitaron por su celo y su valor; adoptaron las proposiciones que había hecho y lo nombraron su delegado por unanimidad. Más aún, todos sus compañeros le dieron carta negra para cumplir su cometido, y tan sólo le recomendaron que no perdiera un instante, puesto que el peligro era tan urgente.
(Tal vez, querido lector, sospeche aquí
Que, sin pensarlo, ofendo la razón,
Al poner carta negra, en lugar de carta blanca;
Responderé que no, abiertamente.
A los enemigos del aire, a esos crueles agentes
Cuyo único poder es el de hacer daño,
Nunca se les podría dar sino carta negra,
Y si duda de ello, consulte al G.....).

CANTO 80
LA MAYOR CALAMIDAD

No bien Haridelle hubo recibido su comisión, se dispuso a cumplirla. Comenzó por agitar todos los tronos de sus cofrades; los hizo rodar unos sobre otros de tal modo que, al no ser más que nubes, pronto se calentaron

y recobraron su calidad fulminante, tanto más cuanto que sus hermanos y amigos lo ayudaron ardientemente en esta tarea a fin de acelerar sus efectos.
Cuando Haridelle vio que las nubes habían llegado al grado conveniente de inflamación se transformó inmediatamente en relámpago, rompió la envoltura que formaban las nubes, y se precipitó hecho un fuego hacia el lugar donde sus tres compañeros eran llevados triunfalmente por Eleazar.
El relámpago se aproximó al pecho del israelita, pero no pudo alcanzarlo pues sintió una fuerza irresistible que se le oponía: de repente el relámpago cambió de dirección y fue a golpear el faldón del traje de Sedir, que se encontraban junto a su amigo y escuchaba un breve relato del combate sostenido contra los tres guerreros, del que él nada había visto. El relámpago sólo golpeó su traje, porque no tenía el poder de tocar su persona. El traje se encendió, Sedir quiso apagar el fuego y al agitarse no hizo sino encenderlo más. Eleazar, llevado por las ganas de ser útil a Sedir y sacarlo del peligro que lo amenazaba, se lanzó hacia él, y con un solo movimiento de la mano que sostenía la caja apagó el fuego de sus ropas y le devolvió la tranquilidad.
Pero pronto Haridelle volvió la carga. Un segundo relámpago, veinte veces más terrible que el primero, puso fuego a toda la atmósfera. Los tres guerreros que estaban atados a la faja de Eleazar, excitados por el azufre que se respiraba por todas partes, se agitaron con todas sus fuerzas; y así tironearon tanto el nudo de la faja en la mano de Eleazar, que quizá se habrían escapado si éste no se hubiera servido rápidamente de su mano derecha para ajustarlo.
¡Pero ay! Se acercaba la hora fatal en que París sería precipitada en el abismo. Eleazar se apresuró a retener el nudo que vacilaba precisamente con la mano con que sostenía la preciosa caja: desgraciadamente, puso tanta celeridad en ese movimiento que la caja chocó contra su mano izquierda, se le escapó y cayó.
Al instante Haridelle presentó sus manos al genio de Saturno, que las revistió inmediatamente de una capa de plomo, del que es el genio, para preservarles; con la misma prontitud Haridelle revistió esa capa de plomo con una de mercurio, que está comprendido en su departamento, todo ello para poder apoderarse mejor de la preciosa caja; en efecto, la cogió como un buitre, se alzó con ella hasta las nubes, y anunció su triunfo con nuevos estampidos de trueno.
Al llegar adonde sus cofrades aéreos fue recibido con honores mil veces más importantes que los que jamás se rindiera a ningún guerrero de este mundo, tras las conquistas más brillantes. Todos los colmaron de alabanzas, se apresuraron a acercársele, y sobre todo a ver aquel temible talismán que había hecho prodigios tan maravillosos. Se decidió que en el futuro Haridelle tendría entre los suyos el rango más honorable; luego, de común acuerdo se anunció que se pasearía triunfalmente por todo el empíreo ese glorioso botín de guerra que había quitado a Eleazar, y que después se lo colocaría fijo entre los astros como una nueva constelación.
Pero no creáis que el audaz Haridelle, a pesar de las precauciones que había tomado, pudiera sostener tan fácilmente entre sus manos aquella caja. Esta tenía en sí misma una actividad tan grande, y tanto fuego, que pronto habría volatilizado el mercurio y fundido el plomo con el que se había protegido, y por último lo habría quemado violentamente a él mismo si la hubiera tenido un rato largo en la misma mano. Por tanto estaba obligado a pasarla continuamente de una mano a la otra, a agitarla incluso, a lanzarla el aire mientras la sostenía como vemos que hacen quienes quieren llevar en las manos carbones encendidos.

Esta es la razón por la que nunca pudo abrirla, aunque lo intentara con todos sus medios, para apoderarse del polvo que estaba adentro y lanzarlo al viento, cosa que los hubiera preservado a él y los suyos para siempre, según creían, de todo peligro.

CANTO 81
TRIUNFO DE ELEAZAR

Mientras esto ocurría en el empíreo, Eleazar, que ya no tenía sus fuerzas, hacía cuanto podía para no ser abatido. El voluntario y Rachel se encontraban aún más debilitados. El voluntario pensaba interiormente en la señora Jof, y en todos los prodigios que había visto hacer a Eleazar, pero no podía pronunciar una sola palabra. Rachel estaba paralizada, y sólo tenía fuerzas para levantar los ojos al cielo. En cuanto a Sedir, seguía estando perdido, luchando contra el fuego que abrasaba otra vez sus ropas.

Al no estar mas retenidos, los tres guerreros se soltaron del nudo de la faja y se pusieron en pie. Un velo más sombrío que el primero se extendió sobre toda la capital: en vez de pan, del que tanta necesidad tenían sus tristes habitantes, fueron piedras las que les cayeron del cielo y los aplastaron; y si querían refugiarse en sus casas, hallaban en ellas, bajo la forma de cocodrilos, a los enemigos aéreos que componían el ejército de Haridelle, y que demoliéndolas a su antojo sepultaban a los desdichados parisienses bajo sus ruinas. La peste, los incendios, todos los males los amenazaban simultáneamente, y la desesperación se convirtió en su único sentimiento y su única existencia.

Aunque la situación del virtuoso y sensible Eleazar se volvía con esto más espantosa, conservaba sin embargo la serenidad que correspondía a la dignidad de su carácter. Se veía que un dolor secreto lo traspasaba, pero era más bien su compasión por los desdichados y su celo por la gloria de la verdad, que la vergüenza de verse humillado por sus temibles enemigos.

En efecto, su corazón estaba desgarrado al ver cómo podía la verdad en el espíritu de los impíos por la desastrosa victoria de sus adversarios aéreos; y ese dolor lo afectaba tanto que no le venía a la mente ninguna idea, ninguna claridad, y su genio no le sugería ni medio ni recurso para ayudarlo a reanimar sus fuerzas; tan cierta es esta verdad, que ni la mente ni la luz nos pertenecen, y que en cuanto la fuente que nos la comunica se retira de nosotros, lo que nos queda es la ceguera y la impotencia.

Pero ese estado de tinieblas y de angustias no podía tener sino una duración limitada, porque el hombre justo nunca puede ser abandonado para siempre, y si la sabiduría permite que algunas veces haga la experiencia de su miseria y de los peligros que lo rodean, desea aún más ardientemente resarcirlo por centuplicado, devolviéndole todos los encantos de su dulzura divina y de sus virtuales consuelos.

Ciertamente, los deseos de Eleazar eran tan puros que pronto sintió renacer en él un germen de esperanza. Este feliz cambio le fue anunciado por la estrella, o la mujer tártara, que se mostró en los aires para sostenerlo y hacerle ver que se mantenía fiel a su promesa. Ese testimonio sensible y ese germen de esperanza que sentía renacer en él reanimaron su valor y dieron nueva fuerza a sus deseos. Se concentró entonces en su ser interior más íntimo, y reuniendo todas sus facultades, a través de los dulces movimientos de su alma, mostró a la invisible sabiduría cómo la gloria de la verdad estaba interesada en hacerlo triunfar sobre sus enemigos, y en devolverle el poderoso talismán que hasta entonces lo había preservado de tantos peligros.

Esta violenta concentración llenó de energía las facultades que estaban en él, y que eran el verdadero modelo de las tres substancias cuya receta le

había dado el sabio árabe. Su virtuosa exaltación, sostenida por los deseos más conmovedores, fue coronada por un feliz éxito, tal como poco más o menos le había sucedido al voluntario en el subterráneo de Atalanta, cuando descubrió el nombre de Eleazar de una manera tan poco esperada.
Salió de Eleazar como un efluvio de sus deseos que había fortalecido al concentrarlos. Dicho efluvio, aún más activo que el polvo salino encerrado en la caja, tuvo un efecto repentino y tan prodigioso que si los enemigos aéreos habían tenido un momento de triunfo lo pagaron bien caro con la humillación que le siguió.
Porque ese efluvio salido de Eleazar, por las leyes de la afinidad pronto atrajo esa misma caja de la que se habían apoderado, y con la que confiaban hacer para siempre un monumento glorioso entre los astros. Regresó como por su cuenta, y en un instante se colocó nuevamente en las manos de Eleazar; y esto se produjo de una manera tan suave que en un primer momento los enemigos aéreos no lo percibieron, y durante unos momentos se creyeron aún en posesión de aquel tesoro que ya no poseían, porque sólo conocían los movimientos bruscos y estrepitosos, lo que significa que no había ilusión en la que no pudieran caer.

CANTO 82
ELEAZAR SE OCUPA DE OTRAS TAREAS

Eleazar no podía recuperar ese poderoso tesoro sin volverse al instante el amo de sus adversarios. El mismo cogió una pizca de su preciosa sal para procurar alivio a su propia persona, que agotada por los grandes esfuerzos que había realizado no habría podido resistir mayores fatigas. A continuación arrojó al aire tres gruesos puñados de su polvo. Con esto, Rachel y el voluntario recuperaron el uso de sus facultades, y uniendo sus plegarias a la obra de Eleazar, elevaron los ojos y las manos al cielo. Sedir, que por el mismo procedimiento se vio también liberado, hizo otro tanto.
Gracias a estas almas virtuosas, ayudadas por los grandes poderes de Eleazar, las nubes se disiparon de golpe, reapareció la claridad del día, y los enemigos aéreos huyeron hacia otras regiones maldiciendo al que había echado por tierra todos sus planes.
Sólo Haridelle, el audaz Haridelle, osó todavía hacer un último intento: se lanzó desde lo alto sobre los tres guerreros que se habían liberado de la cintura de Eleazar cuando le habían quitado la caja, y fue a unirse a ellos para recuperar juntos aquella caja que tan ardientemente ambicionaba.
Pero al igual que un cañón de doble carga disipa en un abrir y cerrar de ojos a un puñado de infelices asaltantes, así los poderosos medios de Eleazar aniquilaron todos los esfuerzos de los malhechores: no hizo más que amenazarlos abriendo ante ellos la temible caja, y al instante los tres guerreros, abandonando la forma humana que habían adoptado, se dispersaron con Haridelle por los aires como si fueran polvo; y desde aquel momento les resultó imposible regresar a las nubes de donde habían descendido y reunirse con sus compañeros.
Al terminar su gloriosa empresa, Eleazar se encontró rodeado por Sedir, Rachel y el voluntario, que lo felicitaron por sus éxitos. En cuanto a él, otros trabajos lo esperaba, por lo que prestamente rindió el más sincero homenaje a aquél que conducía todo; luego, dirigiéndose a Rachel, dijo:
"No me sigan por el momento; lo que me queda por hacer requiere unas fuerzas que de ningún modo puedo exigirles. Por otra parte, mientras yo esté ausente su presencia se hace aún más útil en París; durante ese tiempo será necesario extremar los cuidados, y para ello sus plegarias serán muy útiles. Harían mucho daño si salieran de aquí. Tampoco puedo permitirme todavía, interesante viajero (dijo dirigiéndose a Ourdeck), ex-

ponerlo a obras tan grandes como las que me aguardan. Pero tampoco tengo límites que prescribirle ni órdenes particulares que darle. En cuanto a usted, Señor (hablando a Sedir), que ya ha sido admitido en la carrera, venga a continuarla; ella misma nos dirá si le está permitido llegar hasta el final, o bien cuando deberá detenerse".
Inmediatamente se separó de Rachel y el voluntario, quienes lo dejaron con vivo y tierno pesar, y condujo al virtuoso Sedir.
Rachel y el voluntario, que aprobaron suspirando esa separación, estaban no obstante satisfechos de encontrarse juntos, pues muchos eran los motivos que tenían para interesarse uno por el otro, motivos que se habían acrecentado con el suceso del psicógrafo, y con las pocas palabras que habían cruzado sobre lo que había ocurrido ante sus ojos y sobre la historia subterránea de Atalanta.
Ourdeck, que continuaba preocupado por el recuerdo de la señora Jof, no pudo evitar preguntarle a Rachel qué opinaba, tanto más cuanto que desde su extraordinaria aparición no había vuelto a oír hablar de ella.
Rachel le sonrió y dijo: "¡Feliz mortal! Ha evitado a quien lo buscaba, ahora busque a quien lo evita. Esa persona ha ido a ocultarse en su corazón, y difícilmente le verá en otro sitio". Y cogiendo un lápiz, inmediatamente volvió a colocar las letras de ese nombre en su orden natural, lo que abrió los ojos al voluntario Ourdeck y lo llenó de una alegría indecible.
Luego agrego: "Es preciso que busque atentamente a esa persona en su corazón, si desea encontrarme también a mí, pues yo no puedo vivir sino con ella.
- Me ofrece así, Señora -le respondió- un poderoso estímulo. ¿Cuáles son pues esas vías impenetrables de la sabiduría, donde nada se ordena ni promete que no sea delicioso, y donde la dicha es ella misma el premio de la dicha?
- Señor, -le dijo ella- nada habría tan agradable como los descubrimientos a los que sus sabias reflexiones podrían conducirnos. Pero a pesar del placer que me daría profundizar con usted en esos elevados conocimientos, la idea de mi padre me ocupa demasiado, y mi espíritu no es suficientemente libre como para que nos entreguemos a semejantes especulaciones. Incluso querría y no se le oculto que evitando contrariar la voluntad de mi buen padre hiciera usted cuanto pudiera para seguir de lejos, y velara al menos por su seguridad, en caso de que presentara la ocasión de serle útil".
Oh, divina Rachel, su ternura filial le hace olvidar por un momento la confianza que, después de tantos prodigios, debería tener en los dones de Eleazar.
Ourdeck se alejó sin replicar; sin embargo, aquella separación le resultaba excesivamente penosa, hasta tal punto sentía aumentar su afecto por esa interesante mujer. Pero era correspondido, y esto lo sostenía; partió con la intención de hacer cuanto pudiera para responder al tierno pedido de Rachel, y ésta se quedó en París para cumplir allí los planes de su respetable padre.

CANTO 83
ENSEÑANZAS DE ELEAZAR A SEDIR

Eleazar ya se había dirigido con Sedir a la llanura de los Sablons, al sitio mismo donde el cocodrilo había tragado los dos ejércitos; allí Eleazar sopló fuertemente dos veces sobre la tierra y a continuación arrojó dos puñados de su polvo salino en el mismo lugar donde había soplado. Inmediatamente se oyó un temblor subterráneo con un estrépito aterrador.
"Sólo es el comienzo, -dijo a Sedir- y debemos esperar sacudidas mayores si mis deseos tienen la fortuna de cumplirse. Alejémonos unos pasos para

permitir que los medios que he empleado destruyan totalmente el foco que ha sido la primera fuente de todos nuestros males". Mientras se alejaban no dejaron de hablar de los grandes proyectos que los ocupaban.
Virtuoso Sedir, aquí recibirá el efecto de las promesas que Eleazar le ha hecho a propósito de su maravilloso polvo. Conmovido por el celo de que ha dado muestras, conmovido sobre todo por los males y peligros que ha sufrido junto a él cuando los relámpagos, no podía escoger una ocasión más favorable para satisfacer sus deseos.
"Verá usted, -le dijo- cuáles son las asombrosas ventajas del secreto que el Árabe me confiara; no quiero hacer de ello un misterio por más tiempo. Este secreto está en usted como está en mí y en todos los hombres; y si, siguiendo el ejemplo del maestro que me educó, yo no hubiera empleado todas mis fuerzas para hacer fructificar en mí ese germen que le ha sido dado al hombre para que sea la base de todas sus sabidurías y todos sus poderes, ese polvo nunca me habría servido para nada; porque así como recibimos todas nuestras propiedades del principio soberano, este polvo recibe su virtud de mi mismo, y una vez que está embebido de ella me socorre en mi obra y se convierte en un apoyo para mí. Si no fuera así, nuestros enemigos aéreos no lo hubieran tenido tan inútilmente entre sus manos, y habrían podido sumirnos en el mal sin que pudiéramos hacer nada.
No necesito extenderme más para hacerle comprender el verdadero origen de mi secreto; y sin embargo, sólo espero el momento en que me vea dispensando de utilizarlo, y pueda actuar yo mismo directamente por ese don natural que está en todos los hombres. Porque sin ello no podré terminar la enorme tarea que nos queda por hacer para salvar la capital. Por medio de mis dones accesorios pude combatir los siniestros y ocultos proyectos del hombre grande y seco y sus compañeros; pude arrancar al voluntario Ourdeck del seno del cocodrilo y hacerlo regresar sano y salvo de Atalanta en el momento mismo en que la tierra temblaba en el sótano del hierofante; pude obligar al cocodrilo a devolver a los dos ejércitos, aunque ni el voluntario ni usted sepan aún qué ha sido de ellos, y yo no haya podido devolverlos inmediatamente a su patria, pues el cocodrilo les retuvo todavía a mi pesar; pude destruir repetidas veces las trampas de nuestros enemigos aéreos, y arrancarles lo que tanto habrían deseado conservar.
Pero todas estas cosas son sólo pequeñas empresas en comparación con lo que nos queda por hacer, porque todos esos obstáculos que hemos superado no son sino obstáculos secundarios e inferiores; hasta tanto no hayamos vencido y sometido no sólo al cocodrilo mismo, sino también a los hombres dañinos que se han convertido en sus órganos, no habremos coronado nuestro obra.
Ahora bien sólo lo lograremos separándolos de él, y separándolo de ellos. Por su maldad, se han convertido en sus órganos; y él, por su avidez por penetrar en su inteligencia, se ha vuelto a su vez el órgano de ellos, prestándose a todas sus voluntades perversas y favoreciéndolos con todo su poder. De este modo se ha formado entre ellos y él una doble alianza, en la cual se han convertido simultáneamente en su lengua y en su mente, y donde él se ha vuelto la lengua y la mente de ellos. Esto forma como dos fuentes que se vacían continuamente una en otra y se llenan mutuamente de su podredumbre respectiva. E incluso sin llegar a ser malvados, los hombres que hablan demasiado sin duda establecen fuentes similares entre ellos y el enemigo universal del género humano, que sin cesar espía nuestras palabras para extraer de ellas el fruto que encierran, obtener su beneficio y transmitirnos a cambio su infección. Esto es lo que Ourdeck vio en el cocodrilo, ésta es la causa de que las ciencias estén en cautiverio, y

por ello se recomienda tanto el silencio entre los sabios. Sepa entonces que no podré romper esa doble alianza si no es oponiéndole unas fuerzas del mismo género que las que la han formado; y a ese feliz término aspiro.
¡Ah! querido Eleazar, -respondió Sedir- ¡estoy impaciente por ver cumplirse sus sabios deseos, y que pueda someter a ese furioso monstruo que hace cundir la alarma en mi patria! Porque es algo realmente sorprendente el poder de que están revestidos sus criminales secuaces. Aunque yo no hubiera tenido el conocimiento de sus secretos que usted me ha dado, no podría dejar de creer que ciertamente están dirigidos y protegidos por una fuerza extraordinaria. Desde el comienzo de la rebelión, todos mis espías fueron puestos en campaña contra ellos, los han visto les han hablado, y nunca han podido lograr detenerlos.
Dígame en qué puedo ayudarlo en su gran empresa, querido Eleazar, hable. ¿Hay que atravesar los mares? ¿Hay que recorrer el globo entero? ¿Hay que penetrar nuevamente en el centro de la tierra, como han hecho nuestros dos ejércitos? Estoy dispuesto a todo, no hay nada que no pueda emprender para ser útil a mi país, y para destruir los únicos proyectos de esos malvados. Por otra parte, es el único medio que me queda de prestar algún servicio a la capital, cuya seguridad me ha sido confiada. Mi presencia ahora les resulta inútil, puesto que no tengo alimentos que darles para aplacar su hambre, ni soldados para prevenir los desórdenes. ¿Es preciso que veamos morir así a nuestros queridos conciudadanos sin poder aliviarlos? No, no, este estado cruel no puede durar más sin envilecernos, y aunque
debiera perecer en mi empresa, prefiero buscar la muerte antes que aguardarla; usted ha despertado en mí unos principios cuyos gérmenes estaban sembrados en mi corazón desde mi infancia. He amado la verdad antes de conocerla, y al hacérmela conocer no a hecho sino aumentar mi amor por ella. Sería indigno de sus favores y sus enseñanzas si no procurara emplearlas en una circunstancia que seguramente es la más importante que encontraré en mi vida.
- Usted lo quiere, entonces, -respondió Eleazar- por el bien mismo, y no por vana curiosidad. ¡Pues bien! será satisfecho. No se pueden fingir los impulsos del corazón. Necesitaba un fiel compañero como usted, pero debería esperar a que la Providencia me lo enviara, y no podía permitirme pedírselo. Mi hija Rachel me ha sido útil hasta este momento, y seguirá siéndolo. Pero lo que nos queda por hacer exige unas fuerzas que no tenemos derecho a esperar de su sexo. Por eso esperaba a un hombre. En cuanto al voluntario Ourdck, no he tenido tiempo de preparar y graduar su instrucción, como he hecho con la suya. Yo no podía saber, ciertamente, si no era él quien sería enviado; pero en un momento él dudó; y usted tuvo la fortuna de creer, lo que hace que su progreso sea más rápido.
"Sí, usted podrá trabajar conmigo en la liberación de su patria; pero le prevengo que la tarea será dura y que tendrá que superar grandes obstáculos. No deje que la confianza lo abandone, y no podremos dejar de coronar nuestra obra con el éxito más glorioso, porque después de sus últimas palabras siento nacer en mí todos sus indicios. No es necesario que recorra el globo, ni que pase los mares: desde el lugar en que estamos podemos acelerar nuestra empresa, y tal vez comenzar a recoger los frutos".

CANTO 84
SEDIR ES SEPARADO DE ELEAZAR POR UN HURACÁN

Tras estas palabras Eleazar se detuvo, cogió con una mano derecha la preciosa caja y tocó con ella tres veces el pecho, tres veces la frente y tres veces la boca de Sedir: "Ahora vaya, -le dijo- y sople dos veces sobre el foco

de iniquidad, como me ha visto hacerlo hace un momento". Sedir obedeció.
(Amigo lector, recuerde que nuestras palabras no son verdaderamente buenas más que cuando son generadas por nuestro corazón y nuestro espíritu. Yo querría poder decirle más: pero los detalles de cuanto pasó en aquella ceremonia no me fueron confiados de una manera suficientemente detallada como para que pueda satisfacer su curiosidad. Sólo tengo el poder de describirle los resultados). Apenas hubo terminado esta ceremonia se desató una tormenta espantosa; súbitamente un viento furioso descendió del cielo y cayó como un torrente impetuoso sobre Eleazar y Sedir, derribando a ambos; se levantaron y fueron derribados nuevamente; se levantaron de nuevo, y por tercera vez fueron derribados: sólo Eleazar se levantó la tercera vez, pero fue arrastrado por un torbellino lo bastante lejos de su amigo como para no poder reunírsele tan rápidamente como habría deseado, para el bien de ambos; pasó una hora larga buscándolo antes de poder encontrarlo.
El pobre Sedir estaba tendido al pie de un árbol, tan aturdido por sus tres caídas que ya no sabía en absoluto en dónde estaba, lastimado en varias partes de su cuerpo y sin tener a su disposición el remedio tan eficaz y maravilloso de Eleazar. En ese estado extraordinario que algunos llamarían aturdimiento, otros sopor, y nosotros no nos atreveríamos a darle nombre por miedo a equivocarnos, en ese estado, digo, se le apareció un hombre que le relató cosas absolutamente increíbles; hasta tal punto que cuando luego se las contó a Eleazar todavía no podía decir si las había oído en sueños, o si era una persona de verdad quien se las había narrado, ya que al salir de aquel estado indefinible se encontraba solo.

CANTO 85
OBSERVACIÓN

(En cuanto a mí, querido lector, tampoco puedo asegurarle si estos relatos que verá en los cantos siguientes fueron narrados en sueños o en realidad. Porque soy demasiado sumiso, demasiado fiel a mi musa, Para decir en su nombre una palabra engañosa; Tanto más cuanto que en este tema, ella reconoce En voz baja, y con sinceridad, que no lo sabe.
Escuche pues, simplemente, lo que esa figura humana, real o no, fue a decir a Sedir mientras éste estaba dormido, o mientras estaba despierto, o mientras no estaba ni una cosa ni la otra).

CANTO 86
DISCURSO INSTRUCTIVO DE UN DESCONOCIDO
ANUNCIO DE LOS DOS EJÉRCITOS

"Pronto los dos ejércitos serán devueltos a la llanura de los Sablons; he venido para preveniros, porque aunque hable como uno de los combatientes, tengo una profesión muy pacífica. Por el momento habéis de saber tan sólo que puede ver todo sin cambiar de sitio, y que ya sea en los astros, ya sea en la tierra, nada está vedado a mi mirada.
Tras la larga estadía de los dos ejércitos en el cuerpo del cocodrilo, éste fue obligado por Eleazar a vomitarlos fuera de su seno, por cuanto si entre ellos había hombres muy culpables, también había hombres meritorios, y en las grandes catástrofes la sabiduría permite que las cosas estén dispuestas de este modo para que esas sales purificadoras y conservadoras preserven a la masa de una disolución total y una ruina absoluta; pero como el cocodrilo no quería que los dos ejércitos regresaran tan pronto a París, donde tiene un adversario tan terrible, todavía tuvo poder para vomitarlos con tanta violencia que los lanzó a la región de los planetas y a las estrellas. Al mismo tiempo, conservó en los guerreros de los dos ejércitos toda la fogosidad que

los animaba antes de que los tragara, y que no ha hecho sino volverse más impetuosa con la estadía en sus entrañas.
Esos guerreros, lanzados con tanta fuerza, se agarraron de donde pudieron en los diversos planetas, cometas y estrellas que encontraron en su vuelo, y desde allí, amenazándose unos a otros con los ojos encendidos de cólera, se preparan para nuevos combates. La misma potencia que los lanzó a esos globos les da los medios para mover a voluntad esos cuerpos inmensos que nadan en las llanuras del aire. De repente se ve a los dos ejércitos formados para la batalla uno frente al otro, realizando las maniobras más hábiles. Pronto se deciden a embestirse, y en un instante esas enormes esferas se aproximan y chocan con un ruido aterrador.
Pero estos medios cumplían mal el objetivo y la venganza de los combatientes, porque dado que esos astros son elásticos y están llenos de aire, como todos los cuerpos que nadan, de su choque resultaba todo lo contrario de lo que esperaban los dos ejércitos; en efecto, al embestirse violentamente, desarrollaban mutuamente su elasticidad y se enviaban unos a otros a distancias incomensurables. Sin duda esa elasticidad, que vuestros físicos no han podido entender nunca, es la que conserva la forma de todos los cuerpos del universo, ya que sin ella se destruirían, y ella es la que ha podido poner aquí un límite a la furia de los mortales. Por consiguiente ha dado tiempo a Eleazar de suspender todavía por un momento los designios asesinos de los dos ejércitos.

CANTO 87
CONTINUACIÓN DEL DISCURSO INSTRUCTIVO DE UN DESCONOCIDO. LAS ESFERAS

"Durante estos diversos enfrentamientos tuve el cuidado de observar atentamente todas esas esferas, que parecieron tan bellas a algunos escritores como para hacerles decir que de ellos, y sobre todo del sol, habían surgido todos los cultos y los dogmas religioso de la Tierra. Esos escritores tan rápidos para juzgar, al menos habrían debido exceptuar de sus decisiones los cultos y los dogmas que condenaban esos cultos y esos dogmas astronómicos, por ir en contra de la cordura, y podéis citarles el capítulo cuarto del Deuteronomio sobre los cultos y dogmas que hay que exceptuar de sus decisiones, y que demuestran cuan engañosas son. Aún no ha llegado el momento para ellos en que las digáis más.
Hice una revelación de cuanto veía en la superficie de aquellas vastas esferas; había una cantidad innumerable de diversas figuras impresas, sobre las que se detuvo mi mirada; y tuve tiempo de observarlas, no sólo sobre mi astro, durante los largos movimientos que le hacían hacer los violentos choques de todas aquellas legiones celestes, sino también sobre los demás astros, planetas o estrellas, cuando se producía la embestida. Sobre las esferas veía trazados diversos caracteres y jeroglíficos, tales como animales, plantas, letras alfabéticas, instrumentos musicales, tronos, armas, fenómenos naturales, incendios, inundaciones, campos de batalla, cadáveres degollados, coronas de diamantes, carros de triunfo, libros, diplomas, cordones, instrumentos para las artes y los oficios, en fin, signos extraídos de la naturaleza y de todos los inventos de los humanos.
Veía no sólo esos emblemas, sino también hombres ocupados en los diversos empleos y trabajos que esos emblemas indicaban. Veía guerreros, artistas de todo tipo, doctores en ciencias secretas que los curiosos iban a consultar esperando conocer la suerte de su vida material, en tanto que el hombre con verdadero deseo tiene el poder de conocer y determinar la vida de su
espíritu.

Veía sonámbulos, y también personas cuyo espíritu estaba alienado, y veía que su estado podía responder a dos causas: una, el desorden físico de sus órganos, que ocasionaba a su ser pensante una privación o una contracción; la otra, que dependía del predominio de un sentimiento desatinado que esas personas permitían a sí mismas. Porque si hay demencias involuntarias, las hay en mayor medida aún que son el fruto de un uso equivocado de la libertad del hombre. Esta es la razón por la que, guardando las proporciones, se ven menos locos en la clase humilde y trabajadora que en la clase alta y ociosa.
Veía matemáticos trazando sin cesar figuras y cifras para descubrir por sí mismos verdades científicas a las que nunca podrán alcanzar sin el guía oculto que está en ellos. Los veía abusar de las leyes más bellas de esta bella ciencia para extenderla a regiones de las que ellos son los primeros en privarse, queriendo subsistir con sus propios medios aquellos que deberían limitarse a observar y aguardar. Los veía pasar su vida reducidos a geómetras de la naturaleza, los veía mirar la parte exterior de ese vasto edificio, y medir las dimensiones externas de las diversas piedras que componen sus muros, pero sin entrar jamás en el edificio, cubriéndolo hasta tal punto con sus innumerables andamios que ocultaban su vista a todas las miradas y a ellos mismos.
Los veía lanzados por sus descubrimientos a las proximidades de las claridades más sublimes, y a continuación hundir sus antorchas en el fango, como si sólo estuvieran preparados para arrojar su luz por un instante sobre su montón de barro. Las ciencias matemáticas están hechas para conducir al hombre por su camino medio y entre los dos extremos; a esto se debe que, por una parte, no conozca la base positiva de la ciencia matemática, y por la otra, se pierda cuando sin la verdadera luz que tiene en sí, quiere exceder el alcance de esta ciencia. Si observara cuidadosa y prudentemente cómo esa base gobierna las verdades fundamentales de las que él tanto abusa, desarrollaría tal vez ante sí hasta esas mismas verdades, y esos resultados positivos que busca, que serian más exactos y más justos que todos los que puede procurarse a través de las manipulaciones que realiza.
Veía a unas personas representadas alrededor de un hornillo de alquimista, esmerándose junto a su vasija. Veía todos los instrumentos de un laboratorio; pero al lado de estos toscos alquimistas, que pasan por ser unos ignorantes entre sus cofrades, veía otros que se presentaban como alquimistas de la clase más instruida y la única que tuviera la verdad, porque no utilizaban el carbón. Veía a unos hombres ávidos que rodeaban a esos sabios alquimistas, y devoraban con los ojos los tesoros que les estaban prometidos, en tanto que la única alquimia y los únicos tesoros verdaderamente útiles para nosotros son la transmutación y la renovación de nuestro ser.
Veía multitud de autores que no escribían para gloria de la verdad, y habiendo dejado de tomarla por guía, sólo tenían abierto su espíritu a su gloria personal, y a todos los cuadros mezclados y confusos que podían presentarse para llenarla. Por tanto veía cómo todas esas fuentes secundarias o extrañas a la verdad entraban como una inundación en sus mentes.
Veía todas las nociones que están dispersas y subdivididas de mil maneras en la región de las estrellas y en todo el universo, que entraban simultáneamente en ellos y se transformaban en una masa informe, y salían luego sin orden de su espíritu, de donde pasaban a sus libros; esto es lo que se representó físicamente ante los académicos en la escena de la papilla de libros, para hacerles comprender que las cosas tienen siempre un final análogo a su comienzo; y también lo que se representó sobre-físicamente al

voluntario Ourdeck durante su estadía en el cocodrilo, para instruirlo acerca de las correspondencias, y mostrarle cuáles son los agentes encargados de hacer pasar todas esas mezclas universales desde las estrellas hasta el espíritu del hombre, y por consiguiente, mostrarle los servicios que la multitud de pensadores y hacedores de libros presta a la tierra, y cuan víctima son de su orgullo cuando os lo presentan como el fruto de su invención.
Veía unos hombres fanáticos que profesaban imperiosamente sus doctrinas sanguinarias, masacraban inhumanamente a sus semejantes en nombre de un Dios de la paz, y llevaban como signo de muerte y batalla los emblemas de la piedad. Por último, veía todas las pasiones de los hombres representadas de tal manera que era imposible no reconocerlas."

CANTO 88
CONTINUACIÓN DEL DISCURSO INSTRUCTIVO DE UN DESCONOCIDO. CORRESPONDENCIAS

"Esto no sería nada si yo hubiera estado reducido a considerar todos esos objetos sin comprenderlos; sabéis que yo puedo ver todo. Igualmente puedo comprenderlo todo. Por tanto vengo no sólo como vanguardia de los dos ejércitos, sino también para comunicaros el sentido de lo que he visto en los astros; éstas son las primicias de los beneficios que recibiréis en el futuro como recompensa por el celo de la verdad que habéis demostrado a Eleazar, así como por la salvación de vuestra patria.
Sabes pues que, en efecto, todo lo que pasa aquí abajo entre los hombres en el orden de las cosas externas está representado sobre la superficie de todas las esferas que circulan por los cielos, y que todo lo que los hombres realizan con tanto esmero, tanta importancia y tanto orgullo, está representado desde el principio de los tiempos sobre la envoltura de esas mismas esferas, que están verdaderamente recubiertas de todos esos signos, como vuestra piel está cubierta de pequeños surcos y pequeñas estrellas cuyo orden y simetría varían infinitamente.
Como estas esferas giran continuamente en el cielo, comprimen el cerebro de los hombres y graban en él la impresión correspondiente a la figura trazada en el astro que en ese momento se encuentra dirigida hacia ellos; luego, siguiendo su curso, graban otra impresión, porque es otra la figura que se presenta como consecuencia de la rotación del astro.
Por esa misma ley de la rotación de los astros, sucede que los mismos puntos de presión regresan en épocas fijas y periódicamente producen las mismas impresiones entre los hombres. Por ello están habitualmente en un flujo y reflujo de las mismas ideas y los mismos movimientos, constantemente, y con períodos casi tan marcados como los del flujo y reflujo de vuestro océano.
Así pues, todas las maravillas de las que los hombres se vanaglorian en la tierra no deben halagar tanto su amor propio, ya que en modo alguno son sus inventores y no hacen más que repetir servil y maquinalmente lo que las superficies de los astros les imprimen al pasar sobre ellos.
Tampoco deben enorgullecerse de las predicciones que pueden hacer sobre los acontecimientos inferiores y particulares de su planeta, puesto que estos acontecimientos están trazados como en grandes planos sobre esos astros que giran sobre sus cabezas, y les imprimen simplemente el resultado.
Tampoco deben alardear tanto de sus descubrimientos científicos, de todos sus secretos, sus ciencias y sus artes, pues todas estas cosas están escritas sobres las esferas celestes antes de que ellos las conozcan, y no hacen más que repetir las lecciones que dichas esferas les inculcan diariamente, agregando no obstante las influencias que un poder más maligno aún y más tenebroso que esos astros no deja de ejercer allí arriba en esa vasta

atmósfera, y aquí abajo en el espíritu de los hombres; verdades que el cocodrilo ha dejado entrever a su pesar, en medio de todas las alegorías que os ha dicho.
Aun cuando no consideráramos esas influencias como lo que son, tal vez debiéramos tener más indulgencia de la que tenemos con los vicios y pasiones de los hombres, dado que esos mismos vicios y esas mismas pasiones se encuentran igualmente escritos sobre la superficie de los cuerpos celestes, y por esas mismas marcas se dirigen las revoluciones de los imperios y los desórdenes de los individuos; lo que hace que por poco que se mire hacia esas esferas se pueda leer, como en los anales muy ordenados, toda la historia de los pueblos desde el comienzo del mundo hasta su fin, las guerras, las masacres, la ruina de las naciones, las obras ocultas que los magos, los astrólogos y los alquimistas han realizado y realizan en secreto diariamente para los reyes, los emperadores, e incluso para aquellos que por su ley religiosa se supone que abjuran de esta clase de ciencias; cosas que no son sino como exacerbaciones naturales de la fiebre moral a la que todos los humanos están expuestos.
Pero si los hombres utilizaran un poco más su inteligencia, y escucharan un poco más atentamente lo que pasa en ellos, ya no estarían autorizados para reclamar esa indulgencia, porque no sólo ya no podrían ser excusados por sus vicios y pasiones, sino que tampoco podrían serlo por sus inadvertencias y errores. Y os diré la razón."

CANTO 89
CONTINUACIÓN DEL DISCURSO INSTRUCTIVO DE UN DESCONOCIDO. OPOSICIONES

"Estos astros son tan numerosos y tienen tal fervor por realizar sus propios planes que se cruzan y se combaten unos a otros aún más de lo que se sostienen mutuamente para concurrir a la gran armonía. De ello se desprende que diariamente los planes de unos sean obstaculizados por los planes de los otros, y que a menos que el hombre sé una a otra luz para una transmutación total de sí mismo, le resulte casi imposible tener la certeza del éxito de la cosa anunciada, puesto que tal vez otro punto de contacto va a alterarla.
Esto es lo que ha introducido tanta oscuridad en los diferentes oráculos que han aparecido en la tierra, y que han ido por caminos tan turbulentos.
Esto es lo que tan a menudo ha desconcertado los proyectos de los conquistadores y los ambiciosos; y esto es lo que debería mantenernos alerta contra esos prodigios y esas revoluciones anunciadas por vías mixtas o simplemente astronómicas, porque todos los anuncios deben ser combatidos al momento siguiente por anuncios y planes contrarios, y antes del hecho no puede saberse cuál de todos esos anuncios prevalecerá.
Tampoco se puede excusar a los hombres por sus vicios y sus desórdenes, aunque esos mismos vicios y desórdenes estén igualmente trazados sobre la superficie de las esferas celestes, porque la moderación, la perfección y las virtudes también están representadas en parte sobre esas mismas superficies, y por tanto los hombres tienen a su alcance la posibilidad de discernir correctamente. En consecuencia son inexcusables cuando no aprovechan sus ventajas, y mucho más culpables aún cuando tras haber hecho ese discernimiento, se conducen de una manera que no se corresponde con éste.
Esta verdad es tanto más cierta cuanto que los hombres tienen en sí la repetición de todas esas esferas astrales que adornan los cielos, y también tienen en sí una repetición de todas esas figuras y todos esos caracteres trazados sobre las superficies celestes: así, por poco que quisieran

prestarles atención, estarían siempre en condiciones de hacer en sí mismos las observaciones necesarias para su seguridad y su instrucción.
Porque en tanto hombres, tienen además un poder superior al de los propios astros, dado que han nacido y dependen de la región fija, en vez los astros han nacido en la región inferior, mixta y llena de incertidumbre. Por tanto los hombres tendrían por encima de esas esferas el privilegio de transportar todos esos signos que están escritos en ellos, de borrar los que son falsos o pudieran serles perjudiciales, de extender la acción de aquellos que fueran verdaderos hasta el punto de hacer de ellos poderosos medios defensivos; de manera tal que no tuvieran nada que temer de parte de los planes y marcas celestes que no llevaran el carácter de la verdad y pudieran perderlos, ya fuera en las cosas
que dependen del corazón y las virtudes, ya fuera en las cosas que dependen de la inteligencia y el espíritu.
Debo agregar para vuestro conocimiento personal que en la rectificación de todos esos signos en el hombre consiste su verdadera transmutación; que esto caracterizara la verdadera victoria que todos los hombres deberían obtener sobre la tierra, y que sólo existe esta vía estrecha a través de la cual pueden lograr la conquista de los dominios de la paz, la luz y la verdad.
Trabajad en ello el resto de vuestros días. Si os entregáis valientemente a esta obra, pronto recogeréis sus frutos, y el más importante de esos frutos será liberaros de todas las trabas de la región de los destinos que son esas regiones astrales, y elevaros tan por encima de ellas que entraréis en espíritu en la región sin tiempo y sin destino de la que habéis salido, y en la única donde podéis encontrar el reposo, la vida y la ciencia que son vuestros elementos primitivos y vuestra naturaleza original.
Este punto es suficiente para vuestra instrucción particular, si sabéis aprovechar lo que acabo de enseñaros. Pero debo agregar aún nuevos conocimientos , concluyendo el relato de lo ocurrido a los dos ejércitos en las regiones astrales de las que como sabéis he descendido".

CANTO 90
CONTINUACIÓN DEL DISCURSO INSTRUCTIVO DE UN DESCONOCIDO. CONMOCIÓN. LOS DOS EJÉRCITOS EN MARCHA

"En el momento en que la conmoción era más viva y todo el empíreo parecía a punto de estallar, una fuerza secreta y desconocida para los combatientes vino a cambiar otra vez la marcha de los dos ejércitos, y a liberar a los astros de esos dos cuerpos tan extraños a ellos. La ceremonia que Eleazar hizo en la llanura de los Sablons había preparado la obra; pero lo que vosotros y él acabáis de realizar juntos la ha consumado.
Estas ceremonias son las que han obligado al cocodrilo a aspirar con fuerza su aliento. Así como fue su sólo el que llevó los dos ejércitos hasta los astros, es su mismo soplo el que, a su pesar, acaba de retirar los dos ejércitos de los astros adonde se habían refugiado.
No hay nada comparable a la agitación en que se encontró la región de los astros en el momento en que esa fuerza desconocida se hizo sentir, porque el cocodrilo, al ver que le quedaba poco para disfrutar de su triunfo, empleaba todo su poder para prolongarlo.
Por tanto, los violentos torbellinos que habéis sentido sobre la tierra eran una consecuencia de su furia. Juzgad por la ley de las correspondencias que os he expuesto cuál debía de ser la confusión y el desorden en las regiones superiores; ahora la calma ha sido reestablecida, los dos ejércitos están en camino en los aire para regresar y decidir aquí sus destinos."

CANTO 91
CONTINUACIÓN DEL DISCURSO INSTRUCTIVO DE UN DESCONOCIDO. EFECTO DE LA PERMANENCIA DE LOS DOS EJÉRCITOS EN LOS ASTROS

"Pero el poder de esa fuerza desconocida no se limitó a arrancar de los astros a los dos ejércitos, sino que obró sobre los individuos que los componen, efecto no menos extraordinario.

Su anterior permanencia en el seno del cocodrilo os ha ofrecido verdades sumamente importantes en lo relativo al hombre, ya sea desde que habita en la superficie terrestre, ya antes de que hiciera aquí su morada. Esas verdades consisten en que el hombre nunca se esmerará demasiado en velar por el mantenimiento de su ser esencial, y por el cultivo y desarrollo de sus facultades superiores y regulares, puesto que la negligencia en la que puede caer en este punto tiene tanta influencia sobre aquellos que habitan en el mismo círculo que él, que es posible que los arrastre a las funestas consecuencias de su ceguera.

Esto es lo que os ha demostrado ese sorprendente prodigio, donde el cocodrilo no sólo devoró al ejército de los sublevados, sino incluso también al ejército que procuraba defender la buena causa, y esto lo veis repetirse diariamente en la tierra.

Pero en esa misma ley se encuentra también el remedio a tantos males, puesto que al mismo tiempo ha hecho que surjan todas las buenas cualidades de los hombres de bien, que se sienten áridos de justicia.

De modo que si el primer hombre culpable fue tragado por un abismo con sus vicios, también fue tragado con sus virtudes, y la eterna razón de las cosas encontró así los medios de filtrar hasta él un regulador universal que volvió a ponerlo en la vía de paso a la rectificación, o en las vías astrales, a la espera de que subiera más alto.

Eleazar volvió a hacer presente esta primitiva redención del hombre al arrancar a los dos ejércitos del seno del cocodrilo y dejar que éste los lanzara hasta los astros, que desde la permanencia del hombre sobre la tierra son para él, en efecto, como un regulador provisorio cuando sigue su ley con paciente resignación y se mantiene alerta contra los innumerables peligros que acompañan continuamente estas vías de rectificación preparatoria.

Al dejar que el cocodrilo lanzara los dos ejércitos hasta los astros Eleazar supo extraer el bien del mal, en tanto que el cocodrilo por el contrario no supo sino extraer el mal del bien: en efecto, si en el interior del cocodrilo los inocentes fueron atormentados con los culpables, es posible que en las regiones astrales, cuando son vigilados por un buen guía, los propios culpables estén comprendidos en la redención y la rectificación de los inocentes; y los hombres podrían llevar a cabo esta redención en sí mismos en todos los momentos de su vida, puesto que sus verdaderos pensamientos, así como sus pensamientos falsos, están en guerra diariamente en ellos en esa misma región astral que hoy constituye su envoltura.

Este efecto favorable era más común en los tiempos antiguos y primitivos que lo que ha llegado a ser con el curso de los siglos, porque las virtudes de los astros eran más libres que en el presente, y a su vez los hombres había tenido menos tiempo para ser infectados por el veneno de su enemigo que en las épocas más avanzadas de la edad del mundo; pues ahora la masa de estos venenos acumulados es tan enorme que hoy día es un prodigio cuando de millones de hombres hay uno que se escapa a la desastrosa mano que se ha extendido sobre todas las potencias astrales que gobiernan

la naturaleza.
Por consiguiente veis en la tierra a qué escaso número se reducen aquellos hombres que se conservan intactos; y por el contrario, cuan inmensa es la cantidad de aquellos que en lugar de hacer que esas mismas potencias astrales se vuelvan provechosas para ellos y para su renovación, sólo las emplean para su propia pérdida, o se dejan dominar por ellas como esclavos ciegos e insensatos, o incluso se convierten en el despreciable y vergonzoso juguete del ávido y cruel enemigo que busca incesantemente neutralizar dichas potencias para substituirlas por las suyas, y que demasiado a menudo lo ha conseguido.
Aunque los efectos favorables de esas potencias astrales y renovadoras fuesen más comunes en otros tiempos que lo que llegaron a ser después, no os ocultaré que los poderes de Eleazar les han devuelto en las circunstancias actuales una parte de su eficacia primitiva, el resultado de lo cual se ha hecho sentir en los dos ejércitos.
Pero como consecuencia de ese derecho imprescriptible que la libertad de los hombres deja que les toque en suerte, los individuos de los dos ejércitos no hicieron igual uso de las ventajas que los poderes de Eleazar les procuraban; sin embargo, los frutos han sido suficientemente abundantes como para que podamos congratularnos por su empresa. La mujer tártara no ha dejado de serle de cierta utilidad en ese vasto proyecto. También ha sido secundado de manera especial por la poderosa ayuda de una sociedad desconocida para los hombres, pero que no lo es para él, aunque aún no se cuente entre sus miembros.
Esta sociedad que os anuncio es la única en la tierra de la que se puede decir que es una imagen real de la sociedad divina, y de la cual soy el fundador.
Su guía principal es una mujer cuyo verdadero nombre Rachel dio a conocer a Ourdeck, y que él había tomado hasta entonces por la esposa de un joyero. Es verdad que su marido es joyero, pero sólo talla diamantes que el fuego elemental no pueda disolver; y ese joyero es la persona que os habla, y cuya ayuda pronto será indispensable para Eleazar y para vosotros. No os digo más. Adiós, levántate, Sedir".

CANTO 92
SEDIR SE REENCUENTRA CON ELEAZAR
EFECTOS DEL PODER DE ELEAZAR

Sedir se levantó, y para su gran alegría se encontró al lado de su amigo Eleazar, a quien relató con una prontitud inaudita, pero sucintamente, cuanto acababa de pasar, y que tanto asombro le causara. Eleazar, encantado de volver a ver a su amigo, y de escucha aquello, le dijo: "Sedir, usted y yo acabamos de sufrir un duro asalto; sin embargo, se acerca el momento en que tendremos que soportar males aún mayores; pero también debemos esperar recoger el fruto de todos estos esfuerzos, si no dejamos de poner nuestra confianza en aquél que ya nos ha librado de tantos peligros".
En el instante en que Eleazar acababa de pronunciar estas últimas palabras, se vio en la llanura descender con rapidez desde el aire un globo de color rojo y castaño, que arrojaba fuego y llamas y dirigía su ruta hacia la llanura de los Sablons; encima y muy cerca de dicho globo se veían otros un poco menos grandes y de color gris moteado, que descendían con la misma rapidez y siguiendo la misma dirección; por último, se veían otros aún más alto, pero en mayor número y de un color menos lóbrego.
Este fenómeno llenó de alegría a Eleazar y a Sedir, sin sorprenderlos no obstante demasiado después de todas las advertencias que habían recibido;

pero sorprendió enormemente a las demás personas que pudieron percibirlo, y sin duda a todos aquellos que habían permanecido en la ciudad, y que no podían saber ni cuál era la fuente de dicho fenómeno, ni cuál sería su resultado. Ni siquiera podían saber que la llanura de Sablons era el punto de encuentro de todo aquél cortejo.
Rachel admiró el espectáculo igual que ellos, y aunque no conociera su verdadero objeto, ello no hizo sino redoblar su celo y ruegos por la seguridad de su padre, deseando ardientemente que pudiera terminar con éxito sus grandes empresas y regresara lo antes posible a contarles personalmente lo ocurrido.
Asimismo estaba muy lejos de ser indiferente a la suerte corrida por el voluntario Ourdeck, al que había encargado velar por su defensa en caso necesario. Y estas diferentes inquietudes afectaban tanto su espíritu que deseaba llegaran a su fin. Pero fiel a las órdenes de su padre permanecía en París, para dar con su presencia y sus plegarias el consuelo y los cuidados que estuvieran en su poder, ya que a pesar de la curiosidad que sentía por saber qué eran aquellos globos, no sabía más que los otros adonde se dirigían ni dónde descenderían.
En cuanto al hombre grande y seco y sus asociados, no ignoraban el lugar de la escena ni los grandes prodigios que allí se preparaban; el cocodrilo les había advertido sobre ello, y les había enseñado lo poco que él mismo sabía. Porque lejos estaba de conocer claramente de antemano todas las consecuencias.

CANTO 93
SEDIR SE REGOCIJA
POR UN SIGNO INESPERADO

Ante la vista de aquellos globos, Eleazar apretó la mano de Sedir y le dijo: "Ve usted el comienzo de la confirmación de cuanto le ha sido dicho, no hace más que un momento, durante su estado extraordinario. Pronto tendrá testimonios auténticos de que lo que ha escuchado no es ni una ilusión ni una mentira. Sí, nuestras fuerzas y nuestro poder no serían nada si una mano más poderosa que la mía y que todo lo que usted conoce no viniera a apoyarnos y a asistirnos; esa mano nos hará combatir, o más bien, ella será quien combatirá y vencerá por nosotros.
- Ahí está, ahí está, -exclamó Sedir al instante, como fuera de sí y señalando con el dedo a un personaje-: ahí está el que me ha hablado hace un momento, o más bieu, por la emoción que siento, presumo que es esa potencia misma, de la que no era sino el órgano y el enviado. Eleazar, Eleazar. ¿qué he hecho para merecer tantos favores?"
Eleazar había visto a ese personaje tan bien como Sedir, y sabía mejor que él cuál era el objeto de su venida.
En efecto, dicho personaje, mil veces más radiante que los astros, avanzó majestuosamente hasta una distancia de tres o cuatro pasos; luego, deteniéndose, dijo en voz alta: "Eleazar, Eleazar, acérquese a mí".
Sedir, imbuido de respeto y admiración a la vez, no osó moverse de su lugar, y se contentó con mirar con los ojos bien abiertos. Pero Eleazar se dirigió inmediatamente hacia aquél que lo llamaba, y con el impulso del alborozo y toda la dulzura de la humildad, le dijo que estaba preparado para obedecer sus órdenes.
"Eleazar, Eleazar, le respondió el personaje, está usted admitido en la sociedad de los Independientes. Los trabajos que le quedan por realizar, y en los cuales deberá actuar como jefe, exigían que le fuera concedido este rango, y los que ha llevado a cabo hasta ahora son los títulos que le permiten obtenerlo; porque en esta sociedad son las obras las que

presentan la solicitud, así como es la sabiduría la que, haciéndose sentir interiormente y anunciando que esas obras son recompensadas, hace todo el ceremonial de la admisión. No tengo más instrucciones que darle. Su nueva dignidad lleva en sí toda la claridad y los conocimientos de cuanto tendrá que hacer en cada momento". Tras estas palabras, el personaje desapareció.
El primer uso que Eleazar hizo de su nuevo estado fue volverse rápidamente hacia Sedir y decirle: "Sedir, me han llamado para marchar en adelante por el verdadero móvil y la vía primitiva del hombre. Todos los demás medios que hasta ahora me han sido útiles ya no me servirán de apoyo; no me corresponde seguir empleándolos. Pero puesto que usted y yo estamos unidos para trabajar, cada cual según sus medios, en la más gloriosa de las empresas, no puedo recibir este ascenso sin hacerle participar de él en la medida conveniente: reciba pues de mi mano esta preciosa caja. Usted ha visto los numerosos prodigios que han tenido lugar gracias a ese polvo más precioso aún que ella contiene. Conoce su composición. Conoce en gran parte la manera de servirse de él. Cuanto más practique, más se perfeccionará en su manejo. Si bien yo tengo que actuar secretamente como jefe en la tarea que se prepara, usted tiene que actuar en ella más ostensiblemente que yo por el lugar que ocupa; y el regalo que le hago es al mismo tiempo una recompensa por su celo, y un considerable apoyo en la lucha". En el colmo de la alegría, Sedir se conmovió hasta las lágrimas al recibir ese incomparable tesoro sobre el cual estaba lejos de haberse formado el más mínimo proyecto. Embargado de reconocimiento, y lleno aún de la visión del majestuoso personaje que acababa de desaparecer, pero ardiendo de ganas de proseguir la obra que los llamaba, abrazó a Eleazar. Luego ambos apretaron el paso y pronto llegaron al sitio ya famoso por los grandes acontecimientos que el cocodrilo había provocado allí.

CANTO 94
LOS DOS EJÉRCITOS APARECEN EN LOS AIRES

Eran, en efecto los dos ejércitos los que descendían de los astros por medio de esos globos. El ejército rebelde bajaba el primero, su general a la cabeza. A medida que cada uno de esos globos tocaba tierra, depositaba un guerrero en el suelo, y después, se transformaban en agua y perdían en la arena. Este ejército rebelde toma tierra en el mismo lugar de la llanura de Sablons, donde el cocodrilo había aparecido por primera vez. El ejército fiel descendió algunos momentos después, a alguna distancia, y siguiendo los mismos métodos para tomar tierra; Aunque los globos que los habían traído se transformaban en agua, era un agua que en lugar de filtrarse en la arena, se elevaba en vapores ligeros y brillantes, que se podrían comparar a un rocío de plata.

CANTO 95
EL COCODRILO PREPARA SU EJÉRCITO PARA LA BATALLA

La mujer de peso, siempre vestida de hombre, y el hombre grande y seco ya se habían dirigido a aquel sitio importante y tan célebre, tras el anuncio que habían recibido del cocodrilo. Allí fueron testigos de la llegada del ejército de los rebeldes a los que apoyaban, y vieron descender a todos los individuos que lo componían.
Pero ninguno de ellos, ni ninguno de todos aquellos individuos había percibido la llegada del ejército patriota, tan grande y poderosa era la mano que velaba por la buena causa. El individuo que salió del globo rojo y castaño era el famoso Rosón, el general rebelde cuyo nombre significa jefe de iniquidad, y que tal vez había hecho él solo más daño a la capital que el

ejército entero. Los dos malvados personajes y él estrecharon más que nunca su unión, y al instante lo pusieron al tanto de todas las maravillas que habían ocurrido durante su ausencia. Por lo demás, pronto se encontraron comprometidos por las mismas funciones y por el mismo espíritu que inspiraba todos aquellos desastres, ya que apenas Rosón hubo puesto pie en tierra con su grupo apareció el cocodrilo en persona, bajo el aspecto de un general del ejército, con un soberbio uniforme, un sombrero adornado con un gran penacho, el bastón de mando en la mano, y montado en un magnifico corcel.

Llamó a sus tres agentes, los nombró ayudantes de campo y les hizo prometer bajo juramento que jamás lo abandonarían; los dejó de a pie, y no les proporcionó ninguna montura, aunque él mismo anduviera en un hermoso caballo. Pero para que pudieran seguirlo fácilmente en todos sus movimientos les transmitió una agilidad asombrosa, y la propiedad de avanzar, retroceder, elevarse y lanzarse con él, todas las veces que él tuviera que avanzar, retroceder, elevarse y lanzarse, de manera que aunque fueran distintos de él se puede decir que realmente no hacían sino uno.

Cuando hubo dispuesto de ese modo a sus tres ayudantes de campo, dijo: "Dignos colaboradores de mis gloriosos trabajos, ha llegado la hora de obtener la victoria más brillante. Si un temible enemigo me ha impedido consumar mis proyectos hostiles hacia su persona, poniendo como una poderosa barrera, incluso ante mi palabra, no tendrá aquí el mismo éxito, porque a pesar de él me ha sido devuelta la palabra, por el triunfo, si bien momentáneo, de Haridelle. Sé que mi temible adversario no está lejos de aquí. En cuanto aparezca, no dejemos de exterminarlo; es el único medio que tenemos de recuperar nuestro imperio. Aprovechemos el momento favorable que se nos ofrece, ya que el ejército de los patriotas aún no ha descendido".

Apenas hubo terminado esta breve arenga dispuso para la batalla a todo su ejército, aumentado con todos los malvados que se encontraban en el lugar, a quienes los sublevados ya habían hablado lo suficiente como para que sus proyectos recíprocos quedaran arreglados, y su curiosidad recíprocas estuviera más o menos satisfecha. Se colocó en el centro, esperando tan sólo el momento de actuar. Había tenido razón al decir que su enemigo Eleazar no se hallaba lejos, pero no sospechaba que hubiera llegado hasta él, hasta la nariz de su caballo, y que en un momento experimentaría el poder de ese temible adversario, pues sus ojos estaban deslumbrados por la ceguera que debía conducirlo a su perdición.

En efecto, mientras el nuevo general preparaba así al ejército rebelde, el ejército de los buenos franceses había sido reunido por Sedir y Eleazar. Apenas el ejército patriota había visto a lo lejos a Sedir, había lanzado gritos de alegría y echado a volar al aire sus sombreros. Cuando Sedir se aproximó arreciaron los gritos de júbilo, y éste no pudo evitar que asomara toda su satisfacción, y al mismo tiempo mucha ternura, al ver a aquellos valientes ciudadanos que, como consecuencia de su entrega a la patria, habían experimentado tantas penurias y todas aquellas aventuras extraordinarias que competían por contarle a cual más apresuradamente.

"Podéis ahorrároslo, les dijo, mostrándoles a Eleazar; he aquí a un valioso amigo que me ha hecho saber cuanto os ha ocurrido desde el momento en que fuisteis tragados por un cocodrilo, hasta que habéis sido aspirados por ese monstruo desde encima de los astros, de donde descendéis ahora. Este amigo no me abandona, y acaba de ayudarme a coronar todos vuestros esfuerzos; no podéis tener en la tierra un apoyo más sólido, y un amigo más indispensable. No agregaré nada más por el momento: el tiempo urge; no podéis perder ni un instante para alinear vuestros batallones y preparaos

para el combate. Veis que el enemigo está presente, y dirigido por un terrible general. Eleazar y yo atacaremos primero, y vosotros os pondréis en movimiento sólo cuando os demos la señal".
Mientras pronunciaba estas últimas frases llegó el voluntario Ourdeck, que se había guiado por el espectáculo de los globos que descendían de las nubes. Nuevos abrazos, más vivos aún, encantados como estaban tanto los guerreros como él de volver a verse después de los peligros que habían compartido, y tras el intervalo de tiempo durante el cual habían estado separados. Ourdeck deseaba regresar junto a Rachel para anunciarle las felices nuevas y tranquilizarla respecto a Eleazar; pero el honor y la salvación de la patria lo retuvieron, y al instante retomó su puesto entre sus camaradas, que no querían perder la parte de los laureles que les esperaba. ¡Cuántas cosas tenían para decirse respectivamente! ¡y cuántas cosas se dijeron en efecto, a pesar de la brevedad del momento que les dejaban las circunstancias!

CANTO 96
TRANSFORMACIÓN DEL COCODRILO

Durante estas efusiones confidenciales Eleazar se dirigió invisiblemente con Sedir hasta donde el ejército rebelde, sin que lo supiera su orgulloso general, y ello poco después de que éste se jactara de haber recuperado la palabra. Sin dejarse ver aún, Eleazar le dijo: "Si has recuperado la palabra, no la conservarás mucho tiempo; y tan cierto es que vas a perderla como cierto es que esta mano se cerrará ante tí".
Al instante el orgulloso general recuperó la vista; Eleazar y Sedir alargaron la mano abierta y la cerraron ante sus ojos. Inmediatamente los labios del general se encontraron cerrados sin que pudiera abrirlos. La rabia se pintó en su rostro, y la furia se apoderó de todos sus movimientos. Sus ayudantes de campo participaban de su rabia y de su furia, así como de su vergüenza, y todos estaban igualmente mudos ya que al unirlos a su persona, los había unido a su suerte. En su desvarío, quiso lanzarse con su caballo sobre sus adversarios. Hizo unos gestos a su ejército para ordenarle que los envolvieran; en efecto, el general realizó un movimiento hacia adelante, y las alas del ejército se quebraron para avanzar en semicírculo.
Pero Eleazar y Sedir le dijeron a la vez, siempre sin hablar: "Te equivocas si crees vencernos a nosotros y al ojo vigilante que nos sirve de guía. Aún no has llegado al término de tus humillaciones. No es suficiente que te hayamos quitado la palabra, es preciso también que te quitemos tu disfraz; porque no creas que nos engañas con tu forma de hombre y tu pomposo atavío; sabemos lo que está encerrado bajo esa apariencia; tenemos el poder de ponerte a descubierto, y para probártelo, es tan cierto que tu falsa y engañosa forma te será quitada como cierto es que nuestra mano cerrada se abrirá ante tí."
Al instante abrieron la mano ante él, y por efecto de ese solo acto el audaz e imprudente general cambió de forma en un abrir y cerrar de ojos, y en lugar del hombre y el caballo sólo se vio un vil y desagradable cocodrilo de un largo inaudito, abriendo una boca de un tamaño inimaginable.
Los ayudantes de campo no cambiaron de forma, pero permanecieron ligados a los movimientos del animal como lo estaban a los del general.
Espantado ante esa repentina transmutación, el ejército comenzó a retroceder. El cocodrilo corría de un extremo al otro para inducirlos a mantenerse firmes, y sus ayudantes corrían con él; pero esa horrorosa forma aterrorizaba aún más a sus guerreros. Cuantos más esfuerzos hacía para excitar el valor de su ejército, más lo espantaba, y éste se replegó hasta dejar atrás el sitio que había sido preparado por las misteriosas

ceremonias de Eleazar y Sedir; de modo que dicho sitio quedaba ahora de este lado del ejército rebelde, en tanto que antes se hallaba más allá: y el cocodrilo se encontró así mucho más cerca de él, puesto que seguía los movimientos de su ejército.
El ejército patriota admiraba estos prodigios y ardía de ganas de aproximarse; pero fiel a las órdenes de Sedir aguardaba que le diera la señal; y el momento aún no había llegado, tanto más cuanto que el enemigo principal que había que reducir no se combatía con las simples armas de los guerreros.
En efecto, a fuerza de agitarse el cocodrilo echaba por todos sus poros una espuma espesa que esparcía un olor infecto. Además, de su boca salían torrentes de fuego que habrían intimidado a los más intrépidos. Esa espuma y ese fuego se amalgamaban y se transformaban en una multitud incalculable de animales malvados de toda especie, que circulaban en masa por la atmósfera y la obstruían hasta tal punto que ya no se podía discernir nada, y no quedaba ni la más mínima partícula de aire respirable.
En aquel momento Sedir, en vez de desanimarse, se sintió impulsado a hacer uso del tesoro que le había dado Eleazar; cogió su preciosa caja y lanzó una pizca de polvo hacia los diversos puntos del horizonte sobre aquellas masas de animales malvados e informes; pero sólo después de haber repetido cuatro veces esta ceremonia logró hacerlos desaparecer y aclarar la atmósfera. No podía impedir que el cocodrilo arrojara fuego por su boca y espuma por sus poros; sólo tenía el poder de exterminar los resultados de su horrible amalgama y volverla estéril.
¿Pero qué vio cuando hubo aclarado así la atmósfera? Vio al propio Eleazar de pie en la boca abierta y encendida del cocodrilo, andando tan sereno y calmo como si estuviera lejos de todo peligro, y no en medio de la más espantosa pestilencia.
Por el solo hecho de haber puesto el pie en esa boca encendida y suficientemente grande como para contener a un hombre de pie, Eleazar había dejado al monstruo inmóvil y como paralizado. Cuando hubo entrado dio quince pasos para alcanzar la lengua, que como se sabe es muy corta. Apenas hubo dado el decimoquinto paso, el monstruo ya no arrojó ni fuego ni espuma; entonces Eleazar se retiró con la misma calma, y al salir de la boca del monstruo dejó que recuperara su movimiento por el cual debía conducirse a su propia perdición.

CANTO 97
MOVIMIENTOS CONVULSIVOS DEL COCODRILO

El cocodrilo comenzó a ver el peligro que lo amenazaba, y sintiendo el efecto de lo que Eleazar y Sedir acababan de hacer, tuvo una contorsiones espantosas; ora corcoveaba dando unos saltos capaces de aterrorizar a la misma bravura, y sin embargo los tres ayudantes de campo se mantenían firmes y no lo abandonaban; ora daba unos saltos de veinte pies en el aire y volvía a caer al suelo con un estrépito horrible, y sin embargo los tres ayudantes de campo se elevaban con él y no lo abandonaban; ora giraba como habiendo perdido los sentidos alrededor de aquel sitio tan temible para él y cuya proximidad tanto había rehuido, y sin embargo los tres ayudantes de campo lo seguían por todas partes en medio de esos remolinos, y no lo abandonaban. Y puede decirse que jamás combatiente alguno llevó tan lejos la constancia y la serenidad contra la mala fortuna y una suerte tan amenazadora.
Pero al fin se acercaba la hora fatal. Eleazar, Sedir y el hombre invisible, los tres a la vez, soplaron violentamente desde lejos hacia el sitio preparado. Ardiendo de impaciencia, pero lleno de humildad hacia los respetables

personajes que veía en plena tarea, Ourdeck hizo fervorosos votos en silencio por su éxito. Rachel, que seguía estando en París ocupada en protegerla, experimentó un movimiento secreto ocasionado por ese potente soplido; su valor y su celo se vieron nuevamente acrecentados. La mujer tártara se mostró bajo el aspecto de una estrella, como ya había hecho dos veces; y no se podía dudar de que la sociedad de los Independientes, con la famosa señora Jof a la cabeza, estuviera también en actividad. ¿Cómo podía ser entonces que la buena causa, asistida por todos estos medios, no tomara un aspecto cada vez más favorable?

En efecto, al instante el sitio preparado se abrió, el aire de la atmósfera se precipitó en él con fuerza y haciendo un ruido tremendo; el cocodrilo, espantado, dio una última arremetida, pero tan violenta, tan repentina, y con una sacudida tan grande, que el lazo secreto que lo unía a sus tres ayudantes se rompió, y éstos fueron arrojados brutalmente al suelo lejos de su jefe, estrellándose, y quedaron tendidos sin conocimiento. Inmediatamente fueron entregados a un destacamento con la orden de no hacerles ningún daño hasta que las leyes decidieran sobre su suerte; y las convulsiones del monstruo no hicieron sino aumentar ante este desastre.

CANTO 98
VOMITO EXTRAORDINARIO DEL COCODRILO

No era suficiente que el cocodrilo hubiera vomitado anteriormente a los dos ejércitos, así como a todos los humanos remisibles que habían estado detenidos en su interior. Debía vomitar todavía la especie de veneno a través del cual había producido tantas calamidades sobre la tierra, y guardar tan sólo el veneno que constituía su propia existencia y del que no podía separarse.

Como consecuencia de sus violentas sacudidas vomitó así dos grandes letras del alfabeto cuyo nombre no nos han permitido conocer. Solamente nos han dicho que esas dos letras no hacían realmente sino una, puesto que eran gemelas; que habían comenzado siendo una especie de perpendicular; que luego habían agregado a esa perpendicular la forma de una boca abierta con una lengua, pero pronto habían adoptado la forma de una boca cerrada y sin lengua, y finalmente esa boca cerrada y sin lengua se había vuelto doble.

Al salir del monstruo, esas dos letras esparcieron un fuerte olor a arsénico, e inmediatamente produjeron un ser vivo que tenía, en primer lugar, dos cabezas humanas, una de las cuales permanecía inmóvil y la otra giraba permanentemente; en segundo lugar un cuerpo totalmente velludo, cada pelo del cual era un insecto o un gusano; y en tercer lugar una cola compuesta de una mezcla confusa de todos los metales, lo que llevó a creer que esas dos letras eran a la vez el molinete y el coagulador de los pensamientos de los hombres, el enemigo nato de toda corporización regular, y el mineralizador metálico universal. Ese ser vivo que habían producido, y que estaba formado sólo por vapores, pasó rápidamente sobre el abismo abierto y se evaporó en la atmósfera.

CANTO 99
CASTIGO DEL COCODRILO

Privado de toda comunicación con sus ayudantes, con la naturaleza y con la mente de los hombres, el monstruo quiso hacer un último esfuerzo, y se alzó hasta una altura de cincuenta pies. Pero al descender no pudo resistir a una corriente de aire que lo arrastró al abismo abierto y lo precipitó por dicha abertura hasta el fondo de Egipto, para sujetarlo allí más que nunca bajo su pirámide. Y en adelante ya no podría circular por el universo, porque nuestros tres operadores soplaron nuevamente, pero con tal potencia que

cerraron el abismo en el que su cruel enemigo acababa de desaparecer, y todos los otros abismos de la tierra que hubieran podido dejarle la más mínima salida. Entonces se oyeron estas palabras por encima del abismo: "Nuestro reinado ha pasado, todas nuestras esperanzas se han desvanecido".

CANTO 100
LOS FRUTOS DE LA VICTORIA

En ese momento, ya fuera por efecto natural de la desaparición del monstruo, ya como consecuencia de las influencias saludables que los dos ejércitos había traído de su estadía en los astros, los dos ejércitos a la vez, y como movidos por un impulso espontáneo, arrojaron sus armas y volaron rápidos como el rayo uno hacia el otro, a quien daba mayores muestras de amistad. Cada cual abrazaba a su adversario; ya no había enemigos entre ellos, aquello no era sino una familia de hermanos. Tras haber dado curso a esos dulces impulsos del corazón, cada cual recuperó sus armas y los dos ejércitos no hicieron ya sino uno, porque el ejército hasta entonces rebelde no quería que se lo distinguiera del otro, y sólo recuperaba sus armas para llevarlas a los depósitos que le designaran.

Los tres ayudantes de campo se despertaron en aquel instante; quedaron espantados al no ver más al cocodrilo, y cubiertos de vergüenza al verse abandonados por sus propios partidarios y entregados al poder de sus enemigos.

Estas imágenes, unidas a la derrota del monstruo, llenaron a Eleazar y a Sedir de un sincero reconocimiento hacia el poderoso ser que tan bien los había asistido en las tareas que acababan de sobrellevar, y por un acuerdo tácito de su fe cumplieron con lo que la piedad de su corazón exigía. El hombre invisible les dio incluso secretamente a ambos nuevos signos de su presencia, e insinuó a Sedir interiormente que dado que había mostrado tanta confianza y devoción hacia la buena causa, no dejaría de multiplicar sus favores para con él, como desde hacía tiempo lo hacía con Eleazar.

El voluntario Ourdeck no tardó en unirse a ellos, y describirles lo mejor que pudo la satisfacción que experimentaba al haberles visto triunfar tan gloriosamente; sólo lamentaba algo, y era que su querida y respetable Rachel no fuera testigo de aquellas emocionantes escenas, tan acordes con su bella alma.

Se disponía incluso a adelantarse para ponerla al tanto de la maravillosa victoria que acababan de obtener, y del feliz estado de las cosas, cuando fue retenido por un espectáculo que no esperaba, y en el que todo el mundo tomó parte, excepto los tres ayudantes de campo que no eran dignos de ello y para los que estaba velado. He aquí en qué consistía dicho espectáculo.

Todas esas ciencias que, poco después del origen de las cosas, habían quedado bajo el mandato del cocodrilo, en condiciones tan enojosas, se mostraron en el aire sobre el campo de batalla bajo la forma de jóvenes vírgenes, radiantes de belleza, vestidas con trajes blancos como de alabastro, llevando cada una llave de oro colgando de su cintura y teniéndose todas de la mano, dando muestras del mayor regocijo.

"Al fin, decían con voz argentina, el molde del tiempo se ha quebrado; estamos libres de las trabas que nos han retenido durante tantos siglos; en adelante viviremos con él en una alianza eterna. Gracias sean dadas al respetable mortal que ha sido nuestro liberador".

CANTO 101
LOS DESEOS DE OURDECK REALIZADOS

Desde el momento en que ese asombroso espectáculo había comenzado, el primer efecto que había tenido en Ourdeck, después de la sorpresa, había sido el de aumentar aún más su deseo de que Rachel estuviera presente. Buscaba ansiosamente entre aquéllas brillantes figuras la de la señora Jof, y no la encontraba. Pero en el fondo de su corazón escuchó nuevamente estas dulces palabras que Rachel le había dicho: "Yo no puedo estar sino con ella".
Esta reminiscencia le produjo tal reacción, y con ello sus anhelos respecto a Rachel se volvieron tan ardientes y eficaces, que para gran sorpresa de todos súbitamente esta digna amiga se halló junto a él, antes incluso de que el cántico hubiese terminado, de manera que tuvo el placer de escuchar pronunciar las últimas palabras. Había sido transportada en un instante por el poder mágico del deseo de Ourdeck. Traía las noticias de que la plaga de los libros había cesado, que la paz y la abundancia habían reaparecido en París, y que desde hacía un momento la alegría

era allí universal. Sería difícil describir el entusiasmo de Ourdeck, y el alborozo de Eleazar y Sedir ante la llegada inopinada de Rachel.
Pero nos aseguran que la dicha que ella experimentó al escuchar las últimas palabras del cántico, tan acariciadoras para Eleazar, no fue la única satisfacción que tuvo en lo que hace a su virtuoso padre. Se dice que ella, y todos los asistentes, tuvieron el placer de ver, si no al respetable israelita mismo, al menos a su representación, aparecer en los aires en medio de las jóvenes vírgenes y recibir de ellas, como recompensa por sus gloriosos trabajos, una palma tan brillante que los ojos tenían dificultad para soportar su resplandor.
Nos aseguran también que junto a este interesante cuadro apareció súbitamente un templo que tenía como inscripción: El templo de Memoria; y que una de las vírgenes dijo en voz alta: "He aquí el Templo al que aspiran todos los sabios de la tierra". Las puertas de dicho templo se abrieron y dejaron ver una gran sala muy mal mantenida, y nadie adentro. La joven virgen dijo: "Enteraos cómo tras su muerte, los sabios tienen que ceder en la idea que se hacen todos de su templo de memoria".
Se vio que los techos del templo estaban en mal estado, y la joven virgen dijo: "Son los astrónomos quienes los han degradado de ese modo, estableciendo sus observatorios sin ninguna precaución; y los astrónomos ya no pueden ni siquiera continuar con sus observaciones. Por lo demás, esa pérdida sería mayor si esos hombres distinguidos por su talento no se hubieran limitado a trazaros regularmente la marcha de los correos celestes, y os hubieran puesto al corriente de los despachos que llevan dichos correos; porque sabréis que el hombre siente mucha más curiosidad por las noticias que por el itinerario de quienes las llevan".
En lo alto de unas chimeneas, se vieron unas cabezas cubiertas parcialmente de hollín, cantando las canciones habituales entre los saboyanos en parecidas circunstancias, y la joven virgen dijo: "Son algunos poetas que no habiendo podido encontrar sitio en el templo de memoria, prefirieron servir aquí como deshollinadores y hacerse escuchar en calidad de tales, antes de permanecer ignorados y en silencio".

A través de los tragaluces de los sótanos, se vieron algunos personajes con largas túnicas, enseñando a unas aves enjauladas a pronunciar unos nombres muy famosos, y la joven virgen dijo: "Son unos filósofos que no tuvieron manera de obtener por si mismos una plaza en el templo de la inmortalidad, y prefirieron hacerse exaltar por unos seres sin inteligencia antes de permanecer desconocidos, y que no se hablará de ellos."

Se vio que los muros del templo estaban llenos de grietas, debido a las aguas que el deterioro del techo dejaba pasar, y al mismo tiempo se vieron a unos hombres que llevaban un mortero sobre sus hombros y subían por largas escaleras para ir a rellenar las grietas; pero subían tan lentamente que el mortero estaba seco antes de que hubieran llegado, y volvía a caer al suelo cuando querían emplearlo, y la joven virgen dijo: "Son unos doctores que habiendo pasado su vida ocupados en las vanas ciencias de los hombres, aún creen ser útiles aquí con ese humilde y estéril empleo, antes que abrir los ojos a sus abusivas ocupaciones; estaban convencidos de que tendrían un lugar importante en el templo de la inmortalidad, y han quedado reducidos a trabajar sólo en su superficie, e incluso a no trabajar allí más que en calidad de obreros, y a no hacer sino reparaciones continuamente infructuosas." Y tras estas últimas palabras todo desapareció.
Cuando todas estas escenas, algunas de las cuales habían excitado el entusiasmo, y otras la sorpresa, hubieron pasado, Sedir, Eleazar, Rachel y Ou.deck, así como el ejército entero, regresaron a París bajo las aclamaciones de todos sus habitantes, que se apresuraron a dar a estos dignos personajes, y a los valientes guerreros que los acompañaban, el más halagador de
los recibimientos.
La historia dice que cuando Eleazar hubo vuelto a su vida apacible, ya no ocultó su devoción a la fe de los verdaderos cristianos, devoción que había dado a conocer ampliamente a Sedir cuando su primera entrevista, y cuya profesión no creyó poder seguir difiriendo por más tiempo.
La historia dice también que no tardó en hacer partícipe de sus conocimientos más sublimes al voluntario Ourdeck, habiendo reconocido que no podía darles un destino mejor.

Dice también que al ver que aumentaba la inclinación de Ourdeck por Rachel, y la de ésta por el voluntario, Eleazar les permitió unirse por el vínculo conyugal; que dicha unión, basada en la virtud más pura y en la piedad más clara, fue tanto para él como para ellos una fuente inagotable de felicidades desconocidas en las alianzas vulgares; que el virtuoso Sedir, cultivando cuidadosamente la relación con sus deliciosos amigos, supo aumentar y compartir a la vez la dicha de que éstos gozaban, y por último que él, Rachel y Ourdeck fueron también admitidos en la sociedad de los Independientes, que constituyeron una de sus principales glorias, y que vivieron en una unión íntima y habitual con la señora Jof, e incluso con el Joyero o el hombre invisible que era su esposo.

CANTO 102
CONDENACIÓN DE LOS TRES MALHECHORES
SU PENA CONMUTADA

(Así pues, amigo lector todo cuanto me resta decirle es que Sedir, por su cargo, se vio obligado a proseguir el juicio de los tres malhechores; que según las leyes del Estado fueron condenados a la máxima pena; pero que el mismo Sedir que había solicitado su enjuiciamiento por los tribunales solicitó a continuación la gracia ante el gobierno,
Sí, queriendo moderar su sentencia cruel,
Pero prevenirse de aquellos bribones,
Fijó la llanura de los Sablons,
Como su perpetua prisión,
Y a falta de una ciudadela,
Hizo construir allí tres torreones).

INTERPRETACIÓN
AL SENTIDO OCULTO DE
EL COCODRILO

Como ya habrá podido comprobar el lector, EL COCODRILO se encuentra lleno de simbolismos clásicos del ocultismo del siglo XVIII, de aparente procedencia Egipcia, pero que en realidad venían del sincretismo creado entre griegos y hebreos en los primeros siglos de la Era Cristiana.

A estos simbolismos, hemos de agregar las leyendas Masonas y Rosa Cruces, llenas a su vez de símbolos cristianos, alquímicos, mágicos y astrológicos.

Finalmente, debemos de reconocer ciertos significados históricos y raciales, que influyeron directa o indirectamente en el
autor.

Sin que EL COCODRILO sea una obra biográfica, cabe destacar el dato de que el autor se menciona a sí mismo en diversas ocasiones, reflejándose en el papel de la Sra. Jof, y en el papel de Eleazar, que comparte con la personalidad de Martines de Pasqually, su maestro.

Los personajes principales de la obra son el Cocodrilo y Eleazar, que representan respectivamente al Mal y al Bien, que se enfrentarán a lo largo de los cantos, a pesar de lo desequilibrado del combate que parece favorecer en un principio al Mal, como en todas las novelas de aventuras, termina por vencer el Bien.

Cada uno de los protagonistas tiene su grupo de apoyo para enfrentar la lucha. De parte del Cocodrilo se encuentran los Genios Malvados, que emergen de su propio cuerpo; el Genio de Mercurio; la travestida Mujer de Gran Peso y el Hombre Grande y Seco; y Rosón, el jefe de la rebelión. Mientras que de parte del héroe se hallan: El Joyero; la Señora Jof y la Sociedad de los Independientes; la sacrificada Mujer Tártara; los Genios Bienhechores; Sedir, el Teniente de Policía; Rachel, todo sentimiento e hija de Eleazar; y por último, el voluntarioso Ourdeck.

El Cocodrilo no es más que el Demonio en la concepción cristiana moderna. Es decir, es el Diablo personalizado. Que viene desde Egipto persiguiendo a Eleazar.

En este punto, Saint-Martin establece la vieja premisa ocultista: Que el Conocimiento y la Iluminación provienen de Oriente. Y tal y como se desarrollan las cosas hoy en día en el Oriente, no nos cabe la menor duda de que el Demonio también proviene de ahí.

El Cocodrilo viene persiguiendo a un Judío, Eleazar, cuyo nombre significa: el ayudante de Dios.

Los Judíos, el pueblo elegido, el pueblo que posee la palabra de Dios y la tradición kabbalística. El pueblo perseguido. El pueblo que cada milenio espera la llegada de su Mesías sin éxito. El pueblo que tiene la obligación de mantener en tranquilidad a Jerusalén para que baje Dios, y les entregue la Tierra Prometida, Zion, y con ella, el dominio sobre todas las cosas del mundo, y la jerarquía sobre las naciones.

A finales del siglo XVIII, los judíos no estaban en posición de lograr el dominio del mundo. Hoy en día, aunque su posición ha mejorado considerablemente, tanto política como económicamente, tampoco están en posición de conquistar el mundo, a menos que sea a través de la intervención directa de un milagro de su Dios, Jehovah.

Lo que si pueden y podían hacer, es lo que hizo Eleazar: triunfar sobre sí mismo, encontrando la chispa divina en su interior, y con ello triunfar sobre el Mal venciendo al Cocodrilo.

El Cocodrilo, como todos los malos, tienen sus limitaciones. Saint-Martin representa dichas limitaciones en la pirámide que le cuelga de la cola restándole movilidad y capacidad para ejercer el mal, y unos ayudantes como Rosón: demasiado malo y manipulable como para poder hacer nada favorable a su amo. El mismo Cocodrilo, a pesar de sus múltiples poderes, está marcado por el servicio a Dios, no en balde lleva en la cola un símbolo de conocimiento universal, la Pirámide: nave espiritual de los Faraones, hecha a escala de las medidas que separan al hombre del Sol y de la Luna. Con la Pirámide en la cola, el Cocodrilo está predestinado a perder la batalla.
Y Eleazar, simplemente por ostentar el nombre que ostenta, está predestinado a ganar la batalla. Eleazar es la representación del hombre, pero del Hombre con mayúscula. El hombre ideal. El Adam Qadmon. El hombre capaz de transmitir a los demás hombres la Luz y el Conocimiento, para convertirles en hombres como él.
Pero para ello, el hombre ha de seguir un sendero espiritual de reencuentro consigo mismo, reencuentro que le llevará indefectiblemente a reencontrarse con Dios y su propia esencia Divina, así como con el Paraíso Terrenal, del cual fuera arrojado por perder su identidad.
Los ocultistas piensan que pueden llegar a alcanzar dicho nivel, y toman de antemano un salvoconducto hebreo, que los mismos judíos están muy lejos de otorgar. El judío piensa que el único elegido es él, y que los demás seres, cuando mucho, son descendientes de los salvaguardados Reyes de Edom, o si no, que son simplemente Goys, Gentiles, o animalitos muy parecidos a ellos, los hombres, los verdaderos seres humanos.
Saint-Martin cayó en esta trampa racial al darle a Eleazar la nacionalidad hebrea. Incluso, en Eleazar se encuentran claros rasgos de su maestro, Martines de Pasqually, que no se salva de la burla y de la crítica, pero también tiene rasgos del propio Saint-Martin, deseoso de tener la misma prerrogativa iniciática del Pueblo Judío.
De Pasqually, como Eleazar es un iluminado. Pero dentro de la concepción espiritual de Saint-Martin, a pesar de ello, Eleazar tenía que luchar con todas sus fuerzas, y con las fuerzas de sus ayudantes, para lograr triunfar sobre sí mismo, y por ende, sobre del Mal: el Cocodrilo.
La tradición oral de la Kabbalah nos dice que el Demonio, una gigantesca serpiente, fue destruido y fraccionado en miríadas de partículas, que a su vez fueron arrojadas al Mar Depurador, para que se sumergieran en sus profundidades. Esta es la razón de que los Genios Malvados, estúpidos como los hombres, es decir como los hombres que ni son iluminados, ni iniciados, ni judíos, constituyan el cuerpo de su amo.

Los Genios Bienhechores por su parte, a pesar de su bondad, no pueden prestar una ayuda muy definitiva. Ayudan y apoyan moralmente, señalan el camino que se ha de seguir, son guías de luz. Su belicismo deja mucho que desear en el sentido estrictamente material, y al final, parece como si abandonaran al héroe, dejándolo solo con su suerte, y desprotegido y a merced de las hordas y a los elementos que le atacan. Pero su papel es el correcto, pues los Genios Bienhechores han de dejar que el hombre se enfrente simplemente solo al Demonio, ya que ésta es la única manera en que el hombre puede vencer realmente a sus demonios.
Los Polvos Milagrosos aún posee Eleazar, son, como la piedra filosofal, increíbles, fantásticos y milagrosos. Y no hace falta que su poseedor tenga ningún don o talento para usarlos, basta con poseerlos para que funcionen milagrosamente. Con los polvos, Saint-Martin crítica a todos aquellos grupos, incluido el de su maestro, que se creen poseedores de la verdad

porque tienen un tesoro oculto que les soluciona todos sus problemas, olvidándose de seguir el verdadero sendero espiritual, que no requiere de muletas mágicas para seguir el camino.
Por ello, al final, Eleazar pierde sus Polvos Mágicos, y tiene que enfrentarse por sí mismo a la devastadora fuerza del Cocodrilo, sacando de su interior toda la esencia divina que lleva dentro, sin ayuda de nada ni de nadie.
Hay que tener en cuenta que el Cocodrilo se enfrenta a un hombre, y no a las jerarquías divinas. El reino de la Tierra es del Cocodrilo y del Hombre. Las jerarquías divinas ayudan al Hombre, pero su reino se encuentra en los Cielos, lugar a donde no tiene acceso el Demonio. Y ya que el Demonio no se puede enfrentar a Dios, se enfrenta con lo mejor de su creación. El Hombre al vencer al Demonio, se convertirá verdaderamente en el Amo del Mundo Terrestre, lo que le permitirá tener un acceso más directo con el Mundo Celestial.
El Demonio ya domina al Mundo Terrenal, pero al igual que el Hombre, trata de llamar la atención de Dios, para que le llame nuevamente a su lado. Si el Hombre vence al Demonio, le ayuda a elevarse, o al menos, como dijo San Juan, le encierra por un período de mil años. Pero si el Hombre no vence al Demonio, ambos continuarán en la absurda lucha del Bien contra el Mal en la Tierra, sin poder alcanzar la gloria. El Cocodrilo, no puede vencer del todo al Hombre, pues con ello perdería su razón de ser, y su única posibilidad de ascender nuevamente a los cielos.
El Joyero, representación idílica y Rosa Cruz de Cristo, está casado con el alma de Saint-Martin: la Señora Jof. Y aunque Saint-Martin nunca se reconoció ante sus discípulos como un iluminado, papel que le dejaba a su maestro, en el COCODRILO, al casar a su espíritu con Cristo, habla abiertamente de su propia iluminación e iniciación. En otras palabras, que Saint-Martin ya se sabía desde entonces un elegido, y con ello, ya había hecho su elección de vida: ser un místico y un misionero, y no simplemente un escritor.
La Sociedad de los Independientes, es simplemente la Sociedad Oculta idealizada por Saint-Martin, que le sirvió de pretexto para burlarse una vez más de las Sociedades Ocultas de su época. Y por supuesto, su alma en nupcias con Cristo: la Señora Jof, era el alma mater de dicha sociedad.
La Señora Jof representa además a la fe que debe de tener un hombre para seguir el sendero de elevación espiritual. Pero no una fe muerta, fanática, supersticiosa o ciega, o simplemente dogmática. Sino una fe viva, consciente del espíritu, y movida por la fuerza de la certidumbre.
Por su parte, el Genio de Mercurio, nos remite a la idea de dos tipos de Mercurio, que encontramos tanto en la tradición kabbalística, como en la astrología esotérica y en la alquimia.
Géminis es el signo astrológico regido por Mercurio, pero por un Mercurio dorado y filosofal, que al dispersarse en la bipolaridad de los Genios se convierte en un Mercurio Argento y común, regado por todo el mundo, sin más valores y virtudes que las terrenales.
Este Mercurio Argento, es el que representa al Genio de Mercurio, equiparado a las torpes y limitadas aspiraciones humanas de dinero, poder y bienestar material. Este Genio de Mercurio, como el Mercurio Argento y como el Hombre mismo, es recuperable. Ya que al llegar al próximo signo que está bajo su regencia, Virgo, puede ser reunificado consigo mismo y ser dado a Luz por una Virgen, para convertirse nuevamente en el primogénito, en el Mercurio Dorado, en el Mercurio Filosofal, recuperando su forma original y su ascendencia divina.
Quien recorra Etiopía en nuestro días, encontrará pequeño al Genio Etiope que nos presenta Saint-Martin. Para muchos ocultistas, las zonas por donde

pasó Jesús y no fue reconocido como el Hijo de Dios, están malditas, para algunos religiosos, los que aún no lo han reconocido como su Señor, también lo están. Todo el Medio Oriente, Asia, Norte de África, el mismo Estado de Israel, y otros tantos pueblos, son algunas de las pruebas que exponen para refrendar su teoría. En fin, que Etiopía (Abisinia), despreciadora y refractaria, tanto del Islam como del Catolicismo, se encuentra en la zona oscura del mundo. Su Genio que ha escapado en algunas ocasiones a Europa sembrando hambre y destrucción, se encuentra actualmente bien asentado en su tierra natal. Etiopía no ha cambiado mucho en los últimos doscientos años, sólo que ahora, nos pueden mostrar a través de los medios de comunicación lo que ahí sucede.
Para seguir con las enseñanzas Bíblicas, Saint-Martin nos presenta a la Mujer Tártara, representación pura del sacrificio y la renuncia personal, sin la cual no se puede seguir adelante en el Sendero Espiritual, lleno de renuncias y sacrificios. La renuncia a los bienes materiales incluye a los lazos emocionales que nos unen a la Tierra. El Sendero Espiritual, y esto no es ningún secreto, exige en todas las latitudes, sectas y religiosas, la renunciación a los bienes materiales, a la posición social y económica, y por supuesto, a los lazos familiares, mujer e hijos incluidos.
Nuevamente, para llegar a Dios, se ha de ir solo. Por algo los seguidores de Saint-Martin se denominan Solitarios Iniciados. Saint-Martin, humildemente, al llamarse Filósofo Desconocido se iguala al Cristo, porque Cristo es el Hijo, y el Hijo es el Conocimiento, fruto del Entendimiento y la Sabiduría, pero que los hombres, débiles y estúpidos, no han sabido reconocer.
Rosón, patibulario y sin personalidad propia, como todos los sirvientes de Satán: el COCODRILO, no es más que el sentido invertido de la Trompeta Sonora del Arcángel que ha de anunciar el final de los tiempos y el despertar de los hombres a la nueva vida. Rosón, que es lo contrario a lo sonoro, simplemente adormecerá a los hombres con su hueco sonido, convenciéndoles de las peores atrocidades, posibles únicamente en un mal sueño. Las religiones bien pueden verse reflejadas en esta figura, al igual que los partidos políticos. Que mejor que una ideología, por disparatada que ésta sea, ya sea religiosa o política, para empezar un conflicto, una rebelión o una guerra. Una guerra o una rebelión justa, dura poco. Una guerra o una rebelión estúpida se hace interminable, y en el 99% de los casos las guerras, fuera de rebajar la dignidad y el número de los hombres, no han servido prácticamente para nada. Este es el papel de Rosón.
La travestida Mujer de Gran Peso, es la representación de Malkuth, el décimo Sephiroth de la Kabbalah. Es la mujer que usurpa el papel del hombre, pero por supuesto, es más cruel y severa. Las feministas de nuestros días encontrarán ciertos tintes de machismo en esta concepción ocultista, y quizá no les falte razón. Malkuth, o la Mujer de Gran Peso, es la Mujer con poder, es la Reina cruel, que como Catalina dispone de las vidas a su antojo. La mujer, esotéricamente, es la parte izquierda o negativa del hombre. Lilith quiso ser superior a Adán, y Eva, que salió de su propia costilla izquierda, le traicionó al dejarse tentar por la serpiente. La Mujer Buena, es la Mujer Tártara, la que renuncia y se sacrifica. La Mujer Mala, es la que se quiere igualar al Hombre, o la que le traiciona.
La tercera mujer es Rachel, pero de ella hablaremos después. Saint-Martin no estaba ni a favor ni en contra de la Revolución, pero tenía la esperanza que la misma diera un nuevo y mejor giro sobre la vida de los hombres. Sin embargo, si estaba en contra del ilustrismo, el Enciclopedismo y del Ateísmo, que para él, eran un sinónimo de Ciencia.
Por ello, se recreó en la figura del Hombre Grande y Seco que, para pervertir el pensamiento de los hombres, creó con todos los libros intrascendentes

una papilla de color gris para que la devoraran. A los hombres comunes, que ya eran estúpidos, sólo les faltaba comer el licuado de libros para terminar con la poca inteligencia que les quedaba. Qué mejor alimento espiritual que el del simple conocimiento de Dios a través de la literatura trascendental, de la Biblia y de los mismos libros de Saint-Martin. Qué importancia tiene la Ciencia imperfecta de los hombres. Tal parece que para Saint-Martin ninguna.

Para Saint-Martín el ateísmo geométrico y progresivo de la cultura francesa era una ofensa para las Verdaderas Ciencias Trascendentales y Esotéricas.
Sus temores al respecto eran, y son, completamente innecesarios por desgracia, ya que la mayoría de los hombres se encuentran desposeídos de una y de otra cultura. Las Ciencias Físico Matemáticas, o la Ingeniería Genética, son Ciencias mucho más ocultas y secretas que la Magia Negra o que la Kabbalah. No, seguramente que ni entonces ni ahora, se corre el peligro de que el hombre se indigeste con esa papilla gris hecha de libros.
El Hombre Grande y Seco, flemático y severo, figura irónica de los cultivados burgueses del siglo XVIII, representa también a Saturno, el planeta maléfico y obstructivo de la Astrología, todo frío y cálculo; todo avaricia y ambición. Duro, grande y seco como un peñasco. Proveniente de Egipto, al igual que el Cocodrilo, pero en representación de los Dioses Arcaicos. Saturno que se instaló en Roma como padre de Júpiter, hasta que fue arrojado del Olimpo por su propio hijo, por haber pervertido a los hombres con sus fiestas Saturnales. Saturno, regente del Sábado que los judíos se empecinan en guardar por temor a las tentaciones que él ha dejado sueltas. El Hombre Grande y Seco, que como Satán, renunció a las mieles de los Cielos, no podía recuperar su Luz, y se dedicó a apagar las de los hombres, siempre dispuestos a creer más en la letra impresa que en la Palabra, al menos desde que empezó a funcionar la imprenta.
Finalmente hablaremos de los tres personajes que prestaron más apoyo físico a Eleazar en su lucha contra el Cocodrilo: Sedir, Rachel y Ourdeck.
Rachel, la tercera mujer, por ser hija del héroe, era la única que podía profesarle un sentimiento puro y verdadero. Y hace falta sentir a Dios para seguir su camino. Se puede creer en Dios, pero si no se le siente en nuestro interior, difícilmente podrá ser amado. Como hijos suyos que somos, lejos de pedirle o exigirle, debemos de profesarle un sentimiento puro y verdadero.
Sedir, representante de la ley, la justicia y el orden humanos, es la aspiración hacia el Bien. Porque una vez que sentimos a Dios en nuestro interior y que le profesamos un sentimiento puro y verdadero, hemos de aspirar a El. Si somos, como el Demonio, ángeles caídos en la materia, hijos predilectos arrojados del Paraíso, lo menos que podemos hacer es aspirar a recobrar nuestra forma divina, hemos de aspirar a retornar a nuestro Paraíso perdido. Sedir es la aspiración humana. Como el signo Leo, feroz y justiciero que aspira a la perfección, así es Sedir. El que aspira a Dios, es ya la mitad de Dios.
Ourdeck el voluntario, siempre dispuesto a la acción, siempre tenaz y valiente, siempre confiado a sus limitadas fuerzas humanas para enfrentar a los terribles demonios sin acobardarse, es la representación de la Voluntad. Se puede sentir a Dios, y se puede aspirar a El, pero si no actuamos con voluntad en dicho sentido, difícilmente podremos hacer algo. Todo pensamiento y todo sentimiento tiene que ir acompañado del acto. No basta con ser bueno y bien intencionado, si no se actúa con valor y honestidad, a pesar de la fuerza que tengan los demonios que nos ataquen.
Estos tres valores: el sentimiento, la aspiración y la voluntad, fueron los que ayudaron a Eleazar cuando todo parecía perdido, cuando todas las fuerzas

del mal estaban en su contra, cuando carecía de la ayuda de los Polvos y los Genios Bienhechores, cuando se enfrentaba completamente solo al terrible Cocodrilo, y simplemente descubriendo dichos valores en sí mismo.
De esta manera, fue como en la ficción el Cocodrilo fue derrotado por Eleazar. En la realidad contemporánea de Saint-Martin, parecía que el vencedor había sido el Cocodrilo y su camarilla. Pero la verdad objetiva nos demuestra que la lucha absurda del Bien contra el Mal continúa, y que continuará por mucho tiempo hasta que el hombre, individual y colectivamente sea capaz de vencer a sus demonios, sin importar su sexo, su raza y su religión. Este es el mensaje que sin duda nos da EL COCODRILO de la mano de Saint-Martin.
Resta decir, que el juego de fechas que hace Saint-Martin también tiene un significado. Las fechas se basan en la de su propio nacimiento: 1743.

1 Dios, la Unidad de todas las cosas.
7 La Clave, o la Llave que abre las puertas del Espíritu.
4 La Materia, la forma en que Cristo se presentó a los hombres.
3 La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Mente, Cuerpo y Alma, etc., etc.

El único que no varía, es por supuesto el "1"; Dios es el único innamovible. Las demás fechas pueden interpretarse en base a la anterior tabulación, aunque bien sabemos que existen diversos criterios kabbalísticos y numerológicos.
Y como habíamos dicho en un principio, cada quien puede hacer su propia interpretación, y mirar desde su propio prisma a EL COCODRILO.

INDICE

INTRODUCCIÓN.....2
CANTO 1. Signos amedrentadores en los astros. Seguridad de los sabios. Inquietudes del pueblo.....7
CANTO 2. Relato del Cabo de Hornos. 8
CANTO 3. Continuación del relato del Cabo de Hornos. Discurso del presidente.....9
CANTO 4. Continuación del relato del Cabo de Hornos. Opinión del Genio del Fondo del Mar.....11
CANTO 5. Continuación del relato del Cabo de Hornos. Opinión del Genio de la Luna 12
CANTO 6. Continuación del relato del Cabo de Hornos. Opinión del Genio de Etiopia 12
CANTO 7. Continuación del relato del Cabo de Hornos. Opinión del Genio del Pico de Tenerife.....13
CANTO 8. Continuación del relato del Cabo de Hornos. Maniobras de los genios 15
CANTO 9. Inquietud de los parisinos….....17
CANTO 10. Encuentro de Rachel y Rosón 18
CANTO 11. Historia de Rosón 18
CANTO 12. Encuentro con el voluntarioso Ourdeck 19
CANTO 13. Vigilancia del Teniente de Policía. Encuentro de Ourdeck y la Señora Jof 20

CANTO 14. Historia de la Señora Jof 21
CANTO 15. Discurso de la Señora Jof a la sociedad de Independientes 23
CANTO 16. Poderes de la sociedad de los Independientes.
Historia de un profesor de retórica 26
CANTO 17. Historia de un coronel de dragones 27
CANTO 18. Esperanzas de algunos habitantes. Historia de un académico 27
CANTO 19. Entrevista del emisario Stilet con Eleazar, judío español 29
CANTO 20. Stilet y Rachel ven pasar el motín 30
CANTO 21. Sedir toma precauciones contra el motín..... 30
CANTO 22. Eleazar va a ver a Sedir. Polvo de pensamiento doble 31
CANTO 23. Entrevista de Eleazar y Sedir. Doctrina de Eleazar 32
CANTO 24. Eleazar descubre a Sedir los enemigos del Estado 37
CANTO 25. Sedir se entera por sus emisarios de noticias desagradables 38
CANTO 26. Audaz intrepidez de Rosón. Su armadura. Su huida 39
CANTO 27. Los sublevados se dirigen a la llanura de Sablons. Las tropas regulares
cargan contra ellos 40
CANTO 28. Prodigio inesperado. Los académicos examinan este prodigio 41
CANTO 29. Decisión de los emisarios de la Academia. Su extrañeza 42
CANTO 30. Curso científico del Cocodrilo. Origen de las cosas 43
CANTO 31. Continuación del curso científico del Cocodrilo.
Desarrollo del sistema del mundo 44
CANTO 32. Continuación del curso científico del Cocodrilo.
Formación de los seres particulares. La Pirámide 45
CANTO 33. Continuación del curso científico del Cocodrilo. Comisión de las Ciencias 47
CANTO 34. Continuación del curso científico del Cocodrilo. Estado de la especie humana 48
CANTO 35. Continuación del curso científico del Cocodrilo. Historia del género humano. 49
CANTO 36. Trastocamiento de los audaces proyectos del Cocodrilo 54
CANTO 37. Estupor de los parisinos. Decreto académico 55
CANTO 38. Plaga de los libros 55
CANTO 39. Resultado de la plaga de los libros 56
CANTO 40. Breve invocación a mi Musa 56
CANTO 41. Ponencia de la comisión científica ante la Academia 57
CANTO 42. Sopa de libros servida también en la Academia.....64
CANTO 43. Los académicos atormentados por un polvo fino.....65
CANTO 44. Los académicos asistidos, pero bajo una condición.....65
CANTO 45. Furia del pueblo contra el Inspector General.....66
CANTO 46. Reunión de Sedir y Eleazar contra el Cocodrilo.....66
CANTO 47. Lo que Sedir ve en la llama de una bujía.....67
CANTO 48. Sedir escribe el discurso del gran Hombre seco.....68
CANTO 49. Explicación de los estenógrafos. Continuación del discurso
del gran Hombre seco.....70
CANTO 50. Sedir ve un Genio vestido de guerrero y otros varios prodigios.....72
CANTO 51. Maniobras del Guerrero contra Eleazar 73
CANTO 52. Aparición malograda del Cocodrilo.....74
CANTO 53. Llegada inopinada de un viajero por las cloacas de Montmartre.....75
CANTO 54. Relato del voluntario Ourdeck.....76
CANTO 55. Continuación del relato de Ourdek. Entrada de los ejércitos en las
profundidades del Cocodrilo.....77
CANTO 56. Continuación del relato de Ourdeck. La mujer tártara.....78
CANTO 57.Continuación del relato de Ourdeck. Confidencias de la mujer tártara.....80
CANTO 58.Continuación del relato de Ourdeck. Cuadro de correspondencia82
CANTO 59.Continuación del relato de Ourdeck. Conmoción en las profundidades de
Cocodrilo.....82
CANTO 60. Eleazar procura un alivio pasajero.....
.....84

CANTO 61. Acontecimiento sobrenatural. Los ejércitos salen de sus abismos.85
CANTO 62. Eleazar se enfrenta sensiblemente a los enemigos invisibles de París.....86
CANTO 63. Explicación del psicógrafo.....87
CANTO 64. Descripción de la ciudad de Atalanta.....88
CANTO 65. Continuación de la descripción de Atalanta. Palabras conservadas 90
CANTO 66. Continuación de la descripción de Atalanta. El gobernador. Algunos malhechores.....91
CANTO 67. Continuación de la descripción de Atalanta. El Filósofo.....92
CANTO 68. Continuación de la descripción de Atalanta. El médico moribundo 93
CANTO 69. Continuación de la descripción de Atalanta. Sociedad científica. .94
Respuesta a la pregunta del Instituto: CANTO 70. Continuación de la descripción de Atalanta. Respuesta provisoria del psicógrafo a la pregunta del Instituto: ¿Cuál es la influencia de los signos en la formación de las ideas?.....95
CANTO 71. Continuación de la descripción de Atalanta. Cátedra de silencio 125
CANTO 72. Continuación de la descripción de Atalanta. Un predicador en un templo.....126
CANTO 73. Continuación de la descripción de Atalanta. Doble corriente de palabras.....127
CANTO 74. Continuación de la descripción de Atalanta. La casa del hierofante 127
CANTO 75. Continuación de la descripción de Atalanta. Final trágico del hierofante.....129
CANTO 76. Preparativos hostiles contra la capital y contra Eleazar.....129
CANTO 77. Reunión de los Genios aéreos. Tres de ellos transformados en soldados.....130
CANTO 78. Eleazar se levanta.....131
CANTO 79. Deliberaciones y decisiones de los enemigos aéreos 132
CANTO 80. La mayor calamidad.....133
CANTO 81. Triunfo de Eleazar.....134
CANTO 82. Eleazar se ocupa de otras tareas.....135
CANTO 83. Enseñanzas de Eleazar a Sedir.....137
CANTO 84. Sedir es separado de Eleazar por un huracán.....139
CANTO 85. Observación.....139
CANTO 86. Discurso instructivo de un desconocido. Anuncio de los dos ejércitos 139
CANTO 87. Continuación del discurso instructivo de un desconocido. Las esferas.....140
CANTO 88. Continuación del discurso instructivo de un desconocido. Correspondencias.....142
CANTO 89. Continuación del discurso instructivo de un desconocido. Oposiciones.....143
CANTO 90. Continuación del discurso instructivo de un desconocido. Conmoción. Los dos ejércitos en marcha.....144
CANTO 91. Continuación del discurso instructivo de un desconocido. Efecto de la permanencia de los dos ejércitos en los astros.....145
CANTO 92. Sedir se encuentra con Eleazar. Efectos del poder de Eleazar....146
CANTO 93. Sedir se regocija por un signo inesperado 147
CANTO 94. Los dos ejércitos aparecen en los aires.....148
CANTO 95. El Cocodrilo prepara su ejército para la batalla.....148
CANTO 96. Transformación del Cocodrilo 150
CANTO 97. Movimientos convulsivos del Cocodrilo.....151

CANTO 98. Vomito extraordinario del Cocodrilo..... 152
CANTO 99. Castigo del Cocodrilo..... 152
CANTO 100. Los frutos de la victoria..... 152
CANTO 101. Los deseos de Ourdeck realizados..... 153
CANTO 102. Condenación de los tres malhechores. Su pena conmutada.....155

INTERPRETACIÓN AL SENTIDO OCULTO DE EL COCODRILO.....155